

LC

La isla Felsenburg

Tomo I

Johann Gottfried Schnabel



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

La isla Felsenburg

La isla Felsenburg

Tomo I

Johann Gottfried Schnabel

Cátedra: Literatura Alemana



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert Marcelo Topuzian
Vicedecano Américo Cristófolo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matias Cordo	Rosa Gómez Sergio Castelo Ayelén Suárez
		Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Cátedra



Versión digital: María Clara Diez, Paula D'Amico
ISBN 978-987-4019-50-9
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2017

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

Schnabel, Johann Gottfried

La isla Felsenburg : extraños hechos de algunos navegantes / Johann Gottfried
Schnabel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la
Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2017.
v. 1, 272 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros de cátedra)

Traducción de: Martín Koval.
ISBN 978-987-4019-50-9

1. Literatura. 2. Literatura Alemana. I. Koval, Martín, trad. II. Título.
CDD 833

Índice

Nota del traductor	9
Introducción	11
Tabla cronológica	35
Bibliografía	37
Acerca de la traducción	39
La isla Felsenburg	41
Prefacio	49
<i>Extraños hechos de algunos navegantes</i>	55

Nota del traductor

La concreción de esta traducción ha sido posible gracias a la ayuda de Regula Rohland de Langbehn, con quien hemos revisado en detalle la totalidad de la novela de Schnabel. También, estoy en deuda con Miguel Vedda, el director de mi beca posdoctoral en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), en cuyo marco realizo, actualmente, una investigación sobre las robinsoniadas alemanas del siglo XVIII. Ha sido de inestimable valor, además, el subsidio que me ha otorgado la Casa de Traductores Looren para visitar durante tres semanas –en marzo pasado– la ciudad de Wernetshausen, Suiza. Le agradezco, al fin, por el respaldo brindado, a la editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Buenos Aires, abril de 2016
Martín Ignacio Koval

Introducción

La isla Felsenburg no es el título original de la novela que aquí se presenta por primera vez en español. Johann Gottfried Schnabel la intituló, en realidad, *Extraños hechos de algunos navegantes*, pero el nombre con el que se hizo famosa fue aquel. En su versión completa, se compone de cuatro tomos o libros (publicados en 1731, 1732, 1736 y 1743), mas solo el primero –que es el que aquí se ofrece a los lectores– tiene real calidad literaria.¹ Fue una de las novelas alemanas más leídas de su tiempo,² si bien la crítica literaria de la Ilustración no la tuvo en cuenta o la denostó,³ y

1 De un modo lapidario, dice Biesterfeld: “La extensión de la materia [a partir del Libro segundo], que, a fin de cuentas, solo es posible sobre la base de lo exótico y lo inverosímil, ha servido, ante todo, para llenar la bolsa del autor” (1982: 57).

2 Entre 1731 y 1768, el Libro primero se editó ocho veces.

3 Se llegó a decir que el libro enciende la “fantasía del joven lector [...], en detrimento del sano entendimiento humano”; y que arruina “[su] gusto [...] y lo aleja de la actividad, ya que [[o] confronta [...] con un mundo en el que es posible ser feliz sin esforzarse” (André, 1788/89: s/p). Las razones de este rechazo o, en el mejor de los casos, desinterés de parte de los críticos debe buscarse, sin dudas, en el abuso de lo aventurero por parte de Schnabel, además de en el estilo de escritura, que responde al modelo de la novela galante y remite al Barroco, lo cual resultaba ya un tanto anticuado para el gusto preponderante en la crítica de la Ilustración. Es interesante notar, con

fue valorada, recién, por poetas románticos, como Ludwig Tieck o Achim von Arnim.⁴ Es muy poco lo que se sabe de su autor. En la tabla cronológica, al final de esta introducción, se informan los escasos datos de los que se dispone.

Las voces en la novela: entramado de historias de vida

La novela está compuesta por una serie de relatos enmarcados, interrelacionados, que se van ensamblando conforme avanza la trama. El relato medular es el de la progresiva conformación de la sociedad insular por parte del patriarca Albert Julius. El narrador del marco externo es su sobrino bisnieto, Eberhard Julius. El “Prefacio”, fechado a fines de 1730, está firmado por un editor ficcional, de nombre Gisander, quien se presenta como alguien que ha dado azarosamente con los textos manuscritos de Eberhard y ha decidido, con su beneplácito, editarlos y darlos a conocer al público. En la “Advertencia” que se incluye al final del libro,

todo, que el citado André piensa que son, precisamente, estos rasgos los que la han vuelto *La isla Felsenburg* un éxito en términos de público lector (*id.*). En esos mismos años, Karl Philipp Moritz hizo que el héroe de su novela psicológica *Anton Reiser* (1785-1790) leyera muy entusiasmado, de joven, la novela de Schnabel. Esta lectura le hace concebir al muy joven Anton Reiser el deseo de “representar un gran papel en el mundo”, de ser “el centro” de un círculo cada vez mayor de personas (Moritz, 1999: 109). Es cierto, empero, que luego, ya más maduro, el héroe descarta la obra por considerarla pernicioso: entiende que la misma fomenta en exceso la imaginación y aleja al individuo de la realidad.

- 4 Achim von Arnim incluyó partes –en parte textuales y en parte modificadas– de *La isla Felsenburg* en su colección de novelas cortas *El jardín de invierno* (1809). No obstante, no caben dudas de que el documento más importante de la recepción temprana de *La isla Felsenburg* es el prefacio que Ludwig Tieck escribió en ocasión de una reelaboración anónima, más o menos en un cuarto más breve, de la novela (publicada en 1828), y en el que se plantea una discusión entre un típico lector ilustrado y Tieck, quien saluda la idea de que la misma se vuelva a publicar. A este cuadro hay que agregar que el escritor danés Adam Oehlenschläger publicó una reescritura de la novela: *Las islas en el Mar del Sur* (1826). Es de destacar, por otro lado, que Arno Schmidt escribió, a mediados del siglo XX, un laudatorio ensayo.

además, Gisander promete ir publicando, con el tiempo, otros textos que hacen a la historia de la isla Felsenburg.

En su relato, Eberhard narra el desarrollo de las primeras dos décadas de su vida hasta el momento en que, por intermedio del capitán Wolfgang, recibe una carta de su desconocido tío bisabuelo, Albert Julius, quien lo invita a visitarlo en una tal isla Felsenburg en la que este es regente. Albert le explica en la misiva el modo de vida imperante en la isla, que está dividida en nueve comarcas. Además, le dice abiertamente que desea donarle gran cantidad de tesoros. Eberhard decide confiar en la inverosímil propuesta. En el curso del viaje hacia Felsenburg, el capitán Wolfgang cuenta su propia historia y da cuenta de cómo conoció a los felsenburgueses. Llegan a Felsenburg un 12 de noviembre de 1725 y, poco después, Albert propone al grupo, compuesto por algunos de los recién llegados junto con Eberhard y el capitán, la siguiente “rutina”:

Cada día hemos de visitar una de las comarcas de mis descendientes, y examinar bien su estado actual; cada cual podrá hacer un registro de sus ideas acerca de cómo mejorar tal o cual cosa, y luego, cuando se lo pida, me lo comunicará, a fin de que podamos decidir todos juntos al respecto. En nueve días o, como mucho, dos semanas, habremos terminado, y luego podremos poner manos a la obra de nuestro bienestar espiritual y corporal con tanto mejor entendimiento del asunto. Cada noche, a nuestro regreso, después de la cena, emplearé algo de tiempo contándoos mi historia de vida; tras esto, haremos una hora de oración y nos iremos a dormir. (página 142, Tomo I)

Es este un resumen perfecto del modo en que se organiza gran parte de la novela: a un informe diurno de Eberhard le

sigue, en la noche, una parte de la historia de vida de Albert. A partir de la propuesta de Albert, así pues, Eberhard hace las veces de informante de todas las maravillas de las que es testigo en cuanto a modos de organización social y belleza natural en las visitas a cada una de las nueve comarcas de la isla. Las crónicas de Eberhard abarcan, en el tiempo narrado, el mes y medio que transcurre desde su llegada a la isla hasta las celebraciones de fin de año. Las crónicas van siendo entrecortadas, como dijimos, por las diversas partes que componen el relato autobiográfico de Albert; pero luego, también, se intercalan las narraciones de otros habitantes destacados de la isla.

El relato del patriarca Albert se focaliza en los tiempos de su llegada a la isla –tras sobrevivir a un naufragio, en 1646, junto con Van Leuven, Concordia y el pérfido de Lemelie– y en la progresiva conformación de la civilización insular. Los lectores, empero, también llegamos a conocer otras historias de vida. Los relatos más destacados son los de Judith van Manders, David Rawkin y Virgilia van Catmers, tres de las personas que arriban muchos años después que los “pioneros”, y que son acogidas por Albert y su familia. El propio Albert narra, además, de un modo sumario, las historias de vida de otros habitantes no nativos de Felsenburg, ya muertos en el presente del mundo narrado: Simon Heinrich Schimmer, Jacob Larson, Amias y Robert Hülter, etc. Hay, además, hacia el final de la novela, un segundo relato de Wolfgang, en el que este explica cómo es que decidió establecerse definitivamente en Felsenburg, tras aceptar cumplir con un encargo del patriarca: ir a buscar a Eberhard a Europa, y reclutar artesanos y un pastor de almas.

Finalmente, en un apéndice, se adjunta la historia de don Cirilo de Valaro, muerto sin descendencia en la isla en 1606. El diario de este noble español es hallado y leído por Van Leuven y Albert en la primera época de su vida insular –es

Eberhard quien decide incluirlo al final de la novela, en aras de una mayor claridad, tal como él mismo lo explica-, y funciona como una suerte de prehistoria –negativa, fracasada– de la isla Felsenburg.

Ahora bien, los informes de Eberhard Julius, a través de los que accedemos a conocer la utopía regida por el patriarca Albert, según dijimos, se ven interrumpidos por los distintos relatos autobiográficos intercalados. Lo cierto es que, en estos, se da cuenta de los suplicios de todo tipo que las personas que van llegando a la isla tuvieron que sufrir o atestiguar en Europa. En los distintos relatos enmarcados (también en el de Albert Julius), la vida en Europa aparece representada como una “catástrofe sin fin” en la que rige plenamente la fórmula *homo homini lupus* (Saage, 1998: 120 y ss.). La corrupción generalizada de la sociabilidad europea se verifica en los innumerables casos de engaño, intriga, robo, lujuria, lascivia y búsqueda obsesiva de la ganancia personal que se cuentan en estos relatos.

Estas narraciones autobiográficas de una Europa degradada moralmente (y de unas personas cansadas de esa civilización desfalleciente) generan una tensión en relación con la sobriedad, virtud y felicidad de la vida en la isla de las que informa Eberhard –a la vez que le dan su particular dinamismo a la novela–. La riqueza polifónica y la variedad de historias de vida, podemos pensar, así pues, están en función de marcar un nítido antagonismo inconciliable entre dos mundos: la corrupta Europa, de un lado, y la providencial isla Felsenburg, de otro.⁵ Es esto, justamente, lo que nos lleva a considerar *La isla Felsenburg* como una utopía.

5 “Al malvado mundo europeo se le opone en todo momento la isla utópica y pura”, afirma Müller (1989: 74).

La isla Felsenburg y la tradición de la utopía

La novela de Schnabel posee rasgos que la acercan a la tradición renacentista de la utopía. Las utopías que ejercieron mayor influencia en su gestación son, sin dudas, *Utopía* (1516), de Tomás Moro, y –más aún– *Cristianópolis* (1609), del pastor luterano Johann Valentin Andreae. La novela utópica francesa *La tierra austral conocida* (1676), de Gabriel de Foigny, también podría traerse a colación aquí. Es a partir de la filiación con esta tradición que Saage afirma que la novela de Schnabel “puede leerse como una de las contribuciones alemanas más importantes a la tradición de la utopía política en la época de la Ilustración” (1998: 118).⁶

La isla representa un mundo alternativo, ficticio, en el que impera una armonía social motivada en un sentido evangélico-luterano. El modelo es bíblico: hay una proliferación de notables remisiones a la Nueva Jerusalén y al Paraíso adamítico. No pocos indicios, por lo demás, hacen pensar que la isla misma, en su materialidad, está gobernada por la Providencia (piénsese, por ejemplo, en los dos terremotos: el de la época de don Cirilo y el que tiene lugar poco antes de la muerte de Van Leuven). La isla no es únicamente bella sino que es un “paraíso terrenal” (*irdisches Paradies*), un “jardín del Edén” o, también, una “tierra prometida”; y no solo en un sentido figurado. Es, realmente, un sitio “escogido” por Dios: es por esto –y no únicamente por su gran

6 La haya leído Schnabel, o no, no deja de ser interesante pensar la relación entre ambas novelas, sobre todo a partir del modo en que se “soluciona” en *La tierra austral conocida* el problema de la regulación del instinto sexual, cuestión que en *La isla Felsenburg* ocupa un lugar medular en tanto clave de una feliz sociabilidad. En esta ficción utópica se narra el viaje fantástico de Jacques Sadeur a Tierra Austral, o Australia, un país habitado por una raza perdida de hermafroditas pre-adamitas, condición que los hace autosuficientes –en tanto se hallan a resguardo de las pasiones de índole sexual o amorosa– y que, por otro lado, les ha permitido construir una sociedad utópica racional.

fertilidad— que “reúne todas las condiciones para una vida dichosa” (Fischer, 1987: 72).

Más allá de las metáforas bíblicas y del trasfondo religioso, empero, como muestra Saage, la comunidad instaurada por Albert es una civilización racional, fundada en el cálculo de las necesidades y en la posibilidad de satisfacerlas (1998: 122). No se confía en que el destino proveerá lo necesario para vivir, sino que impera, por doquier, un puritano espíritu de laboriosidad y cálculo. Esta racionalidad civilizatoria se aprecia en la búsqueda de un cada vez mayor dominio de la naturaleza en aras de la productividad del trabajo; asimismo, en el ideal de la homogeneidad en las formas de vida: la administración de los hogares unifamiliares —que son el elemento nuclear de la reproducción social— se replica de una comarca a la otra. Al fin, de manera muy patente, en la alta valoración de la técnica. No en vano, el patriarca ve con buenos ojos la llegada de artesanos europeos, que portan consigo los logros de la civilización europea. A pedido de Albert, Wolfgang trae de Europa, en efecto, un matemático, un relojero, un bordador, un papelero, un tornero, un forjador, un herrero, un pañero, un molinero, un carpintero, un tonelero y un oficial alfarero. Estos artesanos son distribuidos a lo largo y ancho de la isla, según las necesidades y posibilidades de cada comarca. No es de importancia menor que, además, se promueva su casamiento con las doncellas felsenburguesas. En virtud de esto, en la “Advertencia”, Gisander promete contar, en una futura publicación, “en qué floreciente estado llegó a quedar la isla Felsenburg al cabo de los tres años siguientes, gracias al empeño de los artistas y artesanos europeos recién llegados” (página 159, Tomo II).

La racionalidad civilizatoria también se verifica en el control de la sexualidad. El nuevo ecosistema social, el mundo alternativo no corroído por el mal que asola la civilización

européa, es solidario en gran medida porque la sexualidad está controlada en un sentido social-religioso. La isla Felsenburg es, en esta línea, si se lo piensa en un sentido más amplio, una reflexión literaria y fabulosa en torno al modo en que se puede efectuar idealmente el paso de la naturaleza a la cultura. La pregunta que se hace Schnabel es: ¿Cuál es la manera de que el primer impulso de atracción sexual entre un hombre y una mujer, que en principio es meramente animal, dé lugar a la instauración de una comunidad en la que sus miembros puedan vivir felizmente, sin llegar a conocer jamás el mal, es decir, el egoísmo, que conduce a la discordia? O, en versión teológica: ¿Cómo se puede reproducir la sociedad sin caer en el pecado? ¿Es posible, para la humanidad, un retorno al jardín del Edén?

El autor resuelve este enigma mediante un planteo dicotómico. En la novela, a modo de premisa, se postula la existencia de dos formas antagónicas del instinto sexual: el deseo carnal, o la excitación lúbrica (*geile Brunst*), de un lado, y el amor casto (*keusche Liebe*), de otro. El primero, egoísta, porque desconoce toda legalidad –sea divina o secular– que busque refrenarlo, tiene como única meta la satisfacción inmediata del deseo físico. El segundo, altruista, virtuoso y que supone la libre obediencia ubicua de la ley divina por parte del individuo, en cambio, aspira al sagrado matrimonio y la reproducción y multiplicación de la vida. La excitación lúbrica y el amor casto suponen, además, dos concepciones distintas del estado de naturaleza: ora es este amoral –es decir que no existen en él ni el mal ni el bien– y no está sujeto a ley coercitiva alguna; ora hay una ley en él y, por lo tanto, es ya, de por sí, racional.⁷

7 Las robinsoniadas pueden ser leídas, desde esta óptica, como ensayos literarios de filosofía política *in nuce*. Así, en *La isla Felsenburg*, Fischer cree ver una discusión entre las teorías contractualistas propuestas en el *Leviatán* (1651), de Thomas Hobbes, y en los *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1689), de John Locke. Lemelie y Albert, respectivamente, son los personajes que encarna-

En esta línea, la escena de la “propuesta infame” de Lemelie resulta de particular importancia. La propuesta de compartir a Concordia la fundamenta, Lemelie, en el hecho de que “en este lugar no estamos supeditados a ninguna autoridad civil ni, como se ve, debemos temer ser incomodados por persona alguna, [por lo que] podemos hacer nuestras propias leyes, a nuestro antojo” (página 187, Tomo I). Lemelie propone, de un modo formalista, una suerte de contrato social que legalice tanto una sexualidad no regulada matrimonialmente como, a futuro, el incesto. Esta moción es rechazada –y aborrecida– por Van Leuven, Albert y Concordia. Tras la muerte (¿la condena divina?)⁸ del noble holandés, queda claro en la novela que Albert Julius y Concordia son –en esa primera etapa de génesis de la sociedad insular– los dos únicos individuos que realmente subordinan todos sus actos a la justicia de Dios y la Providencia, al destino (*Verhängnis*). Es decir, que basan sus actos en una anti-formalista moral natural. El estado de naturaleza no es para ellos “un estado de arbitrariedad libre de moral”, sino uno “en el que los individuos están supeditados de modo directo a la ley divina”, la cual, empero, dada la ausencia de una moral objetivada, actúa tan solo sobre “el

rían, de forma paradigmática, estas dos perspectivas (Fischer, 1987: 75 y ss.). En parte, seguimos aquí estos razonamientos.

- 8 A primera vista, el noble holandés parece representar la opción “positiva” y virtuosa frente al descarro inhumano del infame capitán. Así le responde Van Leuven a Lemelie: “Incluso si supusiéramos que esto que proponéis fuera permitido por leyes divinas y civiles, os aseguro que en tanto corra sangre noble por mis venas no he de compartir a mi Concordia con ningún otro hombre en el mundo, pues ella me ha jurado fidelidad y amor por toda la vida a mí solo, y yo, también, tan solo a ella” (página 187, Tomo I). Hay una sutileza en la respuesta de Van Leuven que debe ser destacada: él pone su amor individual por Concordia “incluso” por encima de la ley divina o civil. De hecho, ha raptado –de manera consentida– a la bella mujer, arrebatándosela a su familia, guiado por esa pasión “egoísta” hacia ella. La culpa con la que carga Van Leuven es, precisamente, la de quien ha puesto su deseo por sobre la institución –sagrada– de la familia. En la isla Felsenburg, “elegida” por Dios, Lemelie y Van Leuven no pueden sino morir para pagar por sus pecados.

compromiso moral consigo mismo, [sobre] la moralidad interna del individuo” (Fischer, 1987: 78). La conducta de Albert y Concordia a partir del momento en que se quedan solos en la isla da cuenta cabal de esto. Es por ello que su historia de amor proporciona la clave para entender la respuesta que pensó Schnabel para los interrogantes arriba planteados.

En primer lugar, Albert le presta un juramento de no exponer jamás ante ella su deseo, dando cuenta, así, de su carácter noble. Más allá de esto, hay algo en el modo en que Albert concibe el instinto sexual que lo distingue de los otros hombres y lo exime del pecado: para él, la “excitación”, el apetito sexual, no es sino un instinto natural del hombre que lo lleva a la sociabilidad por medio del matrimonio, en tanto “única institución natural” (Fischer, 1987: 80). En la escena en la que Albert, que ha ido de paseo al Risco del Norte, se desahoga en voz alta sin saber que Concordia lo oye, aquel se pregunta: “¡Justo Cielo!, ¿por qué no me concedes también la fuerza para sofocar totalmente la inclinación natural por el matrimonio, implantado en todos los hombres, y vivir así, a este respecto, tan tranquilamente como la viuda de Van Leuven?” (página 257, Tomo I). Así agrega: “¿O por qué no inclinas su corazón a unirse conmigo en matrimonio frente a tu omnisciente mirada, pues tú conoces mi corazón, y sabes que mi ferviente amor no se funda en la lúbrica excitación, sino en tu sagrada ley?” (ibídem).⁹ La inclinación natural por el matrimonio (*Trieb zum Ehestande*), que en otros pasajes de la novela es designada con la fórmula “amor casto”, se contrapone a la excitación lúbrica en tanto “está en consonancia con el instinto natural y con la razón, e incluso con las leyes divinas y humanas” (página 260, Tomo I), como reconoce la propia Concordia

9 El subrayado es nuestro.

en la carta que le escribe al patriarca para dar cuenta de su virtuoso amor recíproco por él.

Es, así pues, gracias a la unión amorosa entre Albert y Concordia que el paraíso terrenal que es la isla se torna un “segundo” Paraíso. El tipo de vínculo que ellos dos establecen –y el tipo de legalidad con que fundan la comunidad–, que conjuga de manera armoniosa lo natural, lo racional y lo divino, es, en el mundo narrado de Schnabel, el que habrían necesitado Adán y Eva para reproducir la especie humana –para progresar– y, no obstante, poder permanecer para siempre en el jardín del Edén. Además, tal tipo ideal de relación, basado en una regulación de los afectos, transferido por los padres a la siguiente generación y exigido como ley a los extranjeros, funda las bases para el surgimiento de una comunidad en la que el germen de todo mal –la excitación lúbrica– ha sido extirpado, en principio, para siempre.

La misma condición insular de Felsenburg constituye otro factor clave para pensar la filiación de la novela con la utopía. Es sabido que la isla es, junto con la ciudad, el espacio privilegiado de la utopía (Biesterfeld, 1982: 16); pues bien, en el caso de la isla gobernada por Schnabel, el aislamiento se halla radicalizado por sus mismas características geográficas (está rodeada por inhóspitas rocas y peñascos), así como por la decisión consciente del patriarca: es ley que ninguno de sus descendientes puede pisar suelo europeo, so pena de quedar excluido de la comunidad felsenburguesa, salvo en caso de que alguna vez sean atacados y se vean obligados a irse.

Las sociedades utópicas suelen tener mecanismos que limitan de manera severa el ingreso de extranjeros. En *La isla Felsenburg*, el examen de los “nuevos”, con todo, no es muy minucioso (como, por ejemplo, en el caso de *Cristianópolis*): tan solo tienen que tener una conducta piadosa y, en caso de casarse con alguna felsenburguesa, aceptar no regresar

jamás a Europa.¹⁰ Es cierto, empero, que rige una suerte de permiso de admisión divino: en general, los “malos” se ahogan o mueren por alguna otra razón. Es decir, no logran prevalecer en la isla (Saage, 1998: 123). En caso de que alguien venido de afuera decida abandonar la isla, puede hacerlo al cabo de un par de años, manteniéndose en ese lapso casto y en temor de Dios.¹¹ Al fin, los extranjeros no pueden aplicar para entrar en la isla –pues, de hecho, nadie conoce de su existencia–, sino que son elegidos.¹²

La organización política, prácticamente, no está institucionalizada en *La isla Felsenburg*. Lo mismo puede decirse del sistema jurídico. No hay instancia centralizadora que garantice el consenso social (como en las antiguas utopías); más bien, el rol del Estado lo cumplen las normas universales de la virtud y la moral, que son vivificadas al interior de cada familia. El matrimonio monogámico, más o menos voluntario –pues es indudable que el patriarca influye en la distribución de las parejas casaderas–,¹³ y, por ende, la familia, constituyen la base del sistema social. La proliferación de familias virtuosas y piadosas por toda la isla es la verdadera clave de la reproducción social en la isla. “Schnabel realza en tal medida estas familias y estas relaciones familiares

10 El extranjero que se casa con una felsenburguesa tiene que obedecer cuatro preceptos: “jurar con buena conciencia: 1) Que [es] soltero; 2) que [está] conforme con [...] culto y fe [de los insulanos]; 3) que [vivirá] en paz con su mujer y con [los insulanos]; 4) que, salvo en caso de extrema necesidad, nunca la abandonará ni se la llevará de [la] isla contra su voluntad, sino que se quedará a vivir [allí] por toda su vida” (página 25, Tomo II).

11 La regla es en esto menos estricta que en *La República*, de Platón: aquí hay que esperar hasta los cuarenta años para dejar el Estado. En *La nueva Atlántida*, de Bacon, por su parte, los ciudadanos no pueden hablar de la isla cuando salen, a fin de que nadie sepa de ella, si bien espían a otras naciones con fines científicos.

12 A diferencia de lo que es el caso, por ejemplo, en *Viaje a Icaria* (1842), de Étienne Cabet.

13 Es decir, hay planificación matrimonial, pero lo que cuenta en *última instancia* es la decisión personal: piénsese en Sofía, que rechaza a distintos hombres con los que la quieren casar, para *elegir*, finalmente, a Wolfgang (página 127 y ss., Tomo II).

íntegras”, dice Saage al respecto, “que las instituciones políticas tan solo desempeñan un rol menor en la integración de la comunidad” (1998: 126). Es cierto, con todo, que ya en el prefacio el editor advierte que en la novela no se trata de dar cuenta de “un cuerpo estatal particularmente inspirado” (página 45, Tomo I).

Las pocas alusiones explícitas al tipo de organización política en la isla hacen pensar que los miembros de esta “comunidad de desencantados de Europa” (Meid, 2009: 679), basada en la piedad pietista, la razón y la virtud, han instaurado un patriarcado del tipo del Moisés bíblico –Albert es un patriarca; la sociedad insular está dividida en nueve tribus o linajes familiares; cada linaje está gobernado por un padre fundador; al interior de cada familia es el hombre el que detenta el poder, si bien de un modo “suave” o “sentimentalista”, etc–. También se podría pensar en una “monarquía benevolente” (Jacobs, 2006: 602), o, si se quiere, en una “república insular patriarcal” (Meid, 2009: 680).

Es recién en el Libro Tercero de *La isla Felsenburg*, publicado en 1736, que aparecen algunas indicaciones más precisas; tal es así en el momento en que Albert se halla en su lecho de muerte. El testamento político que deja el patriarca es una suerte de constitución mixta: allí hace constar por escrito que, tras él, debe gobernar su hijo Albert Julius II. Luego, el hijo de este, Albert III. Pero aquí, explícita, debe acabar el derecho de primogenitura: tras la muerte de Albert III, “debe gobernar el mayor de entre las familias de mis hijos” (Schnabel, 1736: 244). La autoridad, entonces, no podrá reinar o mandar como un príncipe soberano: recuérdese que las estructuras jerárquicas de la civilización europea no tienen vigor en la isla. El único criterio es el de la vinculación sobre la base del afecto personal y la virtud. El patriarca aclara: “su poder y su fuerza” han de ser limitados “por la opinión y las voces de varias personas” (ídem).

El sistema económico-productivo es comunitario. No hay un organismo central encargado de regular la producción,¹⁴ pero prima una solidaridad casi espontánea, aunque también propiciada por Albert. Las distintas comarcas se ayudan entre sí; no hay propiedad privada de las tierras de cultivo. No hay comercio ni interno ni externo.¹⁵ Además, la fertilidad y el clima benigno de la isla afirman la seguridad material. La sociedad insular funda su reproducción material en una economía agrícola –aunque también hay algunos talleres– de acopio orientada a la satisfacción de las necesidades. Lo crucial es, con todo, que el dinero –y cualquier otro medio de acumulación individual de capital– está prohibido –Albert mismo lo mantiene escondido en su cueva bajo el castillo–. En efecto, Schnabel “le atribuye al dinero un efecto tan desmoralizador como las depravaciones de la nobleza” (Grohnert, 1997: 99). Es a raíz de todo esto que no hay conflictos ni competencia, ya que hay recursos en abundancia para todos; y nadie se ve tentado por la avaricia o el lujo.

La religión es el elemento aglutinante por excelencia en la isla Felsenburg. No por nada se reparten biblias de manera compulsiva por todas las comarcas. El calendario religioso se vive con particular intensidad en la isla, y no es, en absoluto, posible tener otra fe que no sea la evangélico-luterana. La autonomía individual es, en este sentido, poco importante; lo mismo podría decirse respecto del trabajo comunitario: cada uno trabaja según sus capacidades, pero no hay una real elección individual a este respecto. La libertad individual es menos relevante que la comunidad solidaria:

14 A diferencia de lo que es el caso en Tomás Moro o en *La ciudad del sol* (1602), de Tomás Campanella.

15 Es, en gran medida, por esto que las relaciones socio-políticas son estáticas y no dinámicas. La isla no sufre transformaciones sociales: a diferencia de Europa, corroída por la fortuna y el azar, la isla representa un ideal a-histórico estilizado.

hay una verdadera sumisión –voluntaria, es cierto– al patriarcado ilustrado del patriarca Albert.

No obstante, si se compara *La isla Felsenburg* con *Utopía*, por ejemplo, en seguida salta a la luz que en la novela de Schnabel la individualidad sí tiene un cierto valor. No en vano se cuentan tantas historias de vida: siempre se hace hincapié en el modo en que las distintas personas que pueblan la isla se convirtieron y mejoraron. El bien común es la meta, pero sobre la base de la felicidad individual privada, en el seno de cada familia. Es por esta razón que puede hablarse, en el caso de *La isla Felsenburg*, de una *subjetivación de la utopía* (Saage, 1998: 129). En esto también puede verse, de manera prematura, el típico interés psicológico-antropológico de la Ilustración alemana.¹⁶

***La isla Felsenburg* y las robinsoniadas**

La isla Felsenburg no es, empero, tan solo una utopía: resulta evidente que también participa del subgénero novelístico de las así llamadas “robinsoniadas”. Las historias de Robinsones eclosionan en Europa a partir de la publicación, en 1719, del *Robinson Crusoe* de Defoe –si bien hay varias robinsoniadas anteriores–,¹⁷ y viven su declive, se puede decir, a fines del siglo XVIII. En el curso de estas pocas décadas se publicaron robinsoniadas de todo tipo: inglesas, francesas, alemanas, holandesas, suecas, etc. Fue un tipo novelístico muy popular: durante el siglo XVIII –e incluso en las

16 En un sentido algo similar, Roetzer y Sigúan ven *La isla Felsenburg* como “punto de encuentro de la novela barroca de temas de Estado con la literatura de confesión personal de la Ilustración”; y afirman que “su isla utópica [es] la proyección de un Estado ideal en donde cada individualidad tiene la opción de realizarse según sus capacidades” (2012: 107 y ss.).

17 El motivo del naufragio y salvación en una isla, a decir verdad, se remonta hasta *La Odisea* (s. VII a. C.), de Homero.

primeras décadas del siglo XIX– se lo leyó con auténtica devoción en los países centrales de Europa.

El esquema narrativo de las robinsoniadas se compone *grosso modo* de los siguientes episodios: fracaso económico o social en Europa; diversos viajes en barco en los que se viven aventuras de lo más variopintas; naufragio; salvación en una isla remota; aprendizaje y restitución económica –hallazgo de tesoros– o moral –sanación anímica, conversión religiosa, etcétera–; y regreso triunfal a la civilización.¹⁸ Este carácter estereotipado de la estructura narrativa acerca las robinsoniadas a la literatura trivial, razón por la que se ha dicho que –al igual que la novela de aventuras barroca, con la que están emparentadas– “deben su existencia a los mecanismos del mercado literario” (Meid, 2009: 678).

Las robinsoniadas son, de manera fundamental, una subforma de la novela de aventuras. En relación con el pronunciado interés dieciochesco por el descubrimiento y la relación con “nuevas” culturas y formas de vida no europeas, a su vez, están emparentadas con el relato de viajes.¹⁹ Algunas de ellas, como, de manera notoria, *La isla Felsenburg*, se nutren también de la tradición de la utopía. Es de destacar, en fin, que en el marco de la consolidación de la sociedad burguesa –sobre todo, en Inglaterra–, las robinsoniadas constituyen un importante aporte al “ascenso” de la novela como género y un documento histórico-literario del surgimiento

18 Hazard propone una secuencia ligeramente distinta, haciendo hincapié en la búsqueda de la felicidad como motivación de los jóvenes Robinsones europeos: “[En las robinsoniadas] se partía, siguiendo a Robinson, sobre las olas inciertas; se corrían las aventuras y los peligros del mar, estallaba una tempestad que hacía zozobrar el navío. Pero el náufrago encontraba siempre una playa donde arribar, una naturaleza compasiva, un valle fértil, caza, frutas; había una compañera a su lado, o la encontraba por azar: entonces la pareja volvía a encontrar una sociedad, cuya sabiduría avergonzaba a la vieja Europa” (Hazard, 1998: 25).

19 Rolf Allerdissen (1975) trabaja la idea del viaje como evasión en *La isla Felsenburg* y el *Viaje a las provincias del sur de Francia en los años 1785-1786 (1791/1805)*, una novela *sentimentalista* de Moritz August von Thümmel.

del individualismo moderno;²⁰ asimismo, que, las robinsoniadas alemanas –al igual que otras manifestaciones artísticas como el drama burgués, la novela de formación, etc.– pueden ser leídas como mecanismo de “compensación” burgués o pequeñoburgués ante las condiciones políticas adversas.²¹ Esto último es particularmente pertinente en

20 No podemos dejar de remitir a las reflexiones de Ian Watt sobre el ascenso de la novela, el *Robinson Crusoe* y los mitos del individualismo moderno (ver, sobre todo, 1962: 60-92). También es interesante lo que afirma György Lukács en su artículo “La novela”, incluido en *Escritos de Moscú* (cfr. 2011: 50 y ss.). Karl Marx hizo, también, su propia lectura acerca del tipo de concepción histórico-filosófica que habría detrás de las robinsoniadas. Dice Marx en su “Introducción” a los *Grundrisse*, de 1857: “Individuos que producen en sociedad, o sea, la producción de los individuos socialmente determinada: este es, naturalmente, el punto de partida. El cazador o el pescador solos y aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo, pertenecen a las imaginaciones desprovistas de fantasía que produjeron las robinsoniadas del siglo XVIII, las cuales, a diferencia de lo que creen los historiadores de la civilización, en modo alguno, expresan una simple reacción contra un exceso de refinamiento y un retorno a una malentendida vida natural. El *contrat social* de Rousseau, que pone en relación y conexión a través del contrato a sujetos por naturaleza independientes tampoco reposa sobre semejante naturalismo. Este es solo la apariencia, apariencia puramente estética, de las grandes y pequeñas robinsoniadas. En realidad, se trata, más bien, de una anticipación de la ‘sociedad civil’ que se preparaba desde el siglo XVI y que en el siglo XVIII marchaba a pasos de gigante hacia su madurez. En esta sociedad de competencia libre cada individuo aparece como desprendido de sus lazos naturales, etc., que en las épocas históricas precedentes hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circunscrito. A los profetas del siglo XVIII [...] este individuo del siglo XVIII –que es el producto, por un lado, de la disolución de las formas de sociedad feudales y, por el otro, de las nuevas fuerzas productivas desarrolladas a partir del siglo XVI– se le aparece como un ideal, cuya existencia habría pertenecido al pasado. No como un resultado histórico, sino como un punto de partida de la historia. Según la concepción que tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en cuanto puesto por la naturaleza y no en cuanto producto de la historia. Hasta hoy, esta ilusión ha sido propia de toda época nueva” (1980: 282 y ss.).

21 Jacobs lee los rasgos utópicos de *La isla Felsenburg* con relación a “las esperanzas y sueños de una temprana conciencia (pequeño) burguesa que solo a través de la ficción podía escapar a las opresivas relaciones sociales de su época” (Jacobs, 2006: 606). Es por esto que, más allá de algunos elementos que, en lo particular, señalan hacia una época pasada (el Barroco), según este crítico, con *La isla Felsenburg* “comienza la novela burguesa de la Ilustración alemana” (*id.*). En la misma línea, Meid la califica de novela política, y afirma que está entre aquellas que, tras la publicación del *Robinson Crusoe*, “utilizan a Robinson como propaganda”; y que lo distintivo de la novela de Schnabel es que representa “el sueño de la huida de las opresoras circunstancias sociales presentes” (1989: 138).

el caso de *La isla Felsenburg*: los “héroes” virtuosos provienen aquí, ante todo, de la pequeña burguesía; abundan, por lo demás, las diatribas contra los vicios de la nobleza y el absolutismo.²²

La fascinación por las historias de Robinsones, es decir, por la narración del descubrimiento de islas –en mayor o menor medida– felices o, al menos, radicalmente distintas a la realidad cotidiana de autores y lectores, constituye un hecho cultural de enorme interés a la hora de estudiar la literatura de la Ilustración. El editor alemán de la *Biblioteca de los Robinsones* (que se compone de cinco tomos), trató de explicar, tan temprano como en 1805 –es decir, recién pasado el furor por las robinsoniadas–, esa verdadera fiebre lectora a partir del hecho de que las robinsoniadas representarían, según él, una “historia de la humanidad y de su cultura progresiva en pequeño” (1805: II). Las robinsoniadas, en efecto, invitan a ser leídas en clave antropológica: son, entre otras cosas, indagaciones literarias acerca del paso de la naturaleza a la cultura; permiten estudiar las formas en que en Europa se pensó, en aquella época, el proceso civilizatorio.

Entre las robinsoniadas anteriores a la de Crusoe, la más importante es la inglesa *La isla de los Pines*, de Henry Neville,²³ publicada en 1668²⁴, y que muy pronto fue traducida (ese mismo año se la tradujo al alemán) y leída por toda

22 Cfr., para esto, Grohnert, 1997: 95 y ss.

23 Hay que decir que *La isla de los Pines* es, en primer término, una utopía. Su carácter de robinsoniada es secundario.

24 En su primera versión, publicada en junio, se trataba de un panfleto de no más de nueve páginas. En julio, empero, aparecieron dos nuevas ediciones mucho más extensas: de 24 y de 31 folios. No obstante, dio lugar a una imitación alemana anónima, de más de cuatrocientas páginas: *Verdadera y sorprendente historia de la vida de George Pines, oriundo de Dublín, Irlanda* (1726). La versión original ha sido traducida al español por Lucas Margarit para el primer tomo de la compilación *Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII*, publicado por la editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en 2014.

Europa. Esta obra paródica²⁵ tiene la particularidad de que los náufragos son cinco: un hombre (George Pines) y cuatro mujeres que, de un modo pragmático, deciden olvidar las reglas morales imperantes en Inglaterra –“sin esperanza de regresar jamás a casa nos volvimos audaces” (Neville, 2014: 90), se lee– y establecen un tipo de vínculo en el que el primero comparte su lecho, de manera alternativa, con cada una de sus compañeras. Hay que hacer notar que este tipo de erotismo casi no regulado moralmente les es prohibido a los hijos, al alcanzar estos su madurez sexual.

La primera *Continuatio* agregada a la novela *Simplicissimus* (1669), de Hans Jacob Christoffel von Grimmelshausen, contiene una suerte de temprana robinsoniada alemana, de cuño ascético-religioso, en la que “Robinson” está representado, en realidad, en el tipo de un eremita barroco. Tras quince años viviendo como ermitaño en una isla, Simplicissimus decide no regresar jamás a Europa, ya que se da cuenta de que únicamente en la soledad es posible para él conjurar el mal de la época: la guerra, la codicia, la falsedad, el engaño, etc. Simplicissimus es, así pues, una suerte de exiliado voluntario. Este rechazo de Europa, fruto del desengaño, remite a *La isla Felsenburg*; no así, en cambio, la idea barroca de que la soledad es la vía para alcanzar la dicha y la paz.

El exilio voluntario de *Simplicissimus* tiene su contraparte en la más popular de las robinsoniadas: el *Robinson Crusoe* de Defoe, de 1719, que fue traducido al alemán en 1720. Allí se constata que el héroe, a todas luces, no quiere estar separado del mundo. Es notorio –y muy contrastante con lo que es el caso en *La isla Felsenburg*– el rechazo de la isla por

25 El objeto de la parodia es el mito del Paraíso bíblico y la temprana historia de la humanidad representada en el Génesis: sobre todo, se alude a la rápida reproducción y multiplicación de los seres humanos.

parte de Robinson Crusoe: este alude a su isla siempre en términos peyorativos, como “isla de la desolación” (Defoe, 2007: 32), “isla del desespero” (ibídem: 60), “isla de la dureza” (ibídem: 102) o “isla de la soledad” (ibídem: 165). En el caso de la novela de Defoe, así como de toda la serie de robinsoniadas que siguen su modelo, “la [estancia en la] isla [no es sino] una estación –que se vive como exilio– de la vida, la cual halla su meta en la patria, en Europa” (Meid, 2009: 679). En efecto, el hecho de que ningún hombre sensato quiera irse de la isla Felsenburg es un motivo del todo opuesto al deseo ferviente de un Robinson Crusoe por regresar a la civilización.

Las siguientes novelas también son de importancia en la conformación del subgénero y en tanto intertextos del Felsenburg: la francesa *Viaje y aventuras de François Leguat y sus compañeros, en dos islas desiertas de las Indias Orientales* (1708), conocida en versión alemana como *El Robinson francés* (1723); la alemana *El Robinson sajón* (1722-23); la inglesa *El ermitaño inglés, o Los maravillosos sucesos y extrañas desgracias de un inglés llamado Philip Quarll* (1727),²⁶ de un tal P. L.; y las alemanas *La isla más feliz del mundo, o El país de la satisfacción* (1723), de Philipp Balthasar Sinold von Schütz, y *Los maravillosos y asombrosos sucesos del señor Von Lidio* (1730-34), de Michael Fleischer.²⁷ No es menor que el editor ficcional de *La isla Felsenburg*, Gisander, mencione en el prefacio, en clave paródica, algunas de estas novelas: de ello se sigue que tan temprano como en 1731 (año de publicación del primer tomo de la ficción de Schnabel) había ya una conciencia, no

26 Fue traducida al alemán y publicada en Hamburgo, en 1728.

27 La novela de Schütz está relacionada muy en particular con la de Schnabel: es posible que el autor de *La isla Felsenburg* haya tomado de allí el modelo de un mando patriarcal ejercido sobre una comunidad burguesa de tintes sentimentales y pietistas. En la obra de Von Schütz hay también –como en la historia de don Cirilo incluida como apéndice al final de *La isla Felsenburg*– duras críticas al modo en que, en nombre del Cristianismo, se llevó a cabo la conquista española de América.

solo acerca de la existencia del subgénero de las robinsoniadas, sino, además, de que su esquema narrativo se hallaba ya algo desgastado.

En la década de 1730 (y hasta 1743) se publica, en cuatro tomos, *La isla Felsenburg*. Esta novela representa un verdadero hito en la historia de las robinsoniadas: más allá de que fue, entre las alemanas, la más popular, lo importante es que el autor ha propuesto en ella una variación clave, tanto del exilio voluntario de *Simplicissimus* como del no deseado sufrido por Robinson Crusoe. En la novela de Schnabel, la isla se torna un verdadero asilo para los europeos “cansados” de la corrupta Europa. Es por esto que, como ya se adelantó, *La isla Felsenburg* “no debería ser considerada [...] exclusivamente en el marco de las robinsoniadas sino que también se lo debería hacer en el marco de las utopías” (Brügemann, 1914: 5 y 18). La obra que aquí se ofrece al lector de habla castellana es, así pues, una destacada pieza histórico-literaria, en tanto punto de convergencia de las tradiciones robinsoníca y utópica.

No debe pasarse por alto que, además de la historia de Albert y los suyos, *La isla Felsenburg* contiene en sí una segunda robinsoniada, a modo de apéndice: La historia de vida de don Cirilo de Valaro, que –en el mundo narrado– Eberhard Julius traduce del latín al alemán, y que Albert lee, junto a Van Leuven, en los primeros tiempos de vida en la isla. Ambientada en el siglo XVI, y con la conquista española de América como trasfondo, la historia de Valaro representa una variante interesante del subgénero: da cuenta de lo que le sucede a nueve náufragos hombres destinados a una lenta muerte sin mujeres ni –por ende– chance alguna de pensar en la propagación y el progreso civilizatorio. Es, en cierto modo, el relato de una progresiva locura colectiva ante la falta de perspectivas, y puede ser leído como crítica del aislamiento *à la* *Simplicissimus*.

En el último tercio del siglo XVIII, las robinsoniadas perdieron, por así decir, su vitalidad. *Robinson Crusoe. Reelaborado* (1779-1780), de Johann Carl Wezel; y *La isla feliz* (1781), de Johann Gottlob Benjamin Pfeil, son dos novelas en las que se critican y parodian proyectos utópicos del tipo del schnabeliano.²⁸ La otra tendencia es la infantilización del subgénero en el contexto pedagógico de la Ilustración tardía.²⁹ Da testimonio de esto, ante todo, la alemana *El joven Robinson* (1779), de Joachim Heinrich Campe –en la que se produce la novedad de que Robinson tiene que sobrevivir en la isla sin ningún tipo de herramienta–. *El Robinson suizo* (1812), de Johann David Wyss, constituye, si se quiere, la última robinsoniada. Esto quiere decir que hay razones suficientes para considerar el subgénero ya perimido, cuanto mucho, para la época del Congreso de Viena, más allá de que aún hoy se siguen escribiendo novelas que, de algún modo, tratan de reanimarlo.

Nostalgia de un mundo perdido

En su “Prefacio” a la nueva versión abreviada y anónima de *La isla Felsenburg*, de 1828, Ludwig Tieck explica su

28 En novelas como *El país de los inquiranos* (1736-1737), de Johann Friedrich Bachstrom, y *El filibustero americano* (1742-1745), de Robert Pierot (tal es el seudónimo de su autor ignoto), habían aparecido ya críticas a aquello que presuponen las utopías: la represión de los afectos, el autocontrol excesivo, etc.

29 No es, por supuesto, una robinsoniada, sino una novela de educación, pero el *Emilio*, o *De la educación* (1762), de J.J. Rousseau, no puede dejar de ser mencionada en este contexto. Es sabido que el único libro que se le permite leer a Emilio es el *Robinson Crusoe*, por ser este “el único [...] que enseña todo lo que los libros pueden enseñar” (Rousseau, 1939: 210); “la forma más segura de crecer sin prejuicios y de acordar el propio juicio a la verdadera relación entre las cosas”, agrega Rousseau, “es ponerse en el lugar de un hombre aislado, y juzgar todas las cosas tal como, con arreglo a su utilidad actual, las juzgaría ese hombre” (*ibid.*: 214). Más allá de esto, con todo, la idea de aislar al niño de la sociedad para hacer de él un ciudadano feliz y autosuficiente es muy cercana al tipo de intereses que hay en el fondo de las novelas que, hasta aquí, hemos comentado.

propio interés en la novela –denostada, en el diálogo ficticio que compone dicho prefacio, por su amigo, un crítico ilustrado– remitiendo a la oposición (schilleriana) entre lo ingenuo y lo sentimental. “Sentimental”, dice Tieck, de manera harto vaga, es la época posterior a Rousseau; “ingenua”, en cambio, la anterior. En la época ingenua, se aclara, “no se conocían todas las necesidades que se han expresado [después]” (Tieck, 2006: 562).

El autor de *El gato con botas* se refiere, al decir esto, *grosso modo*, al individualismo moderno, cuya “emergencia”, en términos histórico-literarios, es en buena medida deudora de la obra autobiográfica de Rousseau: *Las confesiones* (publicada en 1770). Luego, dice el portavoz de Tieck que “debido a que aquella cándida crónica de la isla, y la vida del patriarca, así como los relatos de los habitantes y de los que llegan después, proceden de aquella época ingenua, [la novela] resulta [...] regocijant[e] e instructiv[a] para nuestro propio tiempo, que es confuso y disonante” (ibídem: 563). No lo menciona, pero Tieck parece tener en mente un concepto como el de *comunidad*, que, a diferencia del de *sociedad*, supone –según lo expresara por vez primera Ferdinand Tönnies–³⁰ un vínculo concreto, inmediato y solidario –y no abstracto, mediato y, en buena medida, interesado como en la sociedad de masas capitalista– entre un grupo de seres humanos.

Este sentimiento de nostalgia que motiva al poeta ficticio que habla por Tieck a intentar legitimar la reedición de la novela es lo que tal vez pueda incitar a reflexionar acerca de la “actualidad” de *La isla Felsenburg*. Es como si de la sociedad insular construida por Albert Julius, que es, vale aclararlo, reaccionaria y, bajo cierto punto de vista, totalitaria –por ejemplo, en lo que se refiere a la elección de pareja y

30 En su *Comunidad y sociedad*, de 1887.

de culto–, siguiera emanando, con todo, una candidez que –se puede suponer– se ha perdido irremediablemente en el mundo globalizado bajo la férula del capital. Es este, tal vez, el elemento que puede seguir resultando atractivo para el lector de nuestros días: más allá del propio valor histórico-literario de la novela de Schnabel, que permite entender el “ascenso” de la novela en Alemania y la lenta, aunque progresiva, conformación de la sociedad burguesa, lo que aún hoy –o, mejor: sobre todo hoy– atrae es el reflejo de un metabolismo feliz entre el hombre y la naturaleza, así como de una, también, feliz convivencia de los seres humanos entre sí, no mediada por el dinero ni lógica acumulativa alguna.

Martín Ignacio Koval

Tabla cronológica

1692. Nace Johann Gottfried Schnabel en Sandersdorf (Bitterfeld), en el seno de una familia de humildes pastores de la iglesia.

1694. Tras la temprana muerte de sus padres, fue adoptado, al parecer, por parientes.

1702. Completa sus estudios en la Escuela de Latinidad, en Halle.

1708-1712. Al lado del príncipe Eugenio de Saboya, Schnabel participó en las campañas a los Países Bajos, en el marco de la Guerra de Sucesión Española.

1724. Prestó su juramento cívico en Stolberg (Harz) y comenzó a servir en la corte: primero como barbero –oficio que había aprendido, además de estudiar medicina, aunque no se sabe dónde ni cuándo–, luego, también, como ayuda de cámara y agente de la corte. Hasta que, bajo el

mecenazgo de los condes de Stolberg-Stolberg, Schnabel pudo dedicarse a la escritura.

1731. Comienza a trabajar como editor de la *Colección Stolberg de Una Nueva y Curiosa Historia del Mundo*, de publicación semanal. Ese mismo año publicó, con enorme éxito, el Libro primero de la que sería su obra más importante, *La isla Felsenburg*. (Los siguientes tres libros aparecieron en 1732, 1736 y 1742).

1733. Murió su esposa, Johanna Sophie, con quien había tenido cinco hijos entre 1721 y 1731.

1736. Se publica su poco leída *Historia de la vida, las hazañas y la muerte del famosísimo caudillo Eugenio Francisco de Saboroya*.

1738. Aparece su novela galante *El caballero errante en el laberinto del amor*.

1744. Se presume que abandonó la corte condal.

1750. Publica la novela alegórica *El príncipe caído de la luna y luego ascendido de nuevo al sol de la felicidad, o Curiosa historia de Christian Alexander Lunari [...]*, redactada por Gisander, el mismo que ha editado la historia de Felsenburg.

Después de 1750, no se conoce documento alguno de o sobre Schnabel. En 1760, aparece registrado como fallecido, sin que se conozcan ni la localidad ni la fecha precisas de su muerte.

Bibliografía

Edición alemana original

Schnabel, J. G. (2006). *Insel Felsenburg*. Prefacio de Ludwig Tieck a la edición de 1828. Epílogo de Jürgen Jacobs. Stuttgart, Reclam.

Bibliografía secundaria

Allerdissen, R. (1975). *Die Reise als Flucht: Zu Schnabels 'Insel Felsenburg' und Thümmels 'Reise in die mittäglichen Provinzen von Frankreich'*. Fráncfort/M., Peter Lang.

André, C. C. (1788-1789). *Felsenburg, ein sittlich-unterhaltendes Lesebuch, vol. 1*. Gotha, Ettinger.

Becker, F. K. (1911). *Die Romane Johann Gottfried Schnabels*. Bonn, Foppen.

Biesterfeld, W. (1982). *Der literarische Utopie*. Stuttgart, Metzler.

Brügemann, F. (1914). *Utopie und Robinsonade. Untersuchungen zu Schnabels Insel Felsenburg (1731-1743)*. Duncker, Weimar.

Defoe, D. (2007). *Robinson Crusoe*. Nueva York, Oxford U. Press.

Fischer, B. (1987). "Der moralische Naturzustand und die Vernunft der Familie. Eine Studie zu Schnabels Wunderlichen FATA". En *DVjs*, vol. 61, nº 1, 67-88.

- Grohnert, D. (1997). *Aufbau und Selbsterstörung einer literarischen Utopie*. Edición por encargo de la Sociedad Johann Gottfried Schnabel. Mörlenbach, Röhrig.
- Haken, J. C. L. (1805). *Bibliothek der Robinsone*. In *zweckmäßigen Auszügen vom Verfasser der grauen Mappe*, vol. 1. Berlin, Unger.
- Hazard, P. (1998). *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Marías, J. (trad.). Madrid, Alianza.
- Jacobs, J. (2006). "Nachwort". En Schnabel, J. C., *Insel Felsenburg*, pp. 593-696. Stuttgart, Reclam.
- Lukács, G. (2011). *Escritos de Moscú. Estudios sobre política y literatur*. Koval, M., Vedita, M. (trad.). Buenos Aires, Gorla.
- Marx, K. (1980). "Introducción". En Tula, J. (ed.), *Contribución a la crítica de la economía política*, pp. 281-314. México D.F., Siglo XXI.
- Meid, V. (2009). "Der niedere Roman nach Grimmshausen". En *Die deutsche Literatur im Zeitalter des Barock. Vom Späthumanismus zur Frühaufklärung 1570-1740*, pp. 636-682. München, Beck.
- _____. (1989). "Capítulo III. Literatura del Barroco". En Beutin, W. et al (ed.), *Historia de la literatura alemana*. González, M. J., Haus, B. B. (trad.), pp. 99-138. Madrid, Cátedra.
- Moritz, K. P. (1999). *Werke in zwei Bänden*. Fráncfort/M., Deutscher Klassiker.
- Müller, G. (1989). *Gegenwelten. Die Utopie in der deutschen Literatur*. Metzler, Stuttgart.
- Neville, H. (2014). "La isla de los Pines". En Margarit, L., Montes, E. (comp.), *Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII*, tomo I, pp. 70-114. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Roetzer, H. G., Siguán, M. (2012). "Ilustración". En *Historia de la literatura en lengua alemana. Desde los inicios hasta la actualidad*, pp. 89-114. Barcelona, UBE.
- Rousseau, J.J. (1939). *Émile, ou De l'éducation*. París, Garnier.
- Saage, R. (1989). "Utopia als 'irdisches Paradies'. Zu Johann Gottfried Schnabels 'Insel Felsenburg'". En *Utopie*, vol. 97 y 98, 118-129.
- Schnabel, J. G. (1736). *Insel Felsenburg*, vol. III. Nordhausen, Johann Heinrich Groß.
- Watt, I. (1962). *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. Berkeley, University of California.

Acerca de la traducción

En esta primera traducción al español de *La isla Felsenburg* hemos tomado como referencia la edición crítica alemana a cargo de Volker Meid e Ingeborg Springer-Strand (Reclam, 2006), que cuenta con el prefacio de Ludwig Tieck, arriba mencionado. En lo que a nosotros respecta, hemos decidido no incluir este prefacio, ya que Tieck aborda allí temas que no refieren de manera directa a la novela y que pueden resultar superfluos o tediosos para un lector no avezado en la literatura del siglo XVIII. La versión original del Libro primero de *La isla Felsenburg*, resta decir, fue publicada en un único tomo; no obstante, aquí hemos dividido la novela en dos tomos, a fin de que su lectura resulte más cómoda.

La isla Felsenburg

Wunderliche
FATA
einiger
See = Sahrer,
absonderlich
ALBERTI JULII,

eines gebornen Sachsen,
Welcher in seinem 18^{ten} Jahre zu Schiffe
gegangen, durch Schiff-Bruch selb 4te an eine
grausame Klippe geworffen worden, nach deren Übersteigung
das schönste Land entdeckt, sich daselbst mit seiner Befährtin
verheiratet, aus solcher Ehe eine Familie von mehr als
300. Seelen erzeugt, das Land vortreflich angebauet,
durch besondere Zufälle erstaunens-würdige Schätze ge-
samlet, seine in Teutschland ausgehendschaftten Freunde
glücklich gemacht, am Ende des 1728sten Jahres, als in
seinem Hunderten Jahre, annoch frisch und gesund gelebt,
und vermuthlich noch zu dato lebt,

entworfen

Von dessen Bruder: • Sohnes • Sohnes • Sohne,

Monf. Eberhard Julio,

Curieuses Lesern aber zum vermuthlichen
Gemüths-Vergnügen ausgefertiget, auch per Commission
dem Drucke übergeben

Von

G I S A N D E R N.

W O R T S C H A F T,

Bei Johann Sennrich Groß, Buchhändlern.

Anno 1731.

Extraños
h e c h o s
de algunos
navegantes,
en especial, de

ALBERT JULIUS,
un sajón de nacimiento,

Que se embarcó a los dieciocho años, y, por un naufragio, fue el cuarto en ser arrojado a un horrible peñasco, luego de trepar el cual descubrió la más bella tierra, y se unió en matrimonio allí mismo con su compañera de viaje, a partir de lo cual crió una familia de más de trescientas almas, cultivó el país de forma excelente, reunió, por particulares azares, tesoros dignos de asombro, hizo felices a sus amigos, a los que mandó buscar a Alemania, y, al final del año 1728, a sus cien años, aún se hallaba vivaz y sano, siendo de suponer que viva hasta la fecha.

Ha sido concebida
por su sobrino bisnieto, el señor
EBERHARD JULIUS,
y diagramada para el posible
deleite de los lectores curiosos, y, además,
mandada a imprimir por encargo

de

G I S A N D E R .

NORDHAUSEN,

Impreso en la librería de
Johann Heinrich Groß.

Año 1731.

Prefacio

¡Benévolo lector!

En las hojas que siguen a continuación te será expuesta una historia que, si no eres un enemigo declarado de este tipo de cosas, y no has llenado tu cabeza de aversión y prejuicios al leer el título, te regocijará el alma, sin dudas, por momentos o todo el tiempo, con lo que en cierta medida te verás recompensado por el poco esfuerzo que te requerirá su lectura y hojear.

Mi propósito no es, por cierto, convencer con razones a alguno que otro de que esta obra sea un cuerpo estatal particularmente inspirado y expuesto en mi estilo alto alemán; sino que dejaré que cada cual juzgue por sí mismo su valor, y si, por mi parte, no salgo muy favorecido de esto, tan solo comentaré:

Haud curat Hippoclides.¹

1 Según cuenta Heródoto de Halicarnaso (484-435 a. C.) en el Libro VI de sus *Historias*, Hipócrides, hijo de Tisandro, pretendía en casamiento, al igual que otros, a una hija de Clístenes. Pero como en un banquete aquel danzó de forma torpe y deshonesto delante de Clístenes, esta le anunció que no lo dejaría casarse con su bella hija. La respuesta de Hipócrides fue: "No le dé cuidado a eso Hipócrides", queriendo decir con ello que a él le daba lo mismo.

O, en alemán:

Decid lo que queráis de mí y de Julius, el sajón.

No ha de salirme ninguna cana por ello.

Mas, lamentablemente, he oído ya a algunos que echan una mirada, razonan y preguntan: ¿Qué hay, compatriota? ¿Se puede confiar en que tu historia no se compondrá de meras poesías, de juegos y bromas a la manera de Luciano,² de astillas sueltas de robinsoniadas, y otras cosas por el estilo? Hay cada vez más y más escritores que les quieren hacer las narices a los lectores curiosos, y no solo las que ya tienen en sus cabezas, sino también otras: chicas, medianas y grandes.³

¿No hay que tener una fe fuerte como un árbol cuando se desea meter la trinchada isla del señor Von Lidio, en tanto que verdad, en el horno de su conciencia física?⁴ ¿Quién no se ha de asombrar mucho más del escritor P. L. que del mismo pobre solitario Philipp Quarll, en la medida en que el primero se esfuerza muy en particular por poner su fábula, que solo reluce para los sonámbulos, bajo la protección del

2 Alusión a la *Historia verdadera*, del escritor sirio Luciano de Samosata (125-181 d. C.). Se trata de una novela paródica que tematiza –por primera vez en la historia de la literatura– el viaje al espacio, y que se burla de las novelas de aventura contemporáneas.

3 La expresión "jemandem eine Nase drehen" puede ser traducida como: "hacerle a alguien las narices" (es decir, burlar a alguien) o "dejar a alguien con un palmo de narices" (es decir, chasquearlo, privándolo de lo que esperaba recibir).

4 Referencia jocosa a la inverosímil robinsoniada de Michael Fleischer († 1756): *Los maravillosos y asombrosos sucesos del señor Von Lidio, que contienen sus hechos casi increíbles e inauditos. En especial, cómo fue arrojado por una atroz tormenta a una isla deshabitada y pasó en ella seis años sin ayuda ni compañía de nadie. Y cómo, al fin, tras ser esta sacudida por un terremoto que le arrancó de cuajo de su fundamento, fue empujado, arriba de un trozo de isla, hacia la tierra firme de África, donde los bárbaros lo atraparon [...]*. La novela fue publicada en Fráncfort y Leipzig en tres partes, entre 1730 y 1734.

señor Dorrington, con humildes y sumisas lisonjas, como una ardiente antorcha histórica de la verdad?⁵ La historia de Joris o Georg Pines ha mantenido desde 1667 su certificado de nacimiento y sus credenciales, pero después de que un anónimo pretendió haberla traducido del inglés y evocado en alemán, como si se tratara de mezclar un plato de churcut con grosellas, ha resultado tal olla podrida⁶ que en el fondo del gran caldo ya no se puede hallar el trozo de verdad, pues se ha cocido tanto que se ha hecho puré.⁷ ¿A qué se debe, pues, que cualquiera que no haya leído ya esta historia en otros libros la tome como una mera ficción y descarte, así, tanto lo bueno como lo malo? Piénsese, además, en el casi incontable número de aquellas robinsoniadas –y otras historias de vida– de casi todas las naciones, que, casi en su mayoría, añaden los epítetos: “verdadera”, “asombrosa”, “espantosa”, “jamás contada”, “incomparable”, “inaudita”, “impensable”, “maravillosa”, “admirable”, “insólita”, y otros por el estilo, de modo que no pocas veces se querría hacer llamar al señor Ulrico,⁸ en tanto expulsor de lo asqueroso. Más aún cuando en tales escritos se hallan tullidas sátiras, un viento miserable, masticados tratados de moral,⁹ bocadillos

5 Alusión a la robinsoniada inglesa *El ermitaño inglés, o Los maravillosos sucesos y extrañas desgracias de un inglés llamado Philip Quarll, quien fue hallado hace no mucho por un comerciante de Bristol, de nombre Dorrington, en una isla deshabitada en el Mar del Sur, en la que aquel pasó unos cincuenta años y en la que aún se encuentra, sin querer regresar a su patria*. Apareció en 1727. Fue traducida al alemán y publicada en Hamburgo, en 1728. El prefacio lo firma un tal P. L.

6 Plato español que contiene carne, tocino y legumbres, jamón, aves, embutidos y otras cosas suculentas.

7 En junio de 1668 apareció en Londres *La isla de los Pines*, de Henry Neville. En su primera versión, se trató de un panfleto de no más de nueve páginas. En 1726, empero, dio lugar a una imitación anónima, escrita en alemán, de más de cuatrocientas: *Verdadera y sorprendente historia de la vida de Joris o George Pines, oriundo de Dublín, Irlanda* [...].

8 “Llamar a Ulrico” (“*Ulrich anrufen*”): expresión coloquial para “devolver, vomitar”. El nombre “Ulrich” funciona a partir del siglo XVI y, sobre todo, en el sur y oeste de Alemania, burlescamente, como onomatopeya del ruido que hace una persona al vomitar.

9 Alusión a la obra *Moralía*, el tratado de moral y de costumbres de Plutarco (45 o 50-120 d. C.).

de vicios azucarados y, a menudo, no más de seis rectos o verdaderos sucesos históricos. Pues...

¡Detente, amigo! ¿Qué tengo yo que ver con tu justo o injusto afán? ¿Creíste que yo haría un prefacio por esta causa? No, de ningún modo. ¡Con permiso! Sin dudas has de haber oído o leído el proverbio de un hombre muy famoso: “A muchas cabezas, muchos sentidos”.¹⁰ Tan solo el querido don nadie puede contentar a todos. Lo que a ti no te gusta, tal vez lo alaben diez, o cien o aún más. Todos aquellos que tú has criticado ahora, habrán tenido una intención especialmente buena, que tú y yo hemos de adivinar, en primer término. Quisiera agregar aún mucho en su defensa, pero quién sabe si me mereceré su gratitud con mi ingenuidad. Más allá de esto, dado que tal vez estos autores sean más inteligentes y hábiles que tú y yo, ya tendrán ellos oportunidad de defenderse, si es que el esfuerzo vale la pena.

Pido el favor y el permiso de preguntar: ¿Por qué, por culpa de tales o cuales hombres porfiados, que solo desean leer puras verdades, han de escribirse tan solo tales historias en las que hasta el detalle más nimio se ha de apoyar en un solemne juramento? ¿Por qué, pues, una ingeniosa ficción, en tanto *lusus ingenii*,¹¹ ha de resultar tan desdeñable y condenable? Si no me equivoco, incluso los señores teólogos apuntan que también en la santa Biblia pueden hallarse tales ejemplos y hasta libros enteros. *Sapienti sat*.¹² Yo opino que lo mejor es no acosar aquí a los políticos: que estos escriban y lean lo que quieran, por más que no sea, particularmente, favorable para el bien común; alcanza con que no lo perjudique o dañe.

10 Se trata de un modismo de origen latino. Aparece en autores como Terencio u Horacio. Se lo aplica en toda situación de la que no puede deducirse un sentido unívoco.

11 “Juego de ingenio”.

12 “Con eso basta para los entendidos”.

Pero ¿a dónde he de llegar? ¿He de llevarte casi a pensar a ti, benévolo lector, que la presente historia no sería más que pura ficción? ¡No! Esta no es, en absoluto, mi opinión; sin embargo, nadie me obligará a jurar que la misma sea pura verdad. Permite que abuse aún un poco de tu paciencia: verás que estos diversos hechos de navegantes han llegado de modo casual a mis manos, para que dé cuenta de ellos:

Cuando, al comienzo de este año que ya casi ha concluido, mis asuntos personales me obligaron a hacer un viaje bastante largo en el coche regional, conocí en cierta ocasión a un literato que se comportaba de un modo muy decoroso. Todo el día, en el coche, hablaba y trataba de manera excelente con los demás, pero después de que, por la noche, terminábamos de comer, debíamos darle una lámpara para él solo, con la que se separaba del grupo y se sentaba en otra mesa, donde leía siempre unos escritos que llevaba atados en un paquete y que rara vez perdía de vista. Su bolsa se hallaba formidablemente llena, y yo, que por aquel entonces debía calcular con exactitud mis gastos, me beneficié enormemente de su generosidad, que él, en tanto enemigo del parasitismo, supo emplear con mucha gracia. Llegué a pensar que este hombre debía ser o un gran capitalista, o un adepto,¹³ ya que tenía consigo muchas monedas de oro y a menudo, al hablar, delataba, además, su particular amor por la alquimia.

Cierto día, este buen hombre fue el primero en complacer al postillón –que ya tocaba su corneta para la partida– de subir a toda prisa al coche, mientras que yo, junto a dos mujeres y otros tantos empleados de comercio bebíamos aún un vaso de vino en la puerta de la casa de huéspedes. Sin embargo, fue tan desgraciado que se cayó al suelo, y como los caballos de recambio se turbaron, fue aplastado

13 Es decir, un iniciado; por ejemplo, como en este caso, en los arcanos de la alquimia.

de súbito por dos ruedas, de modo que hubo de ser llevado de nuevo, medio muerto, a la hospedería.

Yo dejé partir la posta y me quedé junto a este muy dolorido paciente, el cual, tras animarse un poco hacia la medianoche, preguntó en seguida por su paquete de papeles, y, tan pronto como se lo hubieron alcanzado, me dijo:

—¡Señor! Tomad y cuidad este paquete: tal vez el Cielo os dé una dicha que yo ya no he de vivir.

A esto, pidió que se le dejara a solas con el religioso que se hallaba presente en la casa, con quien asesoró bien su alma, trocando por la mañana el mundo terrenal por el eterno.

En mi imaginación, había heredado yo el vellocino dorado de manos de este otro Jasón,¹⁴ y creí ser un poseedor de los más seguros arcanos alquímicos. ¡Muy errado! Pues, por decirlo brevemente, en el paquete no hallé más que la historia manuscrita de Albert Julius y todo lo que el señor Eberhard Julius había añadido para explicarla, para luego enviársela por correo a este desdichado pasajero.

Si bien mi esperanza de convertirme en poco tiempo en un dichoso alquimista y en un hombre rico se vio muy traicionada, al leer estas cosas hallé distintos pasajes con los que mi ánimo se regocijó bastante. Y cuando encontré en el paquete la llamativa correspondencia del tan infeliz literato con el señor Eberhard Julius mismo, el señor G. v. B. de Ámsterdam y, también, con el señor H. W. W. de Hamburgo —que los tres mantuvieron a causa de esta obra durante un tiempo— se encendió en el acto una gran avidez en mí por meter mano yo mismo en esta historia, ordenarla lo más posible, y, luego, mandarla a la imprenta, más allá de que esto fuera muy, poco o nada importante para uno o para el

14 En el famoso episodio de la mitología griega, Jasón viaja con los argonautas a la Cólquida y obtiene el vellocino de oro gracias a la ayuda de Medea, la hija del rey Eetes. El vellocino de oro era el vellón o zalea del carnero alado Crisómalo.

otro, pues mi conciencia me aconsejó no ser negligente y no ocultar estas cosas. Varias semanas después, cuando la suerte me condujo de forma inesperada a Hamburgo, conocí pronto al señor W., y le conté todo lo que le había sucedido al accidentado pasajero, así como que él mismo, antes de su fin, me había confiado ciertos escritos; y fui animado en mi propósito por este hombre honorable, con todo tipo de ideas y persuasiones. Además, me aseguró de la exactitud de esta historia, por medio de muchas pruebas y me instruyó acerca de cómo debía comportarme en la edición de la misma.

Aquí ya ves, lector, que he llegado a realizar este trabajo, como aquel otro a la bofetada, y te das cuenta de que mi conciencia no está tejida por una araña, ya que a este asunto que, por muchas razones, comprueba ser verdadero y no fabuloso, yo, con todo, no lo presento sino de forma tal que cualquiera pueda creer de ello lo que le plazca. Por lo demás, espero que todos se sientan satisfechos con mi generosidad.

A fin de decir, aún, alguna pequeña cosa acerca de lo que se suele presentar en los prefacios, no he de negar que este sea el primer trabajo de este tipo que mando a imprimir en mi muy querida lengua alemana materna. Así que no tomes a mal a este joven novato, si este presenta tan libremente a la vista su primera obra, sin hacerla pasar, empero, por una pieza maestra irreprochable.

En muchos pasajes habría podido y querido mejorar bastante el estilo, pero se me exigió apurar la edición. Otros asuntos importantes no me dejaron tiempo para pasar en limpio el borrador, y habría podido ser más engorroso si se lo enviaba a un copista. Hacer aquí y allí tachaduras, arreglos y marcas en demasía; añadir notas y cosas por el estilo: todo esto, me pareció muy peligroso, pues qué de maldiciones no me habría lanzado por ello un tipógrafo impaciente, que yo, por mi parte, me hubiera tomado muy a pecho.

Ya antes de poner en cierto orden las muchas historias, supe cuánto esfuerzo me costarían los muy variopintos escritos de Eberhard Julius quoa formam.¹⁵ En relación con esto, un buen amigo mío me ha reprochado el haberlos entretrejado en demasía, siguiendo el modelo de algunos novelistas. Mas es útil saber que es el señor Eberhard Julius mismo quien ha cortado el vestido de tal forma, y que yo he tenido justos reparos en oponerme a su buena confección y en criticar su obra sin razón. Más bien, pienso que es mi deber el dar a conocer su obra en su nombre. Por lo demás, pienso, y lo mantengo así, que la mayor parte de los lectores se divertirán tanto más por ello. También el postillón a veces se desvía, y, sin embargo, ningún pasajero se burla por ello, con tal de que el coche no se quede varado o vuelque, y aquel lo regrese luego a su vía.

Por cierto, en esta oportunidad también debería pensar si, en tanto recluta del regimiento de los señores escritores, habría yo de presentarme ante el (con reserva del título correcto) muy honorable y muy figón del señor Momo y, en no menor medida, de su amigo íntimo, el señor Zoilo,¹⁶ en la próxima revista de tropas, mostrando los dientes con grandeza española o con sumisión polaca. Pero, como el tiempo –y todo lo demás– que se emplea a causa de estas cosas que llevan a la confusión lo considero infamemente podrido, no quiero decir una sola palabra más en su contra, sino que me lo guardaré para mí.

Si, en cambio, benévolo lector, recibes de buen grado el trabajo y empeño con los que he contribuido a esta obra, ten por cierto que hay en mi humilde persona un ánimo tal

15 En cuanto a la forma.

16 En la mitología griega, Momo es la personificación del sarcasmo, las burlas y la agudeza irónica. Es el dios de los escritores y poetas, un espíritu de inculpação malintencionada y crítica injusta. Zoilo (400-320 a. C.) fue un filósofo y crítico literario que pasó a la posteridad como crítico de los poemas homéricos.

que vivirá esforzándose por responder con eterna gratitud la más humilde apariencia de un reconocimiento. Lo que a esta obra aún le falta para quedar completa será añadido tan pronto como sea posible, si es que el Cielo no acorta ni mi vida ni mi salud ni todo lo que se requiere para ello. Hasta preferiría dejarme convencer y que el próximo verano me saquen de la manga una curiosa novela de soldados,¹⁷ para lo cual varios valientes oficiales ya me han entregado algunos materiales –y prometieron continuar haciéndolo–. Tal vez, alguno halle en ello cosas aún más amenas que en la presente obra.

Se me ha de absolver, bondadosamente, de todos los posibles errores de impresión que se deslicen en el texto, ya que la imprenta se halla muy lejos del sitio en el que yo estoy; con todo, espero que el muy delicado señor impresor se esfuerce tanto más por evitarlos. Por fin, pido que no me tomen a mal las bromas que he dejado pasar en este prefacio, ya que tengo buen humor, aunque no siempre. Pues bien, benévolo lector, no tengo más nada para decir, salvo que, en cuanto a mi persona y condición, siempre sigo siendo

2 de diciembre de 1730
Tu
servicial
Gisander

17 En el prefacio a la tercera parte de *La isla Felsenburg* se dice que esta obra aparecerá para la feria de otoño de 1736. En su lugar, Schnabel publicó en 1738 su novela *El caballero errante en el laberinto del amor*, en la que se intercalan partes de aquella planeada historia de soldados.

Extraños hechos de algunos navegantes

Libro primero

La pregunta de si se debe prever una fatalidad particular en aquellos niños nacidos cuando se presentan eclipses solares o lunares en el firmamento se la dejaré a los eruditos de la naturaleza y daré inicio a la historia que me he propuesto contar de este modo: le informo al benévolo lector, como algo curioso, que yo, Eberhard Julius, vi la luz de este mundo el 12 de mayo de 1706, justo cuando el famoso eclipse de sol llegó a su grado más alto y horrible. Mi padre, que era un comerciante próspero y que aún no había llegado a vivir un año entero de casado con mi madre, a causa del doble sobresalto, habría llegado casi a desesperar; sin embargo, cuando, poco después, tuvo el placer de ver a mi madre bastante vivaz y alegre, y de besarme en tanto su sano tierno primogénito, no cupo en sí –según me contaron– de alegría.

Tengo reparos en darles aquí mucha importancia a aquellas bagatelas que ocurrieron en los primeros años de mi infancia entre mis padres, jóvenes desposados, y yo, que era el primer fruto de su amor. ¡Sea! Si bien fui criado algo tiernamente, con todo, lo fui a la manera cristiana y regular.

Mas como desde pequeño quisieron que me dedicara al estudio, no carecía para nada de eruditos y, por lo general, hábiles maestros, cuya leal supervisión, junto a mi incansable afán, ocasionaron tanto como que, por consejo de muchos hombres experimentados que me hubieron examinado, pudiera viajar, a mis diecisiete años, a saber, para las Pascuas de 1723, junto a un buen mentor, a la Universidad de Kiel. Me decidí por el derecho, no tanto por inclinación propia, sino por deseo de mi madre, que era la hija de un destacado abogado. Pero un duro destino no me dejó disfrutar por largo tiempo los frutos del regocijo que a ella le causaban mis grandes progresos, ya que un año después me llegó la dolorosa noticia de que mi querida madre había muerto el 16 de abril de 1724, al igual que el fruto de su embarazo. Mi padre, por cierto, me pidió que regresara a casa por algunas semanas, para su consuelo, pues, como me dijo por escrito, ni mi única hermana ni otros parientes podían darle algo de alivio a su dolor. Pero como yo le respondí que por esta época se reiniciaban todas las materias, con lo cual, no solo me perdería de mucho, sino que, además, abriría aún más nuestras heridas del corazón –en lugar de sanarlas–, mi padre me permitió quedarme medio año más en Kiel, y me envió además doscientos ducados en efectivo. Transcurrido este plazo, empero, debía volver a casa, pasar el invierno con él y, luego, visitar la galante Leipzig, para terminar allí mis estudios en la primavera. Su voluntad me sirvió de modelo de conducta, pues no perdí el tiempo que me quedaba en Kiel y cultivé mis estudios en la medida en que me fue posible; hacia el día de San Martín,¹ con todo, provisto con los más excelentes dictámenes de mis profesores, viajé a casa. Fue una gran alegría encontrar a mi caro padre y querida hermana, junto a otros parientes y buenos amigos, en la más

1 11 de noviembre.

completa dicha. En mi caso, empero, la pérdida de la madre le puso un gran coto a la alegría. Para decirlo brevemente: ni una sola diversión a la que me invitaran mi padre u otros amigos pudo sacarme la melancolía enraizada en mi cerebro. De modo que me refugié en los libros y busqué en ellos la alegría perdida, que no pocas veces me fue posible hallar.

Mi padre en parte se apenó y en parte se alegró por mi suave conducta, y resolvió mandarme pronto, haciendo caso a mi pedido, sin celador o, como se lo llama a menudo, preceptor, con trescientos florines y una letra de cambio por un valor de mil táleros, a Leipzig, en donde arribé, felizmente, el 4 de marzo de 1725.

Aquel que conozca tan solo un poco la naturaleza de este sitio tan famoso en el mundo entero me creará fácilmente si le digo que un joven con tanto dinero contante hallará allí todo tipo de placenteras distracciones. Mas mi ánimo seguía siempre muy triste, salvo cuando frecuentaba mis clases y cuando, en mi sala de estudio, dialogaba con los muertos.

Un cierto coterráneo mío, el señor H., se dio cuenta en seguida de mi sufrimiento, debido a que era un médico que ya estaba extendiendo su mano, con mucha razón, para alcanzar el título de doctor. Así que en una ocasión, de forma muy familiar, me dijo:

—Mi querido compatriota, sé muy bien que no tiene usted la menor razón en el mundo para amargarse, más allá de la pérdida de su difunta madre. No obstante, en tanto hombre racional, no debiera afligirse tanto y por tanto tiempo por esta causa. Primero, porque se halla usted seguro de su beatitud; segundo: porque aún tiene usted un padre del que puede esperar todo lo que habría podido esperar de él y su madre juntos. Callaré por ahora otros motivos. Pongo mi cabeza en garantía de que su depresión resulta de una mala disposición de su sangre, por lo que,

de corazón, le recomiendo el uso de algunos remedios, y que luego se haga una sangría de varias onzas. Así –exclamó–, en dos semanas hemos de charlar entre nosotros con un tono muy distinto.

Este consejo no me pareció para nada insensato, de modo que lo seguí de forma cabal, y en pocos días me sentí de mucho mejor humor y más tranquilo que antes, cosa que fue muy del agrado de mis amigos, y tanto más para mí. Asistí, pues, a algún que otro festín, y yo mismo ofrecí uno; fui de paseo a los pueblos de alrededor... En breve: tomé parte en todo lo que suelen hacer los muchachos honestos que no se exponen. Con todo, no puedo negar que tales amenidades se veían cortadas a menudo por unas ansiosas palpitaciones. La causa de las mismas era aún, por cierto, una plétora de sangre. Era como si mi corazón quisiera prevenirme de antemano de que me aguardaba una particular desgracia, lo cual ocurrió tras pocos días. Y fue durante los primeros días de la semana de fería que yo hube de saberlo, cuando recibí la siguiente carta de mi padre:

5 de abril de 1725

Hijo mío:

¡No os asustéis! Más bien, soportad vuestro desgraciado destino y el mío con magnánimo sosiego, ya que, lamentablemente, en estas líneas habéis de saber por mí mismo que la falsa fortuna, con tres golpes fatales, ha acabado con mi reputación y mi bienestar; en fin, con todo lo mío. ¿Cómo y de qué forma, os preguntáis? Habéis de saber que mi socio ha caído en bancarrota por un valor de dos toneles de oro; que el barco que, equipado a mi propio costo, volvía de las Indias Orientales, fue saqueado por los piratas y que, al fin, para hacer completa mi ruina, la caída de las acciones me hizo perder, tan solo a mí, cin-

cuenta mil táleros contantes. No quiero escribiros más al respecto, porque se me entumescen las manos. No bien recibáis esta carta, haced que el señor H. os pague en Leipzig esta letra de cambio por un valor de dos mil florines franceses. A vuestra hermana la he enviado a lo de su prima, en Estocolmo, con igual cantidad de dinero y sus mejores cosas. Yo, por mi parte, me iré con lo poco que tengo de aquí, a fin de encontrar, o bien en las Indias Orientales o bien en las Occidentales, mi dicha perdida o la muerte. En Hamburgo, en lo del señor W., tal vez recibáis con el tiempo cartas en las que os cuente cómo me ha ido. Vivid bien, compadeceos del infeliz destino de vuestro leal padre, cuya honradez y muy fuerte apuesta e imprudencia les han provocado esta desgracia a él mismo y a sus piadosos hijos. Con todo, persisto en la esperanza de que Dios no nos abandonará del todo, ni a vosotros ni a mí.

Vuestro padre,
que os será fiel hasta la tumba,
Franz Martin Julius

Después de leer esta carta, caí hacia atrás, como tocado por un rayo, en mi cama, y yací más de dos horas inconsciente. Todo ese día y la noche que lo siguió los pasé en la mayor desesperación, sin tomar ni comer nada. Pero cuando se hizo de día, se calmó en algo el impetuoso mar de mis pensamientos. Hice mi oración matinal con gran recogimiento, y, luego de una maitinada, también canté esto: “Dios lo compondrá”,² etc. Luego, abrí la Biblia, y mis ojos se posaron en seguida en el Salmo 127 de David,³ que me

2 Canción de Ernst Stockmann. Fue publicada por primera vez en 1701.

3 “La prosperidad viene del Señor”. La primera estrofa completa dice: “Si el Señor no edifica la casa,

conmovió mucho. Luego de pensar devotamente y sin falsedad sobre esto, volví a abrir la Biblia y, sin esperarlo, hallé las palabras del Proverbio 10: “La bendición del Señor es la que enriquece”, etc.⁴

Al leer esto, se me pusieron los ojos llorosos, y mi boca pronunció estas palabras:

–Dios mío, yo no pido, por cierto, ser rico en bienes terrenales, ni tampoco me aflijo por lo que se ha perdido; tan solo Te pido que, si quieres, me lleves a tal condición en la que pueda siempre fomentar tu honra, servir al prójimo, conservar pura mi conciencia, vivir de manera respetable y morir con beatitud.

En ese preciso instante me vino a la mente la idea de cambiar de profesión y escoger, en lugar de derecho, teología: es por ello que recogí mi dinero, puse dos partes del mismo en préstamo, y, con el resto, tenía la intención de dirigirme a la Universidad de Wittenberg. No obstante, el súbito ataque de una intensa fiebre me impidió llevar a cabo mi propósito arrebatado, pues apenas había tenido tiempo de cambiar mi letra en lo del señor H., y de arreglar un poco mis asuntos, cuando me vi impelido a guardar reposo y a mandar a buscar un famoso médico y una enfermera. Aquellos de entre mis compatriotas que tenían algo de dinero no se preocuparon en lo más mínimo por mí, tras conocer lo que le había sucedido a mi padre; en cambio, un pobre y honrado estudiante que también era coterráneo mío, se quedó casi día y noche a mi lado, y, en honor suyo, debo decir que en los servicios que me prestó en esa ocasión sentí más amor y lealtad que interés. Mi deseo es buscarlo algún día, y poder mostrarle mi gratitud.

/ en vano trabajan los que la edifican; / si el Señor no guarda la ciudad, / en vano vela la guardia”.

4 Proverbios 10, 22: “La bendición del Señor es la que enriquece, / y Él no añade tristeza con ella”.

Mi enfermedad duró, para mi gran fastidio y, sin embargo, aún mayor fortuna, hasta la tercera semana, cuando me habitué de nuevo a soportar el aire libre, por lo que iba un par de veces al día a pasear a un agradable rosal con mi honesto compatriota, si bien volvía en seguida a casa, guardando, además, tanto orden al comer y beber como me pareció aconsejable para restablecer por completo mi salud. Pues ni pensaba en llegar a Wittenberg como paciente o a medio curar.

Dios, empero había decidido que ni mis estudios religiosos, ni mi planeado viaje a Wittenberg llegaran a concretarse, ya que varios días después, tras hacer mi caminata hasta la iglesia –a modo de primera salida–, y hacer aún mi oración matinal, el cartero golpeó a mi puerta. Le abrí y me entregó una carta que yo recibí con manos temblorosas, y en la que hallé asentado lo siguiente:

21 de mayo de 1725

Señor:

En tanto han sido escritas por una mano que no es de su familia y que es extraña para usted, estas líneas han de causarle mucha sorpresa. Mas, en tanto estudiante, tal vez pueda comprender mejor que otros ignorantes de qué modo tan incomprensible dispone Dios, a veces, el destino de los mortales. Yo –el abajo firmante– soy alemán de nacimiento, pero me hallo ahora, en tanto capitán de navío, al servicio de Holanda. He llegado hace pocos días a su ciudad natal, con la intención de encontrar aquí a su señor padre, al que pensaba darle en persona una de las noticias más lucrativas del mundo; solo que, para mi más grande pesar, hube de enterarme, no solo de su

infortunio, sino, además, de que acababa de embarcarse hacia las Indias Occidentales. Más allá de esto, estoy obligado, por solemne juramento, a confiarle, señor Eberhard Julius, en tanto su único hijo, un secreto tal que verá usted recompensados en más que el doble los daños sufridos por su padre, y que, tal vez, pueda hacer dichosos tanto a usted como a sus descendientes, hasta el final de sus vidas.

Le vuelvo a asegurar, señor, que bien puedo imaginarme todos los pensamientos que le vendrán a la mente a causa de esto, pero le pido fervorosamente que despeje cualquier obstáculo del camino, y que viaje a toda prisa a Ámsterdam, para que a más tardar el día de San Juan Bautista pueda estar allí.⁵ El 27 de junio, si Dios quiere, partiré hacia las Indias Orientales. Pero si ya no me encuentra, ha de requerir usted una carta lacrada de mi mano que dejaré yo mismo en lo del banquero G. v. B., tras lo cual podrá usted tomar las medidas pertinentes. Mas temo que sus importantes asuntos se dilaten en demasía, y que no puedan llegar a buen término si usted se pierde la posibilidad de hablar conmigo personalmente en Ámsterdam, en la casa de la Compañía de las Indias Orientales,⁶ donde me hallo a diario y soy

5 El 24 de junio.

6 La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC, por sus siglas en neerlandés) se fundó el 20 de marzo de 1602, cuando los Estados Generales de los Países Bajos le concedieron un monopolio para realizar actividades coloniales en Asia. Fue la primera corporación multinacional en el mundo. Poseía poderes cercanos a los de un gobierno, incluyendo la potestad de declarar la guerra, negociar tratados, acuñar moneda y establecer colonias. Dado el volumen de sus actividades comerciales y coloniales, tuvo, al igual que su versión británica, gran importancia en el impulso inicial del capitalismo. Durante los siglos XVII y XVIII, el Océano Índico y, en particular, el archipiélago de Indonesia, donde operaban los neerlandeses, se convirtió en escenario habitual de conflictos armados con británicos y portugueses, tal como queda reflejado más adelante en *La isla Felsenburg*. La VOC se disolvió en 1800, tras declararse en bancarrota.

muy conocido. En fin, vuelvo a recomendarle amistosamente que apresure su viaje –y se lo digo por su propia felicidad terrena–; lo encomiendo, pues, a la bondadosa mano de Dios.

*Votre valet*⁷

Leonhard Wolfgang

P.D.: A fin de que el señor Julius no tenga motivos para dudar de mi citación, adjunto aquí una letra de cambio por ciento cincuenta ducados, dirigida al señor S. en Leipzig, y que han de usarse para los gastos de viaje.

Estimo que no costará mucho convencer a alguien de que, tras leer esta carta, me quedé sentado en mi silla un buen tiempo como soñando. ¡Sí! Puedo asegurar que esta nueva noticia, tan lucrativa para mí, me produjo casi la misma conmoción en el ánimo que la de la desgracia de mi padre. Con todo, esta vez pude recuperar mi compostura más rápido y usar con mayor orden mi razón para cavilar sobre el asunto, de forma que en pocas horas llegué a la resolución de tomar la primera posta a Ámsterdam. Aquí se me vino a la mente el verso de consuelo: *Es cierto, Dios, que existen cosas muy malas*,⁸ que me incitó a implorarle a Dios que cuidara benévolamente mi joven persona, en este incierto asunto, de las peligrosas cuerdas, ardidés y trucos de Satán y del malvado mundo y que mejor me dejara caer en la miseria antes que exponer mi alma.

Luego de deliberar de este modo con Dios y mi conciencia, persistí en mi decisión tomada de viajar hacia Ámsterdam.

7 "Su servidor"; "a su servicio". En francés en el original.

8 Comienzo de la sexta estrofa de la canción *Quien solo al querido Dios deja reinar* (*Wer nur den lieben Gott läßt walten*; primera impresión: 1651), de Georg Neumark. Su tema es la confianza en Dios. Neumark aludía a ella como su "canción de consuelo".

De modo que comencé a arreglarlo todo lo más a prisa posible. En lo del señor S. me hice pagar ese mismo día los ciento cincuenta ducados en efectivo; empaqué mis cosas, recompensé –según mis reducidas posibilidades– a todos los que me habían prestado algún servicio, me dirigí con mi equipaje a la posta casselense⁹ u holandesa y, en nombre de Dios y muy alegre, salí de Leipzig.

En este viaje no me sucedió nada fuera de lo común, más allá de que decidí, en parte por cansancio y en parte por curiosidad, echar un vistazo a las famosas rarezas de la ciudad residencial del landgraviato de Hessen-Cassel, por lo que dejé pasar un día de postas. Descansé un poco, y tras admirar la magnífica ciudad de diversas maneras, proseguí mi viaje, y llegué, felizmente, a Ámsterdam, antes incluso del plazo fijado.

Me alojé, por recomendación del maletero, en la Wermutsstraße, en la casa de huéspedes “Wapen von Ober-Yssel”, donde hallé todo muy bien dispuesto para recibir a un pasajero agotado. Sin embargo, el intenso anhelo de ver al capitán Wolfgang y hablar en detalle con él me concedió menos de siete horas de sueño, ya que aquel era lo suficientemente fuerte como para expulsar todo el cansancio de mis miembros. Al día siguiente, me hice acompañar por un diligente muchacho, a cambio de una buena propina, a alguna que otra taberna en las que solían juntarse los navegantes. Con buenas maneras, hablé ora con este, ora con aquel, a fin de sonsacarles una idea previa acerca de la persona y carácter del capitán Wolfgang, mas mi empeño fue en vano.

En el curso de tres o cuatro horas revisamos entre doce y dieciséis casas de té, cafés y cantinas de vino y de bebidas, donde hablamos con más de cincuenta marinos, y,

9 Es decir, de Cassel, que es la tercera ciudad en importancia del estado de Hesse, en Alemania.

con todo, no dimos con nadie que conociera al mencionado capitán.

Mi acompañante empezaba ya a andar a los tumbos, pues se hallaba bastante borracho a causa del vino que le había hecho servir en los distintos lugares, por lo que me pareció que lo mejor era emprender con él el camino de regreso a mi alojamiento, cosa que le pareció bien. Sin embargo, no bien hubimos hecho unos cien pasos, salió a nuestro encuentro un viejo marinero, al que aquel le dijo:

—¡Hola, hermano! ¿Puedes darnos noticia del capitán Wolfgang? Aquí hay una propina que podrías ganarte.

—*Well*,¹⁰ hermano —respondió el marinero—, ¿qué hay con el capitán Wolfgang? ¿No lo conozco? ¿Acaso no sé dónde se aloja? ¿No he hecho dos viajes con él? ¿No he recibido hace tres días dos florines de regalo de parte suya?

—Mi buen amigo —le dije—, si de veras conocéis al capitán Leonhard Wolfgang, dadme más información de él; deseo...

—¡Diantres! —respondió el muy insolente—, ¿pensáis que os estoy mintiendo? ¡Idos entonces al diablo y buscadlo sin mi ayuda!

Luego de que hubo dicho estas palabras, a las que agregó un ademán malicioso y receloso, se apartó muy apáticamente de nosotros, y se metió en un bodegón. Mi acompañante me aconsejó que lo siguiéramos, que le hablara en buenos términos y que le diera algunas monedas y que me tomara un vaso de vino con él. Me aseguró que, así, me volvería a dirigir la palabra, y que lo haría de un modo mucho más cortés. Como para mí se trataba de un asunto muy importante, me sobrepuse al fastidio que sentía a causa de la brutal insolencia de este hombre, y obedecí a mi medio ebrio consejero.

No bien hubo Paul —así se llamaba el insolente

10 En inglés en el original.

marinero— recibido medio florín, una gran jarra de vino y la primera sílaba de una bien intencionada palabra, pareció convertirse en el acto en el palurdo más cortés del mundo entero. Besó mi mano unas cincuenta veces con todo ahínco, conservó el gorro, contra lo que es usual entre ellos, en todo momento, en sus manos, y, por más que yo se lo pedí, no quiso cubrirse la cabeza en mi presencia bajo ningún concepto. Mi acompañante bebió con esmero junto a él, a mi salud, y Paul respondía con el mismo empeño, pero, con todo, me contó hasta el más pequeño detalle de lo que sabía en lo más hondo de su corazón acerca de la persona y la vida del capitán Wolfgang. Este relato duró más de dos horas, a lo cual se ofreció a llevarme en seguida al alojamiento del capitán, que quedaba cerca de la Bolsa.

Mas yo le dije que aún podía postergar mi visita al mismo por unos días, y que primero quería descansar un poco de mi viaje. Pagué, luego, aún seis jarras de vino, que mis dos ebrios camaradas se bebieron enteras, honré al sincero Paul con un florín más, y me hice de nuevo yo solo en camino hacia mi hospedaje, ya que mi muy embriagado lazarillo no se hallaba en condiciones de ser movido de allí.

Me hice traer el almuerzo a mi cuarto por el hospedero, y repasé en mi mente todo lo que Paul me había dicho acerca del capitán Wolfgang. Sobre todo, me había dado cuenta de que se trataba de un navegante muy listo y valiente; que por momentos era, por cierto, muy apasionado, pero que luego, en seguida, se sosegaba; que era bondadoso y generoso, pues en varias ocasiones había sacado de apuros —a costa suya— no solo a sus amigos y marineros, sino, incluso también, a personas del todo extrañas. A pesar de esto, hacía pocos años, en un viaje, sus subordinados se habían rebelado contra este honrado hombre. Lo habían atado por la noche de manos y pies, y lo habían

abandonado en un peñasco inhóspito. Empero, hacía algunos meses, la suerte le había permitido volver sano y salvo, y, por cierto, con una gran cantidad de dinero y bienes. Pero Paul no sabía decir cómo los había adquirido. En fin, era un hombre de mediana estatura, bien formado y robusto, alemán, de unos cuarenta años de edad, y de religión luterana.

Como yo trataba con gran afán de tener mayores certezas acerca del estado, carácter, condición anímica y modo de vida del capitán antes de presentarme ante él, esta noticia, que reforzaba mi ya de por sí fuerte confianza, no podía serme sino muy agradable. La comida y la botella de vino me supieron muy bien en medio de tales pensamientos. Después del almuerzo, hice aún algunos ejercicios físicos para distender mi cuerpo, que se había sacudido mucho en la posta, y luego me tomé una siesta de al menos un par de horas.

Por la tarde, me dejé llevar de nuevo por mi anterior acompañante, que ya se había repuesto de su resaca, a un famoso y reputado café, en el que numerosas personas se divertían de diversas maneras. Tan solo buscaba yo oficiales marinos, y fui tan afortunado que di con una mesa en la que había sentadas seis de tales personas y en la que, con todo, había lugar suficiente para mí.

Me tomé la libertad, tras hacer corteses saludos, de sentarme con mi taza de café. Su habitual liberalidad los llevó a inquirir muy pronto, de manera jovial, quién era y de dónde venía, qué buscaba, si pensaba quedarme por mucho tiempo en Ámsterdam, si me gustaba por ahí, y tales cosas por el estilo. Yo respondí a todas sus preguntas según me lo pedían y, por cierto, con recatada modestia, pero de modo alguno con servil sumisión. Tras esto, llevaron la conversación a la constitución de distintos estados y sitios de Alemania, y yo satisficé sobradamente sus preguntas,

según lo que sabía. También se refirieron a las distintas universidades y a los estudiantes, en lo que tampoco les quedó debiendo la debida información. De modo que el más destacado entre ellos me habló:

–Señor, he de reconocer que me parecéis más viejo en inteligencia que en años. ¡Por Dios! Tengo en muy alta estima a los jóvenes como vos.

Yo me puse algo colorado a causa de estas inesperadas palabras; hice, empero, un gesto cortés, y respondí:

–¡Señor mío! Habla usted con excesiva deferencia de este, su servidor; por cierto, no puedo negar que recién hace pocas semanas entré en mi vigésimo año y que, por más que me he dedicado a estudiar casi desde mi infancia, sé muy bien que aún me falta muchísimo en cuanto a modos de conducirme y adquisición de saberes, si bien ansío mejorar esto con el tiempo, mediante el esfuerzo asiduo y el trato con personas hábiles.

–Si poseéis los medios –añadió otro–, sería una pena si no pasarais aún dos o tres años en la universidad y si, tras esto, no tratarais de viajar por los países más importantes de Europa; ya que es justo en los viajes que se aprende el arte de dar cuenta felizmente –ora aquí, ora allí– de los saberes que se han adquirido.

–Ese es, precisamente, mi propósito –respondí yo–, y si bien mis propios medios no alcanzan para ello, tengo la firme confianza en que Dios inspirará a algunos buenos mecenas que puedan ayudarme con consejos y hechos a alcanzar mi objetivo.

–Lo tenéis bien merecido –replicó el primero–, y soy de la opinión de que no os faltarán.

Aquí, la charla se vio interrumpida por un ruido de la calle, que, con todo, cesó en seguida. Los oficiales de marina, empero, se quedaron un rato totalmente callados. Yo bebí mi café, también en silencio, y fumé una pipa de tabaco

canasta.¹¹ Mas como veía que uno de ellos me miraba a menudo de forma muy amigable, tuve la osadía de preguntarle si no se alojaba aquí, en Ámsterdam, un cierto capitán de navío llamado Leonhard Wolfgang.

–Este nombre –respondió– no me es conocido.

–¿Cómo que no conocéis al famoso capitán Wolfgang? – preguntó el que yo consideraba el principal, a lo que tanto aquel como los demás respondieron diciendo que no con la cabeza–.

–Señor –me dijo–, ¿sois acaso amigo o conocido de Wolfgang?

–Señor mío –respondí yo–, ninguna de las dos cosas; es solo que, en el camino, he hablado en la posta con un pasajero que decía ser primo suyo y que me contó muchas cosas extrañas relativas a sus aventuras.

–Señores –continúo hablando el respetable navegante–, os aseguro que dicho capitán es un perfecto oficial de marina y, además, un gran aventurero que, con todo, no se da mucho de sí mismo, y rara vez cuenta algo de lo que le sucede, a menos que se lo encuentre de extraordinario buen humor. Es un gran amigo mío, pero no puedo vanagloriarme de haberme metido mucho en sus secretos. ¿Cómo ha llegado a tener tal patrimonio? No puedo decirlo; lo he conocido hace unos veinte años, cuando él aún servía de secretario en un barco llamado El León Holandés, y no era más que un *pauvre diable*;¹² tras esto, tomó la espada y, gracias a su bravura, saltó al puesto de capitán. Su conducta es tan amena que todo el mundo desea estar junto a él. Hace poco, equipó para sí un excelente barco nuevo, al que llamó El Fiel Paris,¹³

11 Se trata de un tipo de tabaco de buena calidad que se enrollaba en cuerdas y se empacaba en canastas. Provenía por lo general de Barinas, en Venezuela.

12 "Pobre diablo". En francés en el original.

13 En la mitología griega, Paris fue un príncipe troyano, hijo del rey Príamo y de su esposa Hécuba. Es quien ejecuta del famoso rapto de Helena.

y en el que piensa hacer un viaje a las costas bárbaras¹⁴ y a las Indias Orientales. Según creo, partirá dentro de pocos días. Si alguien tiene ganas de conocerlo antes de su partida, podrá hallarlo mañana antes del mediodía en la casa de la Compañía de las Indias Orientales; debo yo hablar con él acerca de unos importantes asuntos, y también hemos de ponernos de acuerdo acerca del lugar donde salir a divertirnos por la tarde.

A esto, el respetable señor se puso de pie con la intención de ir a su posada; los demás lo siguieron. Yo, en cambio, tras despedirme cortésmente de ellos, me quedé aún por espacio de una hora en mi silla, tuve mis propias alegres reflexiones acerca de todo lo que había escuchado, y, junto con mi acompañante, que se había vuelto a embriagar bastante, regresé a mi alojamiento, en donde me acosté en seguida y descansé más dulcemente que de habitual.

A la mañana siguiente, me dirigí, con ropa más limpia, a la nueva iglesia luterana, y tras recitar mis oraciones, caminé hasta la casa de la Compañía de las Indias Orientales. Me hallaba en trance de observar con gran asombro los tesoros que había en la misma, cuando, a un costado, en un sitio un tanto elevado, oí la voz del oficial de mar que el día anterior me había resultado tan respetable, y que le decía a otro:

—*iMon frère!*¹⁵ Mirad, ahí hay un joven alemán, muy educado, que ha llegado hace pocos días de Leipzig, y que anoche me ha preguntado por vos, pues en el camino hacia aquí ha hablado con uno de vuestros primos.

A esto, chiflaron varias veces. Tan pronto como me di cuenta de que aludían a mí, les hice una reverencia a ambos —que estaban parados juntos— y ellos me dieron las gracias

14 Las costas del norte de África, difamadas por la cantidad de piratas que se asentaban en ellas.

15 "Hermano mío". En francés en el original.

muy amablemente, pero se despidieron el uno del otro en seguida. El desconocido vino de inmediato hacia mí, me hizo un saludo muy amigable, y me dijo:

–Señor, si no me equivoco, busca usted tal vez al capitán Wolfgang.

–*Mon patron* –le respondí yo–, es así: es por ello que viajé de Leipzig a Ámsterdam.

–Perdóneme, pero ¿cómo se llama? –inquirió–.

Yo le respondí:

–Me llamo Eberhard Julius.

En ese instante, me estrechó entre sus brazos, me besó en la frente, y me dijo:

–Hijo mío, es a mí a quién buscáis: soy el capitán Leonhard Wolfgang. Alabado sea Dios por haber llevado por buenos caminos tanto mi carta como a su persona. Pero os pido que tengáis a bien esperar aquí una hora, hasta que haya resuelto un importante asunto. Luego, vendré a buscaros.

Le prometí que lo obedecería; él se fue a toda prisa, y regresó antes de que hubiera transcurrido una hora. Entonces me tomó de la mano y me dijo:

–¡Ea, hijo mío! Os ruego que vengáis ahora conmigo a mi posada, donde he de revelaros un secreto que, por más que en un comienzo pueda pareceros increíble, os resultará de tanto mayor valor.

Las diferentes sensaciones que se despertaron en mí de forma fuera de lo común en este encuentro me habían confundido tanto la cabeza que casi no supe qué debía contestarle, o cómo debía comportarme. Pero en el camino, como el capitán debía despachar alguna cosa ora con tales personas, ora con tales otras, tuve tiempo de reordenar un poco mi cabeza. Tan pronto como llegamos a su habitación, me abrazó de nuevo, y me dijo:

–Mi caro amigo, os doy mil veces la bienvenida, y no me toméis a mal que, de aquí en más, os llame “hijo mío”, pues

el tiempo os mostrará que voy a actuar como un padre y que os llevaré a un cierto sitio en el que hallaréis la piedra fundamental de vuestra felicidad terrena, que, como creo, se ha debilitado a causa de la desgracia que sufristeis a causa de vuestro padre. No obstante, como no tengo la intención de hablar de nuestro importante asunto antes del almuerzo, espero que estéis dispuesto a comer conmigo. Entretanto, empero, hasta que la comida esté lista, os pido que me hagáis un breve relato de vuestra familia y de vuestra propia educación.

Yo no dudé en lo más mínimo en satisfacer su pedido, y lo resumí todo lo mejor que me fue posible, pero empleé, con todo, más de una hora, y terminé justo cuando servían la comida.

Luego de habernos satisfecho ambos, y tras habernos levantado de la mesa, el capitán pidió que le trajesen tabaco y pipas, y que le prepararan café. Él, por su parte, tomó de su escritorio una carta con tres sellos, y me la entregó sin decir palabra. Yo miré el sobrescrito, y, para mi mayor asombro, hallé lo siguiente:

Esta carta, sellada en nombre de la santísima Trinidad, no ha de ser abierta por nadie más que por alguien que porte el apellido Julius, que sea comprobado descendiente de Stephan Julius N.B., injustamente decapitado en 1633, y que haya nacido de casto matrimonio.

N.B. La maldición de personas muy viejas y que temen a Dios causa daños en los impiadosos y mentirosos.

Nunca en mi vida había visto tal sobrescrito en una carta, pero como tenía yo buena conciencia, podía poner manos a la obra en cuanto quisiese. El capitán Wolfgang me

miró fijo a los ojos; yo, empero, hice un gesto alegre y le dije:

–*Mon père*, tan solo me falta su benigno permiso; de lo contrario, ya habría tenido el poder y la libertad para abrir esta carta.

–Abridla –respondió él– en nombre de la santísima Trinidad.

–Como ha sido escrita y sellada en nombre de la santísima Trinidad, y mi conciencia está limpia de todo tipo de embustes, no haré otra cosa más que, según usted ha ordenado, abrirla también en nombre de la santísima Trinidad.

Habiendo dicho estas palabras, la abrí, y hallé en ella el siguiente contenido:

Felsenburg, 29 de septiembre

Año 1724 d. C.

En el 78avo año de mi gobierno.

A mis 97 años.

Nieto mío:¹⁶

No puedo ni quiero llamaros de otro modo; y si vos fuerais el príncipe más poderoso de Europa, aún así podríais preguntaros si mi felicidad no supera acaso la vuestra, ya que soy yo un soberano cuyos súbditos me tienen tanto amor como temor, y tanto temor como amor. Además, poseo tal tesoro en dinero y joyas como un gran príncipe podría necesitar para formar su Estado. Pero ¿de qué me sirve jactarme? Vivo contento, y solo moriré contento si antes tengo la dicha de ver a alguien que tenga mi apellido. ¡Poneos en camino, y venid conmigo! Me da lo mismo si sois pobre o rico, giboso o cojo, viejo o joven. Tan solo pido abrazar a alguien que se apellide Julius, y que sea te-

16 En realidad, es su sobrino bisnieto.

meroso de Dios y honesto, para poder darle la mayor parte del tesoro, que es inútil para mí y para los míos. Podéis confiar en el señor Leonhard Wolfgang, pues ha colocado su mano izquierda sobre mi viejo pecho, y la derecha la ha alzado en lo alto, hacia Dios, el Todopoderoso y, además, me ha jurado solemnemente satisfacer, en lo posible, las exigencias que le he hecho. Será mejor informaros oralmente de todo aquello que dudo en poner por escrito y describiros, entonces, en buena medida, la situación en que me hallo. Hacedle caso en todo lo que os pida; cuidad vuestra salud, y venid pronto, en su compañía, hacia mí.

Albert Julius

Releí la carta entre cinco y seis veces, pero no podía hacerme una cabal y certera idea de todo el asunto, cosa que el capitán Wolfgang advirtió con facilidad, por lo que me dijo:

—¡Hijo mío! Es en vano que caviléis. Tomad asiento y oídme a fin de que yo os pueda resolver este enigma mediante el relato de la maravillosa historia de vuestro pariente, Albert Julius.

A esto, comenzó a contar los sucesos —para mí— más maravillosos del mundo entero, cosa que le presentaré al benévolo lector en tanto que asunto principal de este libro, en su debido lugar, ordenadamente y de forma completa. Por ahora, solo diré que el capitán empleó más de dos horas en contarme su historia, y que me produjo mucha alegría y sorpresa. Yo, por mi parte, le agradecí con gran ahínco y me encomendé, en todo, a su benigno cuidado, prometiéndole la debida obediencia, propia de un hijo.

Tras decidirse que iría en el barco con él, hizo buscar mis cosas en la posada y me recibió en su alojamiento. Dio cuenta de una particular alegría por algunos documentos escritos y otras cosas, que daban testimonio de que tanto yo

como mis padres descendíamos en línea directa de Stephan Julius, ya que este era mi tatarabuelo; y de que Johann Balthasar Julius, como bisabuelo mío –nacido en el año 1630– era hermano de sangre de Albert Julius, e hijo menor de Stephan.

Nuestra partida fue fijada para el 27 de junio. En este plazo, hube de comprar y embalar doscientas biblias alemanas y cien inglesas, cuatrocientos cancioneros y libros de oraciones, junto a muchos otros libros, tanto religiosos como laicos, muy útiles, y todos prolijamente embalados. Además, hube de comprar, por un valor de varios miles de táleros, todo tipo de instrumentos artísticos y comunes, menaje, muchas balas de papel blanco, polvo de tinta, plumas, lápices, y diversas bagatelas. En su debido sitio indicaré para qué fue utilizado todo esto.

Mi preciado capitán Wolfgang se dio cuenta de que no me gustaba estar ocioso: es por ello que me dejó a mí al cuidado de aquellos puntos que él había anotado en un papel, poco a poco, a medida que se le habían ocurrido; y durante las pocas horas que sus importantes obligaciones le permitieron estar en casa se mostró muy contento por el empeño y orden del que yo daba cuenta.

El 24 de junio, el día de San Juan Bautista, en que nos hallábamos almorzando a la mesa, un desconocido se anunció ante el capitán. Este salió, a fin de atenderlo, pero volvió en seguida, trayendo consigo de la mano a una persona respetable que iba en hábitos de pastor, e invitó al mismo a sentarse a la mesa con nosotros. No bien hube mirado en la cara al pastor desconocido, reconocí en él a mi maestro de otrora, Ernst Gottlieb Schmeltzer. Lo abracé, y lo besé varias veces, ya que él me había hecho mucho bien entre mis diez y mis catorce años y me había querido de corazón.

Cuando se dio plena cuenta de quién era yo, y me besó, dio, con sus palabras, muestras de su asombro por hallarme aquí.

Yo, sin responderle, dirigí una mirada al capitán, y percibí que a este se le llenaban los ojos de lágrimas a causa de alegría que le provocaba nuestro afectuoso reencuentro. Así dijo:

–Sentaos, mis queridos, y comed, pues luego hemos de tener tiempo suficiente para hablar.

No obstante, no pude esperar, sino que, en el acto, le pregunté al maese Schmeltzer si acaso había sido promovido aquí, entre los luteranos de Ámsterdam. Él respondió, haciendo una leve sonrisa:

–No.

El capitán, por su parte, dijo:

–Hijo mío, este señor ha de velar por nuestras almas, a bordo del barco, y luego, en el sitio indicado, también por la de vuestros parientes. Tengo la esperanza de que, con la ayuda de Dios, de entre cientos de predicadores, es él quien obrará allí más milagros y quien desempeñará su cargo de la forma más fructífera.

Y, de hecho, el capitán lo había tomado de forma regular a su servicio, y lo había hecho ordenar pastor a costa suya, mandándole que se reuniera con nosotros en Ámsterdam, cosa que él había hecho de la forma más cumplida.

Una vez que se puso en su adecuado orden casi todo lo que había pedido el capitán, este empleó los últimos dos días para nada más que visitar a sus buenos amigos y despedirse de ellos. La mayoría de las veces, el maese Schmeltzer y yo fuimos con él. El 27 de junio de 1725, empero, dejamos atrás, bajo la más grande confianza en la ayuda del Todopoderoso, la mundialmente famosa ciudad de Ámsterdam, y el 30 arribamos a Texel,¹⁷ en donde nos quedamos dos semanas. Y el 15 de julio nos hicimos a la mar, junto a muchos otros barcos, y fuimos impulsados, según nuestros deseos, por

17 La mayor de las islas Frisias, y la más occidental; se halla frente a las costas de Holanda. Hasta la apertura del canal del norte, era un importante puerto en la navegación hacia la India.

un viento favorable. Después de medianoche, sin embargo, este se volvió algo más fuerte, aunque ninguno de los marinos experimentados le prestó gran atención. A mí, en cambio, que me había quedado dormido hacía algunas horas, me pareció una gran tempestad, por lo que mi coraje casi que quería marcharse, pero como yo no estaba dispuesto a dejarlo ir, dejé escapar, en los días subsiguientes, *salva venia*,¹⁸ todo lo que había en mi estómago y en mis intestinos. No les fue distinto ni al maese Schmeltzer ni a muchos otros que se hallaban por vez primera en el mar; pero yo fui el que peor lo pasó, ya que no pude salir de la cama antes de que hubiéramos dejado atrás el canal, mientras que los demás estuvieron sanos y vivaces a los pocos días.

El capitán se asustó de veras a causa de mi tan larga enfermedad, y como me hizo sentir en todo momento su cariñosa compasión, no me faltó nada para mi mejoría, hasta que, al fin, mi salud quedó del todo restablecida, y ya solo me lamenté por no haber podido observar de algo más de cerca las costas francesas e inglesas, al pasar frente a ellas.

Ahora ya no se veía nada alrededor más que el agua, el cielo y nuestro barco; de los países que habíamos dejado atrás solo se veían las oscuras siluetas; no obstante, poco después tuve la particular alegría de observar en toda su extensión, con un muy buen tiempo, las costas de Portugal.

Cierto día, en que nos hallábamos sentados todos juntos en un cómodo sitio, el capitán, el teniente de navío Hörn, Johann Ferdinand Kramer –un hábil enfermero de veintiocho o veintinueve años–, Friedrich Litzberg –un hombre agradable de unos veintiocho, que se presentaba como matemático–, y yo, discutiendo de tal o cual cosa, el teniente Hörn le dijo al capitán:

18 "Con su permiso".

—Señor, creo que no podría procurarnos una mayor alegría a todos nosotros que si nos concede contar algunas de las aventuras que vivió en sus muchos viajes y que, con certeza, no pueden ser sino extraordinarias; yo, al menos, me sentiría muy gratificado, en caso de que tal cosa pueda realizarse sin que usted se vea importunado por ello.

El capitán, entre sonrisas, respondió:

—Me pide algo, mi señor, para lo que yo mismo me le habría ofrecido a usted. En tanto, por ciertas razones, dispongo ahora de dos o tres días y quisiera pedirlos a todos vosotros, por ello, de buen grado que me oigáis; así que daré inicio a mi relato tan pronto como el señor Plager y Harckert se unan a nuestro grupo.

Litzberg, al que, al igual que a mí, el tiempo se le hacía largo, y deseaba oír alguna narración, fue presuroso a llamar a ambos. (El primero era un relojero de unos treinta años; el otro, un bordador de unos veintitrés. Ambos tenían una buena figura). No bien se hubieron presentado los dos, el capitán mismo se sentó entre medio de nosotros y dio inicio a su relato de la siguiente forma:

*

No soy un hombre de linaje noble, sino que soy hijo de un bordador de una ciudad de medianas dimensiones en la marca de Brandenburgo. Mi padre, que no poseía un gran patrimonio, tenía ocho hijos con vida: tres mujeres y cinco varones, de los que yo era el menor y, dado que él era ya una persona mayor, su preferido. Mis cuatro hermanos aprendieron oficios, por gusto propio; yo, en cambio, dado que mostraba un amor particular por los libros, fui mandado asiduamente a la escuela y a clases particulares, y llegué a avanzar tanto que a mis diecinueve años pude ir a la universidad en Fráncfort del Oder. Yo quería estudiar derecho,

pero por orden expresa de mi padre, hube de seguir medicina; sin dudas, porque en nuestra ciudad no había más que dos, ya muy viejos, médicos o, para decirlo con mayor claridad, proveedores privilegiados de la muerte, los cuales, a lo mejor, sacaban más provecho de los muertos que de los pacientes felizmente curados. Mi padre esperaba que yo substituyera a uno de estos de buenas maneras, es decir, *per genitivum*,¹⁹ ya que este médico tenía una única hija, que, *salvo errore calculi*,²⁰ era la más bella entre las doncellas feas y cuyas muelas de juicio le habían salido hacía solo doce o dieciséis años.

Hice muchos progresos en mis estudios, y como cada trimestre solo disponía de treinta táleros para gastar, no podía, por ende, dispersarme mucho, sino que debía quedarme por las buenas en casa y esforzarme.

Con todo, mi situación universitaria hacía visos de mejorar ya que, tras un año y medio de ausencia, celebré las vacaciones de Pentecostés con mis padres y hallé, entonces, la ocasión de congraciarme con mi putativo futuro suegro, del que, en tanto hombre de cierta importancia en la ciudad, obtuve una beca anual de sesenta táleros. Los recibí en un solo pago junto con los treinta táleros de mi padre; y, con el corazón mucho más alegre, volví presuroso a Fráncfort, de donde había salido hacía pocas semanas.

Pensé que ya no pasaría más necesidades y me comporté, ahora, como un recio muchacho; cierta vez, incluso, convidé a una comilona a entre doce y dieciséis de mis mejores amigos y, luego, fui invitado por uno u otro a otras tantas comilonas, y aprendí a vivir con real desenfado, es decir:

19 "Por el genitivo". El genitivo es el caso que permite expresar posesión y pertenencia. En este contexto la expresión quiere decir "por lazos de parentesco".

20 "Salvo error de cálculo".

a comer, beber, escupir, gritar, darme ínfulas y otras cosas por el estilo.

¡Sea! Mi glotonería me sentó muy mal, pues cierta noche volvía a casa muy borracho y, con la espada en el puño, me desahogaba con el inocente empedrado, cuando, de improviso, un engreído jactancioso me arrojó en la cara las siguientes palabras de consuelo:

–¡Detente, holgazán!

No sé qué habría hecho en estado de lucidez, si hubiera visto la ocasión de escabullirme de allí de buenas maneras; pero ahora, a causa del mucho vino que había bebido, mi coraje se había duplicado y, como tenía obturado el paso para huir, me puse en posición de ataque y tomé la iniciativa contra mi enemigo, de modo que, tras breve pelea, lo tiré al suelo propinándole un fatal golpe. Mi rival exclamó aún, con débil voz:

–Holgazán, te has comportado como un muchacho resuelto; a mí, empero, me ha costado la vida. ¡Que Dios se apiade de mi pobre alma!

En ese instante, me sentí del todo sobrio de nuevo y no busqué a nadie para que me acompañara a casa, sino que me aparté con todo sigilo y a toda velocidad del lugar, con más prisa que la zorra del gallinero. Sin embargo, llegó a saberse, no sé *quo fato*,²¹ que yo era el asesino; se preguntó y se me buscó mucho, pero mis mejores amigos me habían ocultado, a mí y a mis cosas, tan bien, que durante ocho días nadie pudo dar conmigo ni, mucho menos, creer que aún me hallara *in loco*.²² Una vez transcurridos estos angustiantes ocho días, fui llevado igual de hábilmente del lado de afuera de las puertas de la ciudad. Otro buen amigo mío vino detrás de mí con un coche, me subió en el camino,

21 "Por qué fatalidad".

22 "En el lugar".

según hizo parecer, por piedad, y condujo mi trémulo cuerpo, felizmente, del otro lado de la frontera, a un sitio en el que no debía temer que se me buscara. No obstante, no podía sentirme tan seguro, por lo que, por medio de todo tipo de rodeos, pasé, según deseaba, a la Universidad de Greifswald, bajo el dominio de la corona sueca, sobre el mar Báltico,²³ en donde podría haber vivido en perfecta calma, si tan solo mi intranquila conciencia me lo hubiera permitido. Es que, además de que cargaba en el alma con un cruento crimen, recibí la triste noticia de que mi padre, tan pronto como había sabido de esta mala jugada, había sufrido una apoplejía y había muerto pocas horas más tarde. Los jueces confiscaron la parte que me correspondía de la herencia; sin embargo, por conmiseración, mis hermanos me mandaron cada uno diez táleros de sus respectivas partes y me pidieron, por Dios, que me fuera tan lejos como pudiera, a fin de que no recibieran ellos una noticia aún más triste, relativa a mi decapitación.

Luego de un lapso de medio año, ya no tuve deseos de quedarme en Greifswald, ya que carecía tanto de medios suficientes como de una verdadera calma, de modo que me decidí a buscar esta última en el inquieto mar y hacerme marinero. Le revelé esta intención mía a un estudiante de teología que era muy buen amigo mío e hijo de un gran comerciante en Lübeck.²⁴ Él mismo me recomendó a su padre, que se hallaba presente, a la sazón, y le hacía una visita a su hijo. El padre me puso a prueba y como vio que escribía y hacía cuentas correcta y diestramente, y, además, tenía una cabeza bastante hábil, me prometió pagarme cien

23 Fundada en 1456, es una de las más antiguas del mundo. La ciudad hanseática de Greifswald estuvo bajo dominio sueco hasta 1815. Actualmente, pertenece a Alemania; queda en la región de Pomerania Occidental, unos doscientos kilómetros al norte de Berlín.

24 La ciudad hanseática de Lübeck está ubicada en el estado de Schleswig-Holstein, al norte de Alemania; es uno de los mayores puertos del país.

táleros anuales en monedas de plata, cobertura de todos los gastos, tanto en casa como en viajes y, en caso de buena conducta, de cuando en cuando, un considerable sobresueldo extraordinario.

Acepté de muy buen grado esta bella ocasión, viajé con él a casa, y, con mi incansable empeño, me congracié tanto con él que en poco tiempo tuvo una fuerte confianza en mí, y me envió con las más importantes comisiones a aquellas ciudades marítimas en las que tenía sus relaciones comerciales más eminentes.

Tras pasar dos años a su servicio, fui enviado a Ámsterdam, donde se me ofreció un puesto mucho más rentable. Lo acepté, pero primero volví a Lübeck y le presenté muy cortésmente mi renuncia a mi patrón, que no quiso aceptar, sino que, en cambio, me prometió mejorar mi salario en cincuenta táleros anuales. Pero yo ya me había puesto en la cabeza el viaje a las Indias Orientales, y no me lo podía sacar de allí. Tan pronto como mi patrón me hubo dimitido honradamente y me hubo dado cincuenta táleros de regalo, además de mi salario, recibí de él un adiós realmente cálido, tras lo que me pidió que, a mi regreso, sea que tuviera fortuna o no, volviera a buscarlo. Y en nombre de Dios viajé a Ámsterdam, en donde, en un barco llamado El León Holandés, obtuve el –según mi parecer de entonces– máspreciado trabajo, ya que por seiscientos florines holandeses anuales de soldada podría vivir con comodidad.

Mi patrimonio –sin calcular la indemnización de mi anterior patrón–, reunido trabajosamente, ascendía a ochocientos florines holandeses; usé la mayor parte de los mismos para la compra de aquellas mercancías con las que, en un viaje a las Indias Orientales, se puede llegar a sacar un beneficio diez o veinte veces mayor. De modo que empecé a ser un verdadero comerciante, si bien, por el momento, uno pequeño.

Entretanto, tanto a bordo como en otros sitios, me conduje de un modo tan austero y furtivo que todos debían pensar que no poseía yo más que diez florines. En cuanto a mi valor y mi carácter desenvuelto, nadie tenía lo más mínimo para criticar, ya que no dejaba que nadie me molestara, fuera quien fuese. En el Cabo de Buena Esperanza,²⁵ en donde tuvimos necesidad de parar varias semanas, tuve un peligroso encontrón, por el motivo que paso a contar. Cierta día, para distraerme, dejé el cabo y me metí algo más tierra adentro, a fin de dar caza a una gran presa con la escopeta que había llevado conmigo, y llegué, sin quererlo, a una casa de recreo muy grácilmente edificada, según la usanza del lugar, rodeada por finos jardines y viñedos. Me pareció que valía la pena echarle un vistazo todo alrededor, de modo que fui a parar a una pequeña verja abierta, entré y vi una mujer muy bella y muy bien vestida bailando con mucha delicadeza al son de un pequeño tambor que era tocado muy acompasadamente por otra mujer.

Vi que la bailarina advertía mi presencia, pero, no obstante, no se dejó importunar, sino que siguió bailando por un buen tiempo. Al fin, empero, una vez que hubo concluido, le dijo algo al oído a una mujer mayor; esta vino hacia mí y en un holandés bastante correcto, me dijo:

—¡Ea! Os habéis tomado la libertad, sin pedir permiso, de mirar a mi señora danzando; es por ello que ella pide saber quién sois vos, y, además, que os avise que habéis de pagar por haberla visto bailar.

—Mi querida madre —respondí yo—, dadle a vuestra señora mis más humildes respetos; y decidle también que soy

25 De un modo erróneo, se suele decir que en este punto se unen el océano Atlántico y el Índico. Esto ocurre, en realidad, en el cabo Agulhas, que se encuentra más al sur. El 6 de abril de 1652, el marino holandés Jan van Riebeeck instaló un campamento cerca del cabo, que terminó convirtiéndose en lo que hoy es Ciudad del Cabo, en Sudáfrica.

un suboficial del barco holandés atracado aquí en el Cabo, y que gustoso he de pagar el disfrute que ella me ha provocado con su graciosa danza, siempre y cuando no supere el dinero del que dispongo.

No bien la vieja hubo hecho el reporte, me hizo una señal para que me acercara, por orden de la bailarina. Le obedecí y tuve que ingresar a una glorieta espesamente cubierta de parras, en donde hube de sentarme en seguida al lado de la señora danzante. La tamborilera, que no era menos bella, así como había acompasado el baile, ahora se apartó de allí, de modo que quedamos tan solo en compañía de la señora mayor, en cuya presencia la amable bailarina me habló haciendo los ademanes más amigables en un holandés chapurreado, y me pidió que tuviera la bondad de contarle quién era, de dónde venía, a qué me dedicaba y hacia dónde me dirigía. Le respondí a todo tal como se me venía a la cabeza, ya que bien sabía yo que tanto le haría a ella una confesión verídica como una inventada. A esto, habló aún un poco con la vieja en una lengua que me era extraña; esta asintió varias veces con la cabeza y luego salió de la glorieta. No bien nos hubo dado la espalda, la dama me tomó de la mano y me dijo:

—Señor, los jóvenes europeos son bellos, y vos lo sois muy en especial.

—Señora —le respondí yo—, sin dudas gustáis de bromear con vuestros esclavos, pues sé yo bien que en mi aspecto no hay nada fuera de lo ordinario.

—Sí, sí —replicó ella—; sois en verdad muy lindo; de veras desearía que fuerais mi esclavo. No recibiríais nada malo de parte mía. Pero —continuó— decidme cómo es que en este cabo solo se quedan los europeos viejos y feos, y no los bellos y jóvenes.

—Señora —le respondí yo—, si en este cabo se hallaran más mujeres bellas como vos, os puedo asegurar que muchos jóvenes europeos se quedarían aquí.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Me estáis queriendo decir que soy bella y que os gusto?

—No tendría yo ni buena vista ni juicio, si no concediera que estoy encantado con vuestra belleza —fue mi réplica—.

—¿Cómo podré creerlo —repuso ella—, si decís que soy bella, que os gusto de corazón, pero no me besáis ni una sola vez, estando solo junto a mí y sin temer que nadie os importune?

Su gracioso holandés ceceado, aunque imperfecto, me resultó tan dulce, y el contenido de su discurso, por su parte, junto con sus encantadores gestos, tan cautivador, que, en lugar de responder, me tomé el atrevimiento de imprimir un fogoso beso en sus labios purpúreos y gruesecillos. Ella, en vez de negármelo, replicó a mi beso con otros diez o doce y, como yo no quería quedar en deuda, nos turnamos de este modo por un buen tiempo hasta que, al fin, ambas bocas quedaron una encima de la otra totalmente agotadas, tras lo cual me apretó con tal ahínco contra su pecho que casi que me quedé sin aliento. Por fin, me liberó y miró en torno suyo, para ver si acaso la vieja nos había estado espiando, pero como no había nadie, tomó mi mano y la puso sobre su pecho, que, a causa del hondo escote de su vestido, se hallaba medio desnudo; y mediante enérgicos movimientos hacia arriba y abajo, trataba de calmar el ardor del amante corazón, cuyas llamas se dejaban ver en los bellos ojos, negros como el azabache. Los besos fueron reanudados, y yo creo que en esa ocasión hubiera pasado por encima del sexto mandamiento,²⁶ pero, por esta vez, fue solo un traspíe, ya que, por fortuna, la vieja se hizo oír a lo lejos con una tos, por lo que nos separamos a toda prisa el uno del otro y nos quedamos allí sentados, tan calmos como si fuésemos los seres más inofensivos.

26 "No cometerás actos impuros".

En una canasta, la vieja trajo dos botellas de vino fino, una de limonada, y diversas frutas y confituras. No me hice insistir mucho, sino que me serví con gran apetito; lo mismo hizo la dama, que ahora me parecía muchísimo más bella. Mientras la vieja estuvo presente, hablamos de cosas totalmente indiferentes, pero no bien se hubo alejado esta por un breve intervalo, a fin de recoger un cierto fruto del otro lado del jardín, la dama me dio a entender, en medio de fogosos besos, que al día siguiente debía yo presentarme en este sitio nuevamente, dos horas más temprano de lo que había llegado ese día; me pidió que me lo tomara como una obligación, ya que ella quería, pues, convenir conmigo un encuentro para una noche en la que pudiéramos estar los dos solos sin nada que temer. La vieja regresó muy rápidamente, así que no pude responderle; mas como me pareció que ya era hora de despedirme, dije aún:

—Señora, ¿me concederéis la dicha de poder visitaros mañana por la tarde otra vez, para, así, poder traeros algunos pocos objetos curiosos de Europa, a cambio del amable trato que he recibido hoy de parte vuestra?

—Señor —respondió—, vuestra visita me será grata, pero solo he de aceptar las curiosidades pagándolas en efectivo. Que tengáis un buen viaje, y que Dios os acompañe.

A esto, le hice un nuevo cumplido y me hice en camino. La vieja me acompañó durante casi media hora y, por ella, supe, entretanto, que esta dama era una princesa de la isla de Java. El oficial adjunto al servicio del gobernador holandés en el Cabo, de nombre *signore* Canengo, un italiano de nacimiento, se había enamorado de ella cuando la princesa tenía solo doce años, en una ocasión en la que se había visto impelido, a causa de una tempestad, a aguardar la reparación de su barco. No pudo olvidar el intenso amor por ella, por lo que buscó y halló la oportunidad para sacarla muy astutamente de su familia y, dos años antes de

que ella cumpliera los diecisiete años, traerla al Cabo. La casa de recreo en la que yo la había encontrado, junto a la mayor parte de los viñedos y jardines que había alrededor, eran propiedad de Canengo; y allí debía quedarse la dama la mayor parte del año, ya que él no gustaba que otros hombres vieran a su amante preferida, y, en particular, la mantenía oculta cuando barcos europeos echaban anclas frente al Cabo.

—Él sabe bien, por cierto —agregó, al fin, la vieja—, que, por más que es ya un hombre de sesenta años, ella le es fiel solo a él, y constante; sin embargo, como si tal cosa fuera necesaria, me ha contratado a modo de guardiana de su honra. Mas me di cuenta de que es un pecado que se le proscriba a la pobre niña el trato con otras personas de afuera; es por ello que el día de hoy, al mediodía, os he dejado con ella, ya que sé que el señor no regresa a la casa antes de la noche. Podéis venir también mañana a la misma hora, pero le advierto que si estáis enamorado de ella, habéis de perder toda esperanza en seguida, pues ella es la castidad en persona y moriría antes de dejarse besar una sola vez por un desconocido, por más que esto sea algo insignificante para otros. Por lo demás, estad seguro de que si le traéis alguna curiosidad de Europa a mi señora, ella os lo pagará dos veces su valor en efectivo, ya que posee dinero en abundancia.

Mientras me hablaba, yo miraba a la buena vieja fijamente a los ojos y, como me di cuenta de que lo decía todo ingenuamente en serio, todos habrán de conjeturar qué es lo que pensé de ello; sin embargo, mi respuesta fue la siguiente:

—Querida madre, tened a bien creerme que mi ánimo se interesa poco y —hablando con justeza— nada por asuntos amorosos. Respeto a esta dama ya solo por su entendimiento fuera de lo común y su gran cortesía para conmigo. Lo único que quiero es dejarle un pequeño recuerdo por

la buena acogida que me ha dispensado el día de hoy; y, a modo de despedida, besar su mano, pues no creo que vuelva a veros ni a ella ni a vos por el resto de mi vida: en pocos días izaremos velas y nos iremos de aquí.

Al decir esto, le puse a la vieja tres nuevos cruzados españoles en la mano,²⁷ ya que, como le dije, se había esforzado tanto por mí ese día. Así como ella quedó deslumbrada por el claro brillo de la plata, yo, tras despedirme, me fui de allí a toda prisa, y, luego de recorrer dos cortas millas alemanas,²⁸ llegué, felizmente, a mi alojamiento.

Una vez allí, hube de reírme de buen grado por la comedia representada ese día, si bien no puedo negar que me había enamorado perdidamente de la bellísima morena, pues hallaba en ella una rara belleza, inteligencia, candidez y amor, todo tan bien entremezclado, que no he conocido otra mujer igual en el mundo. Es por ello que las horas que debía aguardar hasta poder hacerme de nuevo en camino hacia ella, se me hacían años. A la mañana siguiente me levanté muy temprano, abrí mis cajas y saqué todo tipo de cosas: dos espejos pequeños y uno mediano, a la última moda; un abanico con borlas doradas; una tabaquera de estaño para rapé, que tenía la forma de un reloj de bolsillo; dos cuchillos para mujer con sus respectivos estuches; tres tipos de lindas tijeras; veinte codos de seda de diversos colores; todo tipo de aparejos femeninos torneados en marfil, además de juguetes y otras cosas para niños de las que ahora no me acuerdo.

Empaqué todo esto de forma prolija; y, según la indicación de mi reloj de bolsillo –que yo, empero, no tenía la intención de mostrar a los demás–, me puse en camino dos

27 Moneda de Castilla, de plata o de vellón, mandada acuñar por Enrique II, y que tenía una cruz en el anverso, en el caso de la de plata.

28 La milla alemana equivalía a unos 7,5 km.

horas antes del mediodía, y, sin obstáculo alguno, llegué a la casa de recreo de mi princesa. Los tres escudos habían vuelto a la buena vieja muy servicial: salió a mi encuentro más de cien pasos antes de que yo llegara a la verja del jardín, me tomó de la mano y me dijo:

–Bienvenido, mi querido compatriota –ella era, con todo, una holandesa y yo un brandenburgoés–. ¡Ea! Mi señora ha estado esperando ya más de media hora vuestra visita prometida, e incluso hoy no ha bailado.

Le regalé dos pañuelos de lino impresos, dos pares de medias, un cuchillo, una cuchara y otras bagatelas, con lo que casi que se puso fuera de sí a causa de la alegría. No obstante, cuando se lo pedí, me llevó rápido con su señora.

Esta se hallaba en la glorieta y se había arreglado y vestido de forma muy decente. He de confesar también que en tal traje me resultó extraordinariamente encantadora. La vieja se fue. Yo quise desempacar mis trastos, pero como mi bella me dijo que aún había tiempo para eso, tomé su mano y la besé. Mas esto pareció disgustarle, por lo que la abracé y la besé más de cien veces, con lo cual volvió a alegrarse por completo. Yo procuré obtener el mismo deleite en sus pechos, que eran duros, aunque también suaves, y no faltó mucho para que, a causa de su arrobamiento, cayera impotente al suelo; pero yo lo percibí a tiempo, y volví a poner en algún orden su disperso espíritu: lo hice, por cierto, poco antes de la llegada de nuestra vieja, que traía refrescos aún más exquisitos que los del día anterior.

Disfrutamos de los mismos con gran placer. Entretanto, extendí mis trastos, y mi princesa casi que se maravilló a causa de su rareza. No podía dejar de mirarlos, ni de preguntar para qué servía esto o aquello. No bien yo le hube indicado la utilidad y modo de uso de cada cosa, me pagó cincuenta ducados holandeses en efectivo, que yo, a fin de que no se encolerizara, tuve que guardar en la cartera a la

fuerza. La vieja recibió un encargo de ir a buscar algo a su habitación y, no bien se hubo ido, mi bella me entregó aún una bolsa con cien ducados, junto a un valioso anillo, diciéndome lo siguiente:

–Tomad, mi bienpreciado, este pequeño recuerdo y tened a bien creerme que, antes de vuestra partida, recibiréis algo más todavía de mi parte.

Tuve la intención de negarme, pero de nada sirvió, sino que, para evitar su ira, tuve que guardarme su regalo. A causa de esto, se mostró muy a gusto y me dio todo tipo de muestras de cariño, y, con un suspiro amoroso, me dijo:

–Decíme, querido!, ¿a qué se debe que vuestra persona y vuestro amor despierten en mí un regocijo tan delicioso? Sí, juro por las sagradas creencias de los cristianos y de los tomasinos²⁹ que mi alma no ha saboreado nunca antes un azúcar como este.

Le aseguré completamente que a mí me ocurría lo mismo, lo que era cierto. Entretanto, dado que la palabra “tomasino” me había quedado zumbando en los oídos, le pregunté con sinceridad qué es lo que entendía por ello, y supe que se trataba de una cierta secta seguida por los javaneses, que se tenían por ello como más elevados y sagrados que otros mahometanos, con los que, por lo demás, en lo que respecta a la parte principal de la doctrina, se hallaban bastante de acuerdo. Yo me sorprendí un poco, ya que me di cuenta de que, según todo parecía indicarlo, estaba haciéndole la corte a una pagana y, sin embargo, el impetuoso amor, que ya había hechizado todos mis sentidos, podía apagar con facilidad la pequeña chispa del escrúpulo religioso. Y tanto más cuanto que, al indagar más en el asunto, supe que sentía una gran inclinación por la

29 Posible alusión a los Cristianos de Santo Tomás, una secta que venera a Tomás, uno de los doce apóstoles de Jesús.

fe cristiana y que, además, de corazón quería ser instruida en ella y que la bautizaran. Es solo que su amante, el *signore* Canengo, lo había aplazado una y otra vez, y, después de un año, ya casi ni había pensado más en eso, por más que en un comienzo había sido su firme cometido y, a causa de ello, había puesto mucho empeño. Tras esto, se quejó de la extraña conducta de su amante y, en especial, de sus favores amorosos, en los que por cierto ponía buena voluntad, pero que resultaban faltos de vigor; y ella deseaba, en su sencillo y leal corazón, que yo ocupara el lugar de aquel. No bien oí hablar a mi morena de tal modo, me hallé de inmediato dispuesto a prestarle mis servicios, de buena voluntad y con vigor, e imaginé que iría a alcanzar en el acto mi anhelada, aunque censurable, meta. No obstante, la pagana fue, en este punto, más virtuosa que yo, pues le daba vergüenza hacer algo así de manera tan disoluta y en un sitio como ese, que se hallaba casi tanto como a cielo abierto. Entretanto, de ambos lados se pronunciaron fuertes discursos concretos, con lo cual me apasioné con tal ardor que casi que estaba resuelto a usar poco a poco la fuerza; la no menos acalorada morena, empero, supo contenerme con tan graciosas caricias que, finalmente, entré en razones: me prometió que la noche siguiente, en su dormitorio, me concedería, de forma mucho más amena y segura, todo lo que yo ahora pedía de ella. Pues, según decía, esa noche su amante no volvería a casa, sino que pernoctaría en la casa del gobernador. Por lo demás, ella sabría disponerlo todo de modo tal que nuestro regocijo no se vería importunado de modo alguno; yo solo debía, por lo tanto, cuando se pusiera el sol, aguardar ante la puerta de su casa de recreo.

No bien terminamos de ponernos de acuerdo, el regreso de la vieja nos obligó a adoptar otra postura y la conversación se desvió hacia nuestras mujeres europeas, cuyas

maneras de vivir, modas y demás la dama oyó con especial atención, y, más aún, por el hecho de que la vieja, con sus acotaciones, confirmaba tal o cual cosa o incluso la agrandaba. Nos metimos tan hondo en estos devotos temas que no pensamos en nada más; es por esto que nos espantamos tanto más cuando, de forma del todo inesperada, el *signore* Canengo ingresó a la glorieta y, por cierto, con ojos chispeantes. En un principio, no dijo nada, pero le dio tal bofetada a la pobre vieja, que esta salió volando en dirección a la puerta, dando varias volteretas. Mi bella morena se echó al suelo ante este viejo mulo y se arrastró cabizbaja como un perro hacia él, todo lo cual me produjo un enorme disgusto. No obstante, él fue tan complaciente como para alzarla y besarla. Al fin, llegó mi turno: me preguntó de forma imperativa qué me había traído hasta ahí y qué es lo que buscaba.

–*Signore* –le respondí yo–, nadie más que la suerte me ha traído hacia aquí, ya que había salido con la intención de vender alguna que otra curiosa mercancía europea.

–¿Y así, además, seducir a las amantes ajenas?

Haciendo un gesto de negligencia, le respondí que tal cosa no era de mi interés. Por ello, le preguntó a la dama si ya había pagado por los productos que aún estaban expuestos sobre la mesa. Y como esta respondió con un “no”, él metió su mano en la cartera, y puso delante de mí seis ducados en la mesa, diciendo lo siguiente:

–Tomad esta doble paga, e idos al diablo. No volváis a acercaos nunca más a esta dama, si es que queréis seguir con vida.

–*Signore* –repliqué–, no me importan gran cosa estas bagatelas. A fin de mostraros que no soy un pordiosero, le regalaré estas cosas a la dama. A vos, empero, os pido que me tratéis con mayor cortesía, si es que no queréis que os pague con la misma moneda.

Él me miró con desprecio por encima del hombro y el

cuello se le hinchó; puso su mano sobre la espada y me lanzó los más vehementes insultos. A esto, cobré coraje y ambos desenvainamos casi al unísono y nos corrimos alrededor de la glorieta, con la diferencia, sin embargo, de que, con un fuerte golpe, le dejé el brazo derecho tullido, y le propiné dos más en el cráneo. Le eché una mirada a la dama, que se había desmayado, pero como me di cuenta de que Canengo se retiraba y en lengua hotentota³⁰ pedía tal vez auxilio, tomé mi escopeta, que se hallaba oculta en el pasto, la cargué con un par de balas y me apresuré a regresar a mi guarida a través de una abertura que hice en la empalizada que rodeaba el jardín.

En un comienzo, anduve bastante a prisa y, después, adopté mi paso habitual, pero en seguida me di cuenta de que me perseguían dos hotentotes, que corrían tan rápido como lebreles. El primero de ellos llegó tan cerca, que se vio en ocasión de emplear su innata habilidad contra mí, pues me disparó con su azagaya, que es un dardo muy filoso, de hierro. Por fortuna, empero, dado que hice un giro repentino, tan solo traspasó el pliegue de mi chaqueta. En tanto la broqueta quedó colgada en mi ropa, habrá creído que me había dado, por lo que se quedó parado, al igual que yo, y miró en torno, en busca de su compañero, que se acercaba veloz y provisto de un arma idéntica. Mas, como yo ya sabía cuánta puntería tenían estos indecentes, no quería aguardar a que se aproximara, sino que hice fuego, y tuve la suerte de que les di a ambos en una misma línea, por lo que cayeron al suelo, dando volteretas sobre la tierra. Recargué mi escopeta y vi que a lo lejos llegaban dos más. Quedarme allí hubiera sido muy temerario, por lo que, mirando a menudo hacia atrás, proseguí el camino hacia mi alojamiento,

30 La de los hotentotes era una nación indígena que habitaba cerca de la zona del Cabo de Buena Esperanza.

adonde, sin más percances, llegué una hora antes de que anoheciera. Sin dudas, a mis dos últimos perseguidores, el triste destino de sus predecesores les había provocado tal repugnancia que habían desistido de seguir tras de mí.

Tan pronto como hube llegado a mi alojamiento, es decir, a una de esas cabañas erigidas no lejos del cabo para comodidad de los navegantes, me cambié de ropa y fui a dar un paseo a mis anchas. Me senté a la orilla del Mar Cafre,³¹ entre frondosos arbustos, abrí mi bolsa con el dinero adquirido y me regocijé, en particular, viendo las bellas pepas amarillas. Mas, como recordé así el amor por mi encantadora morena, dije:

–Ay, mi querido dinero! ¡Cuánto más bello serías, si te poseyera con el corazón sereno!

Volví a cerrar mi bolsa tras guardar en ella el dinero. El bonito anillo, empero, lo coloqué en mi dedo. Luego, me tomé la cabeza con ambas manos, y reflexioné acerca de si debía perseverar en mi intenso amor y buscar los medios para satisfacerlo por completo, o si debía olvidarlo todo, lisa y llanamente, a causa de los terribles peligros ligados a él.

Ya se hacía de noche cuando me hube despabilado un poco de mis hondos pensamientos, mas sin haber llegado a una clara resolución aún. Me levanté, a fin de descansar en mi alojamiento. Pero no bien llegué, un oficial, junto con seis hombres de la guarnición, vino hacia mí, y me condujo a la fuerza a la fortaleza. Durante toda la noche tuve una guardia personal sentada al lado mío, que vigilaba mis más mínimos movimientos y no permitía que nadie me hablara o me visitara.

31 "Cafre" es un término árabe, despectivo, que se empleaba para describir a los habitantes negros del sur de África. La palabra "cafrería" refería a las tierras xhosa de la actual Provincia Oriental del Cabo. A partir de 1835, la Cafrería Británica fue una colonia y entidad administrativa dependiente de la Corona. En la actualidad, "cafre" refiere también a una persona bárbara, cruel.

¿Quién dudaría de que me habían arrestado a causa de lo acontecido con el oficial adjunto y los hotentotes? Yo, al menos, me había convencido de eso en mi corazón. Sin embargo, me hallaba muy errado en lo que respecta a la razón principal. Pues, para decirlo en pocas palabras, a la mañana siguiente, bien temprano, nuestro capitán me hizo ir con él y, sin dejar que nadie más estuviera presente, me hizo la siguiente propuesta:

—¡Mi querido señor Wolfgang! Sé que sois un pobre diablo, por lo que el anhelo de ser rico os habrá llevado a robar. Creedme que os estimo y que os tengo consideración y cariño. Tan solo os pido que seáis franco conmigo: poned en mis seguras manos, mediante vuestra libre confesión, la bolsa con los cien ducados que le han sido sustraídos anoche a William van Raac. Os juro por Dios que he de tapar el asunto con astucia y que vuestra honra quedará intacta, ya que lo contrario sería una pena, en vista de vuestra juventud y de vuestro talento.

Hubiera querido desmayarme en el acto por la fuerte alteración que me produjeron estas palabras. Mi conciencia estaba limpia, pues puedo decir, con toda verdad, que en toda mi vida ningún vicio me ha causado mayor asco que la infame ratería. Y tal sospecha me tocaba demasiado de cerca. Tan pronto me hube repuesto un poco de mi confusión, que el capitán tomó como señal de mi mala conciencia, me empeñé en asegurarle mi inocencia con el mayor ahínco, ya que, realmente, ni había oído ni visto que William van Raac, que era un comerciante que venía en nuestro barco, hubiera sufrido un robo. Pero el capitán pareció irritarse a causa de mis disculpas, y dijo:

—No pensé, Wolfgang, que seríais tan obstinado conmigo, ya que no solo todo vuestro ser os delata en demasía, sino también vuestra propia boca. ¿Podéis acaso desmentirme que el día de ayer, cuando os hallabais solo a orillas del mar,

habéis contado el dinero robado a Van Raac y habéis dicho, al hacerlo, las siguientes palabras: “¡Ay, mi querido dinero! ¡Cuánto más bello serías, si te poseyera con el corazón sereno!”?

–¡Señor! –respondí yo–, llamo de nuevo a Dios y a los ejércitos celestiales como testigos, y os digo que se me acusa injustamente por este robo. No obstante, lo último que me habéis reprochado es cierto: poseo una bolsa con ciento cincuenta ducados en efectivo, que os doy en seguro resguardo hasta que se haya esclarecido mi inocencia en lo que respecta al robo. Sed, empero, bueno y oíd la particular aventura que he vivido, a fin de que pueda yo gozar de vuestra firme protección.

A esto, le di la bolsa con los ciento cincuenta ducados y, luego, le conté en detalle los raros sucesos que yo, en tanto joven Amadís,³² había vivido desde hacía tres días. Él lo oyó todo con bastante sorpresa y, al fin, dijo:

–He de admitir que es este un enredado asunto y, en especial, el *affaire* con el oficial herido –y lo de los hotentotes heridos de muerte– me traerá muchos fastidios; pero, en lo que hace a William van Raac, se precisa de una investigación ulterior, por lo que no podré ponerlos en libertad ni a vos ni a otras tres personas, que han sido arrestadas por la misma razón. Os prometo, con todo, mi protección.

Me tuve –y debía tenerme– por satisfecho. Entretanto, la infame y tan mal fundamentada acusación de robo me disgustó tanto más que el otro *affaire*. Sin embargo, para mi mayor alegría, hacia el mediodía se difundió la noticia de que William van Raac había reencontrado su bolsa con cien ducados en un sitio donde él mismo la había escondido,

32 Referencia al Amadís de Gaula, libro de caballerías medieval que se atribuye a, al menos, cuatro autores diversos, y cuya edición más antigua conocida, a cargo de Garci Rodríguez de Montalvo, es de 1508.

por distracción; y que, con todo, de buen grado lo habría callado, si otros no lo hubieran pillado, haciéndolo recapacitar. Por consiguiente, Raac, los otros tres y yo debíamos comparecer por la tarde ante el capitán, que quería zanjar el pleito, ya que los tres inculpados le habían jurado a William van Raac que lo matarían. Pero todo se resolvió felizmente, pues Van Raac se ofreció a darnos a cada uno diez escudos en concepto de indemnización, y a pedir perdón de rodillas por su precipitación, lo cual llevó a cabo en el acto, en presencia del capitán. Yo, por mi parte, quise mostrar mi generosidad, y le devolví sus diez escudos, y no dejé que se disculpara conmigo de rodillas, sino que le pedí que lo hiciera de pie.

Una vez que este fastidioso asunto se hubo resuelto, para el relativo contento de todos, y cuando nos disponíamos ya a salir de allí en libertad, el capitán me solicitó que me quedara un rato más con él y me pidió perdón con las más corteses palabras, ya que, por indicación de un hombre curioso, casi que se había visto impelido a exponerme de esta manera; y me prometió darme en lo futuro mayores y más palpables señales de su estima, ya que con este *affaire* había quedado convencido totalmente de mi –como le gustaba llamarla a él– excelente conducta. A esto, con una afable sonrisa, me devolvió la bolsa que contenía mis ciento cincuenta ducados y, además, me dio la noticia de que el gobernador ya estaba al tanto de lo acaecido con el oficial adjunto y de que los dos hotentotes se hallaban casi muertos, si bien desconocía aún al responsable; y me dijo que ahora había que esperar para ver qué más sucedería. Por lo demás, me dio el leal consejo de ir llevando mis cosas, de a poco y en secreto, a su alojamiento; y, también, de que yo mismo me mantuviera oculto allí, hasta que se hallaran otros medios para librarme del temible peligro ante el que me veía.

Ese mismo día, tal como había supuesto el honesto capitán, sé oyó un gran alboroto a causa de este *affaire*. Se me había descrito tan bien como el autor de los hechos que nadie dudaba de que el señor Wolfgang era quien le había dado una paliza al *signore* Canengo –después de que este lo hubiera pescado con su amante–, y quien les había dado un tiro de muerte a dos hotentotes, y al que el gobernador quería ver extraditado, sin falta, a modo de castigo ejemplar.

No obstante, el honesto capitán arregló tan felizmente el asunto que pocos días después pudimos partir del cabo sin el menor obstáculo, continuando nuestra ruta hacia las Indias Orientales. Sé con certeza que aquel le hizo al gobernador un importante regalo, a cambio de mi libertad y seguridad. Pero nunca pensó mal de mí por ello, ni exigió la más mínima moneda como reparación; por el contrario, como ya llegaré a contar, me tuvo siempre en la mayor consideración.

Entretanto, la aventura del Cabo me hizo pensar en cuántos peligros y consecuencias negativas pueden surgir cuando uno se deja llevar por una lúbrica excitación amorosa hacia caminos prohibidos. Mi bella princesa morena seguía bastante pegada a mi corazón, pero cuando, por el otro lado, la miré como a una pagana y ramera de un viejo oficial adjunto, se me fue de inmediato el apetito por tales falsas monedas, a la vez que reconquistaba mi sana razón. No obstante, no alcancé el grado de santidad como para repartir a los pobres el dinero ganado con aquella, sino que lo guardé para usarlo, deseándole a ella que disfrutara de las mercaderías; y también me apené muchas veces por la grácil figura de la bella morena, sus curiosas venturas y, en especial, su alma buena, que había abierto para mí.

Tras llegar a conocerme bien, William van Raac halló en mí algo que le gustó, por lo que, a menudo, me visitaba y

se entretenía con alguna que otra conversación cortés. En ciertas ocasiones, con modales particularmente amables, me obsequiaba todo tipo de objetos curiosos. Yo me defendía, por cierto, con esta o aquella cosa no menos buena, si bien sentía que él no se contentaba hasta que me hubiera traído tanto como para sobrepasar por mucho el valor de lo mío.

Un cierto sargento que venía en el barco, de nombre David Böckling, del que William había sido muy amigo, pero con el que, tras mi arresto, se había enemistado mucho, veía con gran fastidio nuestras frecuentes reuniones y empleó todo tipo de enredos para desunirnos, pues era un hombre vulgar (además de, por cierto, el mismo que me había espiado y delatado cuando, a la orilla del mar, conté mis ducados y dije las palabras ya mencionadas, como me confesó luego, abiertamente, Van Raac). Sin embargo, todas sus maldades no fueron suficientes para romper nuestra amistad, sino que pareció como si la misma se consolidara, precisamente, por ello. Yo, por mi parte, había resuelto con firmeza acomodarle al sargento las ideas a la primera oportunidad que se me presentara, mas me vi dispensado de este esfuerzo ya que, en cierta ocasión en que hubimos de detenernos por un tiempo en Batavia,³³ en la isla de Java, fue acuchillado allí mismo por otro, y yo fui nombrado sargento por el capitán, en su lugar.

En vista de que, de este modo, pasaba a ganar doble soldada, ya podía demostrar que, en pocos años, iría a juntar un cierto capital. Además, era muy diestro en el comercio, aunque no tan pícaro como un judío, y así llegué a ganar, en el curso de tres años, una menuda fortuna. Pues todo este tiempo estuvimos fuera durante este, mi primer viaje. Más allá de esto, no me ocurrió nada demasiado fuera

33 La actual Yakarta, capital de Indonesia.

de lo común, por lo que, a fin de evitar dilaciones, tan solo voy a referir que, en nuestro viaje de regreso, por la zona de las Islas Canarias, fuimos atacados por dos barcos pirata de Salé.³⁴ El combate fue muy intenso y corrimos gran peligro de perder, junto a nuestra libertad, todos nuestros bienes, si no también, incluso, la vida. Al fin, la situación se invirtió, tras de que opusieramos la más rabiosa resistencia, de modo que ellos quisieron emprender la fuga, llevándose consigo nuestra chalupa, que se hallaba muy ricamente cargada. Mas, como advertimos en seguida su intención, y ya nos hallábamos en mejor posición, no solo frustramos su trabajo, sino que, también, capturamos su mejor barco, con todo lo que había en él.

Si mi naturaleza fuera tal que me gustara alabarme, u oír que me alaban, podría aducir aquí alguna que otra cosa que convencería a los demás de que soy un hombre particularmente valiente. Bien puedo asegurar, empero, que nunca hice más que lo que un soldado honesto –cuya honra, vida y libertad, junto con todo lo que posee, están para él en lo más alto– está obligado a hacer en tales casos.

No obstante, bajo el pretexto de este deber, a veces, se puede hacer de más o de menos por la buena causa. Mi ejemplo, al menos, puede incitar a otros a una sensata prudencia, ya que cuando hubimos enganchado el mencionado barco pirata felizmente capturado, y ya solo luchábamos con la espada en el puño, un único pirata escogió para sí, en su barco, que ya se hallaba perdido, para proseguir el combate, un sitio particular: metido entre algunas cajas encimadas mantenía a resguardo su espalda, a la vez que hacía estragos con su mortífera oz. De modo que todos los que, desde

34 La República de Salé, también llamada República del Bu Regreg, República de las Dos Orillas o República de Rabat-Salé, fue una pequeña república marítima independiente de corsarios que existió entre 1626 y 1668, alrededor de las actuales ciudades marroquíes de Salé y Rabat, a las que separa la desembocadura del río Bu Regreg.

nuestro barco, saltaban al otro, o bien caían muertos o bien se reportaban gravemente heridos.

Me hallaba yo ocupado, bajo las órdenes del capitán, junto a otros doce de nuestros hombres, en la proa del barco enemigo, para apostarme bien allí, pero me di cuenta de que nuestras fuerzas eran menores al trabajo que debíamos hacer, ya que Satán mismo parecía rechazar nuestra ayuda de un modo realmente sobrehumano. Así que, como un rayo, penetré por terreno enemigo, supe guardar mi ventaja, e intenté clavarle al pirata el sable en sus tripas en el acto. Mas el bribón se hallaba bien encorazado y estaba muy armado, por lo que, tras propinarle un golpe que se me resbaló, me hallé expuesto al mayor peligro de vida. Con todo, presa del miedo, lo tomé de la boca, que tenía abierta de par en par, arrojé a la briosa furia al suelo, busqué una entrada a su abdomen y metí mi sable tan hondo en la panza como me fue posible.

No bien hubo sucedido esto, unos veinte de los nuestros, y cada vez más, llegaron de un salto al barco enemigo, me secundaron, e incluso antes de triunfar plenamente, cantaron victoria. Y no pasó ni media hora hasta que pudimos exclamar esta alegre palabra con pleno derecho y total seguridad, pues éramos ya los señores del barco, y los enemigos que aún vivían eran nuestros esclavos. En cuanto a mi persona, había recibido como primer botín un considerable golpe en la cabeza, además de otro en el hombro izquierdo, y un picazo en la cadera derecha. Además, el irracional bruto, al que yo, por razones de estado muy particulares, había agarrado de la boca, me había hecho el honor, a modo de entretenimiento, de arrancarme las falanges inferiores de dos dedos de la mano izquierda. Tal como veis, me faltan incluso al día de hoy, pues no he podido hallarlas en el campo de batalla, de modo que solo puedo creer que, sin querer, se las ha comido.

Al fin, le concedí estos dos mordiscos, que hubo de pagar bastante caros, y me sentí feliz de que no faltara nada de mis tesoros reunidos hasta aquel día. Más allá de esto, fui colmado de gran fama y honores, ya que no solo el capitán, sino también la mayor parte de los colaboradores y artífices de esta victoria me adjudicaron el mejor premio, a causa de aquel único y osado golpe. Mi ánimo bien se hubiera pasado de los superfluos elogios y, en lugar de ello, habría escogido un pronto alivio de las dolorosas heridas, ya que, lastimado como estaba de ambos lados, tan solo podía descansar un poco si me ponía de espaldas. No obstante, un hábil enfermero y mi buena condición natural, junto con la ayuda divina, hicieron que a los pocos días fuera capaz de nuevo de pasear por la cubierta superior. El capitán, que salió a mi encuentro ya en mi primera excursión y me vio tan vivaz, me dijo riendo:

—Señor Wolfgang, os felicito por esta salida, y os aseguro que tan solo os falta vuestra espada para convencerme de que ya no sois más un paciente.

—Mi señor —le respondí yo, también riendo—, si eso es lo único que me falta, la iré a buscar de inmediato.

—No os molestéis —replicó él—, yo me ocupo.

A esto, le dio la orden a su criado de que me consiguiera una espada. Este trajo una pulcra espada de plata y un cinturón, que hube de ponerme, según yo creía, por pura diversión. Tan pronto hice esto, le ordenó que reuniera a la tripulación y, una vez que esta se estuvo formada en su orden habitual, dijo:

—Señor Wolfgang, vos sabéis tan bien como todos los aquí presentes que en la última acción han muerto nuestros dos tenientes; es por ello que, en vista del valor heroico del que habéis dado cuenta últimamente, os propongo a vos como nuestro primer teniente de a bordo, si bien hay que aguardar aún la confirmación de nuestros superiores, la que os

puedo garantizar. Entretanto, como sé que ninguno de los presentes tendrá algo que objetar, quiero ser el primero en felicitaros por este nuevo cargo.

Al decir esto, me extendió la mano. En un principio, no supe bien qué hacer, pero cuando me di cuenta de que era en serio, contesté el saludo de la manera usual y me dejé llamar, a partir de allí, “teniente”.

Poco después, llegamos, junto con nuestra presa, felizmente, a Ámsterdam. Allí, no solo fui confirmado en mi cargo, sino que, además, recibí una fuerte e inesperada recompensa, además del doble sueldo que me correspondía, y que me había ganado en parte con la pluma y en parte con la espada. A esto, agregué aún el dinero que obtuve de las mercancías que había traído conmigo. Deposité la mitad como capital, en el banco, y la otra mitad la empleé en mi manutención y, además, para comprar el equipamiento que necesitaba para emprender un nuevo viaje.

*

Hasta aquí llegó el capitán Wolfgang, por esa vez, en su relato, cuando, a causa de que se hacía de noche, lo interrumpió y prometió que, a la primera oportunidad, nos haría conocer el resto de sus aventuras. De modo que cada cual buscó su habitual sitio de descanso. Mas, apenas tres horas después, a causa de una tormenta, todos nos despertamos a fin de que pudiéramos adoptar las posturas que se requerían contra tal impetuoso perturbador de nuestro sueño. Nos abandonamos, por cierto, a la particular fuerte contextura y solidez de nuestro *Fiel Paris*. No obstante, como ni el horrible rabiar del viento ni las furiosas olas parecían querer calmarse –tras haber bramado sin pausa durante dos noches y dos días–, sino que, por el contrario, al caer la tercera noche, multiplicaron su ira, perdimos del

todo la esperanza en nuestra salvación, y ya no nos molestamos por saber en qué región nos hallábamos. Tan solo aguardábamos, con los corazones en parte temblorosos y en parte calmos, la espantosa partición del barco y el triste final de nuestras vidas, que, por lo general, sigue de modo indefectible a aquella. Solo que la capacidad de conservación divina se mostró mucho más fuerte que el viento y las descargas de las nubes, en vista de que nuestro barco no solo no sufrió daño grande alguno, sino que, para nuestro mayor asombro, fue llevado de nuevo a su ruta, por más que el viento y las olas lo habían zurrado ora hacia aquí, ora hacia allí. Unas dos horas después de medianoche, se aplacó el horrendo bramido, las gordas nubes se dispersaron, y con el despunte del bello y claro día los marineros profirieron un grito de júbilo, ya que, de forma inesperada, habían divisado el Pico,³⁵ y nos hallábamos muy cerca de la isla de Tenerife. En cuanto a mi persona, no sabía si sentir más alegría o admiración al ver esta monstruosa máquina. La horrenda montaña, que llegaba hasta el cielo, era totalmente blanca en torno de su cúspide, pues se halla cubierta de nieve durante el verano y el invierno. Se podía observar con mucha precisión el humo que salía de la cima, y yo no pude sacar los ojos de este altanero objeto, hasta que, hacia la noche, atracamos en la isla, para descansar allí hasta que se hubiera reparado todo lo que se había roto y dañado en nuestro barco.

Tuve un particular placer en observar las curiosidades de la isla y, en especial, empero, el Pico, en cuya base, había una especie de árboles cuya madera, según se dice, no se pudre con ningún tipo de agua. No obstante, nadie pudo convencerme de escalar a la cima de la montaña y echar un

35 El Pico del Teide, el más alto de la isla de Tenerife, es en realidad un volcán. Es por esto que en la oración que sigue se lo denomina "monstruosa máquina".

vistazo a su cráter, llamado “caldera”, por más de que aún fuera la mejor época del año para hacerlo. O bien no fui tan curioso como Gayo Plinio Segundo en el Vesubio, o bien no tuve deseos de exponerme a la misma fatalidad que él sufrió, o bien no tuve ganas de escribir una Historia Natural propia.³⁶ Dicho brevemente: fui o muy perezoso, o miedoso o negligente.

En cambio, no puedo negar que el espumante canario me supo excelente en lo del capitán, y que me sentó mejor que a los otros el humo de azufre, en el Pico. Nos llevamos una buena cantidad de esta afamada bebida, además de mucha azúcar y otras exquisiteces de la isla, y el 12 de septiembre zarpamos muy contentos hacia Cabo Verde.

El mar se hallaba muy calmo y hacía un bello tiempo, por lo que el capitán Wolfgang, luego de que se lo pidiéramos con insistencia, aceptó proseguir su historia de la siguiente manera:

*

Si no me equivoco, señores –comenzó–,³⁷ había llegado a contaros lo de mis preparativos para emprender un nuevo viaje, mas como los Estados Generales³⁸ habían entrado en guerra hacía poco con Francia y España, todo se alteró mucho.³⁹ Yo, por cierto, me mantuve fiel a mi bienhechor,

36 Conocido como Plinio el Viejo, Gaius Plinius Secundus (23-79) fue un escritor, naturalista y militar latino. Realizó estudios etnográficos, naturalistas y geográficos, que reunió en su *Naturalis Historia*. Murió el 4 de agosto del año 79, durante la famosa erupción del Vesubio que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano, al querer estudiar más de cerca el fenómeno.

37 Esta acotación es de Eberhard Julius.

38 Es decir, los Países Bajos.

39 Se alude, muy probablemente, a la Guerra de Sucesión Española, que duró desde 1701 hasta la Paz de Utrecht, en 1713. En ella, los Países Bajos formaron parte, junto con Inglaterra, de una coalición internacional que luchó contra Francia. Una de las razones que llevaron a la conformación de esta coalición –en enero de 1701– fue la apertura española al comercio francés.

es decir, a aquel capitán que hasta el momento me había hecho tan feliz, pero no podía adivinar las causas de su vacilación ni sus ulteriores planes. No obstante, al fin, se abrió y me confesó que había conseguido excelentes pasaportes para actuar como corsario contra todos los enemigos de la República, por lo que, con la ayuda de otros temerarios, se había comprado un barco extraordinariamente bello con todos sus accesorios. Así que no le faltaba nada más que una cantidad suficiente de hombres. Ahora bien –agregó–, si yo quería viajar con él como su primer teniente, debía esforzarme por conseguir al menos entre diez y doce voluntarios; y si esto me parecía inviable, o si no tenía deseos de llevar a cabo las travesuras que los corsarios se ven obligados a hacer, me conseguiría en seguida un puesto de oficial en un buque de guerra, solo que no sabría decirme si tal cosa sería igual de provechosa para mí. De inmediato le aseguré al capitán que pondría todo mi empeño en buscar mi dicha o desdicha bajo su mando y junto a él, y que viviría y moriría con él. Él pareció contento con mi resolución. Lo dejé y, en el curso de pocos días, recluté, en lugar de los doce que me había pedido, veintitrés temerarios voluntarios, la mayoría de los cuales ya tenían consigo bastante dinero. Mi capitán me besó de alegría cuando se los presenté, y como él tampoco había estado ocioso durante ese tiempo, sino que había conseguido todo lo necesario, izamos velas felizmente.

Por temor a los franceses, no podíamos atravesar el canal, sino que hubimos de hacer nuestro viaje alrededor de las Islas Británicas, y aunque el capitán tenía muchos deseos de hacerles alguna que otra broma a los españoles en su ruta a América, primero quería anoticiarse más exactamente de la situación. Antes de que esto ocurriese, empero, dimos un excelente golpe a una fragata francesa que iba camino a Irlanda, de la que extrajimos un botín de dieciséis mil luises de oro y otras cosas muy buenas, así como varios

prisioneros de los Estados. A los más notables, con las cartas, se los dimos, a cambio de una pequeña paga, a un barco inglés que había estado siguiendo infructuosamente a la fragata durante mucho tiempo. Tras repartir a los restantes prisioneros, ocupamos la fragata con algunos de los nuestros, entre los que también me hallaba yo, por lo que me vi ante el hecho de comandar un barco auxiliar. Así, dirigimos nuestro curso hacia el mar mejicano.

En la isla portuguesa de Madeira nos proveímos de agua fresca y hallamos, además, otro buque corsario holandés, si bien muy estropeado por los españoles, y cuyo capitán y la mejor parte de la tripulación habían muerto. Entre la gentuza que había sobrevivido reinaba tal confusión que nadie sabía quién era cocinero o camarero. Les hicimos ver su miserable situación y, de buen grado, los convencimos de que se nos unieran y que se aventuraran a ponerse, junto con nosotros, bajo el mando de nuestro capitán. Los ayudamos a reparar su barco y, entonces, zarpamos llenos de esperanza hacia las Islas Bermudas. En el camino, nos apoderamos de un convoy español destinado a explorar la seguridad del mar, ya que la Flota de Indias⁴⁰ española se había reunido en la isla de Cuba y ya estaba por partir hacia Europa. Llevamos a nuestro barco lo poco que fue hallado en ella, además de los prisioneros, y hundimos el convoy, ya que no nos servía de nada. Y, a toda prisa, nos dirigimos hacia Cuba, a fin de, en lo posible, dar un pellizco a la Flota de Indias. Se nos unieron aún dos buques corsarios holandeses y uno inglés, de modo que teníamos una fuerza de seis

40 La Flota de Indias, también conocida como Flota del Tesoro Español, fue, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, el mecanismo por el cual se conducían a España las riquezas extraídas de los virreinos españoles en América. Fue en la década de 1520 que, debido al incremento de los ataques pirata franceses y, sobre todo, ingleses, la Corona española decidió empezar a escoltar con convoyes las dos flotas anuales de galeones y barcos mercantes que llevaban las riquezas desde el Nuevo Mundo hasta Castilla. El punto de reunión era, en general, la isla de Cuba.

barcos bien pertrechados, con un total de cuarenta y seis cañones y cuatrocientos ochenta y dos hombres armados. De este modo, podíamos aventurarnos a llevar a cabo una acción de importancia, y, en efecto, no nos quedamos de brazos cruzados, sino que causamos gran alarma entre los cubanos, los habitantes de La Española⁴¹ y de otras islas enemigas, y nos hicimos de todos los barcos mercantes españoles, de forma tal que, incluso el más insignificante de entre los nuestros, se sintió muy bien pagado por el esfuerzo que había dedicado a esto y nadie tuvo ya razón para hablar de pobreza o carencias.

Así, nos dimos cuenta de que la suerte suele estar a menudo del lado de los valientes. Pero los españoles no se sintieron bien a causa de su Flota de Indias, ya que sin dudas creyeron que nuestras fuerzas en cuanto a barcos eran mucho mayores, por lo que, como pronto hubimos de saber, pertrecharon entre diez y doce buques de guerra, con el fin de hacernos prisioneros o destruirnos, en tanto éramos sus indeseados y peligrosos huéspedes. El capitán inglés, que hasta entonces había sido nuestro socio, o bien no tuvo el necesario coraje, o bien estimó que ya era lo suficientemente rico, por lo que se separó de nosotros junto con su nave y su chalupa, en las que tenía, en total, ciento veinte hombres y doce cañones, con la intención de probar la ruta entre Cuba y La Española, y de allí dirigirse hacia Virginia,⁴² por ciertas razones. Mas luego supimos que los españoles lo pillaron, lo saquearon y lo asesinaron de manera infame.

Nuestros capitanes, entretanto, no creyeron aconsejable quedarse allí a aguardar un ataque de los españoles, no solo

41 La Española es la segunda isla más grande en el archipiélago de las Antillas mayores. En la actualidad, es compartida por los estados de Haití y República Dominicana. Es el sitio del primer asentamiento europeo en América: allí llegó Colón en su primer viaje, en 1492.

42 Ex colonia inglesa en Norteamérica.

porque nuestros barcos precisaban una pronta reparación, sino también porque muchos de nuestros hombres –de los que, con todo, desde nuestra partida de Ámsterdam no habíamos perdido más que a catorce– se hallaban extenuados a causa de las muchas fatigas. Así que enfilamos hacia la isla de Curaçao o, como la llaman algunos, Curazao, que estaba bajo el dominio de nuestros compatriotas, si bien en el camino nos hicimos aún del agradable botín de un barco cargado de cacao, vainilla, mermelada, azúcar y tabaco. Pocos días después, la suerte nos favoreció aún más, ya que, de la nada y sin derramar mucha sangre, tomamos posesión de tres barcas que llevaban ostras con perlas, con lo cual les ahorramos a los señores españoles el esfuerzo de extraer estas últimas, mientras que nosotros no nos avergonzamos en lo más mínimo de hacer este trabajo en nuestras horas ociosas.

Así pues, atracamos felizmente en Curazao, cargados con todas estas riquezas. Tras enseñarle nuestros pasaportes y tras que alguno que otro le hubo hecho un reporte minucioso de todo, el gobernador nos agasajó con alegría, más aún debido a que recibió un considerable obsequio de nuestra parte. No obstante, luego de que nuestros capitanes reflexionaron con algo más de justeza acerca del estado de las cosas y del tiempo, nos pareció que lo mejor era, según el propio consejo del gobernador, escoger la isla de Bonaire⁴³ como nuestro sitio de reposo y reparar allí nuestros barcos. Es por ello que se puso el mayor empeño en erigir una base y, con la ayuda de los nativos, que no eran poco diestros, empezamos a hacer pequeñas casas, y también encaramos la construcción de un muy buen fuerte, que teníamos la intención de ir mejorando de a poco. Los indígenas se

43 Está situada frente a la costa occidental de Venezuela. Aún en la actualidad pertenece a los Países Bajos.

mostraron increíblemente serviciales con nosotros. Les dábamos lo que necesitaban de entre aquellas de nuestras cosas de las que podíamos prescindir; y ellos, por su parte, se mostraban aplicados para labrar la tierra y cultivar maíz, ñame, batatas y grano guineano,⁴⁴ todo lo cual pudimos aprovechar muy bien. Además, daban más importancia que en otros lados a la prolija economía doméstica y a la cría de ganado, ya que había allí bueyes, vacas, caballos, chanchos y, sobre todo, cabras en abundancia, de modo que no solo teníamos alimento suficiente sino que también podíamos proveer a nuestros compatriotas de las islas vecinas con carne salada y otras cosas. Más allá de esto, dimos algunos golpes en el mar, y no solo nos enriquecimos con bienes españoles y franceses, sino que les causamos a ambas naciones todos los daños imaginables, a fuerza de fuego y tormentos.

Yo, por mi parte, había reunido un considerable tesoro en oro, plata, perlas y otras cosas valiosas que, en su mayor parte, enterré en esa isla, en diferentes sitios en los que no debía temer con facilidad que alguien pudiera hallarlo sin que yo se lo indicara. Por lo demás, llegamos a convivir tan contentos en la isla que, tras pasar allí tres años, parecía como si nadie deseara regresar a su patria.

Luego de tan largo tiempo, recibimos la noticia de que los españoles querían zarpar de nuevo rumbo a Europa con una Flota de Indias ricamente cargada, de modo que preparamos un ataque a fin de pescar algo de todo ello. Nos hicimos a la mar con dos de los mejores y más pertrechados barcos y, asimismo, con los hombres más resolutos; y acechamos a aquella por la zona de las islas del Caribe, poniendo el mayor cuidado en no ser descubiertos. Nuestro esfuerzo fue tan poco en vano como el anterior, ya que cierta mañana,

44 Especia de la costa occidental de África. Al grano guineano se lo conoce también como grano del Paraíso o pimienta de Guinea.

muy temprano, tras haber sobrellevado una tormenta bastante fuerte, capturamos con astucia un barco español que se había desviado de su ruta; lo conquistamos con violencia y hallamos en él tal cantidad de plata pura y otros objetos preciosos como nunca habríamos podido imaginar. A causa del fuerte estrépito de los cañones, la Flota había temido lo peor, acertando en que uno de sus barcos se hallaba en una trifulca, por lo que otros dos barcos fueron enviados allí en su ayuda, pero ya habíamos acabado con nuestra presa cuando divisamos los barcos a la distancia. Con todo, no creímos aconsejable esperar su llegada, sino que emprendimos la fuga de un modo realmente audaz a través de Puerto Rico y, con gran alegría, regresamos a la isla de Bonaire, donde nos reunimos con los nuestros.

Esta vez, en primer lugar, no solo fuimos más aplicados que antes en la tarea de hacer –con ayuda de los indígenas– más cómodas nuestras casas y en mejorar los campos de labranza y la cría de ganado, sino que también, en poco tiempo, avanzamos tanto con nuestro fuerte que hicimos que la isla quedara muy a resguardo de todo ataque hostil. Muchos de los nuestros habían pillado, en su debido momento, mujeres españolas y francesas solteras, y se habían casado y tenido hijos con ellas. Esto generó el mismo deseo en muchos otros, por lo que estos le pidieron a nuestro capitán, en tanto gobernador electo de nuestra isla, intentar un desembarco en La Española, pues había allí, según decían, mujeres muy bellas, tanto españolas como francesas.

Si bien al capitán esta empresa le pareció en un comienzo demasiado arriesgada y peligrosa, al final, empero, se vio casi obligado a satisfacer el celoso pedido de los devotos de Venus y a equipar dos barcos para ello, de los cuales yo comandaría uno en calidad de subcapitán. Nos hicimos a la mar y llegamos, felizmente, a La Española. Los enamorados lograron también su anhelada meta, ya que subieron

a bordo a unas treinta jóvenes mujeres. Yo, empero, que comandaba la retaguardia, fui tan desdichado que recibí, de parte de los españoles que salieron en persecución nuestra, un peligroso disparo en el flanco derecho y otro en la pantorrilla izquierda, por lo que, junto con otros dos de los nuestros, fui atrapado por los españoles, los cuales nos hicieron prisioneros y nos condujeron ante su gobernador.

Fue una gran suerte, en tal desgracia, que este no nos hiciera ahorcar en seguida, presa de la furia inicial, pues se trataba de un hombre sumamente irascible. No obstante lo cual, tras recuperar por completo nuestra salud, fuimos tratados casi tan mal como los esclavos turcos. Lo peor de todo es que yo no podía hallar la más mínima oportunidad para darle noticia de mi vida a mi honrado capitán, pues estaba seguro de que este no ahorraría esfuerzos para liberarme. Tras pasar, sin embargo, tres años en tan penosa condición, recibí la noticia de que mi honesto capitán, junto con mis mejores amigos, habían dejado la isla de Bonaire –o de Buenos Aires– y regresado a Holanda, a fin de solicitar por vías legales la gobernación y el otorgamiento de los plenos poderes.

Además, se me describió en términos tan bellos el estado actual de la isla que mi ardiente deseo de regresar a la misma renació en mí totalmente nuevo, sobre todo, cuando recordé mis tesoros allí enterrados. No obstante, no podía imaginar cómo hacerle al gobernador una propuesta adecuada de pago de mi rescate sin poner en el mayor peligro a mi persona y mi fortuna. De modo que hube de quedarme, en calidad de mozo de cuadra, dos años más al servicio del gobernador antes de que surgiera en mi mente la más mínima ocurrencia practicable de cómo obtener mi libertad en buenos términos.

A veces, la necesidad despierta en los hombres una afición a la que por naturaleza, de lo contrario, se sienten muy poco

inclinados. De mí puedo decir con verdad que, aún en mis mejores años, en los que por entonces me hallaba, casi no me interesaba por las mujeres y el amor. Y de ningún modo había ido a La Española con la intención de buscar allí una mujer para mí, sino, meramente, a fin de dar cuenta de mi vigor y de ganar algo de dinero. Mas ahora que me veía en la mayor necesidad y no veía ningún medio seguro para obtener mi libertad, recurrí finalmente a Venus, ya que Apolo, Marte y Neptuno parecían querer rehusarme su ayuda por completo.

Un cierto día en que hube de llevar de paseo a la hija del gobernador, junto con sus doncellas, a una finca vecina, me hallé de pronto completamente solo con la primera, en el jardín. Ella se sentó en un banco de césped y, de manera desenvuelta, me dijo:

–¡Wolfgang! Decidme de qué país sois vos, y por qué nunca se os ve alegre como a otros mozos de cuadra.

En un comienzo, me quedé perplejo ante este trato, pero enseguida, con un hondo suspiro, le respondí:

–Señorita, soy alemán de nacimiento; provengo, por cierto, de una familia de medianos ingresos, pero al servicio de los holandeses he saltado, gracias a mi coraje, al puesto de subcapitán y, al fin, he tenido la desgracia de ser gravemente herido y caer prisionero en esta isla.

A esto, haciendo un ademán triste y que parecía algo negligente, me respondió:

–Yo pensé, al menos, por vuestra buena apariencia, que erais de procedencia noble.

Acto seguido, se puso de pie y, sumida en hondos pensamientos, salió a dar un paseo totalmente sola.

Yo intenté explicarme, de todo tipo de formas, lo que me había dicho, y casi que me dolía no haberme jactado algo más de mi condición. “Mas tal vez –pensé–, sin más, me vaya mejor con ella en el futuro”. Así sucedió, en efecto,

pues antes de que regresáramos aprovechó cierta ocasión para decirme aún lo siguiente, de un modo muy cariñoso:

–Wolfgang! Si os importan en algo vuestra libertad, felicidad y vuestro bienestar, no dejéis de darme noticias más precisas de vuestra condición y de vuestra persona. Y estad seguro de que quiero y puedo promover lo mejor para vos sin dilación, sobre todo, si sentís alguna ternura y amor hacia mí.

Al decir esto último, se puso toda colorada, miró en torno para ver dónde estaban sus criadas, y me dijo aún:

–Os doy el permiso de abrirme vuestro corazón en una carta, que podéis darles mañana a mis doncellas. Tan solo debéis ser tanto honrado como discreto.

No se me ha de reprochar que tomara con ambas manos esta bella oportunidad para conseguir mi libertad. Doña Salomé –así se llamaba la señorita– era una linda persona de entre dieciséis y dieciocho años que se veía obligada a casarse con un rico oficial español joven, pero tuerto y, por lo demás, muy feo. Su propia madre no quería tal cosa para su hija, pero había sido impelida a aceptarlo por el tozudo gobernador. Yo podría, según esto, contar una dilatada historia de amor entre ella y yo, pero no es este mi cometido. ¡En breve! Le escribí a doña Salomé y, según su deseo, hice de mí un noble; le descubrí el intenso amor que le tenía, y le prometí todo lo que ella podría pedirme si acaso me ponía en libertad.

En pocos días, nos pusimos de acuerdo en todo. Le juré que la llevaría a un sitio seguro; y que, tan pronto como fuera posible, iríamos los dos a Europa, donde nos casaríamos de forma legal; y que viviría el resto de mi vida con ella, honrándola y amándola como a mi esposa. Ella, por su parte, me prometió que, además de darme una dote de doce mil ducados y otros objetos valiosos, conseguiría un barquero francés de confianza que, a cambio de

una buena paga, nos llevaría a la isla de Bonaire lo antes posible.

Nuestro plan se realizó con éxito, pues tan pronto como supimos que el gobernador se hallaba de visita del otro lado de la isla, empacamos durante la noche nuestras cosas, montamos los caballos ágiles comprados para la ocasión y partimos de allí con la única compañía de las doncellas; en algunas horas llegamos a la orilla en la que, en un convoy, nos esperaba el barquero francés contratado. Nos subió a bordo y, a toda vela, partimos hacia Bonaire. Atracamos allí sin el menor peligro; por cierto, al principio, no nos querían dejar bajar, mas tan pronto como me anuncié y me di a conocer, la alegría de la que dieron cuenta algunos buenos amigos y conocidos por ver que me hallaba con vida y que había vuelto, felizmente, fue indescriptible. Es que hacía varios años que se me tenía por muerto.

El señor Van der Baar, mi mejor amigo y anterior contramaestre, era ahora vicegobernador de la isla, e hizo disponer en el acto una casa finamente construida para mi amada y yo. Tras algunos días, empero, tan pronto como nos hubimos acomodado un poco, uno de los dos pastores holandeses que allí había nos unió en matrimonio. Yo hice preparar un muy costoso almuerzo para cincuenta personas, según las costumbres del lugar. A todos los demás, con todo, incluso a las familias indígenas, hice que les repartieran pan blanco, carne, vino y otras potentes bebidas, a fin de que, al igual que yo, todos tuvieran razones para estar contentos. El vicegobernador, para honrarme, hizo disparar intrépidamente los cañones guardados en las baterías, para que también los otros insulanos pudieran oír que en esa región sucedía algo especial; en breve: durante algunos días vivimos todos muy alegres, a mis expensas. Mi flamante esposa, doña Salomé, se hallaba muy a gusto conmigo, y yo con ella, ya que recién en sus dulces abrazos supe lo que

es el amor honrado. Tal vez algunos piensen que lo primero que hice fue ir corriendo hacia mis tesoros enterrados pero, en verdad, me lo tomé con mucha calma, y los fui a buscar recién una semana después de nuestra boda. Felizmente, los hallé sin merma, y se los mostré a mi amada en secreto. Ella se asombró, ya que jamás había pensado que yo era tan rico y ahora se daba cuenta de que no se había casado con ningún mendigo, por lo que se sintió por completo satisfecha, por más que le confesé que yo no era un noble, sino tan solo de estamento burgués.

Cuatro meses después de mi feliz regreso, tras haber puesto nuestra casa en excelente orden, tuve la alegría de abrazar a mi viejo capitán, que acababa de volver de Holanda y que no solo traía consigo la confirmación de su cargo de gobernador, sino también otros poderes mucho más importantes, además de, en tres barcos, muchas cosas extremadamente necesarias. Me contó que, tras estar seguro de mi muerte, había hecho tasar de inmediato, por medio de personas honradas –y en parte presentes– el capital que yo había dejado, que ascendía a seis mil táleros. De esta suma, le había dado cinco mil a mi hermano, a quien había citado en Ámsterdam, para que los repartiera entre él y los demás hermanos; los otros mil, en cambio, se los había quedado él por el esfuerzo que había hecho por mí y, ahora que tenía la alegría de reencontrarme, tenía la intención de pagármelo por duplicado. Mas yo sentí tal contento por su honradez, que lo convencí de que no recordara más esto, ya que me sentía satisfecho y me tenía por suficientemente rico, y bien sabía que lo que le debía a él era mucho más.

Tras esto, vivimos juntos en la más bella armonía. El señor Van der Baar, con cincuenta hombres y todo tipo de cosas necesarias que le fueron dadas, hubo de poblar otra isla pequeña; yo, empero, fui nombrado vicegobernador

en su lugar, y casi que ya no tuve más ganas de volver a actuar en el futuro como corsario, sino que quería vivir en paz junto a mi querida Salomé, que ya no pidió en absoluto ir a Europa, y no deseaba más que quedarse de por vida en esa isla, al lado mío. Solo que... ¡Ay!, mi sincero contento no duró mucho. Pues, cuando, en el décimo mes después de nuestro ayuntamiento, tras un parto atrozmente complicado, mi muy amada esposa trajo al mundo a una hija muerta, hubo de reconocer, poco después, los signos de su propia muerte cercana. Hacía ya algunas semanas había venido conversando casi a diario con los pastores y se había interiorizado bien de todos nuestros artículos de fe, por lo que, tras recibir la eucaristía, adoptó, deseándolo de corazón, la religión protestante y murió plácidamente al día siguiente.

No quiero renovar aquí, en presencia de otros, el dolor que sentí en ese momento; tan solo he de decir que no tenía consuelo y que, andando siempre meditabundo, no sabía dónde hallar mi solaz si no en la tumba de mi amada, que cubrí con una piedra muy bien tallada y en la que, de propia mano, cincelé estas líneas:

Aquí yace un bello botín, que me ha sido robado por la muerte.
Tras que la libertad robada diera lugar al amor raptado.
Es una beata mujer. ¿Quién le quita ese galardón?
Mas yo, su viudo, me he vuelto una presa de la aflicción.

Más abajo, tallé más noticias acerca de su persona y esculpí el año de su muerte, para satisfacer la curiosidad de la posteridad. Yo, por mi parte, ya casi no supe de más contento para mí en el mundo, por lo que resolví volver a Europa, a fin de tratar de hallar allí, en el Viejo Mundo, algo de sosiego para mi alma, dejando mis dolores en el Nuevo Mundo, junto a la tumba de la amada causa de los mismos. Le descubrí este

propósito al capitán, en tanto era nuestro gobernador, y él, sin poner la más mínima dificultad y, más bien, con verdadera alegría, me permitió escoger no solo los voluntarios que se requerían, sino también uno de los mejores barcos con todo su equipamiento. No obstante, me pidió con insistencia que regresara pronto, sobre todo una vez que hubiera colocado de manera adecuada mis bienes muebles y mi dinero.

Le prometí todo lo que me pedía y, luego de que me diera importantes comisiones y me proveyera de buenos pasaportes, partí, en nombre del Cielo, de la isla, que me había sido tan cara, en dirección a Europa; y, una vez transcurrido el tiempo habitual, llegué, felizmente, a Ámsterdam sin mayores obstáculos.

En el lapso de dos meses despaché todo lo que se me había encomendado, y le dejé el barco a los socios de mi capitán, dándoles a entender que en primer término viajaría a mi patria a fin de resolver allí si mi destino sería, de ahí en más, volver o no al mar. Tras esto, empaqué todo mi capital y me dirigí a Lübeck, a lo de mi patrón de antaño, quien me recibió con gran alegría y me alojó en su casa hasta que yo hubiera llegado a tomar una decisión respecto de qué hacer en mi vida. Mas como mi patrón me contó que su hijo, con quien yo había estudiado en Greifswald, había obtenido, hacía un par de años, un excelente puesto en Danzig,⁴⁵ me encaminé hacia allí para hacerle una visita, tras anunciarle por escrito a mi hermano –que, sin contarme a mí, era el menor– dónde podría hallarme.

Este no se anduvo con dilaciones, sino que llegó a lo de mi buen amigo dos días antes que yo. Al arribar, no sé quién entre mi hermano y mi amigo se mostró más alegre ni de quién recibí mayores demostraciones de afecto:

45 Actualmente, la ciudad se llama Gdansk y queda en Polonia. Desde 1772 y hasta el final de la Primera Guerra Mundial perteneció a Prusia.

cuanto menos, ambos estuvieron parejos. Tras regodearnos algunos días entre los tres, envié a mi hermano con una buena cantidad de dinero a mi patria y le encomendé la tarea de conseguir para mí, con la ayuda de un diestro jurista, una carta de perdón de las máximas autoridades por el caso del estudiante estoqueado en Fráncfort. Como, por lo general, el dinero lo consigue todo en el mundo, tampoco a este respecto me fue mal, sino que, tras algunas semanas, obtuve la carta de perdón solicitada y, luego de despedirme tiernamente de mi amigo, pude viajar seguro a mi ciudad natal, tras haber pasado un tiempo realmente alegre en Danzig, y de haber conocido bien y trabado amistad con los comerciantes más prominentes, entre otras personas.

Mis hermanos, mis amigos de sangre y del alma, me recibieron con extraordinaria alegría, de modo que fue poco lo que pude hacer en las primeras cuatro semanas, más allá de hacer visitas. Tras esto, por cierto, me dejé convencer de quedarme allí en paz, para lo cual debía comprar una bella propiedad y hallar un casamiento ventajoso. Mas, quizá porque tal cosa no había de ser, hube de recibir un inesperado disgusto que, en sí mismo, carecía de importancia; pero de pronto me encapriché, y resolví volver al mar; así que, luego de pasar un año en casa y de hacer ricos regalos a mis parientes y amigos, sin perder más tiempo, regresé a Ámsterdam.

Allí, no me fue difícil conseguir una nueva licencia de capitán en un buque corsario, sobre todo, dado que tenía la intención de equiparme por mi cuenta. Recluté hombres, pero, como habría de saber después, para mi desgracia, estos eran la escoria de entre los pícaros y ladrones, además de los granujas más libertinos; con ellos pretendía emprender un nuevo viaje a las Indias Occidentales. Mas, tan pronto como me hallé en el gran Océano Atlántico,

modificaron su resolución –por consejo de un infame malhechor que se llamaba Jean le Grand y al que yo, dada su buena apariencia y fingida honradez, había nombrado subcomandante– y me impelieron a dirigirme a las Indias Orientales. Su carácter impetuoso me preocupaba, por cierto, mucho; no obstante, yo debía actuar con prudencia y aguardar. Empero, cuando su maldad llegó a ser excesiva y algunos hicieron las más infames y viles picardías, hice castigar a los cabecillas de manera ejemplar, haciendo atemorizar así, según yo creía, a todos los demás. Entretanto, habíamos pasado ya la línea ecuatorial, cuando una horrible tempestad nos desvió de la ruta hacia las Indias Orientales y, en cambio, nos empujó hacia el mar del Brasil, donde queda la América Central. Yo hube de recurrir a toda mi capacidad persuasoria para seguir esta ruta señalada por la fortuna, y les aseguré a los demás que en América nuestras cuentas cerrarían mucho mejor que en las Indias Orientales. Empero, casi todos los miembros de mi tripulación daban muestras de rebelión y de no querer seguir mi mando ni mi voluntad, por lo que volví a ceder, una vez más, solo que sufrimos daño por ello, ya que en sucesivas tempestades casi perdimos la vida y todo lo demás. Al fin, nos repusimos un poco en cierta isla y ya habíamos pasado el Trópico de Capricornio cuando los más inquietos volvieron a conspirar en mi contra. Yo quise emplear la dureza de la vez anterior, pero Jean le Grand se mostró públicamente y dijo que esa no era manera de tratar a los corsarios, que debía ser yo más moderado, porque de lo contrario me lo enseñarían de otro modo.

Esto fue suficiente para hacerme exasperar: apenas si me pude contener de meterle la férula entre las orejas; con todo, lo hice arrestar y encerrar por medio de algunos que aún me eran fieles. De este modo, pareció como si todas las

disputas se hubieran superado, ya que nadie más se movió. Pero no se trataba más que de una infame treta para que, tanto yo como los que aún estaban de mi lado, nos confiáramos. Para hacerlo breve: algunas noches después, los rebeldes liberaron a hurtadillas a Jean le Grand de sus cadenas y lo designaron su capitán; a mí me cayeron encima por la noche, mientras dormía, me ataron de pies y manos con sogas, y me dejaron en la cubierta inferior, en donde solo se me alimentó con agua y pan. Los más frívolos de entre ellos habían decidido tirarme por la borda, pero los que aún tenían una media gota de sangre honrada en el cuerpo, al parecer, se opusieron celosamente a este accionar inhumano. Al fin, empero, tras soportar una nueva tempestad, el barco fue empujado cerca de un enorme peñasco y encalló en la arena, de modo que solo después de dos días se lo pudo poner a flote de nuevo. Fue así que, por medio de un pequeño bote, fui dejado en el inhóspito peñasco y hube de ver, con los ojos llorosos, a los traidores rebeldes partir de allí con mi barco y mis cosas. Y yo, por mi parte, me vi por completo aislado de toda sociedad humana y sin ayuda en un sitio totalmente yermo. No obstante, toleré mi infortunado destino con bastante tranquilidad, por más que no podía guardar esperanza alguna en mi salvación; y como no había recibido provisiones para más que tres días, en tanto acto piadoso de mis impiadosos traidores, nada creí más seguro que mi pronta muerte. Ahora comencé a arrepentirme realmente de no haber aguardado el final de mis días en la isla de Bonaire, junto a la tumba de mi amada Salomé, o al menos en mi patria: de ese modo podría haber estado seguro de no morir de un modo tan vergonzoso y de, una vez muerto, ser sepultado honradamente. Mas lo único que podía ayudarme ahora era la santa paciencia y una fortaleza anímica cristiana para enfrentar, consolado, la muerte, cuyos indicios se hacían sentir con suficiente claridad en mi

estómago y tripas y, en general, en todo el cuerpo, tras haber consumido todas mis provisiones y pasado ya dos días de ayuno.

El calor del sol aumentaba todavía mucho más mi debilidad, por lo que me arrastré hacia un sitio con sombra, en el que un torrente de agua clara salía con gran ímpetu de la roca; con ella, y con algunas hierbas y raíces medio resacas que podían hallarse solo ralmente alrededor del empinado peñasco, pude restablecerme un poco, a modo de despedida del mundo. No obstante, de pronto, oí cómo cesaba el bramido de la fuerte corriente, de forma tal que en poco tiempo ya no salió ni una sola gota. No supe qué pensar de esto, tal fue la sorpresa y el susto que sentí; y proferí estas dolidas palabras:

—¡De modo que Dios ha decidido de pronto acelerar tu caída, miserable de Wolfgang! ¡Ay! ¡Ha impedido que el agua corra como de habitual, cosa que tal vez no haya ocurrido nunca en este sitio, desde que se originó el mundo! ¡Ahora reza, y muere!

Así que, llorando, di por implorarle a Dios perdón por mis pecados y tenía la firme idea de persistir en tal cálida devoción hasta que la muerte cerrara mis ojos.

Pero ¿cuán piadoso puede llegar a ser un hombre una vez que, en primer lugar, se ve privado de toda ayuda humana y su conciencia le convence de que no es digno de la piedad divina? ¡Ay! En tal caso, bien se puede decir: la necesidad enseña a rezar. Soy, pues, un testigo vivo de que se aprende a conocer realmente la ayuda divina cuando a uno se le ha quitado toda esperanza en la humana. No obstante, como Dios me había escogido sin dudas con la intención de usar-me como herramienta para contribuir al bienestar terrenal y, más aún, espiritual de distintas personas, también me salvó en aquella ocasión en que mi vida corría gran peligro; y, por cierto, de esta manera:

Luego del cese de la corriente, me había recostado en la hendidura de una roca, y, mediante constantes sollozos y rezos con los ojos cerrados, deseaba un pronto fin de mi martirio, cuando de pronto oí una voz que, en alemán, me dijo, muy cerca de mí:

–Amigo, ¿quién sois? ¿Qué os ha ocurrido de malo?

Tan pronto como abrí los ojos y vi a seis hombres que llevaban ropas muy curiosas y portaban escopetas y bayonetas, mi espíritu, que se hallaba en su camino a la eternidad, regresó de golpe; no pude, sin embargo, creo que en parte a causa del miedo y en parte de la alegría, replicar una sola palabra. De modo que ellos siguieron dándome ánimos, me consolaron con una bebida muy sabrosa y con algo de pan; tras lo que les conté, de forma muy resumida, las fatalidades que me habían acaecido y les pedí que me socorrieran en todo lo posible para no morir de hambre, y, además, les pregunté cómo era posible que hubiera, en un sitio inhóspito como este, personas como ellos, que incluso hablaban mi lengua. Ellos mostraron, con gestos, una especial compasión por mi desgracia, y dijeron:

–Amigo, no os preocupéis por nada: en este sitio inhóspito y, según parece, infértil, hallaréis todo lo que requiráis para vuestra manutención. Tan solo venid con nosotros; todo lo que deseéis saber, os será respondido, para vuestra entera satisfacción.

No me hice rogar, por lo que fui introducido por ellos en las fauces del salto de agua, en donde hubimos de subir algunos escalones, luego caminamos a través de una oscura cueva, de a trechos algo inclinados, siempre cuesta arriba, de modo que llegué a tener miedo e inquietud a causa de diferentes ocurrencias que tuve: ora me representaba a estos seis hombres como magos, ora como ángeles malvados o buenos. Al fin, cuando, en medio de esta lúgubre bóveda, se vio ligeramente, a lo lejos, la luz del día,

cobré ánimos de nuevo y me percaté de que cuanto más alto subíamos, más claro se volvía. Y, por fin, salimos a un sitio tal en el que mis ojos vieron⁴⁶ uno de los lugares más bellos del mundo. Junto a esta salida había unos cómodos asientos esculpidos en la roca: en uno de ellos se me pidió que me sentara y reposara; mis guías también se sentaron en torno mío y me preguntaron si acaso sentía miedo o cansancio. Yo respondí:

–No mucho.

Mis ojos, sin embargo, se fijaban todo el tiempo en el bello paisaje, que me pareció un paraíso terrenal. Entretanto, uno de mis acompañantes tocó tres veces un cuerno bastante grande que llevaba colgado; al recibir como respuesta seis toques, advertí, para mi asombro, cómo una fuerte corriente de agua llegó bramando a la zanja vacía, precipitándose con horrendo estruendo y atroz furia hacia la boca por la que habíamos subido.

*

–Hasta este punto de mi historia de vida he de contaros por esta vez, mis señores –dijo, aquí, el capitán–. El resto habréis de conocerlo en una circunstancia más propicia, sin que me lo pidáis. Tened paciencia hasta que llegue el momento para ello.

Una vez dicho esto, como ya era tarde, se despidió de todos; a mí, empero, me condujo a su habitación, y me dijo:

–¿Os habéis dado cuenta, hijo mío, señor Eberhard Julius, que precisamente aquel sitio al que acabo de referirme

46 Aquí se usa el verbo "erblicken", que es el que se emplea, por ejemplo, para aludir al nacimiento de un niño, en el sentido de "ver la luz del día" (*das Tageslicht erblicken*). Esta escena remite a la tradición de relatos que describen el camino del alma hacia Dios. En efecto, la idea de un descubrimiento de Dios en tanto renacimiento a una nueva vida, típica de corrientes religiosas nacidas luego de la Reforma –como, de manera medular, el pietismo–, es patente aquí.

como a un paraíso terrenal es la tierra prometida que gobierna, en calidad de príncipe soberano, vuestro pariente, Albert Julius? ¡Ay! Rezad con esmero para que Dios nos conduzca allí, felizmente, y lo encontremos aún con vida. Ya hemos dejado atrás la mayor parte del viaje, pues en pocos días pasaremos la línea ecuatorial.

Luego, nos pusimos de acuerdo sobre algunos asuntos y, tras esto, ambos nos fuimos a dormir.

Fue tal como lo dijo el capitán pues, cinco días después, nos hallamos en el ecuador terrestre, donde, esta vez, el calor no fue excesivo como de costumbre, ya que pudimos soportarlo con nuestros trajes habituales y no tuvimos que cambiarlos por las más livianas chaquetas de lino. Nuestros marineros, en cambio, no olvidaron en esta ocasión sus curiosas costumbres bautismales, sino que hicieron una ridícula comparsa con aquellos que pasaban la línea por primera vez y que no querían eximirse de aquella mediante dinero: los cubrieron con una lejía repugnante; a mí y a otros, en cambio, no nos molestaron, porque pagamos cada uno un tálero en efectivo, y nos juramos, así, de por vida, observar la fiesta bautismal de los neófitos siempre que pasáramos por ese sitio.

El tiempo excelente que nos tocó nos proporcionó un viaje que, por cierto, resultó muy lento, a causa de una poco común calma, pero que fue muy agradable; el mayor fastidio fue que el agua dulce que llevábamos a bordo se pudrió y se llenó de unos horribles gusanos, incomodidad que hubimos de soportar hasta que el Cielo nos condujo a la isla de Santa Helena. Esta isla se halla habitada por personas de nacionalidad inglesa realmente buenas; allí pudimos, no solo reponer el agua, sino también otras muchas cosas necesarias, lo cual nos agradó mucho, más allá de que en el curso de los doce días que pasamos en ese sitio debimos tener siempre nuestras billeteras en la mano.

Si el capitán les hubiera hecho caso a los hombres lujuriosos que iban en nuestro barco, quizás aún hoy estaríamos anclados frente a esta isla, ya que había mujeres realmente bonitas allí; pero él halló aconsejable izar velas antes de que aquellos se arruinaran por completo. De forma que el 15 de octubre pasamos el Trópico de Capricornio, en donde los marineros dispusieron de una nueva fiesta bautismal, si bien, esta vez, no usaron una lejía tan fuerte como en el Ecuador.

Unos pocos días después, el clima se puso feo y, si bien no llovió mucho tiempo seguido, una muy densa y persistente niebla oscureció casi todo el cielo, y al mediodía apenas si podíamos ver brillar el sol muy de vez en cuando y de manera borrosa a través de las nubes; si el viento nos hubiera sido tan adverso como el clima, habríamos tenido sobradas razones para temer lo peor, mas su furia habitual se mantuvo dentro de ciertos límites, aunque la lluvia y la niebla siguieron hasta la tercera semana. Al fin, para gran regocijo de todos, cesó la lluvia y se disipó la niebla: el sol se mostró ante nuestros ojos en su más bello resplandor; y el cielo, sin la más mínima nube, como una bóveda pintada de azul. Y, por cierto, estas obras del Todopoderoso nos causaron tanta mayor maravilla, ya que, más allá de ellas, no podíamos ver otra cosa que no fuera nuestro barco, el mar abierto y, de vez en cuando, algunas plantas flotantes. Algunos días después divisamos ciertas curiosidades, como, entre otras, manatíes, focas, leones marinos, delfines y aves raras; pero nada me alegró tanto como cuando, un día, al alba, el capitán Wolfgang me dio su catalejo y me dijo:

—¡Hijo mío! Mirad ese peñasco, allá a lo lejos. Es allí donde, con la ayuda de Dios, se ha de fundar vuestro bienestar terrenal.

No cabía en mí de alegría, al ver, aunque más no fuera de lejos, este sitio tan dichoso para mí, más allá de que lo

único que podía percibir eran enormes trozos de piedra apilados, los cuales, cuanto más nos aproximábamos, resultaban tanto más atroces. Mas, como el capitán, en secreto, me había hecho una descripción en extremo bella de la isla, las horas me parecieron días, hasta que echamos ancla frente a esta mole que resistía a los vientos y las furiosas olas del mar.

Fue un 12 de noviembre de 1725 que, tras la caída del sol, echamos ancla a cierta distancia del peñasco, ya que el capitán se cuidaba de evitar los, para él muy conocidos, bancos de arena. No bien se hizo esto, mandó hacer tres disparos seguidos de cañón y, en seguida, hizo lanzar tres cohetes. Tras quince minutos debimos disparar de nuevo tres cañonazos y, con cada uno, encender dos cohetes. Inmediatamente después, desde el peñasco nos respondieron con tres tiros de cañón, tras lo cual, tres cohetes fueron disparados en dirección a nuestro barco; a aquellos que no estaban enterados, esto les generó un increíble asombro. El capitán, empero, hizo disparar aún seis veces más y, hasta la medianoche, hizo tirar, cada quince minutos, un cohete, e hizo lanzar fuegos de artificio y acuáticos, mientras que desde el peñasco nos respondían siempre con otros tantos cohetes. A la medianoche, con todo, se concluyó con tres disparos de cañón de cada lado.

A esto, la mayor parte nos fuimos a dormir, con la excepción de los que quisieron aprovecharse en demasía de la generosidad del capitán y que se anduvieron divirtiendo aún ora con un vaso de aguardiente, ora con un pocillo de café o, al fin, con espumante canario, hasta que irrumpió la claridad del día. De modo que ya habíamos dormido a nuestro gusto cuando estos borrachos aún no habían pegado un ojo. Tan pronto como salió el sol, el capitán Wolfgang ordenó al teniente Hörn que reuniera a todas las personas que se hallaban a bordo, se presentó delante de todos en la cubierta

superior y dio, palabras más, palabras menos, el siguiente discurso:

—¡Señores y muy queridos amigos! Espero que no hayáis olvidado lo que he convenido con cada uno de vosotros por separado, y luego con todos juntos, cuando os recibí para que viajarais en parte en mi compañía y en parte bajo mi servicio. La mayoría de vosotros me habéis hecho un voluntario juramento relativo a ciertos puntos que os he explicado bien. Y he de repetiros, para nueva vanagloria, que ni uno solo de entre vosotros me ha contrariado ni con el menor gesto, sino que, tanto unos como otros, desde los de menor a los de mayor jerarquía, os habéis comportado conmigo tal como yo lo esperaba de parte de personas honestas y de bien. Hemos llegado al lugar y tiempo, queridos amigos, en que he de separarme de vosotros, en compañía de aquellos a quienes he recibido y admitido a este fin. No me lo toméis a mal, pues así ha sido convenido antes con vosotros. Os presento aquí al teniente Philipp Wilhelm Hörn, quien ocupará el puesto de capitán de aquí en más. Doy fe de su excelente conducta, de su experiencia en el mar y otros méritos requeridos para detentar un cargo tal. Seguid mi consejo y sus órdenes de buen grado: así, con la ayuda de Dios, no podréis dudar de la feliz realización de vuestro cometido. Yo me dirijo ahora al sitio que he elegido: en él pienso pasar el resto de mis días, si Dios quiere, con tranquilidad y en paz. Que Dios os acompañe a vosotros, y también a mí. Os deseo a todos y cada uno plena felicidad y miles de bendiciones. Honradme en vuestro recuerdo y estad seguros de que siempre he de reconocer mi gratitud por la probidad y lealtad que me habéis demostrado; pues bien puede ser que en el futuro podamos sernos de utilidad los unos a los otros. En fin, como, en virtud de un honesto contrato, le he dejado al capitán Hörn el barco, junto a todo lo que necesitáis para el viaje a las Indias Orientales, espero que nadie tome a mal

que me lleve conmigo aquellas cosas que he traído para mí; y que, tras esto, me despida amistosamente de vosotros, y os encomiende a todos al amparo de Dios.

No puedo llegar a referir cuán abatidos se mostraron todos, incluso los más rudos marineros, tras que el capitán Wolfgang hubo proferido este breve discurso. Cada cual quería ser el primero en abrazarlo con los ojos llorosos; este lo tomaba por el cuello, aquel le besaba las manos, otros se mortificaban aún más, de modo que él mismo rompió en llanto y hubo de buscar el modo de liberarse de todas las demostraciones de afecto de buenas maneras. A esto, le dijo aún unas pocas cosas al nuevo capitán, le volvió a repetir lo necesario, les hizo traer aún a los que se hallaban a bordo, una vez más, vino y otras fuertes bebidas, y también otras más suaves y delicadas, e hizo disparar los cañones. Durante este tiempo, nuestras cosas fueron sacadas del barco y cargadas en varios botes, que se fueron llevando de a poco a la roca de en frente. Todo esto nos llevó dos días enteros, por más que se puso el mayor empeño, desde la mañana hasta la noche.

Lo que más asombró a todos fue que el capitán pidió que nos dejaran en un peñasco en el que no se veía ni pasto, ni hierbas ni árboles, ni mucho menos personas; es por ello que algunos no se pudieron contener y le preguntaron el por qué de su decisión. Él, empero, respondió riendo:

–Nos os preocupéis, hijos míos, ni por mí ni por los que están conmigo, pues sé que Dios bien puede cuidarnos, y así lo hará. Aquellos de entre vosotros que regreséis de nuevo aquí con el capitán Hörn han de volver a vernos y a hablar con nosotros, si Dios así lo quiere.

Así pues, luego de que se hubieron cruzado al otro lado todas las personas y cosas que debían quedarse en el peñasco, el capitán Hörn levó anclas y se despidió de nosotros con cuatro cañonazos; nosotros le dimos las gracias con otros

tantos disparos de cañones, que el capitán Wolfgang había ordenado traer a la roca. Lo más regocijante fue, empero, que los invisibles habitantes del peñasco tampoco ahorraron en pólvora, dando a entender así que nos daban la bienvenida y que les deseaban buena suerte a los otros en su viaje.

Ni bien el barco se hubo perdido de nuestra vista, y hallándose el sol a punto de ponerse en el horizonte, todos los que se habían quedado pusieron sus anhelantes ojos en el capitán Wolfgang a fin de saber, de este modo, sin hablar, qué es lo que había que hacer ahora. Todo nuestro grupo se componía, por cierto, de las siguientes personas:

1. El capitán Leonhard Wolfgang, de 45 años.
2. El maese Gottlieb Schmeltzer, de 33 años.
3. Friedrich Litzberg, un estudioso que, principalmente, se dedicaba a las matemáticas, de unos 30 años.
4. Johann Ferdinand Kramer, un experimentado enfermero, de 33 años.
5. Jeremias Heinrich Plager, un relojero y, por lo demás, muy hábil artesano en metales y otros materiales, de 34 años de edad.
6. Philipp Harckert, un bordador, de 33 años.
7. Andreas Klemann, un papelerero, de 36 años.
8. Wilhelm Herrlich, un tornero, de 32 años.
9. Peter Morgenthal, un forjador y, además, muy diestro herrero, de 31 años.
10. Lorenz Wetterling, un pañero, de 34 años.
11. Philipp Andreas Krätzer, un molinero, de 36 años.
12. Jacob Bernhard Lademann, un carpintero, de 35 años.
13. Johann Melchior Garbe, un tonelero, de 28 años.
14. Nikolaus Schreiner, un oficial alfarero, de 22 años.
15. Yo, Eberhard Julius, que, por ese entonces, tenía 19 años y medio.

Ya mencionaré, en su debido sitio, todo lo que desembarcamos en cuanto a aparejos, animales y otras cosas; es por ello que recuerdo aquí, de nuevo, el particular deseo de todos nosotros de ver, no solo la tierra prometida en la que viviríamos, sino también a sus famosos y cordiales habitantes. El capitán Wolfgang se dio muy bien cuenta de esto, por lo que dijo:

—Hemos de pasar aún esta única noche en este lugar, pues ya se ha hecho tarde. Mañana será el día de nuestra feliz entrada a la isla.

En tanto, bastaron pocas palabras para que todos hiciéramos según su voluntad; una parte de nuestro grupo se sentó alrededor del fuego que había sido encendido y, en cambio, el maese Schmeltzer, yo y algunos más, junto con el capitán, dimos aún un paseo al pie del peñasco y le echamos un vistazo al torrente de agua que salía con gran fuerza, lo cual nos produjo un particular regocijo en esa clara noche. Pero no nos habíamos deleitado ni una media hora ante este espectáculo, cuando vimos a aquellos que se habían quedado atrás y que venían en compañía de tres desconocidos que portaban grandes antorchas.

Dichos extraños habían preguntado por el capitán Wolfgang a nuestros compañeros, y no solo habían recibido la noticia de que este se hallaba allí, sino que, por curiosidad, habían aceptado ser traídos hasta donde estábamos nosotros. Tan pronto como los desconocidos vieron al capitán, arrojaron en el acto sus antorchas al suelo y, los tres al unísono, corrieron a abrazarlo.

El capitán, que parecía conocer muy bien a los tres hombres, abrazó y besó a uno detrás del otro, a lo que, tras saludarlos brevemente, en seguida, les preguntó si el patriarca vivía aún en buena salud. Ellos respondieron con un “sí”, y le pidieron que subiera de inmediato a verlo, junto con todos nosotros. Mas el capitán replicó:

—¡Mis queridos amigos! No quiero llevar a mi gente de noche a este jardín de recreo del mundo, sino que he de aguardar hasta mañana, cuando, si Dios quiere, el sol iluminará nuestra feliz entrada, y nos lo mostrará en toda su natural belleza. Permitidnos tal cosa —continuó—, y conced primero a vuestro pariente, Eberhard Julius, al que he traído aquí desde Alemania.

No bien hubo él dicho estas palabras, los otros tres saltaron de alegría y, uno después del otro, me abrazaron y besaron. Tras que cada uno de nuestros compañeros de viaje fue recibido de la misma manera, el capitán les pidió a mis desconocidos parientes que uno de ellos subiera a anunciarle al patriarca sus respetos y le pidiera permiso para entrar mañana, con la salida del sol, a su isla, en compañía de catorce honradas personas. De modo que uno de ellos salió diligentemente de allí, en el acto, a fin de llevar a cabo esta comisión; los otros dos, por su parte, se sentaron con nosotros en torno al fuego a tomar un vaso de espumante canario y dejaron que el capitán les contara cómo había resultado el viaje.

En cuanto a mí, dado que no había dormido nada en las últimas dos noches, me resultó imposible, habiendo alcanzado el puerto tan deseado, mantenerme despierto, por lo que me quedé dormido y no me reanimé sino cuando el capitán me hubo despertado, al amanecer. Mi asombro fue enorme cuando vi, alrededor nuestro, a unos treinta vistosos hombres que llevaban unos trajes raros, aunque de buena confección. Todos me abrazaron y me besaron de manera ordenada, uno detrás del otro, y hablaron un alto alemán tan correcto que parecían sajones de nacimiento. El capitán había, entretanto, preparado el desayuno, que consistió en café, aguardiente, pan dulce y otras confituras. Tan pronto como todo esto se hubo consumido, unos doces de ellos se quedaron junto a nuestras cosas y los otros nos

llevaron hacia la zona del río en la que habíamos estado la noche anterior. Vi con el mayor asombro, entonces, que el cauce del río se hallaba por completo seco, aunque, en seguida, recordé el relato del capitán. Entretanto, sin mayores rodeos, trepamos los escalones de piedra limpiados por el agua clara y marchamos, siempre hacia arriba, a través de una larga gruta rocosa que se hallaba iluminada por muchas antorchas, hasta que, al fin, salimos todos a la clara luz del día, como de un hondo sótano.

Fue entonces que todos quedamos en alguna medida convencidos de que el capitán Wolfgang no nos había parlotado ninguna mentira, pues aquí, en un pequeño recinto, se hallaba el más placentero y bello recreo del mundo, de modo que nuestros ojos quedaron por un buen tiempo rígidamente abiertos, mientras que la boca, a causa de la gran admiración del alma, permaneció cerrada.

A nuestro pastor de almas, el maese Schmelzter, los ojos se le llenaron de lágrimas a causa de la alegría que sentía; cayó de rodillas para agradecer debidamente al Altísimo por su particular gracia de habernos conducido hasta allí sin sufrir el menor daño o percance. Como vio, empero, que todos éramos de la misma opinión que él, tomó su Biblia y leyó los salmos de David 65 y 84, que resultaban muy bellamente oportunos para la ocasión; tras esto, recitó algunas inspiradas oraciones y concluyó con la canción: “Ahora todos le damos las gracias a Dios”.⁴⁷ Nuestros acompañantes sabían

47 De 1648. Su autor es Martin Rinckart. La segunda estrofa del Salmo 65 –más arriba mencionado– dice: “Con grandes prodigios nos respondes en justicia, oh, Dios de nuestra salvación, confianza de todos los términos de la tierra, y del más lejano mar; / Tú, el que afirma los montes con su poder, ceñido de potencia; / el que calma el rugido de los mares, el estruendo de las olas, y el tumulto de los pueblos. / Por eso, los que moran en los confines de la tierra temen tus obras, Tú haces cantar de júbilo a la aurora y al ocaso”. El Salmo 84, por su parte, reza: “¡Cuán preciosas son tus moradas, oh, Señor de los ejércitos! / Anhela mi alma, y aún desea con ansias los atrios del Señor; / mi corazón y mi carne cantan con gozo al Dios vivo. / Aún el ave ha hallado casa, y la

cantar y rezar tan bien como nosotros, de lo cual se podía conjeturar, de inmediato, que no eran ignorantes en lo que respecta a las costumbres cristianas. Tan pronto como hubimos hecho nuestra primera plegaria al Todopoderoso en esta isla, nos pusimos de nuevo en camino, en dirección a una casa ubicada sobre una verde colina, casi en el medio de la isla; en ella, por así decir, residía Albert Julius, el patriarca y líder de todos los habitantes de Felsenburg.

Es imposible describirle al benévolo lector, de una sola vez y en detalle, todas las amenidades que nos rodeaban y que veíamos a cada paso en torno nuestro; es por ello que adjunto aquí un pequeño plano de la isla Felsenburg, que los más entendidos que yo en geometría y grabado habrán de dejarme pasar sin más, pues no lo he hecho para dar cuenta de una supuesta destreza, sino, tan solo, para que el lector curioso se pueda hacer una mejor idea de todo el territorio.

Pero vuelvo, sin mayores disculpas, a mi relato y le hago saber al amable lector que continuamos nuestra marcha por casi una milla a través de una alameda formada de los árboles más vistosos y frondosos, plantados en hilera, y que terminaba en la base de la, bastante eminente, colina en la que se erigía el Castillo de Albert. No obstante, unos treinta pasos antes de que terminara la alameda, los árboles de cada lado habían sido plantados tan cerca uno en frente del otro

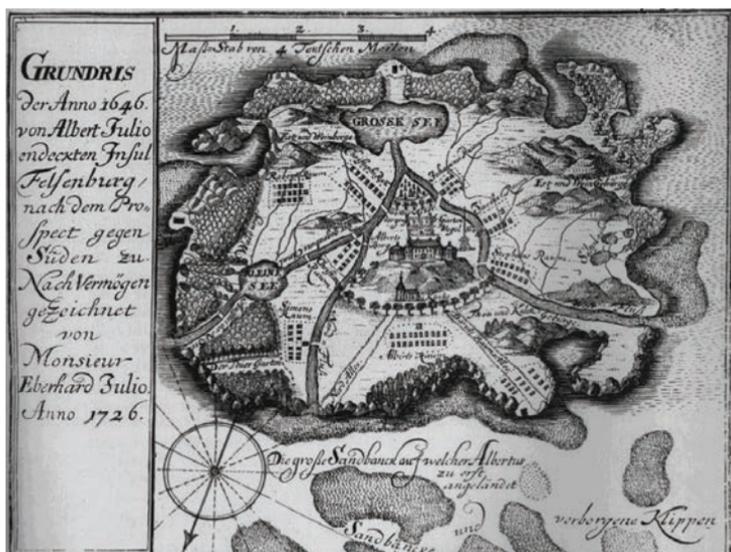
golondrina nido para sí donde poner sus polluelos; ¡tus altares, oh, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío! / ¡Cuán bienaventurados son los que moran en tu casa! Continuamente te alaban. // ¡Cuán bienaventurado es el hombre cuyo poder está en Ti, en cuyo corazón están los caminos a Sion! / Pasando por el valle de Baca[e] lo convierten en manantial, también las lluvias tempranas lo cubren de bendiciones. / Van de poder en poder, cada uno de ellos comparece ante Dios en Sion. // ¡Oh, Señor, Dios de los ejércitos, oye mi oración; escucha, oh, Dios de Jacob! / Mira, oh, Dios, escudo nuestro, y contempla el rostro de tu ungido. / Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. / Prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios que morar en las tiendas de impiedad. / Porque sol y escudo es el Señor Dios; gracia y gloria da el Señor; nada bueno niega a los que andan en integridad. / Oh, Señor de los ejércitos, ¡cuán bienaventurado es el hombre que en Ti confía!".

que, con sus copas, formaban una bóveda que semejaba realmente la de una iglesia europea y que servía, además, como una bella glorieta veraniega. Bajo este techo tan apropiado y, naturalmente, precioso nos esperaba el muy anciano Albert Julius, que había hecho que lo bajaran de su residencia habitual, ya que, por aquel entonces, no podía caminar bien por tener hinchado un pie. Yo quedé perplejo ante su honorable aspecto y su venerable barba blanca que le llegaba casi hasta la cintura; a ambos lados había cinco hombres, que parecían ser muy ancianos, junto a algunos otros que eran, por cierto, algo más jóvenes, si bien, según parecía, tendrían unos cincuenta o sesenta años. Fuera de la glorieta, empero, en un bello sitio verde provisto de muchas palmeras y latanias, se hallaba reunida una considerable cantidad de adultos y niños, todos muy decentemente vestidos.

No sabía qué palabras emplear para dar cuenta de la tierna bienvenida y el íntimo regocijo que sentían Albert Julius y los suyos. El honorable anciano me abrazó con tal sincero ímpetu, que sentí la agitación de su noble sangre, y hube de quedar un buen tiempo entre sus brazos. A esto, me hizo sentar sobre su regazo como a un niño, e hizo llamar a todos los presentes, tanto a los niños como a los mayores, quienes con alegría llegaron hacia mí, imprimiendo los besos de bienvenida en mi boca y en mi mano. Los otros recién llegados fueron recibidos con no menor contento y franqueza, de forma que los primeros cumplidos duraron hasta pasado el mediodía. Luego fuimos a almorzar en la casa de la colina, junto con Albert Julius y los cinco ancianos. No fuimos atendidos, por cierto, como reyes, pero no se nos trató de mala manera: además de los cuatro platos realmente sabrosos, que consistieron en carne, pescado, ave azada y unas raras verduras, se nos sirvió un vino muy delicado, cosechado en esta isla. Se habló muy poco a la mesa; mi tío bisabuelo, Albert Julius, empero, a cuyo lado debí

sentarme, me servía siempre los mejores bocados y, según decía, a causa de su inmensa alegría, no podía comer ese día ni una cuarta parte de lo que solía. Esta gente no tenía la costumbre de sentarse largamente a la mesa, por lo que, una vez saciados, nos levantamos. El patriarca, según era habitual en él, rezó tanto antes como después del almuerzo; yo le besé, cual un hijo, la mano. Él, en cambio, me dio un beso en la boca. Tras esto, dimos un paseo alrededor de la casa sobre la colina –que había sido construida con piedras macizas– desde donde pudimos echar un vistazo a casi la totalidad de la parte interior de la isla y se nos instruyó acerca de sus aspectos más notorios. Desde allí, Albert Julius se hizo llevar en una litera a su Gran Jardín, hacia donde todos lo seguimos, maravillándonos ante su ameno, útil y artístico trazado. Es que a este jardín, que medía, más o menos, un cuarto de milla alemana de largo, y que era igual de ancho, el patriarca lo había dividido, mediante una encrucijada, en cuatro partes iguales: en el primer cuadrante, el del oeste, se hallaban los árboles frutales más selectos, de más de cien tipos. El segundo cuadrante, al sur, albergaba todo tipo de bellas cepas de vid, en las que había grandes uvas y granos rojos, verdes, azules, blancos y de otros colores, todos extraordinariamente grandes. El tercer cuadrante, al norte, tenía infinidad de variedades de flores. Y, en el cuarto cuadrante, cuyo ángulo daba hacia el oeste, se podían hallar las más necesarias y delicadas hierbas para cocinar, y raíces.

En este pequeño paraíso pasamos, por demás, alegres las horas de la tarde y, alrededor de una hora antes de la puesta del sol, regresamos al Castillo de Albert, cenamos de la misma manera que al mediodía y, luego, nos sentamos frente a la casa, en unos bancos de césped muy hábilmente hechos. Allí, el capitán Wolfgang le contó a Albert acerca de nuestro último viaje y otras cosas, hasta que la llegada de la noche nos recordó que era hora de rezar y de ir a dormir.



La isla Felsenburg, según el plano de Eberhard Julius.⁴⁸

48 En la columna de la izquierda del plano se lee lo siguiente: "Plano, orientado hacia el Sur, de la isla Felsenburg, que fue descubierta por Albert Julius en 1646. Dibujado, según se pudo, por el señor Eberhard Julius, en el año 1726". La medida empleada, según se lee en la parte superior, es de cuatro millas alemanas. En el centro de la isla, encima de la colina, se ve el Castillo de Albert (Albertsburg). A sus pies está la iglesia (Kirche). Hacia el sur (arriba, en el mapa) están el cementerio (Gottes-Acker), el Gran Jardín (der grosse Garten) y el varal para aves (Vogel-Stang) y, aún más al sur, se halla el Lago Grande (grosse See). En la zona oriental del lago (a la izquierda en el mapa) hay montes de vetas minerales y de vid (Erz- und Weinberge); están allí, también, la comarca (Raum) de Robert y la de Christoph. Todavía más hacia el este, hay un bosque (Waldung). En la zona occidental del Lago Grande (a la derecha en el plano) están emplazadas las comarcas de Johann, Jacob y Stephan. Hacia el oeste hay montes de vetas minerales y de vid y unas salinas (Salzlachen). La comarca de Stephan queda a orillas del Río del Oeste (West-Fluß). Del otro lado de este río hay unos montes de arcilla y cal (Thon und Kalck Gebürge) y, al lado de estos, en dirección noreste, está la alameda (Allee) que conduce a la comarca de David. Al norte de la iglesia (debajo de esta, en el plano) se halla la comarca de Albert. Y hacia el este están la Alameda del Norte (Nord-Allee) y, luego, el Río del Norte (Nord-Fluß). Cruzando este río, hacia el este, está la comarca de Simon. Hacia el noreste de la comarca (en la esquina de abajo a la izquierda) está situado el Jardín Zoológico (Thiergarten). De aquí, hacia el sur, se ve el Lago Chico (kleine See), cuyas aguas

A mí me tocó dormir en una linda habitación, muy bien amueblada, al lado de la de Albert; y he de confesar que nunca en mi vida he dormido tan bien como en este lugar.

Temprano por la mañana, todos los habitantes de la isla fueron llamados, mediante disparos de cañón, al servicio religioso, en el que el maese Schmelzter hizo una extensa prédica relativa al Salmo 122,⁴⁹ observando, en todo lo demás, el correcto uso de los luteranos. Al patriarca Albert Julius se lo vio llorar durante toda la prédica: de gran alegría, por cierto, pues el Altísimo le había concedido, antes de morir, la gracia de oír a un predicador de su religión e, incluso, de tenerlo a su servicio. Los restantes se mostraron tan devotos que no puedo recordar haber visto jamás algo igual en Europa.

Luego del servicio, todos los asistentes se pusieron en camino hacia sus respectivas moradas. Tras el almuerzo, Albert recibió a solas al maese Schmelzter, a fin de hablar acerca de la futura organización de la Iglesia y otras cuestiones indispensables relativas a la religión. El señor Wolfgang (que ya no quería, en absoluto, que nos remitiéramos a él como capitán), los otros recién llegados y yo teníamos la intención de traer ahora nuestras cajas y restantes cosas a la

van a desembocar al mar a través del Río del Este (esto está indicado como *Ausfluss der Kl.-See*). En la parte suroeste del Lago Chico está el canal cavado (*der gegrabene Canal*). Junto al canal está la comarca de Christian. Por fuera de la isla, en la parte extrema norte del plano (debajo de todo), está el gran banco de arena al que llegó en primer término Albert (*die große Sandbanck auf welcher Albertus zu erst angeländet*). Un poco más al norte, hay bancos de arena y peñascos ocultos (*Sandbäncke und verborgene Klippen*).

49 "Yo me alegré cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor. / Plantados están nuestros pies dentro de tus puertas, oh, Jerusalén. / Jerusalén, que está edificada como ciudad compacta, bien unida, / a la cual suben las tribus, las tribus del Señor, (lo cual es ordenanza para Israel) para alabar el nombre del Señor. / Porque, allí, se establecieron tronos para juicio, los tronos de la casa de David. / Orad por la paz de Jerusalén: Sean prosperados los que te aman. / Haya paz dentro de tus muros, y prosperidad en tus palacios. / Por amor de mis hermanos y de mis amigos diré ahora: Sea la paz en ti. Por amor de la casa del Señor nuestro Dios procuraré tu bien".

isla, por lo cual suponíamos tener por delante un trabajo muy arduo. Mas, para nuestra enorme sorpresa y alegría, hallamos todas nuestras pertenencias juntas en aquella gran glorietta en la que Albert nos había dado la bienvenida. Habíamos dudado, por cierto, de si seríamos capaces de subir todas las cosas en el lapso de cuatro o cinco días y, en particular, nos imaginábamos que levantar las grandes cajas y barriles sería muy duro. No sabíamos que los habitantes de la isla, en un sitio oculto de los grandes riscos, poseían dos tornos muy fuertes, con cuya tracción se podría haber subido, sin más, un coche de carga. Durante este tiempo, el señor Litzberg se había tomado el esfuerzo de proveer los animales que habíamos traído y que consistían en cuatro potrillos, seis novillos, seis chanchos, seis ovejas, dos carneros, cuatro burros, cuatro pavas, dos pavos, dieciocho gallinas comunes, tres gallos, seis gansos, seis patos, seis parejas de palomas, cuatro perros, cuatro gatos, tres parejas de conejos, y varios tipos de canarios y otras lindas aves. Con esta carga, se había ido hasta la comarca más próxima, la de Albert, donde ya les había informado en detalle a sus habitantes qué se le debía dar de alimento a cada criatura. A decir verdad, estos llevaron a cabo este trabajo, tan despreciado en Europa, con una alegría muy particular, ya que nunca antes en sus vidas habían visto tales animales.

Al darse cuenta de que los recién llegados teníamos el deseo de contar ya con todas nuestras cosas en la casa de Albert, otros insulanos trajeron en el acto unos muy cómodos carros, cargaron aquello que nosotros les indicamos, les engancharon, por delante, unos monos y ciervos domesticados, y estos los remolcaron alegremente colina arriba, sin parar, hasta que todo hubo sido llevado bajo el techo de Albert.

Entretanto, antes aún de la cena, el señor Wolfgang había abierto el barril que contenía las biblias y otros libros,

y le enseñó al viejo Albert una Biblia que estaba forrada en terciopelo negro, enchapada en plata en varios sitios y cuyo canto era dorado. Albert la besó, la apretó contra su pecho, y derramó muchas lágrimas de alegría, ya que vio que teníamos, además, una gran provisión de biblias y otros libros religiosos, y oyó que a la primera oportunidad las repartiéramos entre las nueve familias julianas (el benigno lector las hallará al final de este libro en tablas especiales, a modo de anexo para aclarar la historia).⁵⁰ Más allá de esto, muchas otras cosas valiosas les fueron dadas aún a Albert y los ancianos, las cuales servían tanto de adorno como para especial comodidad; todos dieron, llenos de admiración, muestras de gratitud a causa de esto. Al día siguiente, en tanto era sábado, a instancias del señor Wolfgang, hube de disponer, en una amplia habitación, todo tipo de trastos, desde cosas útiles hasta niñerías y juguetes, ya que tenía él la intención de repartir todo esto entre los habitantes de la isla, desde el de más edad al más pequeño. En cambio, el señor Wolfgang hizo enviar todo lo demás (víveres, instrumentos, paños, lienzos, prendas de vestir y otras cosas por el estilo) a aquellos sitios donde pudieran estar a buen resguardo.

Al día siguiente, que era el vigésimo quinto domingo después de la Fiesta de la Trinidad,⁵¹ bien temprano al amanecer, se anunció a los insulanos, mediante dos disparos de cañón, el inicio de la devota celebración sabática. Una vez que, dos horas después, todos se hubieron reunido bajo el Castillo de Albert, en el sitio verde y arbolado, el maese Schmeltzer dio inicio al servicio religioso al aire libre, y predicó sobre el tema evangélico ordinario del domingo: “El horror de la destrucción”. Lo hizo durante casi dos

50 Véanse las páginas 170-179, Tomo II.

51 La religión cristiana la celebra el primer domingo después de Pentecostés. Los evangélicos cuentan los domingos tomando como punto de partida la Fiesta de la Trinidad, hasta el adviento, es decir, hasta cuatro domingos antes de la Navidad.

horas, sin cansarse él ni sus oyentes, ya que estos se habían olvidado de todo lo demás, y tan solo parecían estar ávidos de seguir escuchándolo un tiempo más. De manera nada común, hizo una reflexión acerca de los asombrosos modos en que Dios construía iglesias para luego destruirlas, y luego la aplicó tan vivazmente a la situación actual de todos los habitantes de la isla que, aún si la mitad de los oyentes hubieran sido los más burdos ateos, con todo, ninguno habría podido no sentirse tocado.

Una vez concluido el servicio religioso, los oyentes venidos de otras comarcas se proveyeron de la comida necesaria que habían traído consigo; y a quien le faltara, podía presentarse en el castillo ante el patriarca, quien hacía que todos fueran saciados según su necesidad. En la tarde hubo otro servicio religioso regular, y se tomó examen de catecismo, que duró más de cuatro horas; y ni el maese Schmelzter ni los otros recién llegados habríamos conjeturado jamás que hallaríamos en este sitio a personas tan bien instruidas en los artículos de fe como dieron cuenta de estarlo, para nuestra gran alegría, tanto jóvenes como viejos. Una vez que esto también hubo finalizado, Albert se puso de acuerdo con los ancianos y autoridades de las nueve familias acerca del sitio donde habría de ser erigida la iglesia. Los jalones de la misma fueron fijados prolijamente abajo, al pie de la colina, por los señores Litzberg, Lademann y otros entendidos en materia de construcción, a lo cual Albert, en el acto, cavó con sus propias manos un agujero en la tierra donde puso la primera piedra fundamental, en el sitio en el que debía estar el altar. Los ancianos y autoridades prometieron hacer lo necesario para que ya, al día siguiente, fueran llevados, raudamente, hasta ese sitio los materiales necesarios, y agregaron que no faltarían obreros diligentes. Tras esto, dado que estaba por oscurecer, cada cual se dirigió a su morada. Esa noche, Albert, que parecía haber rejuvenecido a

causa de tantas alegrías vividas, mostró un particular buen humor, y se dejó convidar de buen grado con una alegre copa del vino espumante canario que habíamos traído con nosotros. No obstante, tan pronto como sintió en algo sus efectos, tanto él como nosotros dejamos de tomar, y dijo:

—Hijos míos, el Altísimo me ha hecho vivir ya casi todo lo que he deseado en este mundo en cuanto a bienes terrenales; pero como me doy cuenta de que aún tengo bastante vitalidad, he resuelto pasar el resto de mi vida llevando a cabo aquellas obras que puedan servir a mis descendientes, de la mejor manera, de alivio mundano y eterno; y que, por su parte, ayuden a poner esta isla en la más dichosa de las condiciones.

De modo que pretendo hacer una visita general a todo mi pequeño reino: si Dios quiere, me gustaría comenzarla mañana mismo. Espero que el señor Wolfgang y todos los recién llegados me den el gusto de acompañarme en este recorrido. Cada día hemos de visitar una de las comarcas de mis descendientes y examinar bien su estado actual; cada cual podrá hacer un registro de sus ideas acerca de cómo mejorar tal o cual cosa, y luego, cuando se lo pida, me lo comunicará, a fin de que podamos decidir todos juntos al respecto. En nueve días o, como mucho, dos semanas, habremos terminado, y luego podremos poner manos a la obra de nuestro bienestar espiritual y corporal con tanto mejor entendimiento del asunto. Cada noche, a nuestro regreso, después de la cena, emplearé algo de tiempo contándoos mi historia de vida; tras esto, haremos una hora de oración y nos iremos a dormir.

El señor Wolfgang y todos los demás recibimos esta propuesta con el mayor regocijo y ya, a la mañana siguiente, con la salida del sol y tras nuestra oración matinal, hicimos los preparativos para el viaje. Albert, el maese Schmeltzer, el señor Wolfgang y yo nos sentamos juntos en un coche

muy bueno, que era tirado por cuatro ciervos domesticados. El resto del grupo, por su parte, nos seguía alegre a pie. El primer sitio que visitamos fue la así llamada comarca de Albert, que yacía bajo el Castillo de Albert, hacia el norte, justo entre medio de las dos alamedas. Había en ella veintiún hogares, sólidos graneros, establos y jardines; no obstante, más allá de un tipo curioso de carnero, cabras y ciervos domesticados, aquella gente carecía de ganado. Dimos allí con la más bella economía doméstica, ya que los mayores realizaban el trabajo en el campo, mientras que los niños eran cuidados y criados por los de mediana edad. Tras echarle un vistazo a las casas, la curiosidad nos condujo a observar el campo y a quienes lo trabajaban; hallamos que el primero estaba magníficamente labrado y que los segundos, no obstante, seguían allí aplicándose con esmero. Hacia el mediodía, empero, fuimos rodeados por ellos y conducidos a sus moradas, donde nos dieron de comer y de beber. Luego, la mayoría de ellos nos acompañó de regreso al castillo. El señor Wolfgang le regaló a esta estirpe albertina diez biblias, veinte cancioneros y devocionarios, además de diversas cosas útiles y juguetes para los niños. A aquellos que se quedaron sin nada, por su parte, les pidió que fueran a verlo ellos mismos por su cuenta: él les daría lo que les correspondía.

Tras despedirnos muy alegres y agradecidos de nuestros acompañantes, y una vez que hubimos cenado en lo de Albert, el patriarca nos hizo quedar en su sala, únicamente al maese Schmeltzer, al señor Wolfgang y a mí, y dio inicio a su historia, de la siguiente manera:

*

Yo, Albert Julius, he sido traído al mundo por mi madre, María Elisabeth Schlüter, el 8 de enero del año 1628. Mi

padre, Stephan Julius, fue el más desdichado funcionario de cierto príncipe en Alemania: en medio de los fuertes disturbios ocasionados, en aquel entonces, por la guerra,⁵² cayó en las manos de los enemigos de su señor, y como no quería ser infiel ni a su amo ni, mucho menos, a su Dios, fue decapitado de forma encubierta y, por eso mismo, tanto menos inocente, bajo el pretexto de que, en sus cartas al príncipe, había faltado el respeto de otros potentados. Así fue como mi madre se convirtió en una pobre viuda, y sus dos hijos en unos miserables huérfanos. Tenía yo seis años por aquel entonces, y cuatro mi hermano, Johann Balthasar; pero como, de todos modos, habíamos visto muy poco a nuestro padre en casa, pues estaba siempre en campaña junto al Príncipe, nuestra pena, dada nuestra corta edad, no fue tan grande como lo exigía la lamentable y dura pérdida que aprendimos a sentir recién más tarde, más allá de que nuestra madre mojará día y noche sus mejillas con lágrimas.

El jefe de mi padre, que bien sabía que este había dejado tras de sí un patrimonio miserable, le envió a mi madre, por cierto, ochocientos táleros en concepto de pagos atrasados, además de garantizarle su gracia perpetua; solo que el fuego de la guerra se avivó y el regente bienhechor fue llevado lejos de nosotros. La muerte se robó a nuestra madre; y el enemigo, los escasísimos bienes que aún quedaban.

52 El trasfondo de toda la primera parte de la historia de Albert Julius es la guerra de los Treinta Años (1618-1648), que provocó una gran devastación en toda Europa central. Se inició como una guerra entre los estados católicos y los reformados pero, pronto, perdió ese cariz y lo decisivo pasó a ser la lucha por la hegemonía europea entre los Borbones (Francia) y los Habsburgo (Austria y España). Los alrededor de trescientos estados alemanes del Sacro Imperio Romano Germánico –el cual fue escenario principal de la guerra– se vieron, particularmente, perjudicados en cuanto a pérdidas humanas (se calculan millones de muertos) y daños materiales, además de pestes y hambrunas. La Paz de Westfalia (1648) le puso fin a la contienda bélica y supuso, además de una pérdida de poder –fomentada por Francia– del Emperador sobre los territorios alemanes, el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas (luego, Países Bajos) y el paso a primer plano de los Borbones en Europa.

Y como todos los amigos estaban dispersos, mi hermano y yo no tuvimos otra salida que la de tomar el báculo y salir a mendigar.

Así que, por casi medio año, nos vimos obligados a pedir el pan ante las puertas de las casas, ir de un pueblo a otro y de una ciudad a la otra y, al final, a andar casi desnudos; hasta que llegamos a un pueblo, no muy lejos de Naumburg, en el que la mujer del pastor se apiadó de nosotros, les sacó a sus hijos las ropas viejas y nos vistió con ellas, antes, incluso, de habernos preguntado de dónde y de qué condición éramos. Llegó a esto el pastor, que alabó la conmiseración y honradez de su esposa; y recibió como respuesta a sus preguntas, de mi parte, un informe detallado de nuestra procedencia, pues yo ya tenía diez años y sabía contar bastante bien la triste historia de mis padres.

Es posible que el honrado pastor, que ahora, tal vez, se encuentre ya, desde hace muchos años, entre los bienaventurados a los que ilumina el resplandor celestial, estuviera más informado que nosotros acerca del rumbo de las cosas y, en especial, de los sucesos que atañían a mi padre; alzó, por ello, sus manos y ojos al cielo, nos condujo a su casa y nos mantuvo allí –a nosotros, dos pobres huérfanos–, junto a sus tres hijos, tan bien como si fuéramos sus pares. Estuvimos dos años con él; y, en ese tiempo, hicimos considerables progresos, teniendo en cuenta nuestra edad, en lo que hace al cristianismo, la lectura, la escritura y otros estudios. Él, junto con su esposa, mostraba una alegría particular y decía, expresamente, que nunca se iba a arrepentir de habernos tomado bajo su cuidado, porque notaba con sus propios ojos que Dios lo había bendecido, desde entonces, con muchos más bienes que de costumbre. Pero he aquí que, pocas semanas después, mi padastro recibió la visita de un pariente, un funcionario de Braunschweig, a quien le gustó mi carácter tranquilo, y que le pidió a su

primo llevarme con él, asegurándole que, con mis doce años, me haría estudiar junto a sus propios hijos y que quería así liberar a la piadosa pareja de la mitad de la carga. Se dejaron convencer, y yo tuve que despedirme de ellos y de mi querido hermano, entre profusas lágrimas; y viajé con el funcionario hacia Braunschweig. Los primeros dos años allí fueron muy buenos y, al cabo de los mismos, había, si no pasado, igualado completamente a sus dos hijos, que eran mayores que yo y que estaban más adelantados en los estudios. No obstante esto, ellos se portaban muy bien conmigo; pero cuando la madre murió y en su reemplazo llegó una madrastra, entró con ella a la casa, también, el espíritu de la discordia. Pues esta bestia no quería ver cerca suyo ni a sus hijastros ni mucho menos a mí, a quien denominaba el “bastardo” y el “expósito”, por lo que una y otra vez provocaba peleas y disputas, en las que yo me llevaba siempre la peor parte, por más que me humillara ante ella y los demás de todas las formas posibles. El maestro, que era muy benevolente conmigo, fue despedido y, en su lugar, la dama al mando hizo traer un estudiante que era más de su agrado. Este buen hombre no llegó a estar ni dos semanas, que los alumnos ya habíamos reparado en que no estaba ni un pelo más preparado en Latín, Griego, Historia, Geografía y otras disciplinas que los que debían aprender de él. Es por ello que andaba muy mal el asunto del respeto, que él reclamaba en el más alto grado. Pero, al parecer, por más que el buen señor preceptor no supiera exponernos ningún autor, sí sabía explicarle el libro de Ovidio, *El arte de amar*,⁵³ tanto mejor a la mujer del funcionario. Ambos

53 Famoso poema didáctico publicado en latín entre los años 2 a. C. y 2 d. C. La obra se compone de tres libros, cuyos títulos son: “Sobre cómo y dónde conseguir el amor de una mujer”, “Sobre cómo mantener el amor ya conseguido” y “Consejos para que las mujeres puedan seducir a un varón”.

solían tener sus lecciones privadas de forma tan pública que su libre conducta terminó por despertar las sospechas del marido.

El buen hombre me escogió como cómplice; le dijo a su esposa que se iba de viaje, pero volvió por la noche y se paró bajo la ventana del cuarto en el que acostumbraban dormir el maestro y los hijos. He aquí que el enamorado profesor, impulsado por Venus, se levantó pasada la medianoche, a fin de hacer una visita a la mujer. Yo, que a fin de espiarlo no había pegado un ojo, no bien me estuve seguro del encuentro prohibido, le di al funcionario, que se hallaba bajo la ventana, la señal convenida, tosiendo y arrojando mi gorra de dormir; este no vaciló y se metió en la casa con todo sigilo, encendió la luz y pilló a las dos almas enamoradas, que hacían no sé qué tipo de posturas.

Se oyó un lamentable griterío, por lo que casi todo el servicio doméstico llegó hasta allí corriendo; pero como mis compañeros de estudios dormían a pierna suelta, yo tampoco quería aparecer en el lugar. Mas no pude contenerme de mirar por la mirilla de la cerradura y, para mi sorpresa, vi cómo los criados echaban al señor preceptor medio muerto de la escuela nocturna. Luego se hizo silencio. El funcionario se dirigió a su escritorio; su señora, en cambio, se mostró en la sala con el rostro ensangrentado, los cabellos revueltos, rengueando y con un gran cuchillo en su mano; y gritó:

—¿Dónde está la llave? ¡Albert tiene que morir! ¡Voy a clavar este cuchillo en las tripas al maldito!

Me paralicé del miedo, al oír hablar de ese modo a esta furia infernal; pero el funcionario, llevando un gran palo en una mano y, en la otra, una espada desenvainada, fue hasta allí y dio caza a la endiablada mujer, encerrándola en el cuarto. No obstante, esta siguió gritando sin parar:

–¡Albert debe morir! ¡El bastardo morirá; yo misma lo asesinaré, o le pagaré cien táleros al que envenene a ese perro!

Yo, por mi parte, pensé: “*¡Sapienti sat!*”. Me vestí tan a prisa como nunca había hecho en mi vida, y me fui de la casa muy calladamente.

La fortuna me llevó ciegamente a una gran carretera; pero mis pies se mantuvieron andando con tanta prisa que, a la mañana siguiente, a las ocho, vi yacer ante mí la ciudad de Braunschweig. El hambre y la sed me atormentaban de forma extraordinaria, a causa de la intensa caminata pero, como estaba resuelto a no entrar a ningún pueblo, sino solo en Braunschweig, consolaba mi estómago una y otra vez con los centavos que me había regalado el funcionario dos días atrás, cuando, saliendo de Braunschweig con él, le había prometido hacer esta jugada tan desafortunada para mí.

¡Cómo me espanté cuando la clara luz del día me mostró que, presa del miedo, me había puesto los pantalones del señor preceptor en lugar de los míos! Aunque no eran los pantalones los que me importaban, sino mi preciada moneda; pero no encontré ningún motivo para lamentar el distraído intercambio, pues en los pantalones del preceptor encontré casi seis táleros en plata y, además, una bolsa con treinta ducados. De modo que ya no lamenté más nada en lo tocante a mi súbita fuga; con excepción del hecho de no haber podido despedirme del honesto funcionario y expresarle mi agradecimiento, ya que me había tratado como un padre leal. Mas lo hice por escrito y tanto más enérgicamente, y me disculpé lo mejor que pude por mi descuido en lo que hace a los pantalones cambiados. En Braunschweig compré las cosas más imprescindibles, contraté un lugar en un coche ligero, y salí hacia Bremen,⁵⁴ en donde tenía la

54 En la ciudad de Bremen, ubicada en el noroeste de Alemania, se localiza un puerto fluvial de gran importancia comercial e histórica.

intención de reponerme bien de mi fatigoso e inacostumbrado largo viaje.

¿Por qué habría de ir a Bremen? No sabía. Es solo que la primera posta que salía de Braunschweig se dirigía allí, y lo tomé para irme lo suficientemente lejos, fuera donde fuese. En mis pensamientos, me tuve por más rico que el gran mogol: no dejé que mi cuerpo careciera de nada para comer y tomar, y me proveí de un traje bastante bien confeccionado, junto a ropa interior y otras prendas. Me quedaron aún unos cuarenta táleros de reserva en mi bolsa, de los que confiaba vivir hasta que la suerte me mostrara de nuevo una oportunidad para estar tranquilo. Pues yo mismo no sabía qué profesión o modo de vida podría llegar a elegir para mi futuro: a causa de las llamas de la guerra, que aún ardían, era una mala época del mundo, y más aún para un jovencito abandonado de solo diecisiete años que sentía el mayor desprecio por la vida de soldado.

Un día fui a pasear, para pasar el tiempo, a las afueras de la ciudad, y di con cuatro jóvenes de aspecto respetable que se mostraron muy atentos conmigo –presumiblemente a causa de mi buen traje, la fina gorguera, los tiradores y también la espada que llevaba colgada–, y tras caminar juntos por un buen rato, me invitaron a ir con ellos a una taberna. Me sentí honrado de tomar un vaso de vino con rectos hombres y bebí tanto como ellos. Pero tan pronto como el vino animó un poco los espíritus en mi cerebro, ya no solo comencé a hablarles acerca de mí más de lo que era conveniente, sino que, además, cometí la horrible tontería de mostrar todo el dinero que tenía. Uno de los honorables señores se presentó a esto como el hijo de un rico comerciante y me prometió, con el solo pretexto de que sentía por mí un especial cariño, la mejor condición del mundo en lo de uno de sus parientes: este tenía un hijo al que yo podría enseñarle todos mis conocimientos, y después iría con él a la

Universidad de Leiden,⁵⁵ en donde nos haríamos de lo más eruditos, sin que a mí me costara un solo céntimo. Dio un trago por la hermandad y dibujó, ante mis ojos nublados por el espíritu del vino, los más magníficos castillos de aire, hasta que, borracho a más no poder, mi mísero cuerpo cayó al suelo cuan largo era.

La mañana siguiente me devolvió en algo el uso de la razón, cuando me di cuenta de que yacía, solo, sobre un montón de paja. Tras levantarme y ponerme en cierto modo en orden, me encontré con que mis bolsillos estaban vacíos y me agarró un miedo desesperante. Llamé al hospedero, le pregunté por mi dinero y mis otras cosas; pero él no quiso saber de nada y, por decirlo en pocas palabras: se concluyó, tras una investigación más precisa, que yo había dado con cuatro bribones que, por cierto, habían pagado la cuenta anoche y habían prometido regresar. Pero, por ahora, no habían cumplido con su palabra y, como todo parecía indicar, me habían embaucado.

De modo que aquel tesoro que yo había hallado sin querer, se había esfumado también sin que lo quisiese: más allá de las cosas que me había comprado y que estaban en mi cuarto, no tenía el más mínimo céntimo en mi billetera. Me quedé aún algunas horas en la taberna, esperanzado con el alegre regreso de mis compañeros de bebida; pero mi espera fue vana. Y como el hospedero oyó que yo ya no tenía más dinero que beberme, me miraba receloso. Me hallaba, por lo tanto, dispuesto a irme, cuando entró a la taberna un elegante caballero que pidió un vaso de vino y, de un modo amistoso, pero en un mal alemán, me dijo:

—Mi amigo, no os vayáis por causa mía, que no me gusta estar solo; prefiero hablar con la gente.

55 Se trata de la universidad más antigua de las Provincias Unidas (actualmente, los Países Bajos): data de 1575.

—¡Señor! —le respondí—, no me quedaré más tiempo en este sitio, que ha sido infortunado para mí. Pues anoche me han traído aquí a embriagarme, y tras quedarme dormido a causa de ello, me han robado todo el dinero que traía conmigo.

—Quedaos —repuso él—, yo pagaré por vos. Pero dadme el gusto de contarme detalladamente todo lo que os ha ocurrido.

No me hice rogar, pues tenía mucha sed; me quedé ahí, y le conté al caballero toda mi vida, desde mi infancia hasta el presente. Él se mostró muy complacido por ello, y lo que más risa le causó fue la aventura amorosa del preceptor y el afortunado cambio de pantalones. Hizo traer bebida y confituras en abundancia, pero se dio cuenta de que yo no quería beber mucho, a causa de que tenía un mal resabio de la borrachera de anoche e, incluso, de que aquella me había turbado enteramente el ánimo, llevándome a una profunda tristeza. Y me dijo:

—¡Amigo mío! Si quisierais trabajar a mi servicio, estaría dispuesto a pagaros treinta ducados anuales, además de daros buena ropa, comida y bebida suficientes. Os aseguro, por lo demás, que si aprendéis a hablar y escribir en holandés e inglés, vuestra tarea consistirá en nada más que escribir.

Yo era ya, por entonces, lo suficientemente prudente y cortés como para besarle de inmediato la mano y, con gusto, ofrecerme como su criado, con tal de que él tan solo tuviera la bondad de cuidar honradamente de mí de modo que yo no tuviera que salir a mendigar. A todo esto, me llevó de inmediato consigo a su alojamiento, hizo que fueran a buscar mis cosas en la hospedería y me conservó a su servicio; con todo, no debía hacer lo más mínimo, salvo salir a caminar por ahí con él, ya que, además de mí, contaba con cuatro criados más.

No pude saber quién era mi señor hasta que hubimos salido de Bremen y llegamos a Amberes,⁵⁶ donde me enteré de que era el hijo menor de un rico noble y que acababa de pasar algunos años en Inglaterra. En un comienzo, mis obligaciones casi no consistían en otra cosa que en comer y beber bien; pero cuando, tras seis meses, hube aprendido a hablar y escribir bien en holandés e inglés, tuve que redactar y transcribir las cartas que mi señor debía componer a menudo en relación con los asuntos de su padre. A causa de mi capacidad y, en especial, mi vocación de servicio, me cobró mucho aprecio; y cuando, a comienzos del año 1646, tuvo que viajar de nuevo a Inglaterra, me eligió únicamente a mí como su compañero de viaje. Lo más llamativo fue, con todo, que, antes de llegar a tierra inglesa, hube de ponerme ropas de mujer, y aparentar que era la esposa de mi señor. Nos dirigimos a Londres y nos alojamos en una hostelería que se llamaba Castillo de Amberes. Solo rara vez se me permitía salir; en cambio, mi señor traía casi a diario a hombres que yo no conocía. Yo interpretaba tan bien mi papel, que todos pensaban que era la joven esposa de mi señor. Para el servicio suyo y mío había contratado a dos criadas inglesas y cuatro lacayos, que hacían su trabajo con toda voluntad.

Luego de varias semanas en las que hube aprendido las bases del papel de mujer, un día mi señor me dijo:

—Mi queridísimo Julius, mañana por la tarde os introduciré en cierta sociedad bajo el título de esposa mía. Os lo pido encarecidamente: procurad con ahínco el modo de tener conmigo todos los gestos de cariño que corresponden al caso, pues toda mi suerte depende de la comedia que he de representar ahora. Asumid por una vez la forma de la mujer de aquel funcionario y halagadme como

56 En Bélgica.

aquella hacía con su marido delante de los otros, echándole al preceptor miradas furtivas. Os aseguro, de nuevo, que de este gracioso e ilusorio asunto dependen mi felicidad y mi alegría, de las cuales, os prometo, honradamente, vos también disfrutaréis tan pronto como hayamos logrado nuestro cometido. Por cierto que quisiera revelaros, de corazón, todo este misterio; no obstante, perdonadme que me reserve tal cosa para otro momento, pues mi cabeza se halla ahora demasiado revuelta. Tan solo aseguraos de hacer bien vuestra parte el día de mañana, para nuestro común contento.

Pasé la noche tratando de adivinar qué es lo que pretendía ahora mi señor con esta farsa; pero como no era capaz de imaginarme el fin, y le había prometido, con todo, hacer todo lo que estuviera a mi alcance para vivir de acuerdo a su gusto, mi ánimo dejó de preocuparse por el asunto y me dormí muy tranquilo.

Al día siguiente, tras pasar casi toda la mañana en manos de dos viejas que me vistieron bien a la inglesa, mi señor y yo fuimos recogidos por un coche nuevo y a la moda que nos condujo a una muy aseada casaquinta, a unas tres millas de distancia de la ciudad. Allí, se hallaba reunida una elegante sociedad, cuyo único lamento era que la hija del dueño de casa, la señorita Concordia Plüers, no iba a poder acompañarnos, a causa de un fuerte dolor de cabeza. Como contrapartida, se hallaban presentes su padre –que era nuestro anfitrión– y su mujer, otras tres hijas y dos hijos; todos se sentían muy a gusto de poder atender a las visitas que iban llegando. No voy a mencionar en detalle todas las diversiones de ese día y del que le siguió; solo diré que nos entretuvimos con todo tipo de comidas y bebidas, con bailes, saltos, paseos, viajes y demás pasatiempos. Reparé en que las tres bellas hijas de nuestro bienhechor estaban rodeadas de muchos pretendientes; pero

mi señor no se preocupaba por ninguna de ellas, sino que, por lo general, me tenía a mí, en tanto su esposa ficticia, a su lado. Nos tratábamos, por lo demás, tan cariñosamente, que todos debían pensar que nos teníamos mucho aprecio, como buen matrimonio. Mas, cierta vez, mi señor me besó muy cariñosamente, en medio del baile, delante de todos y, una vez concluida la pieza, me llevó hacia una ventana. Entonces, se nos acercó un comerciante joven y cortés y le dijo a mi amado:

–Señor Van Leuven, veo que bien podréis concederme, y con sobradas razones, a Concordia Plüers, pues vos habéis encontrado en esta vuestra esposa un tesoro tal que muchos otros han de envidiaros.

–Mi queridísimo amigo –respondió mi señor–, no he de negar que he amado a vuestra prometida, Concordia, con toda mi alma; ni que hasta hace muy poco tiempo me habría gustado muchísimo tenerla como esposa. Pero como nuestros padres y, tal vez, el Cielo mismo no consentían nuestro matrimonio, he cambiado, en los últimos meses, mi parecer: me he casado con esta dama, en quien he hallado todas las virtudes que vos, en tanto novio, quizás encontréis dentro de pocos días en Concordia. En lo que a mí respecta, os deseo toda la dicha del mundo para vuestro casamiento, tal como yo la disfruto a diario con esta, mi querida mujer. Tan solo lamento que mis circunstancias me obliguen a volver pronto a mi casa, lo cual me impedirá participar, en tanto alegre invitado, de vuestra boda.

Esto dejó perplejo al joven comerciante, que no quería creer que el señor Van Leuven tuviera que regresar tan pronto a Amberes. Pero, como notó que era en serio, llamó a su futuro suegro, nuestro anfitrión. Tuvieron lugar, entonces, intensas peticiones de que se quedara, mas el señor Van Leuven, tras ofrecer muchas disculpas, se mantuvo firme

en su propósito de partir al día siguiente, al mediodía, y se despidió ya, de antemano, de todos los allí presentes.

La estadía en la casa de campo estaba prevista para una semana; pero como nosotros solo nos habíamos quedado hasta el tercer día y ya nos íbamos, la mayoría de los concurrentes se ofreció a acompañarnos; no obstante, el señor Van Leuven, junto al esperanzado futuro yerno del señor Plürs, logró, mediante muchos pedidos, que nos dejaran partir por nuestra cuenta y temprano al día siguiente, de modo tal que todo el grupo pudiera quedarse reunido sin interrupción alguna.

Ni bien hubimos llegado a nuestro alojamiento en Londres, mi señor mandó buscar una posta ligera, hizo empaquetar en ella, a toda prisa, nuestras cosas, y viajamos día y noche en dirección a Dover, adonde llegamos la noche siguiente. Una vez allí, llevamos nuestros bártulos a un barco ya listo y partimos rumbo a Calais.⁵⁷

En el puerto de esta ciudad nos esperaba ya otro barco, al que hubimos de mudar todo nuestro equipaje. Así que dejamos que el barco anterior retornara y nosotros optamos por la ruta hacia las Indias Orientales. Era ya de noche cuando subí a la nueva embarcación; el señor Van Leuven me tomó de la mano y me condujo a una cámara en la que se hallaba una mujer muy bella junto a un hombre de veinticuatro años.

–¡Mi querido Albert Julius! –me dijo el señor van Leuven–. El acto principal de nuestra comedia ha terminado. Ved, esta es Concordia Plürs, la mujer más bella, de la cual habéis oído hablar numerosas veces el día de ayer. En breve: ella es mi más preciado tesoro; el que está sentado

57 Dover es el punto de Inglaterra que se halla más cercano a la Europa continental: queda a tan solo treinta y cuatro kilómetros del puerto francés de Calais. Esta última es una ciudad del norte de Francia, situada en las costas del paso homónimo, que es el punto más estrecho del Canal de la Mancha.

a su lado es su hermano. Nos dirigimos a Ceilán y esperamos encontrar allí nuestra completa dicha. En cuanto a vos, querido Julius, espero que sea de vuestro agrado compartir con nosotros todos nuestros momentos de dicha y desdicha, pues no os queremos abandonar, sino que, si Dios así lo desea, os haremos rico y feliz en las Indias Orientales.

De modo que besé la mano del señor Van Leuven, saludé a los extraños ahora conocidos, les deseé suerte en su cometido, y juré vivir y morir por ellos, como un criado fiel.

Pocos días después, el señor Van Leuven se mostró muy confiado conmigo, y a partir de sus relatos pude saber con todo detalle su situación. El viejo señor Van Leuven había servido hacía muchos años como oficial de alto rango en los ejércitos de los Países Bajos, y había perdido el brazo derecho en un hecho sangriento, por lo que había abandonado el oficio de soldado, ansiando llevar una vida más sosegada en Amberes, pues era un hombre que poseía amplios recursos para hacerlo. Sus tres hijos mayores, con todo, habían buscado su dicha bajo las banderas y en los buques de guerra holandeses. Pero el más joven, mi buen señor Carl Franz van Leuven, se había quedado con el padre. Había de convertirse en un funcionario del Estado, por lo que, en sus mejores años, había sido enviado a Inglaterra, en donde, no solo había adelantado, de modo excelente, en todo lo que tiene que saber un noble, sino que, también, se había hecho cargo del negocio inglés de su padre con una prudencia fuera de lo común. Solo que, a la vez, se había enamorado perdidamente de la hija de un comerciante inglés, de nombre Plürs, despertando en ella, a causa de su carácter agradable, un amor equivalente.

En pocas palabras: se ponen totalmente de acuerdo, se juran fidelidad eterna, y el señor Van Leuven no duda en lo más mínimo en pedirles a su propio padre y al de Concordia que les dieran su consentimiento para una pronta unión

matrimonial. Pero, si en un comienzo ambos jóvenes se imaginaban que las cosas serían sencillas, tanto más difíciles y amargas se volvieron para ellos en su desarrollo, pues el viejo señor Van Leuven había escogido una rica señorita de la nobleza para su hijo menor, y de ningún modo quería que este se casara con alguien que no perteneciera al estamento caballeresco. Encima, el comerciante Plürs se excusa diciendo que ya le había prometido su hija menor, Concordia, en la cuna, al hijo de un cambista adinerado. El señor Van Leuven, empero, no quiere apartarse de su muy amada Concordia, por lo que el señor padre le solicita que regrese a Amberes. Por cierto, aquel obedece, mas antes se ponen de acuerdo con Concordia acerca de cómo proceder de ahí en más, así como de mantener un contacto escrito fluido para estar al tanto de la situación de cada uno.

Ni bien besa la mano de su señor padre, recibe de este una fuerte reprimenda a causa de su amor indigno, así como una advertencia: que va a dejar de reconocerlo como a su hijo si su corazón no se abstiene de la hija del vulgar comerciante y no escoge, por el contrario, a la señorita noble que se le propone como esposa. El señor Van Leuven no quiere afligir a su padre con una testarudez extrema, por lo que se presta, aparentemente, a su voluntad, pero se jura de corazón que jamás se apartará de su Concordia.

Entretanto, el viejo padre, crédulo, confía plenamente en la obediencia fingida del hijo y le encomienda hacer algunos viajes para resolver asuntos importantes en distintos lugares de Alemania, en cuyo curso es que, estando en Bremen, me toma a mí a su servicio, llevándome con él a Amberes. Algún tiempo después de su regreso debía tener lugar el compromiso del buen señor Van Leuven con la desagradable señorita, que era por cierto muy rica, pero de rostro y cuerpo muy feos. Mas la concreción de esta unión matrimonial no podía tener lugar de inmediato, porque el padre se veía obligado a

enviar primero al joven Van Leuven a Inglaterra, de nuevo, a fin de que se encargara de asuntos importantes. Lo exhorta, seriamente, a no dejarse atrapar otra vez por Concordia y a evitar, en lo posible, el trato con sus parientes. Pero el señor Van Leuven no puede resistir su intenso amor por ella, sino que se propone llevarse a su Concordia furtivamente. Y, a fin de no despertar las sospechas de nadie en Inglaterra, había tenido yo que disfrazarme de mujer y, de un modo inocente, hacer las veces de su esposa.

Tan pronto como estuvimos en Londres, se dirigió a lo de sus fieles amigos, en cuya morada podía hablar con Concordia de forma frecuente, aunque muy en secreto. El señor Van Leuven había trabado tan firme amistad con el hermano del medio de ella que parecía como si ambos fuesen un solo corazón. Y, justamente, este hermano había jurado poner todo su empeño en que ningún otro hombre más que Carl Franz van Leuven pudiera tener en su lecho nupcial a su hermana Concordia. Así que, por propia decisión, se había esforzado por traer un pastor, el que, la noche del 9 de marzo de 1646, sin el menor escrúpulo, había unido en matrimonio y como es debido a los amantes. Lo hizo en la casa de su prima y en presencia de algunos testigos, como lo demuestran claramente el certificado y el contrato matrimonial de los enamorados, redactados de propia mano por este pastor y firmado por seis testigos, que aún tengo bajo mi cuidado. Tuvieron, como es debido, su noche de bodas, en la casa de esta misma prima, donde dispusieron todos los detalles para una pronta huida, a la espera del momento más oportuno. El viejo Plürs sabía tan poco de esta boda secreta como el padre de mi señor o yo mismo, que, no obstante, me podía vanagloriar de ser su criado de mayor confianza.

Entretanto, el señor Van Leuven no se mantuvo totalmente de incógnito durante su estadía en Londres, sino que

se dejó ver en la Bolsa y en otros lugares públicos casi a diario, pero evitando, sí, entablar conversación alguna con el comerciante Plürs.

Es por esto que a este hombre obstinado había comenzado a afectarle que se rompiera totalmente la relación que lo unía a un tan buen conocido suyo, y de cuyo padre había obtenido algunos beneficios. Así que un día fue presuroso a su encuentro y le dijo:

—¡Señor Van Leuven! Me pone mal que de un modo tan inesperado tuviera que perder en vos a uno de mis más preciados amigos; pero pensadlo: a mi hija ya la había prometido cuando pedisteis su mano, y yo prefiero mil veces morir a romper mi palabra... Así que decidme cómo podría haber zanjado yo la cuestión entre vos, mi hija y yo. Sobre todo, por el hecho de que vuestro padre no aceptaba un matrimonio tal. Olvidaos de lo que ya ha pasado y continuad siendo mi verdadero amigo; el Cielo ya sabrá proveeros con una esposa mucho más bella y rica.

El señor Van Leuven le respondió:

—Mi muypreciado señor Plürs, no penséis en el pasado; soy un fiel amigo y vuestro servidor. Siento aún el mayor aprecio por vuestra hija, la bella Concordia, pero ya no más aquel tipo de amor que conduce al casamiento. Esto se debe a que la suerte me ha dado una esposa, que no es menos agradable que aquella, y que también tengo conmigo aquí, en Londres.

La turbación hizo que Plürs casi no pudiera decir nada; pero como volvió a ser asegurado por el señor Van Leuven de una buena amistad, y de que hablaba con toda seriedad, aquel le dijo a este repetidas veces que así era, lo abrazó por esta gran alegría y le pidió que le diera el honor de quedarse en su casa, junto con su esposa. Van Leuven, empero, le agradeció el amable ofrecimiento, explicándole que no se quedaría mucho tiempo en Londres, por lo que no

podía cambiar su lugar de alojamiento, pero que no bien hubiera expedido un poco sus asuntos, le haría una visita en compañía de su esposa, que de momento se hallaba algo indispuesta.

El señor Plürs, que, tras informarse más del asunto por boca de los buenos amigos de Van Leuven recibió la confirmación de lo que este mismo le había dicho, quedó muy satisfecho con esto, y se dispuso a recibirnos de la mejor manera; pero, al mismo tiempo, el señor Van Leuven, su amada y el hermano de esta (Anton Plürs) se preparaban también de la mejor manera para una rápida huida y aprestaban todo con un capitán que hacía la ruta a las Indias Orientales, y que los llevaría a Ceilán. Es que el tío del señor Van Leuven era gobernador o cónsul en esta isla, por lo que este confiaba en su fuerte protección.

El 25 de mayo fue, al fin, el ansiado día en el que el señor Van Leuven y yo –su aparente esposa– nos dirigimos a la finca del señor Plürs, que quedaba a tres millas de Londres, a fin de pasar allí ocho días en calidad de huéspedes. Y, esa misma noche, Anton Plürs y Concordia querían pasar a través de Dover y llegar a Calais. Pues Concordia, a fin de evitar estos días de campo, no solo había pretextado fuertes dolores de cabeza, sino que les había dicho a sus padres, sin rodeos, que le resultaba imposible ver a los ojos a Van Leuven, por lo que les pedía que, por el tiempo que durara la estadía de este en la casa, no se cuidaran de ella, porque quería pasar esos días tranquila en lo de su prima, lo cual le fue, finalmente, concedido.

He contado ya cómo fue que pasamos el tiempo en la finca, cómo les hicimos creer a todos en nuestra unión matrimonial; también, cómo partimos de allí, sin despertar la menor sospecha, con mi señor, que, previamente, había dejado todos sus asuntos en orden, y cómo ambos llegamos felizmente al barco, que nos estaba aguardando en el puerto

de Calais. Es por esto que tan solo agregaré que esa misma noche del 25 de mayo el señor Anton Plürs secuestró a su hermana Concordia, con el consentimiento de la prima y cuatro amigos, y la sacó del país con ropas de hombre. Los buenos amigos se quedaron con la idea de que Concordia sería llevada a Amberes, pero no fue así, pues Van Leuven, Anton y Concordia se habían puesto de acuerdo en forma mucho más puntual. Bien puedo suponer, pero no narrarlo con toda certeza, qué se dijo y se pensó de nosotros, tras nuestra partida, en Londres y Amberes. Pero una vez que hubimos pasado felizmente las Islas Canarias y las islas de Cabo Verde, y ya no había que temer tanto por los barcos de guerra españoles, nuestros animados corazones no se preocuparon por más nada, nos pusimos contentos y de buen ánimo, y nos esperamos con encontrar en Ceilán, el puerto de nuestro completo regocijo.

*

—¡Sin embargo, queridos míos —dijo aquí Albert Julius—, ya es hora de terminar por esta vez! Por eso, ahora haremos nuestra oración y luego nos iremos a la cama; y si Dios así lo quiere, mañana visitaremos a los habitantes de la comarca de David. Tras hacer esto, continuaré con la narración de mi historia de vida y de todas las circunstancias que con ella se vinculan.

Le dimos las gracias a nuestro querido patriarca por su esfuerzo, hicimos caso a su orden y, tras un buen descanso, nos reunimos todos, de nuevo, al día siguiente, con la salida del sol. Tras la oración matinal y un buen desayuno, nos hicimos a andar con la mayor alegría, del mismo modo que el día anterior, a través de una alameda, hasta la comarca de David. Este era uno de los asentamientos medianos; en él encontramos doce hogares, todos bastante espaciosos,

y provistos de bellos jardines, graneros y establos. Todo indicaba que sus habitantes no eran ningunos vagos; los encontramos, así pues, en su mayor parte en los muy cultivados campos. Empero, no puedo olvidar que allí dimos, también, con unos singulares zapateros, metidos en su trabajo. Estos hacían, con las pieles de las focas, zapatos comunes para los otros insulanos, así como zapatos de vestir con cuero de ciervo y de venado, que trocaban por otras cosas que quedaban demasiado distantes para ellos. Había allí un magnífico montón de cal, arcilla y légamo, por lo que el alfarero que habíamos llevado con nosotros, Nicolás Schreiner, mostró una especial alegría, y pidió, en el acto, el permiso para comenzar a hacer el día siguiente un taller. El límite, para los habitantes de la comarca de David, lo constituía el río que, fluyendo hacia el oeste, y, por entre medio de las rocas, desembocaba en el mar. Por lo demás, compartían la zona boscosa en partes casi iguales con los habitantes de la comarca de Albert; al mismo tiempo, empero, debían repartirse con estos, sus vecinos, la responsabilidad de cuidar la costa y la bahía, hacia el norte. Es por esta razón que se había construido una cómoda garita de vigilancia, en la que en invierno podían hacer fuego y dormir. El señor Wolfgang, yo y algunos más teníamos mucha curiosidad de caminar por la estrecha senda que subía al risco. Arriba hallamos cuatro estacas de metal, de mediano tamaño, enclavadas en el suelo y, sobre ellas, un puesto para unas pocas personas, labrado en la piedra de tal modo que, también, se podía hacer fuego en él y pasar muy bien el invierno ahí dentro. Además de esto, había un puente regular levadizo que conducía a una escalera secreta, por la que se podía bajar al banco de arena y al mar; y, a sus lados, dos excelentes poleas y tornos, en virtud de los cuales se podían subir y bajar, en un solo día, más de mil toneladas de mercaderías.

La amena vista al banco de arena, al mar abierto y, luego, sobre la mano izquierda, a la bella bahía, que, con todo, tenía una entrada muy peligrosa, constituía un extraordinario panorama; además, desde aquí, se podía abarcar con la mirada también el resto de la isla, nuestro pequeño paraíso.

Luego de pasar cerca de una hora a tales alturas y una vez que, felizmente, estuvimos, de nuevo, abajo, nuestro patriarca, junto a Schmeltzer, se topó con una mujer a punto de dar a luz, que al cabo parió una hija, y el maese Schmeltzer ejecutó, acto seguido, su primer bautismo, mientras que el señor Wolfgang, yo y la vecina de al lado hicimos las veces de padrinos. (Esta pequeñita, la primera en la isla en ser bautizada por un sacerdote y que recibió el nombre de Eberhardina María, aparece en la línea inferior de la IX tabla cronológica como NB * *).⁵⁸ A todo esto, el padre de la niña bautizada nos agasajó con vino, pan blanco y sabrosos frutos, por lo que, al iniciarse el declive del sol, regresamos contentos al castillo de Albert.

El maese Schmeltzer se sentía muy contento de haber tenido la oportunidad de hacer un poco de trabajo santo; y el patriarca se alegraba de corazón por esta singular gracia de Dios. El señor Wolfgang le envió, de parte suya y mía, como regalo para nuestra pequeña ahijada, esa misma tarde, doce varas de lino y cuatro de algodón, un almohadón de plumas de ganso, junto con distintos cordiales fuertes y otras cosas útiles para la madre; además, mandó, como obsequio para toda la comunidad, diez biblias y veinte libros de cánticos y oraciones. Una vez que hubimos concluido nuestras tareas diurnas, después de la cena, nuestro patriarca continuó el relato de su vida, de la siguiente manera:

*

58 Cfr. p. 178, Tomo II.

El viaje fue muy dichoso, y solo pocos marinos se vanaglorian de haber hecho uno así para la misma época. Pues ya se podía divisar, a lo lejos, el Cabo de Buena Esperanza, y aún no habíamos sufrido la menor lluvia, tormenta o mal tiempo. El capitán del barco nos ilusionaba con que, como máximo en tres o cuatro días, atracaríamos allí y podríamos descansar en tierra firme por algunos días. Solo que el cálculo pecaba de optimismo,⁵⁹ y el destino había decidido algo completamente distinto para nosotros, pues al mediodía siguiente el cielo se cubrió por doquier de nubes negras, el aire se puso espeso y lóbrego y, finalmente, comenzó a llover, pero no con gotas, sino en torrentes que caían encima nuestro; y prosiguió así, sin interrupciones, hasta la medianoche. Mas las nubes, que colgaban muy bajo sobre nosotros, no parecían haberse liberado de su carga principal, ni se habían apaciguado, cuando se levantó un viento huracanado tan violento que, creo yo, en medio de su espantoso bramido no se habría oído ni siquiera el estrépito de un cañón. Me parecía que este poder invisible, por momentos, debía arrastrar nuestro barco, en el lapso de una hora, a lo largo de muchísimas millas; pero luego parecía que el mismo se quedaba quieto en un sitio, y era girado en el mar como si se tratara de un trompo, y, más tarde, las asombrosas olas nos elevaban hasta la altura de las nubes, para arrojarnos, acto seguido, en un instante, a las fauces abiertas del abismo. Una nueva lluvia, mucho más intensa que la anterior, vino a unirse, para nuestra aún mayor desgracia, a los vientos huracanados y, para decirlo brevemente, parecía como si todos los enemigos y perseguidores de los navegantes se hubieran decidido a incentivar nuestra perdición de la manera más horrenda.

59 Literalmente, el dicho en alemán se traduce así: "La cuenta fue hecha sin el hospedero". Se alude a un excesivo optimismo o ingenuidad en la previsión de algo.

Se suele decir que, cuanto más duran la desgracia y el destino adversos, tanto mejor aprende uno a afrontarlos; pero no puedo recordar en lo más mínimo que este haya sido el caso para nosotros. Por el contrario, debo reconocer que, tras haber pasado dos noches y tres días y medio sintiendo tanto miedo, nuestro valor se deshizo por completo, en la medida en que la noche, que caía encima nuestro una vez más con truenos y rayos, no nos prometía ni consuelo ni esperanza. Concordia y yo éramos, presumiblemente, quienes peor nos hallábamos pues, no solo no habíamos dormido ni un instante desde el comienzo de la tormenta, sino que, además, nos sentíamos tan débiles y mareados que ya ni siquiera podíamos sostener la cabeza en alto, y parecía como si las tripas fuesen a salirse del cuerpo. El señor Van Leuven y Anton Plürs no podían interrumpir su muy agrio –y, en última instancia, sin embargo, inútil– trabajo en el barco sino para visitarnos cada tanto por un minuto, más allá de que no era posible proporcionarnos alivio alguno, o aunque sea algunas horas de calma. Tan pronto como la tormenta amainó tan solo un poco, oímos un terrible estrépito en el barco; pero nada nos preocupaba ya, porque nuestros sentidos ya se habían preparado a esperar con paciencia el lamentable final de nuestras vidas. Y, una vez que hubimos pronunciado las piadosas palabras: “Concedáanos Dios su gracia, ahora todos hemos de morir”, perdimos, tanto yo como Concordia la razón, de forma tal que yacíamos allí desmayados. Pero, aún en mi situación de debilidad, llegué a percibir cómo el barco se estrellaba al parecer contra una piedra, pues se oyeron horrendos crujidos y golpes; y la popa, en la que nos hallábamos, debía estar hundida muy profundo bajo el agua, pues la misma llenaba más de la mitad de nuestra recámara. Mas, de súbito, el agua volvió a refluir, y todo quedó dado vuelta, en tanto el piso

se había tornado una pared lateral, y nosotros, los dos enfermos, habíamos sido arrojados a un rincón. No sé ya qué ocurrió conmigo pues, o bien me desmayé o bien me acometió un intenso sueño, y solo pude despertar al día siguiente, cuando mi débil cuerpo se halló recostado sobre un banco de arena y bajo el sol.

Me resultó algo realmente extraordinario el ver el sol en el cielo despejado, y el sentir la más agradable sensación de que mis miembros se restablecían ante el contacto con sus cálidos rayos. Me incorporé, giré en torno mío, y me horroricé mucho al no ver allí a ningún ser humano más allá de Concordia, el señor Van Leuven y el capitán del barco, Lemelie, que dormían no lejos de mí. Detrás de ellos, un enorme peñasco. Hacia un lado, la popa del barco encallado, y luego nada más que bancos de arena, agua y cielo. En la medida en que el lado sobre el que me hallaba recostado –y mis ropas– estaba aún muy frío y mojado, me di vuelta de cara al sol, y volví a caer en un profundo sueño, del que me despertó el señor Van Leuven, cuando ya empezaba a atardecer. Me dio un módico cacharro con vino y un buen manajo de confituras, que yo acepté aún medio dormido, y que eché en mi estómago con gran avidez, en tanto no había ni comido ni bebido nada en casi cuatro días. Recibí, aún, una media taza de vino, junto con una galleta, con la advertencia de que debía arreglármelas con eso hasta mañana, pues comer más podría ser perjudicial para mi salud.

Devoré mi ración y, ya habiéndome calentado plenamente y encontrado que mi ropa estaba seca del todo, volví de golpe en mis cabales, y me sentí tan fuerte como un león. Lo primero que hice fue preguntar por nuestros restantes compañeros de viaje, pues, más allá de nosotros cuatro, no veía a nadie más. Con mucha pena, tuve que escuchar lo que era de suponer, que todos los demás se habían ahogado, si es que Dios no los había salvado de una manera tan

maravillosa como a nosotros. Pues ante los ojos humanos era en vano pensar en una sola salvación más, en la medida en que el encallamiento del barco había tenido lugar antes de medianoche, la tormenta había cesado recién dos horas antes de la salida del sol, y la popa del barco, en la que habíamos quedado únicamente nosotros cuatro, había sido arrastrada violentamente hacia este banco de arena. Me lamenté, especialmente, por el honorable Anton Plürs que, no sintiéndose seguro junto a nosotros, había escogido subirse, junto con muchos otros, a un pequeño bote, para encontrar, con todos ellos, su tumba en las profundidades del mar. Por lo demás, el señor Van Leuven informó que me había cargado a mí y a Concordia, con gran esfuerzo, hasta la playa, porque el empecinado y desesperado capitán no lo había querido ayudar en nada.

Este curioso capitán Lemelie estaba sentado a cierta distancia nuestra, con el mentón apoyado sobre sus manos, y, en vez de agradecerle al Todopoderoso por haberle salvado la vida, de su vil boca tan solo salían infames e impías maldiciones contra su tan adverso destino; y no se dejaba consolar por nada, aduciendo que había perdido tanto su honra como todo lo que poseía.

El señor Van Leuven y yo dejamos solo a ese mentecato, deseando que entrara en razón, y fuimos hasta donde estaba Concordia, cuyo esposo la había envuelto con muchos paños y ropas caldeadas por el sol. Pero, más allá de esto, la hallamos en un muy mal estado, pues, hasta el momento, no había podido entrar en calor, ni tampoco retener ni comida ni bebida en su cuerpo; por el contrario, no paraba de castañear con los dientes a causa del intenso frío que sentía. Yo me saqué la ropa, nadé hasta los restos del barco, y tomé del mismo varios trozos de madera, que extraje con la ayuda de una gran espada que encontré allí, y los trasladé sobre mi cabeza hasta nuestro banco de arena, a fin de hacer aquí

un fuego con el que Concordia pudiera calentarse. Solo que, por desgracia, ni el capitán Lemelie ni el señor Van Leuven llevaban consigo algo con lo que encender el fuego. Le pregunté al capitán cómo podíamos hacerlo. Pero él respondió:

—¿Fuego? ¿Para qué? Es ya suficiente honra para vosotros tres si reventáis conmigo.

—Señor —le respondí—, yo no me arrogo tanto para mi persona.

Pero en seguida recordé que en nuestra recámara había visto colgado en la pared un rollo con azufre. Es por eso, que nadé, de nuevo, hasta el barco y no solo di con él, sino también con un par de pistolas bien enfundadas que, junto con el azufre, me sirvieron como el más bello encendedor; con todo, en lugar de paja, tuve que recurrir a mi bello peto de algodón, que deshice en varias tiras. Hice fuego y soplé hasta que la madera, que partí en trozos bastante pequeños, se encendió con una gran llama.

El señor Van Leuven se alegró mucho por mi feliz ocurrencia y nadó conmigo dos veces más hasta el barco, a fin de partir tantos trozos de madera como necesitáramos para mantenernos plácidamente abrigados. Por cierto, el tiempo se mantuvo tan agradable durante toda la noche como suele estarlo en Sajonia en las mejores noches de verano; pero se trataba de atender a nuestra helada paciente, a la que tendimos junto al fuego y cuidamos de la mejor manera. El chiflado capitán vino, finalmente, hacia nosotros, con el propósito de encender una pipa de tabaco; pero como me mofé de ello preguntándole si acaso tenía la voluntad de reventar, volvió callado a su sitio, haciendo un gesto receloso.

Entretanto, Concordia había caído en un sueño profundo y pidió, tras despertar por la mañana, un trago de agua fresca; pero como era imposible proveérselo, el señor Van Leuven la convenció de tomar un poco de vino. Lo hizo con

ansias, porque este estaba muy fresco, mas en breve se empezó a sentir muy mal: le ardía como si fuese un carbón, y parecía, según sus palabras, como si el vino le fuera a quemar el corazón. Su esposo le hizo muchos mimos, pero ella parecía no prestarle atención, y dio incluso por hablar, de forma inesperada:

–Karl Franz, apartaos de mi vista, para que pueda morir tranquila. El amor desmesurado que siento por vos me ha incitado a infringir el cuarto mandamiento,⁶⁰ engañando a mis padres de por vida. Es un justo castigo del Cielo el que yo tenga que pagar por ello con mi vida, en esta miserable situación. Que Dios se apiade de vuestra alma y de la mía.

En los oídos del señor Van Leuven, ningún trueno podría haber resonado más terriblemente que estas abrumadoras palabras. No pudo responderle nada, sino que se puso de pie totalmente desesperado, y salió corriendo hacia el mar; muy seguramente se habría ahogado, si yo no hubiera salido tras él para, hablándole con las palabras más vivas que me inspiró el espíritu de Dios, salvarle, en esta ocasión, su cuerpo y su alma. Tan pronto como lo llevé de nuevo al seco banco de arena, le pregunté si acaso quería darle ahora su vida –que Dios le había conservado entre tantos de un modo tan maravilloso– y su alma al Diablo, por actuar de forma precipitada. A esto agregué que, a causa del excesivo acaloramiento, Concordia no podía hablar con tanto tino como le era usual y, además, que, quizás, en pocas horas le hablaría de un modo muy distinto, etcétera. A lo cual, cambió de parecer y me juró, encarecidamente, que aceptaría con paciencia todo lo que el Cielo dispusiera para él. También me pidió que fuera solo hasta donde estaba Concordia y que

60 "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados en la tierra que el Señor tu Dios te da" (Cfr. Éxodo 20, 12).

la llevara, oportunamente, hacia otro tipo de pensamientos. Le pedí otra vez que reflexionara acerca de su alma, el Cielo y el Infierno, y me acerqué a Concordia, quien me pidió que exprimiera un poco de agua de lluvia de una capa y se la diera para beber. Yo le aseguré que lo haría y le supliqué solo un poco de paciencia, pues este trabajo no podía hacerse tan rápido. Ella prometió, en su delirio, aguardar media hora. Solo que, ¡Dios mío!, no había allí ni capa ni nada de lo cual pudiera extraerse una sola gota de agua. Es por ello que, sin sacarme la ropa, me dirigí hasta el barco a través del mar y, para mi propia enorme alegría, hallé allí un tonel embetunado que contenía agua dulce. Llené con esta una cuba que fuera posible cargar, tomé algo de té, azúcar y canela de nuestro camarote y regresé tan rápidamente como me fue posible. Por más que solo me demoré media hora, cuando le alcancé un vaso con agua fresca, Concordia me dijo:

–No tendríais que haber exprimido durante cinco horas si tan solo me queríais refrescar con una cucharada. Pero vuestra intención era solo la de quebrarme el corazón con vino. Que Dios os perdone.

Sin embargo, una vez que hubo bebido su vaso de agua fresca, su sedienta boca dijo:

–Os agradezco vuestro esfuerzo, mi querido Albert Julius. Ahora me he refrescado del todo. Tapadme y dejadme dormir.

Obedecí a lo que me pedía e hice un moderado fuego a sus espaldas, que no debía extinguirse hasta que el sol estuviera lo suficientemente alto con sus fuertes rayos. Entretanto, una vez que se quedó dormida, llamé a su esposo, que se había sentado a trescientos pasos de allí; lo consolé y le aseguré que el estado de su amada me había convencido completamente de que, una vez que volviera a despertarse, se encontraría muchísimo mejor.

Por aquel entonces, era yo un inocente profeta, si bien, de verdad, uno muy dichoso. Pues dos horas después del mediodía, Concordia se despertó por sí misma, pidió un poco de vino y, asimismo, preguntó dónde estaba su Karl Franz. Este se presentó de inmediato y la besó de rodillas y con ojos llorosos. Ella secó sus lágrimas con su pañuelo y le habló con viva voz:

—No lloréis, mi tesoro, que ahora me hallo mucho mejor. Dios hará todo lo demás.

Mientras tanto, yo había hecho té en dos cacharros, pero como no había cuencos, le di un trago de este brebaje a Concordia, en lugar del vino que ella había solicitado, en el vaso. Su ávido corazón halló en ello un particular frescos; el señor Van Leuven y yo, por nuestro lado, también nos dimos un festín con nuestro cacharro de barro, y casi que no sabíamos qué hacer de nuestra alegría, en tanto teníamos ahora a nuestra Concordia, que había llegado a estar medio muerta, fuera de peligro y la veíamos haciendo uso pleno de su razón.

En el ínterin, Lemelie había ido a nado hasta los restos del barco encallado; esperábamos, por cierto, que volviera antes del atardecer, pero ni lo vimos ni oímos nada de él, por lo que el señor Van Leuven quería ir él mismo hasta el barco, a ver qué se había hecho de él, y a traer algo de madera. Pero, como yo le aseguré que teníamos suficiente para esta noche, prefirió quedarse y aguardó a que su Concordia se quedara dormida, haciéndole las más tiernas caricias. Entonces nos apalabramos para cuidar de ella por turnos.

Esa noche la pasamos mucho más amenamente que la anterior. Al alba, advertí que el mar había traído todo tipo de paquetes y cajas hacia los bancos de arena cercanos, al borde del peñasco e incluso a nuestro banco de arena. Entre muchas mercancías, también había un bote de mediano tamaño. Este pequeño medio de transporte podía bien ser

considerado un bote de la suerte enviado por el Cielo, pues con este podríamos, como pensé en el acto, ir hasta el peñasco, del que veíamos brotar una corriente de agua de lo más bella y clara.

No bien el señor Van Leuven se hubo despertado, le señalé los signos de la maravillosa Providencia, ante los que mostró, tanto como yo, la mayor de las alegrías. En nuestra oración matinal le agradecemos de rodillas a Dios y, tan pronto como Concordia se hubo levantado y constatamos que se hallaba en buen estado –y tras que cobrara ánimos con algo de vino y confituras–, nos dirigimos hasta el sitio donde el pequeño bote había sido arrastrado por completo sobre la arena. El señor Van Leuven reconoció, a partir de ciertas marcas, que era precisamente el mismo con el cual su cuñado, Anton Plürs, se había ahogado, por lo que no pudo contener sus lágrimas, y yo tampoco. Pero tuvimos que consolarnos de su desgracia acaecida de manera obligada y poner las manos a la obra de nuestra propia salvación, pues no podíamos esperar, en modo alguno, tanta seguridad sobre este banco de arena tan bajo como la que tendríamos en el peñasco. Nos costó no poco esfuerzo llevar al agua el bote, pues estaba muy hondamente encallado en la arena; pero una vez que, al fin, lo conseguimos, lo atamos a una vara clavada firmemente en el suelo e hicimos un par de remos con unas maderas; remamos, una vez que estuvo todo dispuesto, hasta los restos del barco encallado y hallamos en el más profundo sueño a Lemelie, quien había chupado tanto vino que había debido devolver todo lo que llevaba en el estómago.

El señor Van Leuven no quería despertarlo, sino que, con mi ayuda, buscó y reunió todo lo que pudiera hallarse en cuanto a víveres; juntos, empacamos tanto como cabía en el bote, e hicimos el primer viaje hasta el borde del peñasco muy veloz y felizmente; y vimos, también, que era mucho

más cómodo y seguro permanecer ahí que en el bajo banco de arena. Tan pronto como hubimos descargado el bote, remamos de regreso, a toda prisa, a fin de trasladar hasta allí nuestra más preciada mercancía, es decir, a Concordia; si bien nos pareció aconsejable tomar primero del barco una carga más con las cosas más imprescindibles.

Este segundo viaje no resultó menos afortunado que el anterior. Luego dimos con una hendidura de fácil acceso en el peñasco, en la que, si llovía, podían sentarse a cubierto, con toda comodidad, hasta seis personas. Aquí hubo de quedarse sentada Concordia, junto a un pequeño fuego; nosotros, en cambio, hicimos aún dos viajes y trasladamos hasta ese sitio, en cada ocasión, todo lo que pudiera cargar el bote. Recién en la quinta carga, empero, que hicimos ya al atardecer, Lemelie se reanimó y abrió grandes sus ojos; y cuando se dio cuenta de que faltaban ahora muchas cosas, sobre todo los víveres, y nos vio a nosotros en plena tarea, pregunto qué significaba aquello, por qué nos llevábamos tales cosas, que no eran solo nuestras, y si acaso queríamos hacerle caso por otros medios.

—Señor Lemelie —replicó Van Leuven—, no puedo creer sino que habéis perdido la razón, pues no queréis ni hacer caso a nuestro buen consejo ni servirnos de nuestra ayuda. Solo os pido: ¡Dejad de ser tan bruto, pues los tiempos, lamentablemente, han cambiado! Vuestro mando ha acabado: cada uno de nosotros tres vale lo que el otro. Lo que cuenta es la voz de la mayoría. Las provisiones y demás cosas son comunitarias; si el tercero no quiere tener lo que dos sí quieren, puede aquel reventar como un miserable. Y no me vengáis con lo de piratas, de lo contrario me veré obligado a mostraros que soy un caballero que tiene el valor de romperle el pico.

Lemelie enfureció ante estas palabras y quiso arremeter contra Van Leuven, pero este no se lo permitió, sino que

tiró al muy fanfarrón al suelo, como si se tratara de un niño: le pegó con su puño cerrado y lo hizo sangrar con bastante fuerza en la nariz y la boca. En adelante, pareció como si Lemelie se hubiera contentado de pronto con esto, pues en el lapso de pocos minutos volvió totalmente en sí, nos trató, según parecía, de manera muy fraternal, y colaboró con nuestro trabajo; de modo tal que, antes de que anoheciera, llegamos con toda nuestra carga a nuestro nuevo albergue en la roca, junto a Concordia. Preparamos para todos nosotros una buena cena, y calculamos que teníamos provisiones para cuatro personas para, al menos, dos semanas; nos consolábamos con la idea de que, en ese tiempo, el Cielo nos enviaría un barco para llevarnos a algún país amigable.

Durante todo este día, así como por la noche, Concordia se había sentido muy bien; pero, al día siguiente, volvió a tener fuertes chuchos de frío, y luego fiebre, razón por la que sufrió muchas alucinaciones; pero, por la tarde, volvió a estar bien. Es por esto que dedujimos que su enfermedad no consistía sino en una malaria común; estas conjeturas resultaron correctas, en la medida en que esta fiebre volvió a acometerla tres veces más, siempre durante tres días, luego se curaba ella misma con cuarenta y ocho horas de ayuno. Entretanto, Lemelie pareció sentir verdadera compasión por esta paciente; y procuró mostrarse muy amable y servicial con ella y con nosotros. Una vez que Concordia estuvo repuesta, los tres hombres empezamos a ir por turnos hasta los bancos de arena, donde tomábamos las cajas y barriles que quedaban atracados allí y los llevábamos hasta nuestro albergue en la roca. Teníamos la intención, también, de ir descargando de a poco lo que quedaba del barco encallado, pero una fuerte tormenta nocturna fue tan buena con nosotros que nos dispensó de ese esfuerzo: la misma lo arrastró contra un banco de arena muy cerca de

nuestra vivienda, junto con muchos otros objetos. Así que, de momento, ya no precisábamos tanto nuestro bote: lo llevamos hasta una bahía, donde podía quedar a resguardo de los vientos y las olas.

De este modo pasaron catorce días y noches, pero no pudimos ver ningún barco salvador, por más que todos los días hacíamos guardia aplicadamente y, además, habíamos atado un gran paño blanco a un palo que habíamos enderezado para tal fin. Concordia se había restablecido del todo; pero nos dimos cuenta de que nos quedaban provisiones para solo tres o cuatro días. Es por esto que juntamos todos los toneles, cajas y cofres. Y, si bien estos contenían cosas de gran valor para nosotros, hallamos muy poco que pudiera sernos de utilidad para ahuyentar el hambre que teníamos por delante.

Los pobres hombres estamos constituidos de forma tan curiosa que a veces emprendemos, por mera voluntad, cosas que, como sabemos de antemano, están ligadas a miles de peligros. En cambio, cuando, en otro momento, nuestro ánimo percibe aunque más no sea un simple peligro, por más que ni siquiera se haya presentado hasta el momento, nos comportamos como si hiciera ya mucho tiempo que estuviéramos metidos en él. No quiero decir, por cierto, que todos los hombres estén hechos con el mismo molde, pero en lo que respecta a nosotros cuatro no había dudas, pues todos sabíamos, si bien no por experiencia, aunque sí por haberlo oído y leído, que en el viaje hacia las Indias Orientales había que temer los peligros del trueno, el rayo, el viento, la lluvia, el calor, la helada, la esclavitud, el encallamiento, el hambre, la sed, la enfermedad y la muerte; pero ninguno de estos peligros había podido contra el propósito de viajar a las Indias. Pero, ahora que habíamos soportado tantas cosas sin sufrir hambre en lo más mínimo y que solo debíamos temer, dentro de algunos días, a

este único enemigo, nos dio tanto miedo por adelantado la posibilidad que ya solo el hecho de pensar en ello nos volvía famélicos.

Lemelie no hacía otra cosa que comer y beber, fumar tabaco y, cada tanto, andar por las rocas, en cuyas ocasiones se lo escuchaba silbar y cantar de un modo realmente ridículo; mas sin que se preocupara en lo más mínimo de cómo habría de alimentarse más adelante. El señor Van Leuven cavilaba sincera y hondamente junto a su esposa y, según él decía, en un solo día habríamos de recibir más pan, carne, vino y otros víveres de lo que cien hombres pueden comer apenas en un año; o no faltaría el dirigible o barco que nos llevaría en un instante hasta Ceilán. Yo me daba cuenta, por cierto, de que esta buena gente, con esta forma de vivir, no iba a cerrarle el paso al hambre inminente. Pero, como era el más joven del grupo y, también, porque no pude imaginar nada mejor, no quería criticar el modo de vida de los mayores. Mas tampoco quería quedarme sentado junto a ellos tan caviloso, por lo que trepé rodeando el peñasco, hasta llegar tan alto como me fue posible, con la incesante esperanza de hallar algo nuevo y bueno. Y, precisamente, esta esperanza mía no me traicionó: pues una vez que hube ascendido a una alta cima escarpada desde la que podía ver bastante ampliamente a mi alrededor, divisé, al otro lado del río que fluía hacia el oeste y salía por entre las rocas hacia el mar, muchos animales sobre la arena, que tenían el aspecto de perros y peces a medias. No vacilé en volver a bajar de la escarpa a toda velocidad; corrí hasta el señor Van Leuven, y le dije:

—Señor, si no nos ponemos exquisitos, no moriremos de hambre aquí, pues he descubierto un gran grupo de animales acuáticos, a los que con gusto he de disparar y dar caza, tan pronto como hayamos cruzado el río con ayuda de nuestro bote.

El señor Van Leuven se puso de pie de un salto y tomó dos escopetas bien cargadas (una para él y la otra para mí); a toda prisa, fuimos hasta el bote. Le quitamos el amarre, remamos dando una vuelta en torno al peñasco y ya nos disponíamos a cruzar el río; pero, aquí, debimos haber observado lo que dice el refrán: “La prisa no hace ningún bien”, pues, una vez en medio de la corriente, sin tener otra cosa a mano más que dos pequeños remos, la fuerza de la misma condujo el bote, con el mayor peligro de muerte, muy adentro del mar abierto, con lo cual se perdió toda esperanza de volver a alcanzar alguna vez el querido peñasco.

La piedad del Cielo, empero, aplacó la fuerza del viento y de las olas, de modo que, finalmente, ya de noche, atracamos del otro lado del río, en aquel sitio en el que yo había visto los animales acuáticos. Si bien ahora no se los podía ver por ningún lado, de todos modos nos sentíamos lo suficientemente alegres, porque habíamos salvado nuestras vidas; nos sentamos a la luz de la luna sobre una pequeña peña y deliberamos acerca de cómo podríamos llegar de nuevo con los nuestros. Mas como no era posible encontrar otro camino que no fuera cruzando el río y haciendo el rodeo anterior, postergamos la decisión hasta el día siguiente.

Hacia medianoche, mirando detenidamente en dirección al mar, percibimos que unos seres vivientes salían del agua y se revolcaban en la arena; y una suerte de balido nos dio la certeza de que se trataba de una especie de animales marinos. Por consiguiente, bajamos de la roca y nos acercamos a unos treinta pasos. Al ver, empero, que no se percataban de nosotros, nos aproximamos aún más, para tener mayor certeza de que daríamos en el blanco... y, al mismo tiempo, les disparamos; felizmente, matamos a dos de ellos, y los restantes, tanto los grandes como los pequeños, volvieron lentamente al mar.

A la madrugada miramos más de cerca nuestras presas, que nos parecieron increíblemente lindas, y colocamos los dos cuerpos en el bote, pero no nos fiábamos de partir sin palos más fuertes y mejores remos. No obstante, el amor del señor Van Leuven por Concordia venció todas las dificultades, y en tanto, por lo demás, sentíamos que todas las horas que habíamos pasado en ese sitio eran tiempo perdido, nos confiamos a la misericordia del Todopoderoso y nos metimos, resueltamente, en la corriente; pero esta vez la coyuntura resultó algo más favorable y tras tres horas, llegamos, sin daño alguno, al albergue en la roca, pues esta vez el rodeo no fue tan amplio como el primero.

Concordia había pasado algunas horas del día anterior sumida en hondas preocupaciones, tras darse cuenta de que la fuerte corriente nos había arrastrado tan hacia dentro del mar; pero hacia medianoche, al oír el estrépito provocado por nuestras dos escopetas, que había sido muy notorio, se había vuelto a consolar bastante y había pasado la noche entera rezando por nuestro feliz retorno. Este rezo –y nuestras propias oraciones– había sido oído y cumplido por el Cielo.

Lemelie reconoció en seguida que las presas eran un par de focas, y aseguró que su carne era especialmente rica; lo cual hubimos de conceder que era cierto, una vez que hubimos cortado, asado, cocido y probado los mejores trozos.

Este hombre, que hasta el momento había sido tan perezoso, comenzó ahora a pensar en conseguir alimento: a partir de unos tablones cortó muchos palillos, con los cuales confeccionó dos cañas de pescar, y le regaló una a Concordia. Y, a fin de que esta se divirtiera y entretuviera, le enseñó a pescar, en la bahía. El señor Van Leuven y yo nos hicimos otras tantas; pero como vi que Concordia se la apañó en pescar en un solo día tantos peces como no podríamos llegar a consumir en muchos, abandoné este trabajo inútil y, en cambio, trepé a la cima del peñasco con mi

escopeta, e hice fuego y derribé algunos pájaros que tenían unos buches enormes. Eran muy carnosos y, una vez que los preparamos, revelaron ser muy poco apetitosos. En cambio, al atardecer y a la luz de la luna di con algunas tortugas, cuyo sorprendente tamaño, en un comienzo, me atemorizó, por lo que llamé al señor Van Leuven y a Lemelie. Este último, entonces, gritó:

—¡Otra vez habéis hallado una bella presa, señor Albert!
¡Vos sí que tenéis suerte!

Los tres tuvimos mucho que hacer, antes de que, a partir de las indicaciones que nos diera Lemelie, pudimos dar vuelta a la maravillosa criatura y acostarla sobre su espalda. Hacia el amanecer, matamos a una de mediano tamaño. Lemelie la preparó, según su propia experiencia, de forma apetitosa; y hallamos en ella una comida extraordinariamente agradable, de la cual Concordia, en particular, casi que no podía llegar a saciarse. Mas como ella dejó entrever, luego, unas ganas especiales de comer alguna presa plumífera que supiera mejor que el pelícano, los tres pusimos el mayor esfuerzo en pispar otros tipos de pájaros, para darles caza.

En el arte de escalar, nadie me superaba, porque no soy propenso a sentir vértigo; así que cuando nos dimos cuenta de que arriba, en los picos más altos, se podían oír y ver otras especies de pájaros, mi audacia fue tanta que, dando todo tipo de rodeos, escalé cada vez más arriba, pasando de un pico al otro, hasta que llegué a la cima más alta, donde, de golpe, mis sentidos me proveyeron el regocijo más grande del mundo. Pues de un solo vistazo pude percibir en todo su esplendor a esta isla rocosa, a la que la naturaleza había rodeado enteramente de cúspides y murallas, manteniéndola, por así decir, oculta. Sé con certeza que me quedé más de una hora allí, sumido en el mayor extasis; pues me parecía como si fuera en sueños que veía los más bellos

árboles floridos, la fauna que por allí andaba, y otras tantas cosas amenas. Pero, al fin, cuando me aseguré de que mis ojos y pensamientos no me engañaban, busqué y hallé un camino bastante cómodo para descender a este ameno valle, con la única excepción de que, en un solo sitio, hube de saltar de un peñasco a otro: entre ambos había una temible grieta de gran tamaño y un precipicio de terrible hondura. Una vez que me hallé en medio de este paraíso, me quedé tanto más atónito, en cuanto vi que los animales silvestres que allí había –ciervos, corzos, monos, cabras y otros animales desconocidos– eran mucho más mansos de lo que son entre nosotros, en Europa, los animales domésticos. Vi dos o tres tipos de aves que semejaban a nuestras perdices; también otras, algo más grandes, que, por entonces, yo no conocía y que, como después supe, eran faisanes. Pero como había pocos de estos últimos, los respeté, e hice fuego entre las perdices, de las que cinco quedaron muertas en el lugar. Luego de disparar, todas las criaturas vivientes se sobresaltaron mucho y huyeron, para, prudentemente, ir a ocultarse en el bosque, por lo que casi que me arrepentí por haberme privado de esta compañía. Por cierto, di por pensar que, en su lugar, hallaría seres humanos; pero cuando, luego de seis horas, hube rastreado bastante a fondo toda la zona, encontrando muy pocos y dudosos signos de que fuera posible dar con hombres o de que los hubiera habido allí antes, perdí esta esperanza, más allá de que, si he de reconocer la justa verdad, no me interesaba mucho. En cambio, había visto todo tipo de árboles, algunos florecientes, otros ya con frutos, vides, vegetales de muchos tipos y otras cosas muy útiles como alimento, por más que la mayoría me resultaban extrañas y desconocidas.

Entretanto, el día se me había escurrido entre las manos, en la medida en que, a causa de tanto pensar y asombrarme, no había tenido en absoluto en cuenta la posición del

sol, hasta que el hecho de que todo se ensombreciera me aseguró de que este ya debía haberse puesto. Mas, como no consideré aconsejable bajar por las peligrosas rocas en las proximidades de la noche, me decidí a pasarla en este paraíso terrenal; para tal fin, me busqué un cómodo lecho en una loma cubierta con gruesos arbustos. Saqué de mis bolsillos varios trocitos de bizcocho; de un árbol, tomé algunas frutas rojas bastante maduras que, por su gusto, semejaban guindas, y así tuve mi cena. Del diáfano arroyo que pasaba raudo por allí tomé un trago de agua dulce, me encomendé a Dios y, en su nombre, me quedé dormido en seguida, pues, a causa de la escalada y del mucho andar, este día me había cansado mucho.

*

—Por esta vez —dijo a esto el patriarca, en vista de que era muy tarde— voy a detener mi relato. Mañana, si Dios lo quiere, hemos de visitar a los habitantes de la comarca de Stephan y por la noche retomaremos la historia, por donde hoy la he interrumpido.

Luego de dedicar una hora al rezo, todos nos fuimos a descansar; y, a la mañana siguiente, hicimos el viaje previsto a la comarca de Stephan.

Había aquí quince hogares, con sus buenos graneros y establos. Pero, por el momento, solo once de ellos estaban habitados. La colonia, rodeada por los más bellos jardines, era atravesada por un hermoso y límpido arroyo, que nacía en la zona del Lago Grande y en los montes de vetas minerales, y en el que, a veces, se podían juntar grandes granos de oro en alto número. Los habitantes nos obsequiaron con una onza casi llena de los mismos, de los cuales los más grandes tenían la forma de un grano de trigo; acostumbraban juntarlo como si se tratara de una materia

agradable, pero ni por mucho les importaba tanto como a los recién llegados. El señor Plager, que algunos días más tarde le hizo todo tipo de pruebas, aseguró que era tan fino –o incluso más– que, en Europa, el oro húngaro. En dirección oeste, subimos a los peñascos, desde donde nuestro patriarca nos señaló el sitio en el que, a ambos lados del río, había habido una entrada regular y cómoda a la isla; solo que, hacía muchos años, unas grandes rocas sueltas la habían clausurado, tras quebrarse y caer justo en esa abertura, de lo que prometió darnos más detalles cuando continuara con el relato. Entretanto, resultaba sorprendente y divertido ver cómo, a pesar de ello, el fuerte brazo del río había conservado su curso abriéndose paso entre las rocas con la mayor violencia y, en algunos lugares, alcanzando algunas varas de altura. No lejos del río vimos los magníficos y tan explotables montes de sal, en cuyas fosas artificiales se hallaba la más bella *sal gemae* o sal de piedra; y, a eso de cien pasos de los mismos, se nos mostraron cuatro lagunas en las que había agua salina concentrada para hacer sal. Los pobladores, cuando la necesitaban, se sentaban con sus vasijas al sol, dejaban que el agua se evaporara, y luego raspaban los recipientes y extraían la sal más pura y bella; a menudo, con todo, solo utilizaban lo más fino de la sal de piedra. Además, había en estos campos un viñedo muy bueno, como pudimos saber cuando nos trajeron, para que lo probáramos, una buena muestra de vino, junto con todo tipo de ricas comidas. A través del bosque, habían abierto una amplia calle que permitía ver desde el Castillo de Albert la garita de vigilancia abajo junto a la peña, hacia el oeste. También, arriba se había labrado una atalaya en un rincón de la roca, pero como el camino hacia allí era demasiado incómodo, por esta vez no subimos. No había, por lo demás, nada más que verse hacia el oeste, más allá de una escarpada roca que bajaba hasta el mar.

Luego de pasar así dos tercios del día, y haber regresado a buen tiempo, fuimos a mirar el avance en la construcción de la iglesia, y hallamos allí los signos de trabajos tan asiduos como podíamos esperar de la voluntad de los habitantes del lugar, pero no de sus fuerzas. Es que no solo habían traído piedras, cal y légamo en grandes cantidades, sino que, incluso, ya habían excavado bastante el suelo. En medio de nuestras muestras de sorpresa y alegría por tan agradable progreso, volvió a hacerse hora de cenar. Tras haber disfrutado la comida, el patriarca continuó con su relato, de la siguiente manera:

*

Así que, como ya os he dicho anoche, me había acostado a dormir en esta isla mía, en una pequeña loma que se halla entre la comarca de Albert y la de David, pero que tiene ahora un aspecto muy diferente: no solo se le ha quitado la maleza, sino que se la ha nivelado casi en su totalidad. Mi descanso fue tan bueno que no pude reanimarme sino por la mañana, unas dos horas después de la salida del sol. Me avergoncé de haber dormido tanto, me levanté de prisa, tomé las cinco perdices cazadas el día anterior, maté, aún en el camino, un joven corzo, e hice ligero el camino que debía llevarme de nuevo hacia los compañeros que había dejado atrás. Mi regreso fue mucho más fácil y seguro de lo que había sido el camino de la ida, en el que había subido con riesgo para mi cuerpo y mi vida; por ello, a cada desvío hice una cierta marca, a fin de poder volver a encontrarlo, pues los muchos quiebres de las rocas constituían un verdadero laberinto natural. Mi joven corzo se llenó de polvo, en la medida en que, a causa de su peso, lo llevé arrastrándolo detrás de mí; a las perdices, en cambio, las había colgado de mi cuello con una cinta, y usaba mi escopeta a modo de bastón.

Al fin, llegué sin daño alguno abajo y encontré a los otros delante de albergue en la roca, justo hacia el mediodía. Tan pronto como me vieron a lo lejos, el señor Van Leuven y Concordia se pusieron de pie de un salto y vinieron corriendo hacia mí. El primero me abrazó y besó, y me dijo:

–Albert, el primer bocado que hemos comido desde vuestra ausencia se halla aún en nuestra boca pues, tanto Concordia como yo, hemos estado en ayunas y muy preocupados desde que os habéis dejado. Inquirid por vos mismo, si no ha estado ella llorando por vuestra causa desde la medianoche.

–Señora –dije riendo, y a modo de respuesta–, pagaré vuestras valiosas lágrimas con cinco delicadas perdices y un joven corzo. No obstante, señor Van Leuven, sabed, además, que he descubierto el bello paraíso del que, como se supone, Adán y Eva han sido expulsados por el querubín.

–¡Señor Albert! –gritó Van Leuven–, ¿acaso estáis vos con fiebre, o fantaseáis por otra causa?

–No, señor –repliqué–, ni tengo fiebre ni fantaseo. Dejadme tan solo disfrutar de una buena comida junto a un vaso de vino; entonces oiréis de mi boca, no ya una fantasía, sino un relato verdadero de todo lo que me han mostrado Dios y la fortuna.

Ambos me tomaron de los brazos y me llevaron hasta Lemelie, que decía estar enfermo, pero que aún podía comer en abundancia de la tortuga y la foca cocinadas, y no dejaba desperdicio alguno en el cacharro de vino. Por mi parte, comí hasta que me hube saciado, y les concedí luego a todos los presentes un informe detallado de mi viaje, que hizo alegrar y asombrarse mucho a mis compañeros. El señor Van Leuven quería ir allí de inmediato y ver el bello paraíso conmigo. Solo que mi cansancio, las sabias palabras de Concordia y la pereza de Lemelie hicieron que lo posteráramos hasta la madrugada del día siguiente; entretanto,

empero, pusimos una atención tanto mayor a un posible barco que pasara por allí –lo cual estaba siempre en nuestros pensamientos–, pero que tanto menos aparecía ante nuestros ojos en el mar.

Ni bien la agradable luz del sol salió nuevamente del mar, cada uno colocó en su bolsa gran cantidad de provisiones, pólvora, plomo y todo cuanto de necesario pudiera cargar. Tampoco Concordia podía ir sin llevar nada, sino que debía arrastrar una filosa azada. Yo llevaba, además de mi escopeta y mi mochila, un hacha de madera y estuve buscando, aún largo tiempo, una más pequeña, de mano, con la que se pudiera ir quitando, de vez en cuando, la maleza más fina y molesta; pero como las hachas chicas se habían extraviado, y mis tres compañeros se ponían impacientes por mi larga demora, Lemelie me regaló, solo a fin de que nos pusiéramos ya mismo en marcha, un lindo estilete, de dos dedos de ancho, de doble filo y bien afilado, que se podía usar muy apropiadamente en lugar del hacha de mano, y que, además, podía ser usado para protegerse de los animales salvajes, poniéndolo por el mango en la boca de la escopeta. Sentí una particular alegría por el lindo instrumento y le agradecí mucho a Lemelie por ello; pero él no sabía que, de este modo, me estaba dando un metal frío que, en pocas semanas, habría de acortarle el hilo de la vida, como habréis de conocer pronto, en el curso de esta historia. Pues bien: ahora que estuvimos totalmente equipados, emprendimos el viaje hacia el imaginario paraíso. Yo iba adelante, como guía; Lemelie me seguía, Concordia a él, y Van Leuven cerraba la fila. No dejaban de asombrarse a cada rato por mi astuta ocurrencia de haber señalado tan bien los tramos en las rocas que nos conducían a los pasos menos peligrosos, pues, de lo contrario, habría que haber estado una semana buscando por dónde ir para no correr el peligro de rompernos los huesos. El camino se hacía cada vez más fatigoso, a

medida que ascendíamos, en especial, porque el temor y los vértigos de Concordia nos daban mucho trabajo y teníamos que irle construyendo escalones cada tanto. Mas, al fin, llegamos, felizmente, a la cima más alta. Solo que ahora había que dar el salto sobre el precipicio entre las rocas, por lo que, de nuevo, nos vimos en problemas: Concordia no podía decidirse a saltar, por miedo a quedarse corta y caerse, más allá de que el sitio era lo suficientemente amplio como para tomar un buen impulso. Por ello, tuvimos que dejarla allí y, abajo, en el próximo bosquecillo, cortar algunos árboles pequeños, que fuimos llevando con gran esfuerzo por la roca, otra vez hacia arriba, y a los que les clavamos y atamos maderas de forma transversal. Es decir, extendimos un auténtico puente sobre el abismo y, después, Concordia se dejó cruzar por él, si bien temblando de miedo.

Pasaré por alto las extremas demostraciones de alegría de mis compañeros, que hallaron todo en esta región mucho más agradable de cómo yo se los había descrito; y, sin extenderme innecesariamente, contaré que dimos por explorar todo el terreno, en lo que el señor Van Leuven tuvo más suerte que yo: encontró ciertas marcas que permitían deducir que, sin lugar a dudas, había habido hombres racionales aquí, por más que ya no quedara ninguno. Del otro lado del río, que tiene de doce a dieciséis pasos de ancho, en el sitio en el que hoy está emplazada la comarca de Christian, dio con una huerta cercada con postes en punta, en la que aún se veían las más bellos cultivos, si bien llenos de yuyos, así como no pocas bellas y raras flores, y manchones de trigo, arroz y otros cereales. Más atrás, había algunos pedazos de recipientes rotos tirados en el pasto y, hacia el sur, sobre los montes de vid, que pertenecen ahora a la comarca de Christoph y Robert, se hallaron algunas vides atadas a unos palos; pero se podía suponer que el amarre había ocurrido hacía bastantes años. Además, inspeccionamos el lago, del

que nace el río, que se divide en dos brazos; reparamos que aquel y también el río bullían, realmente, de peces. Pero como ya el sol comenzaba a declinar y Concordia estaba muy cansada, retornamos a los elevados montes de vid que recién mencioné; y como hacía un tiempo agradable, decidimos pasar la noche allí. Tras cenar, viendo pasar a menudo los más bellos animales de caza por la planicie, sopesamos todo lo que habíamos visto el día de hoy y coincidimos en que sería difícil hallar un territorio más bello que este en el mundo entero. Tan solo lamentamos que no hubiera allí otras familias con las que poblar esta fecunda isla. Lemelie dijo a todo esto:

–Juro por todos los cielos que tengo las mayores ganas de pasar el resto de mi vida aquí, en calma; tan solo nos faltan dos mujeres, para mí y el señor Albert. Pero –agregó, dirigiéndose al señor Van Leuven– ¿qué nos impide, en estas circunstancias, arreglarnos los tres con una sola mujer, engendrar asiduamente hijos con ella y, luego, irlos casando entre ellos?

El señor Van Leuven sacudió a esto la cabeza; por lo que Lemelie continuó:

–¡Ah, señor!, en estos casos hay que dejar de lado los celos, el egoísmo y el asco, pues, como en este lugar no estamos supeditados a ninguna autoridad civil ni, como se ve, debemos temer ser incomodados por persona alguna, podemos hacer nuestras propias leyes, a nuestro antojo. Y no fastidiaremos por ello al Cielo, ya que, en señal de gratitud de que nos haya apartado del resto de los seres humanos, hemos de crear una colonia totalmente nueva.

El señor van Leuven sacudió la cabeza con aún más fuerza que antes, y respondió:

–Señor Lemelie, provocáis la ira del Cielo con estas palabras pecaminosas. Incluso si supusiéramos que esto que proponéis fuera permitido por leyes divinas y civiles, os

aseguro que en tanto corra sangre noble por mis venas no he de compartir a mi Concordia con ningún otro hombre en el mundo, pues ella me ha jurado fidelidad y amor por toda la vida a mí solo, y yo, también, tan solo a ella.

Entretanto, Concordia derramó las más amargas lágrimas, alzó con gran desesperación sus manos, juntándolas por encima de la cabeza, y exclamó:

—¡Ay, destino funesto! ¿Así que me sacas de la muerte, de la que me he salvado a duras penas, para conducirme a un sitio en el que me quieren tener como la ramera de todos? ¡Oh, Cielo, apiádate de mí!

En mi pena, casi no pude contener el llanto; así que me arrodillé frente a ella y le dije:

—Señora, os lo pido por Dios, no habléis de todos, ya que es por una sola persona que tenéis razones para quejaros; llamo, pues, aquí a Dios y a todos los santos de testigos de que nunca me han venido tales sacrílegas y tan viles ideas al corazón o a la cabeza; sí, lo juro ahora y para el tiempo por venir: yo mismo me clavaré este estilete en el pecho antes de llegar a provocar el más mínimo incordio.

—¡Perdonadme, mi buen Albert —fue su respuesta—, por haber acusado sin pensarlo a más de una persona! Dios sabe que os tengo a vos por honrado, casto y virtuoso; pero el Cielo castigará a este hombre lúbrico y malvado; eso lo sé muy bien.

A esto, se desató en sus bellos ojos un nuevo torrente de lágrimas, lo cual movió al embustero y astuto de Lemelie a arrojarse a sus pies con fingida corrección y a proferir estas palabras:

—Señora, os lo pido en nombre de todos los santos: refrenad vuestra aflicción y lágrimas; y creedme sinceramente: mis palabras no eran más que una mera broma; vuestro honor no será manchado por mí, ni aunque tuviéramos que quedarnos cien años más en esta isla. Espero que el señor

Van Leuven, vuestro esposo, tenga la bondad de reconciliarme con vos, pues soy, por naturaleza, algo ligero de boca, y nunca tuve la intención de haceros sentir tan mal.

Se disculpó, acto seguido, también con el señor Van Leuven por su inoportuna broma y, tras intercambiar algunas palabras, se hizo por completo la paz entre todos nosotros, si bien Concordia no pudo llegar a deponer su singular aflicción por muchos días. La noche que siguió a esta disputada tarde la pasamos en una dulce calma; y tras el desayuno fuimos a dar un paseo en dirección al sur, alrededor del lago, y dimos de nuevo con las más bellas vides y con piedras que contenían metal en su interior, así como también con las lagunas de sal y los montes que habéis visto junto a mí desde los campos de los habitantes de la comarca de Stephan. Aquí, vimos que no se podía atravesar este brazo del río, pues este no era más ancho, pero sí mucho más hondo que el otro, que el día anterior habíamos podido vadear con toda comodidad. Es por ello que tuvimos que volver sobre nuestros pasos, dando la vuelta al lago, hasta llegar a aquel sitio tranquilo donde habíamos podido dormir tan plácidamente durante la noche. Empero, como aún era muy de día, tuvimos ganas de andar un trecho más; cruzamos el río por un lugar bajo y llegamos hasta la colina en la que estamos, y que ahora alberga al así llamado Castillo de Albert, así como a nuestras modestas personas.

Esta colina, que queda en medio de la isla, estaba cubierta, por aquel entonces, por los arbustos más espesos, si bien no eran estos muy altos; al procurar hallar allí mismo un lugar cómodo para descansar, el señor Van Leuven y Concordia dieron por casualidad con un sendero labrado en medio de los arbustos y que conducía a la más amena glorieta. Nos llamaron, pues, a Lemelie y a mí para que fuésemos hasta allí a compartir con ellos esta agradable y asombrosa obra,

así como la comodidad que ella ofrecía. Todos estuvimos de acuerdo en seguida en que no se trataba de un producto de la naturaleza, sino de una obra hecha por manos humanas, ya que las puntas eran demasiado artísticas y se reunían formando una especie de bóveda de modo tal que, a causa de que las hojas quedaban muy juntas una sobre otras, ni una gota de agua podía traspasarla. Además, daba la impresión de que el constructor había dejado en tres sitios unos agujeros a modo de ventanas, que, sin embargo, habían sido ahora totalmente cubiertos por la vegetación. Además, a ambos lados de la entrada, había dos árboles aserrados en su parte de arriba, cuyas ramas, que se entrelazaban en un arco, formaban un auténtico dintel.

Había en esta verde y placentera bóveda más espacio del que necesitábamos nosotros cuatro, por lo que el señor Van Leuven propuso que durmiéramos todos allí dentro; pero Lemelie se mostró inesperadamente cortés y, de inmediato, exclamó:

—Señor Van Leuven, con particular intención, el Cielo os ha conducido a vosotros dos, enamorados, hacia esta amena morada; es por ello que os pido que uséis a su antojo los dos solos de la misma. Ni el señor Albert ni yo queremos importunaros allí adentro; buscaremos algún otro sitio bueno donde dormir.

Por mucho que el señor Van Leuven y su esposa se opusieran, aparentemente, a ello, finalmente hubieron de ceder, y aceptaron la idea de que, por la noche, ellos dos usarían esta linda morada. En cambio, durante el día, habría de servir para la comodidad de todos.

Así que dejamos a la pareja a solas y construimos, a unos treinta pasos de allí, a toda prisa, otra cabaña, para Lemelie y para mí, si bien acabamos la obra recién en los días subsiguientes. De ahí en más, estuvimos celosamente ocupados en transportar las cosas más necesarias desde el banco

de arena, pasando por la cadena de peñascos, hasta la isla; pero este trabajo nos costó mucho sudor, porque hubimos de confeccionar muchos escalones a fin de pisar firme con nuestra carga y salir adelante. No obstante, como este modo de proceder era poco eficiente y las rocas no podían ser escaladas más que dos veces en un mismo día, se nos ocurrió una manera para subir más cantidad de cosas cada vez: tomamos las amarras y cuerdas que conservábamos de los restos del barco, atamos las cosas en paquetes pequeños, colocamos unos palos entre los descansos y así levantamos los bultos con menor esfuerzo. En esto, Lemelie se mostró particularmente aplicado. Entretanto, Concordia se quedó completamente sola en la isla y se entrenó de forma asidua en el arte del tiro, pues teníamos almacenada una gran cantidad de pólvora en buen estado, y también pescó tantos peces como podíamos comer, por lo que nunca echamos en falta comidas cocidas y asadas. Si bien nuestro bizcocho se había acabado por completo, esperábamos remediar con el tiempo su ausencia: nuestra idea principal era, en caso de necesidad, usar, a modo de semillas, los granos de las espigas de trigo o de los otros tipos de cereal –que habíamos cercado bien y preservado de los animales salvajes– y, así, reproducirlos.

El primer domingo que, según lo indicaba nuestro calendario, vivimos en esta isla, fue un día de descanso muy agradable y gratificante para nosotros; ese día, hicimos un alto en todos nuestros trabajos cotidianos de la semana y pasamos el día entero rezando, cantando y leyendo la Biblia. Es que Concordia había logrado salvar una Biblia en inglés y yo una en alto alemán, junto con un libro de cánticos y otro de oraciones. (He conservado ambos hasta el día de hoy, gracias a Dios, como una reliquia de particular importancia para mí. Los libros ingleses, por su parte, os serán mostrados lo antes posible en la comarca de Robert).

Es, por lo demás, algo llamativo que entre nosotros cuatro pudieran encontrarse, por aquel entonces, las tres ramas principales de la fe cristiana: el señor Van Leuven y su esposa eran adeptos a la religión reformada; yo, Albert Julius, en tanto sajón de nacimiento, a la por entonces así llamada luterana, y Lemelie, que era francés, a la religión romana del Papa. El matrimonio y yo podíamos unirnos de lo más bien en cuanto al rezo y el canto, pues tanto Van Leuven como Concordia entendían y hablaban bastante bien el alemán; pero Lemelie, que, por cierto, entendía y podía hablar bastante bien casi todas las lenguas, con excepción de las lenguas eruditas principales,⁶¹ celebraba su culto religioso separado de nosotros, en una soledad que él mismo elegía. No sé en qué consistía el mismo, pues durante el tiempo que tuvimos trato con él se mostró siempre poco grato con Dios.

Dicho domingo, hacia la tarde, me dirigí hacia abajo por el lado de la colina que da al Lago Grande, a fin de recrearme un poco caminando; de pronto, me resbalé en el pasto, y caí a unas cuatro varas de profundidad en un foso que estaba tapado por unos delgados arbustos. En un comienzo me asusté mucho, y creí haber caído en un precipicio; pero al volver a entrar en razones y no percibir el menor daño en mi cuerpo, mis temblorosos miembros se reanimaron en seguida. Al darme vuelta, empero, mis ojos advirtieron una oscura cueva, que parecía haber sido excavada con mucho esfuerzo dentro de la colina. Me acerqué confiado hasta la entrada de la misma, pero como no se veía más que una densa negrura y, más allá de esto, salía un vaho maloliente que me provocó mucho asco, me espanté y se me pusieron los pelos de punta, por lo que, raudamente, di media vuelta y busqué, a toda prisa, el camino de regreso: así llegué muy

61 Es decir, el hebreo, el griego y el latín.

pronto hasta donde se encontraban el señor Van Leuven y Concordia. Ambos se dieron cuenta al instante de mi palidez y de lo muy cambiado que estaba mi estado de ánimo, por lo que, cuando me lo preguntaron, se los conté todo. Y el señor Van Leuven dijo:

–Amigo mío, a veces sois demasiado curioso; ya hemos hallado, alabado sea Dios, todo lo suficiente como para conservar nuestras vidas hasta que el Cielo nos dé, oportunamente, la posibilidad de llegar al sitio al que queríamos ir. Así que dejad de lado esta inútil pesquisa: ¿quién sabe si en esa cueva no hay animales ponzoñosos que puedan quitarnos la vida en un instante?

–Tenéis razón, señor –le respondí–, pero esta vez no fue tanto la culpa de mi impertinencia, como de una inesperada caída. A fin de que no vuelva a sucederle eso a nadie más, voy a cortar los arbustos que hay allí alrededor, y a tirar dentro, cada día, una buena cantidad de tierra, hasta que esta repugnante fosa quede por completo rellena.

El señor Van Leuven prometió que me ayudaría; Concordia me alcanzó un vasito de lo poco que nos quedaba de vino, junto a dos trocitos de vigorosas confituras; ambas cosas me reanimaron muy pronto, de modo que por la tarde comí también en abundancia, y tras mi oración de la noche, me eché a dormir de muy buen humor junto a Lemelie.

Pero jamás en mi vida volví a pasar una noche más agobiante que aquella. Pues, a eso de la medianoche, sin saber si dormía o estaba despierto, se me apareció un hombre alto, cuya barba blanca le llegaba casi hasta las rodillas, y que iba vestido con un amplio traje de ásperas pieles de animales. Llevaba puesta una gorra de lo mismo en su cabeza, y en la mano portaba una gran lámpara con cuatro mechas, como las que a veces suelen encenderse en los faros de los barcos. Esta horrorosa imagen se acercó hasta

mis mismísimos pies y me dio el siguiente sermón, del que, según creo, no he olvidado una sola palabra hasta el día de hoy:

–¡Audaz joven! ¡Cómo osas sepultar la casa en la que he trabajado durante muchos años a fin de que fuera cómoda para mí? ¿Acaso piensas que fue el destino el que de la nada te ha tirado dentro de la fosa, y te ha hecho topar con la puerta de mi cueva? ¡No, en modo alguno! Pues así como, por amor cristiano, yo he enterrado ocho personas con mis propias manos en esta isla, ahora tú has sido escogido para hacerle a mi putrefacto cuerpo el mismo caritativo favor. Así que pon, mañana mismo, manos a la obra sin la menor preocupación y registra, sin vergüenza alguna, la cueva de la que ayer te has ido espantado, en caso de que la felicidad terrena te sea cara. Debes saber, también, que Dios guarda algo especial para ti. Mas tu felicidad no tendrá lugar antes de que hayas sufrido dos desgracias especiales y le hayas hecho pagar a este hombre que duerme junto a ti, a su debido tiempo, por sus pecados cometidos. Recuerda bien lo que te he dicho; cumple con lo que te pido, y recibe esto de mi parte, así sabrás que no has soñado.

Al pronunciar estas palabras finales, me apretó de tal modo la mano derecha con uno de sus dedos –yo yacía allí aterrado frente a él–, que comencé a gritar a toda voz, con lo cual la luz y todo lo demás se desvanecieron, y ya tan solo me quedé viendo el cielo –que estaba bastante claro– a través del follaje de la cabaña de hojas que nos cubría.

Lemelie, que se despertó a causa de mi alarido, se sobresaltó; mas como percibí, por sus palabras, que no había visto ni oído nada, le dejé creer que se había tratado de una pesadilla, e hice como si me dispusiera a volver a dormir, si bien pasé intranquilo el tiempo que quedaba hasta la mañana, cavilando acerca de lo que me había acontecido; percibí, además, un fuerte moretón en mi mano.

Ni bien pude suponer que el señor Van Leuven se había levantado, abandoné muy sigilosamente mi lecho y me dirigí hasta él y, una vez que lo alejé un poco de su cabaña, le conté lo que me había acontecido por la noche, con toda verdad. Él me abrazó cariñosamente y me dijo:

–Señor Albert, cada vez aprendo más y más a reconocer que vos perseguís la dicha, pero que, más aún, esta os sigue a vos; es por ello que me ofrezco como vuestro hermano, esperando que no me rechacéis. Vamos a buscar de inmediato una protección contra los malos olores y a revisar la cueva en nombre de Dios, pues la marca en vuestra mano me sorprende y hace creer que sería dañino que lo posterguemos. En cuanto a Lemelie –continuó diciendo–... Me llena de pesadumbre, tan pronto como pienso en sus dañinos pensamientos. Es seguro que no tenemos razón alguna para alegrarnos de su compañía pero, igualmente, lo llevaremos con nosotros en esta ocasión. Que Dios remedie su maldad. Lo único que os pido, mi amigo, es que no le contéis nada a él acerca de vuestra visión nocturna: decidle que habéis tenido un mal sueño, cuyo contenido ya se os ha olvidado.

De modo que cumplimos fielmente y en todo punto con lo convenido; convencimos a Concordia para que fuese a pescar al río, y le contamos a Lemelie lo que pensábamos hacer –hasta donde correspondía que él supiese–, y nos dirigimos los tres directo hacia la cueva subterránea, después de poner varias mechas encendidas en una cacerola de metal rellena de grasa de foca, empleando la misma como si se tratara de una antorcha.

Yo iba adelante, Lemelie me seguía, y el señor Van Leuven a él. Ni bien entramos en la horrenda cueva, que se iluminó completamente con el fuerte ardor de mi lámpara, pudimos ver un gran acopio de todo tipo de utensilios domésticos de cobre, estaño y hierro, junto a muchos

barriles y bultos atados. Miré todo esto solo por encima y me dirigí a una puerta lateral semiabierta, sobre la mano derecha. Tras abrirla por entero y traspasarla, Lemelie, que estaba detrás de mí, profirió un fuerte grito y cayó de golpe al suelo, desmayado. ¡Es una lástima que Dios no haya querido que su pecaminosa alma abandonara, en esa ocasión, por completo el infame cuerpo! Pero Van Leuven lo sacó enseguida de nuevo hacia el aire fresco y le restregó la nariz y el rostro hasta que volvió a animarse un poco; así que lo dejamos tirado allí y volvimos a entrar en la bóveda de la derecha. Aquí, hubimos de ver pronto aquello que había horrorizado tanto a Lemelie. Es que en un rincón, a la izquierda, se hallaba sentado, en un sillón esculpido en la piedra, un hombre igual al que se me había aparecido la noche anterior. Parecía como si estuviese durmiendo, pues su cabeza y uno de sus brazos estaba apoyado sobre una mesa que había delante suyo, mientras que el otro brazo estaba estirado sobre la tabla. En la pared, había colgada una lámpara cuadrada y, encima de la misma, junto a varios utensilios para comer y beber, había dos tablas grandes y una más pequeña, con inscripciones. Llevamos estas tres últimas piezas a la luz; y en la primera de las tablas, que, según parecía, había sido hecha a partir de un plato de estaño y había sido raspada con cuidado, vimos grabadas las siguientes líneas en latín, que pudimos leer con toda claridad.

*

Al decir esto, nuestro patriarca, Albert Julius, se puso de pie y de una caja tomó distintos papeles, así como las tres tablas de estaño aludidas que había guardado, con esmero, hasta entonces. Le dio una de las grandes, junto con la pequeña, al maese Schmeltzer y dijo:

—¡Señor! Ved, aquí, el original y leédnoslo.

Este se alegró mucho al ver esta reliquia, y nos leyó lo que sigue:

Advena!
quisquis es
si mira fata te in meum mirum domicilium
forsitan mirum in modum ducent,
sceleto meo praeter opinionem conspecto,
nimium ne obstupesce,
sed cogita,
te, noxa primorum parentum admissa, iisdem
fatis
eidemque mortalitati esse obnoxium.
Quod reliquum est,
reliquias mei corporis ne sine insepultas
relinqui;
Mortuus enim me mortuum ipse sepelire
non potui.
Christianum, si Christianus vel ad minimum
homo es, decet
honesta exsequiarum justa solvere Christiano,
qui totam per vitam laboravi,
ut in Christum crederem, Christo viverem,
Christo denique morerer.
Pro tuo labore parvo, magnum feres praemium.
Nimirum
Si tibi fortuna, mihi multos per annos
negata, contingit,
ut ad dissociatam hominum societatem
iterum consocieris,
pretiosissimum operae pretium ex hac spelunca
sperare & in spem longae felicitatis tecum
auferre poteris;
Sin vero mecum cogeris

In solitudine solus morti obviam ire
nonnulla memoratu dignissima scripta
quae in mea sella, saxo incisa, jacent
recondita,

Tibi fortasse erunt & gaudio & usui.

En!

grato illa accipe animo,

Aura secunda tuae navis vaga vela secundet!
sis me felicior.

quamvis me nunquam adeo infelicem dixerim!

Vale, Advena, vale,

manda rogatus me terrae

Er crede, Deum, quem colui, daturum,
ut bene valeas.

En la pequeña tabla, en cambio, que, según lo que dijo nuestro patriarca, había sido hallada a medias tapada por la mano derecha del muerto, podía leerse lo siguiente:

Natus sum d. IX. Aug. MCCCCLXXV.

Hanc Insulam attigi d. XIV. Nov. MICXIII.

Sentio, me, aetate confectum, brevi moriturum esse,
licet nullo morbo, nullisque doloribus opprimar.

Scriptum id est d. XXVII Jun. MLCVI.

Vivo quidem, sed morti proximus,
d. XXVIII. XIX. & XXX. Junii.

Adhuc d. I. Jul. II. III. IV.

Luego de hablar alguna cosa acerca de esta rara reliquia y del ingenioso escrito, que, por cierto, no parecía haber salido de una cabeza sin instrucción, el patriarca me alcanzó las tres tablas de estaño (una de las cuales, al parecer, decía en español lo mismo que habíamos leído en la grande en latín), junto con los otros documentos escritos que se habían

conservado, con el encargo de que, cuando tuviera tiempo ocioso, lo tradujera todo al alto alemán, y yo prometí hacerlo lo antes posible. Tras la oración vespertina, nos dejó libres y se fue a descansar.

El señor Schmeltzer y yo, Eberhard Julius, por mi parte, éramos demasiado curiosos y queríamos saber qué contenían los viejos escritos; en ellos, hallamos una historia de vida, escrita en latín, del noble español don Cirilo de Valaro (que era, justamente, el viejo de ciento treinta y un años cuyo cuerpo había sido hallado en la cueva bajo la colina de Albert), que leímos parcialmente, con el mayor regocijo, hasta la medianoche. La he traducido luego al alto alemán, tan delicadamente como me fue entonces posible; pero, a fin de no enmarañarle demasiado la historia al amable lector, he decidido incorporarla como un anexo, pues, de hecho, forma parte de la historia de la isla Felsenburg.⁶² Entretanto, he considerado atinado y necesario poner en alemán las frases grabadas en las tablas de estaño, a fin de que las puedan entender los lectores que quizá no estén muy experimentados con el latín. Esta traducción, según su sentido, salió como sigue:

¡Bienvenido, amigo!
Sea quien seas.
Si acaso el maravilloso destino
te conduce a esta maravillosa morada,
de forma maravillosa,
no te extrañes demasiado ante la inesperada
visión de mi esqueleto;
recuerda, más bien, que,
tras la caída de los primeros padres,

62 *Cfr.* p. 183, Tomo II.

tú también estás
sujeto al mismo destino,
a la mortalidad.
Además, no dejes
los restos de mi cuerpo
insepultos,
pues, como he muerto,
no me he podido enterrar a mí mismo, ya muerto.

A un cristiano,
si realmente eres un cristiano,
o, al menos, a un hombre,
le corresponde
darle sepultura honradamente a otro cristiano.

Me he esmerado durante toda mi vida
para creer en Cristo y vivir en Cristo,
y, finalmente, morir en Cristo.

Por este pequeño trabajo,
tendrás mucha recompensa.

Pues, si la suerte te concede lo que
a mí me ha negado hace muchos años,
es decir, que puedas volver a la
sociedad de los hombres, de la que te has aislado,
podrás llevarte contigo, de esta cueva,
una valiosa retribución.

Si, empero, como yo, te ves obligado,
en esta soledad, a enfrentarte a la muerte
como un ermitaño,
puede que algunos curiosos escritos
que yacen ocultos
en mi sillón esculpido
te alegren y te sean útiles.

¡Adelante!

Acepta los mismos con gratitud,
que Dios te haga feliz

y, en todo caso, más feliz que a mí,
por más que yo nunca me he sentido,
realmente, infeliz.
¡Que vivas bien, recién llegado!
¡Oye mi pedido, sepúltame!
Y ten fe en que Dios, al que yo he servido,
te concederá
que vivas bien.

Las líneas de la tabla pequeña decían, en alemán:

He nacido el 9 de agosto de 1475.
Llegué a esta isla el 14 de noviembre de 1514.
Por mi edad, siento que en breve
he de morir, por más que no estoy enfermo
ni siento dolor alguno. He escrito esto
el 27 de junio de 1606.
Si bien estoy cerca de la muerte, aún vivo: los días
28, 29 y 30 de junio; y, todavía, el 1º de julio, el 2, el 3,
el 4.

Mas prosigo, ahora, con la historia que nos atañe y le informo al querido lector que al alba del día siguiente, un jueves 22 de noviembre, nos pusimos en marcha junto con nuestro patriarca Albert Julius y visitamos la comarca de Jacob, que estaba conformada por nueve hogares, todos muy bien provistos.

Si bien era esta la colonia más chica, y la menos pujante, sin embargo, en ella imperaba en todo el más bello orden doméstico, y no tuvimos nada que criticar en las instalaciones y el particular empeño de sus habitantes, que estaban atareados en el cuidado de los jardines, en la siembra y en los campos y, en especial, en las excelentes vides, que había plantadas en grandes cantidades allí en los montes. Es

que faltaban, por entonces, nueve o diez semanas para la vendimia habitual pero, en cuanto a los frutos del campo, ya era casi el momento de cosecharlos. El señor Litzberg, junto con Plager, exploró el interior de aquellos montes, donde dieron con distintos tipos de piedras que parecían contener grandes cantidades de cobre y plata y que, luego, al analizarlas, resultaron ser inigualablemente valiosas. Tras ser regalados, a la vuelta, de la mejor manera por los habitantes con el más exquisito vino, distintos tipos de sabrosas comidas y frutos; y tras que nosotros les diéramos, como a todas las comunidades que ya habíamos visitado, diez biblias, veinte libros de cánticos y devocionarios, además de todo tipo de cosas finas y útiles, tanto a los viejos como a los jóvenes, regresamos a buena hora, de nuevo, al Castillo de Albert. Aquí, hicimos una visita de una hora a los hombres que trabajaban en la construcción de la iglesia; luego, cenamos y cuando, tras la oración nocturna, Albert percibió pronto nuestra curiosidad, se sentó riendo en su silla y prosiguió, de la siguiente manera, la historia que había interrumpido la noche anterior:

*

Si mal no recuerdo, ayer me he quedado en este punto: habíamos sacado las tablas de estaño a la luz del día y habíamos estudiado los escritos grabados. El señor Van Leuven y yo sabíamos el latín; y Lemelie, que apenas se había recordado un poco del susto, el español (si bien ambos textos tenían el mismo contenido). Yo, en cambio, puedo decir, con toda verdad, que tan pronto como, por esta vía, supe con certeza cuál era el último deseo del fallecido don Cirilo de Valaro, perdí de inmediato todo resto de temor.

—¡Señores! —les dije a mis compañeros—, debemos cumplir lo que este beato cristiano fallecido ha ansiado tanto;

por lo demás, podemos esperar de ello una considerable recompensa.

El señor Van Leuven estuvo presto a ayudar en el acto, pero Lemelie dijo:

—No creo que esta recompensa de la que habláis sea tan grande; pues los españoles suelen, cuando les es posible, hacer embustes, incluso, después de muertos. Es, por eso, que os aseguro que prefiero luchar contra dos piratas, antes que tener algo que ver con un esqueleto como este. Pero, para agrado de vosotros, compañeros míos, tampoco quiero excluirme de este feo trabajo.

A esto, fui corriendo a tomar un gran pedazo de lona vieja, un pico y una pala. Dejé estos últimos ante la entrada de la cueva y con la lona nos metimos, de nuevo, en la cueva subterránea. El señor Van Leuven cargó el cuerpo por los hombros, yo, en cambio, por los muslos; solo que, ni bien lo hubimos movido un poco, se desplomó repentinamente con gran estrépito, a lo cual Lemelie se volvió a horrorizar de modo tal que se tapó las orejas y se alejó tanto de allí como se lo permitieron sus piernas. El señor Van Leuven y yo también nos asustamos un poco al principio pero, al pensar que, naturalmente, no podía ocurrir de otra manera, y que no había sido nuestra culpa, ni se trataba de causas sobrenaturales, juntamos y colocamos esqueleto y cenizas de nuestro bienaventurado hermano sobre la lona extendida, que llevamos hasta un bello sitio verde, en el rincón donde el río que nace del lago grande se divide en dos brazos; allí, hicimos una discreta tumba, colocamos todo bien anudado adentro y nos pusimos de acuerdo en colocarle lo antes posible, tras documentarnos más acerca de él, una columna recordatoria. Si bien el bueno de Van Leuven, a causa de su temprana y lamentable muerte, no llegó a realizar esta obra, sí ha sido llevada a término más tarde por mí; y no solo para don Cirilo de Valaro, sino también para

el honorable Van Leuven mismo y para mi beata esposa, Concordia: para cada uno de ellos he erigido una columna de honor encima de sus tumbas. Para el impío Lemelie, en cambio, he colocado una de la vergüenza.

Estas columnas, junto a las lápidas, las veréis, mis amigos, pronto, en cuanto vayamos a la comarca de Christoph. Pero vuelvo ahora a la historia de aquel entonces.

Después de que, como recién conté, le hicimos a Don Cirilo el último favor y hubimos enterrado bien su esqueleto, haciendo un pequeño montículo de tierra arriba, volvimos exhaustos hacia donde se hallaba Concordia, que nos había preparado un rico almuerzo. Lemelie también se nos sumó enseguida y se disculpó por su huida, aduciendo que le resultaba imposible lidiar con cuerpos putrefactos. Todos nos reímos por ello; pero como Concordia, también, quería saber qué tipo de trabajo en particular habíamos hecho el día de hoy, se lo contamos todo en detalle. Después del almuerzo, mostró interés en ir a visitar la cueva, pero como Van Leuven lo desestimó a causa del mal olor que aún había allí, pidiéndole que calmara su curiosidad por unos días, ella se dio por satisfecha pronto, y salió de nuevo a pescar y cazar; los tres hombres, en cambio, volvimos a la cueva, ya que nuestra lámpara grande había quedado encendida en su interior.

Ahora bien, después de quitar el mohoso olor encendiendo varias veces un poco de pólvora, nuestra primera diligencia consistió en buscar los viejos documentos que, se suponía, debían estar guardados en el pétreo sillón. En el asiento hallamos, de veras, un agujero cuadrado con una muy trabajada tapa encajada en él; tan pronto como la hubimos levantado, hallamos en la parte de arriba los escritos encerados que os he dado ayer por la tarde; más abajo, había un vaso dorado relleno de joyas preciosas, entre las que había monedas de oro con todo tipo de sellos y formas.

Nos esforzamos por vaciar del todo este espacioso hueco, o sea, la oculta caja con el tesoro, y cuando ya no hallamos ni escritos ni alguna otra cosa más, volvimos a echar dentro dieciocho onzas llenas de monedas de oro; tomamos, eso sí, el vaso dorado junto a los documentos y nos fuimos de allí, a fin de estudiar a fondo estos últimos. Nos dirigimos a la glorieta del señor Van Leuven y pasamos el resto del día. Nos quedamos, incluso, hasta tarde por la noche, leyendo y traduciendo los textos al alemán. Dimos, en ellos, con todo tipo de noticias muy agradables que nos hacían esperar excelentes ventajas, tanto a nosotros como a los futuros habitantes de la isla.

Ya estaba por amanecer cuando a Van Leuven y yo, si bien no nos habíamos cansado de leer, nos pareció conveniente echarnos a dormir, a causa de los trabajos del día; mientras que Concordia ya dormía y el vago de Lemelie, por su parte, se había ido al lecho hacía muchas horas. Así que también yo me dirigí hacia el mío. Empero, me encontré a Lemelie tirado en el camino, a unos diez pasos de nuestra cabaña, torcido y contraído sobre sí mismo, y lloriqueando como una criatura. Cuando le pregunté qué es lo que hacía allí, entró a maldecir de forma espantosa y, al final, dijo:

–¡Maldito sea el detestable cuerpo que habéis enterrado el día de hoy, pues el endemoniado monstruo –para el que sin dudas nunca se ha celebrado misa alguna– se me ha aparecido hace algunas horas y ha maltratado horriblemente mi abdomen!

De inmediato, pensé que esto se debía a sus pecados, ya que de pequeño había oído que no se debía uno burlar de los muertos; con todo, quise ayudarlo a ponerse de pie y llevarlo a nuestra cabaña, pero como él no quería ir allí bajo ningún concepto, lo cargué con gran esfuerzo hasta la del señor Van Leuven. No me había olvidado de pedirle, eso sí, que, por amor a Concordia, no dijera nada de lo que le había

sucedido, sino que pretextara alguna otra indisposición. Me obedeció en esto, de modo que esa noche dormimos allí, pero sin importunar a Concordia.

Al día siguiente, Lemelie se despertó muy enfermo y yo mismo vi cómo su cuerpo se hallaba lleno de moretones; pero como parecía molesto por haberme confesado aquello por lo que había pasado, le prometí que mantendría su secreto ante el señor Van Leuven y su esposa, si bien, en verdad, se lo dije, a la primera oportunidad que tuve, de hecho, a mi mejor amigo.

De modo que ese día –y muchos otros más– tuvimos que dejarlo al cuidado de Concordia; mientras que nosotros dos volvimos a la cueva subterránea, donde hallamos, según la indicación que se nos había hecho, en una bóveda secreta, más de tres fanegas de las perlas más selectas y valiosas. Junto a estas, un inmenso tesoro de puros terrones de oro y plata, piedras preciosas y otras cosas de valor, ante lo cual nos quedamos totalmente estupefactos, casi petrificados. Además, había allí una gran cantidad de piezas de todo tipo que serían muy útiles para nosotros llegado el caso de que hubiéramos de afrontar el destino en esta isla y no volviéramos a ver nunca más la sociedad humana.

Mas para qué os hablo tanto de esto; todos estos tesoros, mis amigos, os los puedo mostrar: están impolutos. En cuanto a qué hemos hecho con el resto de las cosas útiles, tal vez, las labores que, tanto yo como mis hijos, hemos emprendido –no en vano– en la economía de nuestros hogares pueda servirnos como suficiente testimonio. Debo apresurarme ahora, queridos míos, a contaros, brevemente, cómo prosiguió todo en aquellos tiempos, antes de arribar al comienzo de mi propia historia, a la época de mi propio gobierno doméstico, que se inició tristemente, pero que luego, con la ayuda de la Providencia, se desarrolló bien.

Durante el tiempo que Lemelie yació enfermo, el señor Van Leuven y yo recogimos todas las cosas de la bóveda subterránea y las llevamos bajo la luz del día, al aire libre, a fin de poder ver qué podía llegar a sernos de utilidad y qué no; tras hacerlo, limpiamos a fondo la cueva, que, además de la pequeña cámara del tesoro, contaba con tres espaciosas habitaciones. En cuanto a la mencionada cámara del tesoro, de la que no queríamos que Lemelie supiera nada, la amuramos con nuestras propias manos, y guarnecimos las paredes prolijamente con légamo, de modo tal que nadie podía llegar a suponer que había algo oculto detrás. El señor Van Leuven escogió la antecámara, donde el fallecido don Cirilo había aguardado el fin de su vida, como su habitación; yo tomé para mí la de al lado; y acondicionamos la tercera para Lemelie. No obstante, primero ahumamos bien la cueva, durante varios días seguidos, con pólvora y alquitrán; e incluso casi que la cocimos, aprovechando que toda esta colina está formada por una excelente arenisca.

Ni bien hubimos puesto todo en orden, llevamos allí dentro a Concordia, quien se alegró sobremanera por ello y, en seguida, sin el menor temor, prometió que llevaría adelante allí las tareas del hogar. Y si el extraño de Lemelie no quería dormir solo arriba, debía acomodarse a la fuerza junto a nosotros.

En tanto este se hallaba aún enfermo, el señor Van Leuven y yo trasladamos a diario a la isla muchas cosas útiles que habían quedado todavía en el banco de arena y, a menudo, tan solo volvíamos a casa cuando el sol ya se ponía. Dado que, por lo demás, Lemelie se mostraba más enfermo de lo que estaba, tuvo, entretanto, en realidad, fuerzas suficientes como para intentar convencer en varias oportunidades a Concordia, con su cháchara, de que satisficiera su lujuria y le fuera infiel a su marido.

En un comienzo, Concordia lo mantuvo a raya con la palabra de Dios y otras normas virtuosas, pero como él no hacía caso ni de lo uno ni de lo otro, y casi que se mostraba dispuesto a recurrir a la fuerza, ella no tuvo otra salida más que decirle, con todo empeño, que prefería matar a quien mancillara su honor –o suicidarse– antes que serle infiel a su marido; y que, en tanto este estuviera vivo, no se metería con otro hombre. A esto, él se echó a sus pies y le pidió que lo perdonara por su impetuoso amor, y le prometió que, en adelante, no ocurriría nada similar y, tan solo, le pidió que le concediera la gracia de no contarle a su marido nada de lo sucedido. Concordia, pues, hizo como si se serenara, volvió a hacerle una fuerte advertencia y le prometió que no le diría nada a su esposo. Mas, esa misma tarde, yo mismo fui testigo de su honradez, en la medida en que, en cuanto tuvo la oportunidad, nos contó a ambos lo acaecido y perjuró que prefería mil veces ir con nosotros a hacer los trabajos más peligrosos antes que quedarse un solo minuto a solas con Lemelie. El señor Van Leuven se afligió en no poca medida a causa de la cruel conducta de nuestro tercer hombre y dijo, de todo corazón, que prescindiría con gusto de la parte del tesoro que le correspondía con tal de poder despachar con él de la isla a un hombre tan impiadoso. Así que decidimos estar más atentos en lo sucesivo y nunca dejarlo a solas con Concordia.

Entretanto, por mucho que intentara no dejarlo trascender, al señor Van Leuven le resultó imposible ocultar por completo su disgusto con Lemelie, por lo que este notó en seguida que Concordia había mantenido mejor su fidelidad a su marido que su palabra hacia él. Sin embargo, procuró contrarrestar el error cometido y, pocos días después, al responderse por completo de su enfermedad, nadie se mostró en adelante tan aplicado, servicial y cortés como el propio Lemelie.

En los informes de don Cirilo, por lo demás, habíamos hallado, entre otras cosas, la anotación de que, cuando el caudal del río mermaba, hacia la medianoche, se podía hacer uso de una salida muy cómoda, por debajo de las rocas, hacia el banco de arena y el mar. Empero, para ello debíamos hacer, primero, en los meses cálidos, en los que el río estaba en su nivel más bajo, un dique, a fin de que el agua fluyera a través del canal cavado por Cirilo y los suyos hace casi ciento veinticinco años, y fuera a desembocar en el Lago Chico. Vimos que este era el mejor momento para poner a prueba todo ello, pues la poca profundidad actual del río parecía darnos la oportunidad de construir en él un dique. De modo que derribamos varios árboles y los serramos; también juntamos, por los alrededores, bloques de piedra bastante grandes y los llevamos hasta un punto del río en el que habíamos visto, con gran alegría, los restos del dique de nuestros antepasados. Delante de los bloques, que apilamos con el mayor esfuerzo, colocamos, unas encima de las otras, largas maderas, que eran de tanto espesor como estábamos en condiciones de arrastrar: estas debían sostener los pedazos de césped y la tierra fértil que echamos por delante. Este trabajo nos ocupó hasta la cuarta semana; en este tiempo, el dique alcanzó la altura necesaria, de forma tal que ya ni una sola gota de agua llegaba a atravesarlo, sino que, por el contrario, toda el agua iba a parar, a través del canal, al Lago Chico. Lemelie se mostró tan aplicado a lo largo de este arduo trabajo y, en lo demás, se comportó tan bien que todos creímos que se había arrepentido de su mala vida anterior y que, de aquí en adelante, sería una mejor persona.

De modo que ya era hora de que encendiéramos la lámpara grande y nos aventuráramos a entrar en otra gruta rocosa, lo cual ocurrió al día siguiente, por la mañana temprano. Concordia no quería quedarse sola, sino que deseaba participar plenamente de nuestra dicha o desdicha; así

que, en nombre de Dios, nos pusimos en marcha; hallamos que el camino era lo bastante cómodo para andar, si bien, cada tanto, había algunos escalones altos, pero que podían ser zanjados con un pequeño esfuerzo. Y... ¡Por Dios! ¡Cuán grande fue nuestra alegría cuando, sin el menor riesgo, llegamos al final y vimos cielo y mar frente a nosotros, y nos pusimos a andar por el borde del peñasco entre las cosas que aún nos habían quedado allí y, también, cuando pudimos regresar a nuestra isla con tanto menor esfuerzo y peligro!

Vosotros mismos, mis queridos niños –continuó diciendo nuestro patriarca Albert–, habéis entrado a la isla por este paso; es por ello que podréis juzgar de la mejor manera su comodidad y utilidad si miráis, especialmente, a modo de contraste, los peligrosos y arduos senderos por encima de las peñas. Para nosotros, al menos, este paso constituyó, por entonces, un gran consuelo pues, en pocos días, pudimos subir todo lo que aún nos había quedado en el banco de arena; incluso, desmontamos la popa del barco encallado sin dejar allí ni el menor clavo o astilla, de modo tal que ya no nos quedó nada por buscar en la parte exterior del peñasco más que nuestro bote pequeño, y, de cuando en cuando, algunas tortugas, focas y otros animales marinos, de los cuales, sin embargo, ya solo solíamos usar la piel y la grasa.

De forma tal que los días siguientes los empleamos, únicamente, en fundar un orden cada vez mayor en nuestra casa; recolectamos las semillas de todo tipo de plantas útiles; atendimos de la mejor manera las vides y los árboles frutales, en tanto yo había aprendido bastantes trucos y técnicas de provecho con mis queridos padrastros (el pastor y el funcionario). Por lo demás, vivimos muy tranquilos y llevándonos bien juntos, con la esperanza puesta en tiempos futuros aún mejores. Solo que, en la noche entre el ocho

y el nueve de noviembre, tuvimos un horrible sobresalto. Pues, a eso de la medianoche, estando todos sumidos en el más dulce sueño, tuvo lugar un estruendo muy grande en nuestra casa subterránea, como si se hubiera disparado una pieza de artillería de las más fuertes, de forma tal que se sentía cómo toda la colina se sacudía. Yo salté de mi lecho y quise ir presuroso a la habitación de la pareja de desposados, pero estos se me adelantaron: vinieron a mi encuentro en la oscuridad muy asustados y, sin decir una palabra, salimos a toda prisa de la cueva, donde el resplandor de la luna lo iluminaba casi todo, como si fuera de día.

No he de negar que, ni el señor Van Leuven ni Concordia ni yo, podíamos mantener un solo miembro del cuerpo quieto, a causa del miedo y el espanto. Nuestro temor se hizo aún más grande cuando, en dirección al sur, se pudo ver una llama blanca raleante y que se movía de manera casi imperceptible y que, finalmente, desapareció en la zona en donde habíamos enterrado el cuerpo de don Cirilo.

Aquí se nos pusieron los pelos de punta. Tras reponernos un poco, en el lapso de una hora, el señor Van Leuven rompió el largo silencio al decir:

–Tesoro mío y señor Albert: sé que, al igual que yo, os habréis hecho distintas ideas acerca de este susto nocturno; mas yo creo que el estrépito inaudito se ha debido a un terremoto. No caben dudas de que, a causa de ello, nuestra colina de arenisca de seguro se ha agrietado. En cuanto a la llama blanca, pienso que se trató de una nube de azufre que se ha desplazado hacia el agua.

El señor Van Leuven recibió todo mi apoyo en lo que respectaba a esta opinión. Pero Concordia replicó:

–Tesoro mío: quiera el Cielo que no sea este el augurio de una desgracia particular pues, poco tiempo antes del horrible estallido, me había yo despertado a causa de una pesadilla –que ya he olvidado, a causa del temor que he sentido– y

me había quedado con los ojos abiertos a vuestro lado cuando, justamente, la misma raleante llama alumbró nuestro cuarto con una claridad extraordinaria y apagó la lámpara grande que, de lo contrario, normalmente, arde durante toda la noche; a esto, le siguió de inmediato ese horrendo estrépito y la fuerte sacudida.

Cada cual se detuvo a pensar lo suyo acerca de este informe; pero el señor Van Leuven recordó a Lemelie: quería saber dónde se hallaba. Mis conjeturas eran que, a causa del miedo, había salido disparado de la cueva antes que nosotros y que ahora se hallaba en algún sitio de la isla. Pero, cuando, tras pasar el resto de la noche sin poder dormir en lo más mínimo, vimos con alegría que el sol nacía de nuevo, también Lemelie salió de forma inesperada de la cueva.

A nuestras preguntas, este reconoció en seguida que ni había visto ni, mucho menos, había oído algo, y se sorprendió bastante cuando le informamos detalladamente acerca de los sucesos de la noche anterior. De modo que lo tuvimos por más dichoso que nosotros; luego, nos levantamos y revisamos no solo la cueva, sino la entera colina, pero sin encontrar el más mínimo daño, rajadura o grieta. Todo estaba igual que siempre, en orden. Lemelie dijo, a todo esto:

—¡Creedme, amigos! No se trata sino de una jugarreta del alma de don Cirilo de Valaro, que está en el Purgatorio. ¡Ay! ¡Con qué gusto le pagaría cien táleros a un cura católico-romano para que realice las exequias fúnebres y, así, lo redima! Si tan solo hubiera uno aquí para llevarnos, así, a todos, a una completa paz.

Ni el señor Van Leuven ni yo consideramos oportuno contradecir a este necio simplón, y lo dejamos estar en su terquedad. Mas, luego, resolvimos pasar algunas noches en nuestra verde cabaña hasta ver qué más llegábamos a ver como consecuencia del supuesto terremoto, y hasta que el miedo que este nos había provocado se hubiera ido

disipando de a poco, todo lo cual, también a Lemelie le pareció razonable.

El honorable Van Leuven, empero, durmió solo dos noches más junto a su querida esposa en la glorieta. Pues el 11 de noviembre, unas dos horas después del amanecer, salió con su escopeta a fin de dar caza a uno o dos pájaros grandes y apetitosos, que por lo común se dejaban ver en las cimas más elevadas, y que queríamos cocinar y comer esa misma noche, en lugar del ganso de San Martín.⁶³ Lemelie había salido, más o menos, una hora antes con la misma intención. Yo, en cambio, me quedé con Concordia, con la intención de ayudarla con la cocina, a cortar la leña y demás.

Dos horas después del mediodía, Lemelie regresó con dos bellas aves grandes; nos pusimos manos a la obra en seguida y las limpiamos. Entretanto, Lemelie le preguntó a Concordia dónde se hallaba su esposo y esta le respondió que había salido, al igual que él, a cazar este mismo tipo de presa, y quiso saber si acaso no se habían cruzado en el camino. Lemelie le respondió que no, pero que había oído un disparo del otro lado de la cadena de peñascos, cosa que lo había hecho conjeturar que de seguro alguno de nosotros estaba por ahí.

Concordia hizo aún una broma al respecto, al decirle:

—Cuando llegue mi Karl Franz, ha de guardar para mañana los gansos de San Martín que haya cazado.

Sin embargo, cuando el sol empezó ya a declinar y nuestras dos aves asadas estaban a punto, nuestro buen Van Leuven seguía sin aparecer; aguardamos aún algunas horas; pero como no llegaba, nos comimos una de las aves con mucho apetito, y reservamos la otra para él y Concordia. Pero

63 El 11 de noviembre se celebra, en varios países del norte y el oeste de Europa, la festividad de San Martín (en honor a San Martín de Tours), día en que se suele comer, justamente, un gran ganso asado.

se hizo de noche y Van Leuven seguía afuera. Concordia comenzó a preocuparse, y hacía lo posible por no llorar; yo la consolé tanto como pude y opiné que, como había luz lunar, su esposo no tardaría en volver. No obstante, ella respondió:

–¡Ay! No es esa su costumbre; ¿de qué ha de ayudarlo la luz lunar? ¿Y cómo ha de volver, si tal vez ha sufrido un accidente? ¡Oh, sí –continuó–, me lo dice mi corazón! Mi amado está muerto o muy cerca de morir; pues ahora recuerdo, de golpe, mi sueño de la noche del estrépito, que creía haber olvidado por completo.

Acompañó estas palabras con un profuso llanto; pero Lemelie intercedió y dijo:

–¡Señora! No deis por pensar en seguida en lo peor; puede ser que le haya ocurrido algo especialmente feliz, o que la curiosidad lo haya hecho detenerse ora aquí, ora allí. Levantaos, iremos a buscarlo los tres juntos al sitio donde he oído hoy, a lo lejos, su disparo; le gritaremos, lo llamaremos, dispararemos al aire... ¿Y entonces? En seguida se anunciará, al menos mediante un tiro, o responderá con un alarido.

Concordia, sin hacerle caso, lloraba con más ahínco aún y dijo:

–¡Ay! ¿Cómo ha de disparar o responder si está muerto?

No obstante, como ninguno de los dos dejó de alentarla, al fin se puso de pie y siguió conmigo a Lemelie hacia donde este nos llevaba. Pasamos toda la noche buscando aplicadamente, gritando y disparando; salió el sol, pero Van Leuven no aparecía. Regresamos a nuestra glorieta y a la casa subterránea, pero no advertimos la más mínima huella de que aquel hubiera vuelto a pasar por allí. Aquí, yo también empecé a preocuparme; Concordia estaba desesperada y el propio Lemelie dijo que era imposible que todo saliera bien y que, de seguro, Van Leuven había sufrido una desgracia. Así que todos reiniciamos la búsqueda y,

para hacerlo breve: el tercer día tras su última partida, descubrimos con el espanto más horrendo su cuerpo sin vida, hacia el sur, tirado en el borde de la saliente de un abrupto acantilado, del que, según nuestras conjeturas de entonces, se había caído. A causa de la enorme tristeza que sentí ante esta penosa visión, di por gritar y llorar y, como un loco, me arranqué mechones enteros de cabellos con las manos; Concordia, que vio mis gestos desde lejos, debido a que no podía subir las altas peñas tan bien como yo, se desmayó de golpe. Lemelie fue corriendo a buscar agua fresca; y yo, en cambio, me quedé sentado sin saber qué hacer al lado de ella, como alguien que se halla al borde de la desesperación.

Finalmente, el agua que varias veces le arrojó y le roció Lemelie surtió el efecto de que Concordia se reanimó un poco. Pero, amigos míos, hasta el día de hoy no me es posible expresar, sin emocionarme yo mismo en gran medida, los dolorosos lamentos de Concordia y, por decirlo en pocas palabras, su total desesperación, que, por lo demás, es más fácil de entender con la razón que decir con palabras —aquí interrumpió el patriarca Albert, brevemente, su relato—.⁶⁴ No obstante, me sustraje en algo a su desbocado llanto, así como a mi propia y consecuente pena, e intenté convencerla de que se dejara llevar por nosotros hacia la glorieta. Durante las primeras manifestaciones de su emoción no pudimos obtener nada de ella, en la medida en que quería ver a su Karl Franz a toda costa, o romperse ella misma la cabeza contra una piedra; pero, finalmente, al leerle algunas sentencias bíblicas y otras enseñanzas razonables, se dejó llevar, cuando ya caía el sol, a la glorieta, tanto por mí como por Lemelie, quien, a causa de su fingida aflicción, no decía nada, aunque tampoco era capaz de conmoverse o quería hacerlo en lo más mínimo. Accedió a esto Concordia

64 Esta aclaración es de Eberhard Julius.

solo después de que, ante su súplica, le prometiera yo emplear todo mis esfuerzos y destrezas para llevarle el cuerpo accidentado de su querido esposo.

Si bien Concordia y yo no habíamos dormido casi nada o nada en absoluto las noches anteriores, tampoco esta noche pudimos hacerlo, a causa del enorme dolor; por el contrario, tomé la Biblia y le leí a Concordia los salmos y versículos de consuelo más enérgicos, gracias a lo cual su ánimo, hasta el momento intranquilo e inclinado a la desesperación, se calmó de forma considerable. Y, si bien no dejé de llorar y lamentarse, dio a entender que pondría todo su empeño en supeditarse con paciencia a su infortunado destino, en la medida en que era seguro que, sin la voluntad de Dios, no podía acaecernos ninguna desgracia. Los fundamentos reformados de su fe de aquel entonces contribuyeron mucho a la tranquilidad que yo buscaba en ella, aunque luego llegó a conocer mejor ese dudoso remedio y, a partir de lo que le fui diciendo, aprendió a consolarse de mejor manera con la Palabra de Dios.⁶⁵

Hacia la mañana, Concordia, mortalmente afligida, durmió algunas horas y yo hice lo propio; pero Lemelie, que había dormido toda la noche a pierna suelta, se levantó y le deseó los buenos días a Concordia. Le dijo que pronto se respondería por completo de algo que ya era imposible de cambiar, y que ya entraría en un estado de mayor tranquilidad.

65 La tradición reformada es una de las principales corrientes teológicas surgidas de la Reforma. Se deriva, principalmente, de la reforma suiza—sobre todo de Ulrico Zwinglio (1484-1531) y Juan Calvino (1509-1564)— pero, pronto, se expandió e incluyó otras iglesias en Holanda, Escocia (la Presbiteriana), Alemania, Hungría, etc. Si bien esta tradición comparte con el luteranismo—profesado en *La isla Felsenburg* por Albert y sus descendientes— la creencia en la autoridad de las Escrituras, la justificación por la fe y el sacerdocio de todos los creyentes, difiere del mismo, por ejemplo, en su modo de entender la presencia real de Cristo en la Eucaristía. También, en el énfasis que pone en la depravación total de la humanidad a causa del pecado, en el rol de la Providencia y la predestinación, etcétera.

Tenía él la intención de tomar su escopeta y salir a andar por ahí; pero yo lo retuve y le pedí que se mostrara agraciado con Concordia y me ayudara a subir el cuerpo de su esposo, a fin de que lo pudiéramos enterrar honradamente. Él, empero, se disculpó y dio a entender que si bien nos serviría y nos ayudaría en todo lo necesario, debíamos respetarlo a este particular respecto, ya que nosotros bien sabíamos que él sentía una enorme repugnancia natural ante los muertos; y que, pese a que había sido largamente navegante, nunca había sido capaz de arrojar al mar a un muerto reciente, por lo que, en mucha menor medida, lo sería de tomar con sus manos a uno que, ya hacía varios días, yacía debajo del sol. Con esto, se fue; Concordia, por su parte, dio de nuevo por lamentarse de la manera más quejumbrosa; pero yo la convencí de que se calmara, y de que me dejara hacer a mí, pues no me ahorraría ni peligros ni esfuerzos para traer a sus manos, bajo la protección de Dios, el cuerpo de su querido esposo. Pero, primero, me tuvo que prometer que durante mi ausencia ella misma no se infligiría daño alguno, sino que esperaría paciente y tranquila, y rezando aplicadamente también por mí, a causa del peligro que tenía por delante. Dicho esto, tomé tantas sogas y cuerdas como podía cargar, junto a un pedazo de lona y, con Concordia, que traía un hacha de madera y algo de comida para ambos, salimos presurosos hacia las rocas. Una vez aquí, la dejé en un sitio seguro y escalé de a poco hacia lo alto, arrastrando detrás mío el hacha, varios palos afilados y las restantes cosas, de una saliente a la otra. En el lado que daba hacia el mar me vi, empero, ante un peligro mayor, pues allí los peñascos eran mucho más escarpados y en muchos sitios, incluso, imposibles de escalar. En virtud de esto, clavé los palos en las juntas entre las rocas, en tres lugares, y até a ellos una larga soga, por la que hube de bajar, tres veces, unas ocho, diez y hasta doce varas. De este modo, llegué, finalmente,

hasta el cuerpo de mi querido señor Van Leuven, que se hallaba deplorablemente estropeado y que, a causa de lo muy amoratado que tenía el rostro, había perdido totalmente su anterior aspecto y ya despedía, asimismo, a causa del intenso calor, un feo olor. Mas no me detuve mucho en ello, sino que lo envolví a prisa en la lona que llevaba conmigo, até la misma con las cuerdas, pasé una soga a través de estas, y fui subiendo esta carga de a poco. Por suerte, en la soga que colgaba de las rocas había hecho nudos en distintas partes, de lo contrario, habría sido casi imposible volver a subir; no obstante, el Cielo me cuidó, en esta ocasión tan peligrosa, de todo accidente y, tras seis o siete horas, llegué de nuevo, sin daño alguno, aunque muy cargado y agotado, hasta donde se hallaba Concordia. Tras pedírsele mucho y explicárselo con sensatez, conseguí que ella solo deseara ver ya el rostro de su difunto esposo y su mano, en la que aún llevaba el anillo de bodas. Lavó rostro y mano más con sus lágrimas que con el agua del arroyo que por allí pasaba, y lo besó una y otra vez, sin que le importara ni su aspecto ni su mal olor; sacó el anillo de su dedo y, finalmente, en medio de un profuso llanto, me permitió volver a envolver el cuerpo y atarlo tal como antes.

Lo llevé, con ayuda de Concordia, a nuestra cueva subterránea, en donde, debido a que no solo estaba yo muy cansado, sino que, además, ya era bastante tarde, quedó acostado, siendo vigilado por nosotros dos. Al amanecer, cavé una tumba junto a la de don Cirilo, en la que sepultamos a nuestro querido y accidentado amigo, entre medio de copiosas lágrimas.

Lemelie, que había mirado nuestro trabajo desde lejos, se nos acercó recién al día siguiente y se esforzó por ahuyentar toda aflicción en Concordia, contándole todo tipo de divertidas historias. Sin embargo, ella le pidió, sin tapujos, que la dispensara de este pasatiempo, en la medida

en que su ánimo no era tan veleidoso como para poder llegar a olvidarse, de este modo, de una pérdida tan grande. Por esta razón, él le habló luego con algo más de cordura; mas Concordia, que hasta este punto casi que no había podido descansar, cayó ahora en un profundo sueño, así que Lemelie y yo también nos acostamos a dormir, en otro rincón de la cueva. Sin embargo, parecía como si este hombre tuviera tribulaciones muy grandes, pues no solo esa noche, sino en muchas que le siguieron no pudo dormir en calma más de una hora seguida. Muy a menudo, se despertaba de su sueño gritando angustiosamente; y cuando yo le preguntaba qué le ocurría, tan solo se quejaba de que había tenido una pesadilla. De modo que, de a poco, lo fuimos notando muy deteriorado y percibimos un gran temblor en casi todos sus miembros. Sin embargo, tras dos o tres semanas, se recuperó mucho, de forma tal que pudo volver a trabajar muy aplicadamente, junto conmigo, en nuestra futura manutención.

A todo esto, empero, los tres, que teníamos cada uno, en el alma, disposiciones de ánimo de lo más diversas, vivíamos en un completo desconcierto; pues parecía totalmente como si toda nuestra paciencia y regocijo anteriores hubieran sido sepultados junto a Van Leuven. A menudo, pasábamos juntos varias horas sin decirnos ni una sola palabra; si bien parecía siempre como si cada uno quisiera leer en los pensamientos del otro, sin que, no obstante, nadie tuviera el valor de preguntar qué le ocurría. Al fin, cuando ya había pasado un mes desde el entierro de Van Leuven, Lemelie, al ver la oportunidad, se tomó la libertad de declararle más o menos lo que sigue a Concordia:

—¡Señora! —dijo—, tanto vos como yo hemos llorado por el fatal destino de vuestro difunto esposo. ¿Qué podemos hacer ahora? No tenemos más alternativa que la de soportar obedientemente, quizás durante mucho tiempo más,

nuestro destino en esta isla. Vos sois viuda y, además, estáis embarazada de varios meses; es para vos tanto imposible como vergonzoso volver junto con vuestros padres... No obstante, habéis de tener un marido a vuestro lado que os honre; no hay nadie más disponible que yo y Albert; mas no tengo dudas de que, siendo yo una persona noble, habéis de preferirme a mí antes que a este joven lacayo que, por lo demás, no es más que un particular. De modo que os pido, por vuestro propio bien, que me permitáis ocupar el lugar vacante de un esposo para vos; así, no solo hemos de soportar con paciencia nuestro destino aquí, sino que podremos vivir en el futuro con gran regocijo, si tenemos la suerte de que un barco nos saque de este lugar y nos permita relacionarnos con un círculo más amplio de personas. Albert –continuó diciendo– no tendrá, en absoluto, la altanera idea de oponerse a nuestra unión. Es por esto, que os pido que meditéis, de aquí a poco, acerca de todo esto –que es lo mejor para vos– en vista de que he decidido que, dentro de tres noches, me acostaré con vos como vuestro esposo y que cuidaré del hijo que lleváis en vuestro vientre tan bien como si fuera mío.

Concordia, que no presentía nada bueno ni a partir de los ardientes ojos de Lemelie ni de su excitado ánimo, le pidió, por Dios, que tuviera misericordia de ella y que le concediera al menos un plazo de medio año de luto y reflexión; pero el exaltado pretendiente no quiso saber nada de esto, sino que, más bien, con la mayor osadía, le dijo que ya había tenido su belleza delante de sus ojos durante demasiado tiempo sin poder disfrutarla; y que, ahora, cuando ya solo el miserable de Albert podía constituir un obstáculo, no estaba dispuesto a reprimirse más... En pocas palabras: dijo que quería poseerla, pero que si ella no quería que lo hiciera a la fuerza, ídebía decidirse a cohabitar con él como su esposa antes de transcurrida la tercera noche! A esto, agregó aún la

cautelosa advertencia de que Concordia no debía adelantarme a mí nada de esto, ya que, en caso contrario, me quitaría de en medio muy pronto.

La aterrada Concordia hizo como si hiciera caso de sus amenazas; mas, ni bien se hubo alejado un poco, me dio a conocer el entero secreto. Mi sorpresa fue indecible; pero creo que una particular fuerza divina me dio bríos de repente y, en tal medida, que le aconsejé que resistiera lo más posible a todos sus ataques, pero que, por lo demás, confiara plenamente en mi ayuda. Pues, de aquí en más, la cuidaría con mucha atención y daría mi vida antes de que ella tuviera que perder su honra.

Entretanto, Lemelie estuvo tres días seguidos contento y de buen humor; y yo me comporté con él de modo tal que no pudiera sospechar nada malo en mi persona. Mas, cuando llegó la noche fatídica en que quería llevar a cabo su infame cometido, me pidió de una manera realmente señorial que me fuera a acostar, pues quería que mañana hiciéramos los dos un arduo trabajo juntos; yo me mostré falsamente obediente, como un criado, con lo cual él se sintió bastante seguro como para entrar, hacia medianoche, de forma violenta, a la habitación de Concordia y buscar, a la fuerza, un sitio junto a ella en su lecho.

Ni bien mis atentos oídos percibieron esto, me puse de pie con mucho sigilo y noté que tenía lugar una larga discusión entre ambos; pero como, al fin, Lemelie se puso demasiado vehemente y no quiso respetar ni a la inocente simiente, ni a la implorante madre, sino que pretendía ultrajar a esta última, voltee la puerta de un golpe después de que, según habíamos convenido previamente, Concordia empezara a pedir el socorro de Dios y los hombres. Intenté calmar al rufián con palabras sensatas, pero el Diablo encarnado en Lemelie dio un salto, tomó un sable y me dio tal golpe en la cabeza, que de inmediato se me cubrió todo el rostro de

sangre. Me apresuré a volver a mi cuarto, pero como él me siguió hasta allí, y tenía la intención de matarme, presa del miedo, tomé mi escopeta, que tenía el estilete puesto, y la extendí delante de mí; y mi rival, que, entretanto, me había dado otro golpe, esta vez en el hombro izquierdo, vino corriendo, en la penumbra, hacia mí, de forma tal que el estilete se le clavó dentro del cuerpo y cayó, de esta forma, al suelo con él.

Al oír su horrendo grito, Concordia llegó temblando desde su cuarto con una lámpara: fue ahí cuando nos dimos cuenta de que el estilete se le había metido por debajo del pecho y que le salía por la espalda. No obstante esto, tras sacárselo y quedárselo en su mano izquierda, intentó darme a mí, o a Concordia, un golpe mortal con su sable. Pero yo aproveché y me puse en guardia: le puse un pie en la garganta, desarmé sus malditas manos y las até, así como a los pies, firmemente, con unas cuerdas; y dejé a este mal bicho pataleando un buen tiempo de este modo, sin dudar de que pronto cambiaría de parecer. Mas parecía, casi, como si se hubiera puesto realmente rabioso, pues cuando Concordia me hubo vendado, tan bien como pudo, mis heridas, aplacando un poco la intensa sangre, lanzó desde sus pérfidas fauces las más horrendas maldiciones y, contra nosotros mismos, las más abyectas infamias; e invocó numerosas veces a Satán, pidiéndole ayuda; le juró obediencia eterna en cuerpo y alma, con tal de que el mismo le hiciera el favor de vengar su muerte en nosotros.

A esto, le lancé una prédica bastante larga, le retraté su infame vida con los más vivos colores y le mostré su funesto destino: cómo, al procurar matarme, se había convertido en su propio verdugo, mientras que yo había sido salvado por la mano de Dios. Concordia hizo lo suyo también con el mayor celo, mas al fin aludió a la verdadera penitencia y al reconocimiento de sus pecados; le dijo que, tal vez, la

misericordia de Dios se mostrase en la hora de su muerte, dándole gracia y perdón. Pero este bribón cerró con fuerza los ojos, rechinó los dientes y fue acometido por los más fuertes espasmos, de modo que le salió una horrenda espuma de la boca; tras esto, se quedó allí tirado en silencio hasta la llegada del día, cuando pidió con voz susurrante algo para beber. Le di un poco de nuestra mejor bebida, que consistía en jugo de palma. Lo tragó con avidez y, con una débil voz, comenzó a decir:

—¿Qué placer halláis en seguir torturándome de este modo, señor Albert? Ya que no tengo la menor posibilidad de volver a lastimaros, tened para conmigo la piedad de quitar estas dolorosas cuerdas de mis manos y pies; en ese caso, os haré una sincera confesión de mis monstruosos errores; tras esto, empero, me concederéis la estocada final, a modo de bien ganada paga por mi maldad. Y, así, terminarán mis penas corporales y de conciencia, pues tal cosa sería una venganza legítima para vos. Y yo lo tendré como una particular demostración de clemencia de parte de los hombres, pues ya no puedo esperar indulgencia ni piedad algunas de Dios, sino que sé, a ciencia cierta, que me quedaré por siempre en el reino del Diablo, a quien me he rendido ya hace muchos años.

Al pronunciar Lemelie estas últimas palabras, se nos pusieron los pelos de punta; mas después de que hube hecho a un lado y escondido todas las cosas que podían llegar a ser de peligro, liberé sus manos y pies de los penosos lazos y lo recosté, herido de muerte como se hallaba, sobre una manta. Esto alivió en algo sus dolores, pero no quería ni que le tocáramos ni le miráramos la herida; en cambio, nos dijo las siguientes palabras, a Concordia y a mí:

—Sabed —dijo— que procedo de una de las más prominentes estirpes de Francia, cuyo nombre no quiero decir, a causa de que he sido criado para verdadera afrenta de toda

virtud. A los dieciocho años, abusé de mi hermana carnal y, luego, como esto resultó de su agrado, tuve con ella una relación incestuosa que duró tres años. Tuvimos dos hijos bastardos, que yo mismo asesiné, y, luego, quemé, para formar una pila valiosa de cenizas. Mi padre y mi madre descubrieron, con el tiempo, nuestro monstruoso incesto y, también, se esforzaron por realizar un examen de nuestras vidas pero, como advertí todo a tiempo, ambos fueron enviados, en la misma noche, por medio de un veneno, al otro mundo. Luego, mi hermana y yo tuvimos la idea de ir, como marido y mujer, y con nombres cambiados, a España o a Inglaterra; mas una nueva prostituta, llena de lascivia, desvió por completo mi mermado deseo por mi hermana y lo condujo hacia ella. Es por esto, que mi hermana, que se vio engañada de este modo en su honor, con dinero, y en su conciencia, se mató, junto al tercer niño mío que llevaba en su vientre; mas antes dejó en el juzgado una confesión sincera, por escrito, de nuestros pecados y crímenes. Yo, por mi parte, apenas si tuve tiempo de fugarme del país con un disfraz y un nombre falso, junto con mi nueva ramera y varias cosas de valor.

En este punto, pareció como si la propia infame lengua de este hombre malvado se rehusara a seguir sirviéndolo, por lo que yo, a fin de darle nuevos bríos, le alcancé otro vaso de jugo de palma. Luego, prosiguió de este modo con su relato:

–Sé y me doy cuenta –dijo– que no podré morirme hasta que le haya contado, también, a los mortales la mayor parte de mi vergonzosa historia de vida. Una vez en Inglaterra, hacia donde me fugué con mi ramera, no solo la envenené a ella misma, a causa de su infidelidad, sino que, también, les quité la vida, de ese mismo modo, a otras diecinueve almas.

Entretanto, había alcanzado cierta cima de dicha en la corte inglesa; pero mi orgullo y mi desbocada lujuria

echaron por tierra, al poco tiempo, la edificación, es decir, mi dicha terrena, que, por lo demás, se erigía sobre un suelo impropio. De modo que, una vez más, con un disfraz y un nombre falso, tuve que salir de Inglaterra de manera muy pobre y miserable, en calidad de remero.

La suerte me condujo, de un modo muy particular, finalmente, hacia un buque corsario holandés y, de a poco, me fui convirtiendo en un hombre de mar bastante experto. No puedo contaros –porque me queda poco tiempo de vida– cómo es que, valiéndome de venenos, crímenes y otras tretas, fui ascendiendo hasta el puesto de capitán. La última tormenta, que fue tan fuerte como yo nunca había pasado, y que hubimos de soportar juntos, casi que me llevó al arrepentimiento por mis pecados, pero Satán, a quien hace ya varios años me he consagrado en cuerpo y alma, no me lo permitió en modo alguno; por el contrario, llenó mi corazón con maldades siempre renovadas.

En este punto, pidió otro trago de jugo, lo bebió y miró a Concordia fijamente a los ojos. Luego, dijo:

–¡Concordia! ¡Cuán digna de pena sois! Usad al Cielo como médico, a fin de que no vuelva yo a abrir de nuevo, con esta confesión que he de hacerles, la aún no cicatrizada herida de vuestro corazón: desde el primer minuto en que os vi, percibí vuestra belleza, e hice los más extremos planes para poder hacerme de vuestra persona y amor. Más de ocho veces, aún en el barco, busqué la oportunidad de envenenar a vuestro difunto esposo, pero como este solo rara vez bebía y comía sin vos, y vuestra vida, Concordia, me era muy preciada, mis preparativos fueron siempre en vano. En público, nunca me animé a entrar en conflicto con él, porque me di cuenta de que era superior a mí en valor, y la posibilidad de matarlo de forma alevosa no me pareció propicia durante mucho tiempo, pues temía que vos me odiaríais, a causa de ello, de por vida. Al fin, el Diablo y mi

maldito deseo, al ver ante mí la oportunidad, me dieron la idea de despeñar a vuestro esposo...

Al oír esta confesión, Concordia casi que se desmayó, pero el poco resto que quedaba de una cierta medicina balsámica, así como mis temerosas aunque vivas palabras, la revigorizaron. De forma tal que estuvo en condiciones de aguardar con bastante sosiego el desenlace de esta lamentable y espantosa historia. Así que Lemelie prosiguió:

—Vuestro esposo, Concordia, iba cantando una bella mañanada mientras ascendía el peñasco, cuando me vio hacia un lado, recostado en el suelo con mi escopeta, en posición de tiro. Se asustó mucho, si bien yo no le apuntaba a él, sino a un pájaro que se había posado en frente mío, y que se ahuyentó con su arribo. Pero el Diabolo me susurró entonces al oído que no debía dejar pasar esta bella oportunidad de matarlo; solo que yo fui más taimado que impetuoso. Arrojé mi escopeta al suelo, fui presuroso hacia él y lo abracé, y le dije: “Mi noble amigo, percibo una fea sospecha en vos, como si yo quisiera quitaros la vida. Os pido que, o bien la hagáis a un lado, o bien me disparéis ahora mismo. Pues, sin vuestra amistad, ¿de qué habría de servir mi triste vida en esta solitaria isla?”

Al decirle esto, Van Leuven me abrazó y me besó, me aseguró de su sincera y leal amistad, agrego aún algunas advertencias bienintencionadas, en vista de las cuales yo debería comportarme en lo futuro de modo más virtuoso y piadoso. Yo le prometí todo aquello que él deseaba oír y tener de mí; así que parecía como si, de golpe, fuésemos amigos íntimos. Mas, en medio de la más amistosa conversación, lo atraje sin que se diera cuenta a la cima más alta de la roca, bajo el pretexto de haber visto, a lo lejos, un barco; al llegar el alegre Van Leuven al lugar que, según yo me había dado cuenta, era el más peligroso, a fin de poder verlo él también, lo tiré de un solo empujón y, por cierto, hacia un sitio en el

que no podía sino matarse en el acto. Una vez que estuve del todo seguro de su muerte, regresé hacia ustedes temblando, pues no me podía sacar de la cabeza los versos de la maitinada de Van Leuven:

Si me tomas, Dios, en tus manos,
El final de mi vida, entonces,
Por más que sea rápido y nefasto,
Servirá de consuelo a los míos.

Hasta que el Diablo y mi obscuro deseo me dieron nuevos ánimos, y me dieron consejos respecto del comportamiento que debía adoptar en lo por venir. Pero –dijo, con una voz más quejumbrosa y ronca–, vosotros podéis dar más detallado y mejor testimonio de mis actos impudicos y deshonorosos que mi fatigoso relato. Y, señor Albert, a vos también os había jurado la muerte hace mucho, en tanto os mostrabais como un obstáculo para mi goce, y como alguien que no obedecería mis órdenes. Mas el destino ha decidido otra cosa, en la medida en que sois vos quien, si bien contra vuestra voluntad, me habéis herido de muerte. ¡Ay! ¡Poned, pues, fin a mi martirio mundano; vengad a vuestro amigo, y a vos mismo, y, dándome la estocada final, mandad mi pobre alma lo antes posible a la morada reservada para todos los demonios, pues un pecador como yo no puedo esperar ni la gracia ni la misericordia de Dios!

Al decir esto último, se quedó inmóvil. Concordia y yo, empero, hicimos a un lado nuestro dolor y procuramos, mediante las palabras más alentadoras, arrebatar el alma de Lemelie de las fauces del Diablo. Sin embargo, sus oídos se hallaban tapados, y antes de que pudiéramos advertirlo, se tajó el corazón dándose varias puñaladas con un cuchillo que aún tenía oculto entre sus ropas; y su alma, condenada –sin dudas– para siempre, expiró entre terribles bramidos.

A causa del miedo, el espanto y nuestra enorme aflicción, Concordia y yo no supimos, en un comienzo, qué decir o hacer; pero, tras algunas horas, cuando nuestros sentidos se hubieron ordenado un poco, arrastré el infame cuerpo, tomándolo por las piernas, hasta un sitio y lo enterré como a una bestia, pues la conducta de este hombre en vida había sido peor que la de una bestia.

Fue, por cierto, breve pero más que digna de asombro la infame historia de la vida, muerte y entierro de un hombre como este, que había sido una carga abominable e inútil para la tierra, pero una criatura tanto más útil para el Diablo. ¿Qué hombre, que abrigue aunque sea un poquito de virtud en su alma, no se va a asombrar ante tal escoria de todos los vicios, no va a abominar su ánimo ganado por lo diabólico? En cuanto a mí, podía decir que era afortunado, porque había escapado de sus golpes asesinos sin mayores daños, si bien es cierto que tuve, luego, que temer y padecer en medida suficiente, a causa de las heridas recibidas, que, a raíz del amargo trabajo del entierro de este desalmado, se habían inflamado.

A mi ahora única compañera en la desgracia, es decir, a Concordia, la encontré, al regresar, casi bañada en lágrimas. Yo era, pues, el único testigo de sus penas y conocía demasiado bien el origen de las mismas. Mas como sentía en mi alma, debido a su gran temor de Dios y otras virtudes, una fuerte compasión por su desdichado destino, y yo mismo participaba en buena medida del mismo, me resultó tanto más fácil acompañarla en sus penas y en sus lágrimas. De modo que ambos nos sumergimos en nuestra aflicción y pasamos todo el resto del día, y hasta la noche, sin comer ni beber, sino tan solo entre suspiros, llantos y lamentaciones. Al fin, cuando entré de nuevo en razón, como vi que con esta aflicción excesiva ni mejoraríamos ni empeoraríamos nuestro destino, pero sí podíamos incitar de ese modo aún

más a la ira al máximo poder, procuré templar el ánimo de Concordia, y el mío propio; y lo conseguí en la medida en que nos prometimos, el uno al otro, que cargaríamos al Cielo toda nuestra tristeza y, mediante el rezo diario y aplicado, y supeditándonos de forma verdadera a Dios, aguardaríamos lo que Él dispusiera aún para nosotros.

Luego, nos secamos las lágrimas de los ojos, nos mostramos valientes, comimos y bebimos y, tras rezar y cantar devotamente juntos, cada uno buscó su sitio para dormir, y, por cierto, ambos en el mismo cuarto. Concordia cayó en un dulce sueño, pero yo no pude pegar un ojo, a causa de mis heridas, que me dolían mucho, y que, a falta de un buen esparadrapo y de unguento, solo habían sido cubiertas y vendadas por un lienzo. Era ya casi de mañana cuando pude dormitar acaso una hora, pero entonces Concordia empezó a gemir y quejarse mucho, y yo pensé que se debía a una pesadilla. Por lo que, a fin de animarla dulcemente, me puse de pie; mas, en ese instante, ella misma se irguió de golpe y, al tiempo que las más grandes lágrimas corrían por sus mejillas, dijo:

—¡Ay, señor Albert! ¡Me hallo ahora en el peldaño más alto de mi miseria! ¡Oh, Cielo, apiádate de mi dolor! Sabes que, desde siempre, he odiado la impudicia y la impureza desde lo más hondo de mi alma y, en cambio, he valorado mi castidad como mi joya más preciada. Es cierto que me he dejado llevar por el excesivo amor hacia mi difunto esposo y que he huido con él de la casa de mis padres; pero ya me has castigado muy duro a causa de esto. No obstante, justo Cielo, no Te encolerices por mis irreflexivas palabras; ¿es que aún no ha sido suficiente? Castígame aquí de por vida, pero tan solo... Tan solo... No lo hagas por toda la eternidad.

Al decir esto, retorció con violencia sus manos y un sudor frío le cubrió todo el rostro; luego, gimió, gritó y se revolcó en su lecho como una pobre criatura.

Por el miedo y el espanto que sentí, y a causa de que no podía parar de temblar, no supe qué decir, o cómo comportarme; pues no podía sino pensar que, tal vez, Concordia, incluso antes de que amaneciera, se despediría de este mundo, dejándome, así, a mí solo en esta isla, como el hombre más miserable del mundo, sin otra compañía que la de los animales. Estos penosos pensamientos, junto a su dolorosa demostración, me conmovieron tanto, que caí de rodillas al suelo y apoyé mi rostro en él, y le grité con tanto ardor a Dios, que casi parecía como si quisiera obligar al Todopoderoso a apiadarse de Concordia y de mí.

Entretanto, ella se hallaba ahora en una calma total, por lo cual me levanté lleno de temor y esperanza en Dios, temiendo encontrarla desmayada o incluso muerta. No obstante, para mi gran consuelo, se la veía descansar con bastante alivio, aunque muy agotada; en eso, tomó y presionó mi mano y la apoyó contra su pecho, y, con el corazón palpitante, me dijo:

—Me parece, señor Albert, que tanto vuestra virtud como la mía serán puestas ante una dura prueba por la Providencia. Tenéis que saber, vos que sois mi único amigo y apoyo en este mundo, que estoy por dar a luz. Vuestro cariñoso rezo me ha proporcionado la mayor de las calmas; creo que solo por vuestra causa es que no moriré. Solo os pido que, por la misericordia de Dios, hagáis que, en mi estado actual, vuestra castidad, temor de Dios y otras virtudes triunfen sobre el deseo carnal, los pensamientos impúdicos, sí, sobre todos los esfuerzos que os tendré que pedir que hagáis, por necesidad. Pues estoy segura de que ninguna tentación exterior puede dañar, en modo alguno, nuestras castas almas, en la medida en que, en sí mismas, estas no están manchadas por el pecado.

A esto, puse mi mano izquierda sobre su pecho vestido y alcé mi derecha hacia lo alto, diciendo:

—Mi querida Concordia, os juro, en este acto, de veras que, por cierto, os estimo y quiero por sobre todas las demás mujeres del mundo y que, también, os tendría mucho aprecio y os querría si me volviera a hallar, con la ayuda de Dios, entre miles de mujeres y hombres; mas sabed que no os quiero en lo más mínimo con una intención lujuriosa sino, meramente, a causa de vuestras virtudes, y que, por lo demás, aborrezco intensamente toda excitación lúbrica del tipo del que nos mostró en su persona Lemelie. Por el contrario, juro que, en tanto estemos impelidos a vivir juntos, estaré a vuestro lado lealmente; y que si, contra lo esperado, surgiera en mí, en lo futuro, algún deseo de desposaros, lo reprimiré firmemente, para no importunaros. En cambio, me aplicaré en llevaros, junto con la mitad de los tesoros que tenemos guardados, allí a donde queráis ir, porque prefiero vivir toda mi vida como un insatisfecho soltero, antes que mancillar en lo más mínimo vuestro honor y vuestra virtud. Y, por lo demás, no querría tener que hacerme reproche alguno en mi conciencia. Así que confiad en mi promesa, para la que llamo aquí a Dios y a todos los ángeles de testigos; poneos de buen ánimo y alegraos. Que Dios os conceda un dichoso parto; fíaos, además, de mi ayuda fiel, no pongáis en riesgo vuestra salud con un innecesario y, tal vez, peligroso pudor. Más bien, confiad en vuestra virtuosa castidad, y en la mía, que han de quedar sin mácula en esta situación extrema. Tengo fe en que el Cielo nos ayudará a sobrepasar felizmente este momento y en que os mantendrá sana y alegre, para mi propio consuelo y soporte. Mandadme hacer, por ello, sin vergüenza alguna, lo que os sea útil en este trance; Dios sabrá aconsejarnos de la mejor manera en este difícil asunto en el que no tenemos experiencia.

Después de decirle esto, la casta mujer besó, por pura amistad, mi mano, me aseguró que confiaba completamente en mi honradez, y me pidió que encendiera un fuego

afuera, delante de la habitación, y que tuviera preparada agua fría y caliente, pues, con la ayuda de Dios, tenía la impresión de que el parto sería dentro de algunos instantes. Yo me apresuré a satisfacer su pedido en todo lo que me fuese humanamente posible. Empero, tan pronto como todo estuvo listo, y tenía yo la intención de volver a ver a mi pariturienta, la hallé en una condición del todo distinta, en la medida en que había tirado las colchas por todo el cuarto y se había sentado en medio del mismo, sobre un colchón. Había colocado la lámpara grande al lado, y delante suyo, entre dos cojines, tenía a su hijita recién nacida, que daba a entender con sus gritos que su llegada había sido dolorosa. La sorpresa y la alegría me dejaron pasmado; mas, ante el efusivo pedido de Concordia, tuve que hacer las veces, por primera vez en mi vida, de matrona, lo que también llevé a cabo felizmente, en la medida en que devolví a la pequeña y hermosa criatura, limpita y bella, a su madre.

Entretanto, se había hecho totalmente de día, por lo cual, tras llevar a Concordia a su lecho ordinario, y ver que aún tenía ella fuerzas suficientes, salí a cazar alguna presa, y a buscar algunas hierbas para aderezarla, dado que nuestra provisión de alimentos estaba casi totalmente extinta. Pero ella me pidió que esperara una hora más allí y, primero, cumplimentara lo más necesario, es decir, el santo bautismo de su pequeña hijita, pues no se sabía cuándo la muerte podía llevarse precipitadamente a una criatura tan tierna como esta. No pude sino conceder que esta previsión era muy importante. Así que, tras ponernos de acuerdo en buena medida acerca de cómo llevar a cabo esta acción sagrada y cristiana, ocupé yo el lugar de un pastor, bauticé a la niña según las indicaciones de las Sagradas Escrituras, y le puse el nombre de su madre: Concordia.

Tras esto, salí con mi escopeta, si bien dando tumbos, débil y agotado; y como, muy pronto, sobre nuestro dique

artificial, di con un ciervo bastante fuerte y gordo, hice a un lado, por esta vez, mi piedad habitual, y disparé, con la suerte de que le di en el pecho, de modo que cayó al suelo en el acto. Solo que me hizo transpirar mucho el trabajo de trasladar este gran animal. Mas como mi parturienta y yo mismo necesitábamos mucho de unas buenas sopas suculentas y otras comidas a base de sanas hierbas, cualquier trabajo se me hacía fácil. Y como no me anduve con rodeos, sino que dispuse todo de la forma más rápida y sin seguir las reglas del ahorro, para el mediodía ya había un nutritivo almuerzo listo, que Concordia y yo comimos con asombroso y extraordinario apetito.

*

—Ahora bien, mis amigos —dijo, en este punto, el patriarca Albert—, noto que esta noche me he detenido en el relato más largamente que otras veces, y que mis ojos, cansados, ansían ya el reposo.

De modo que, aquí, Albert se interrumpió, con la promesa de continuar la historia al día siguiente, tras nuestro regreso de la comarca de Johann; de modo que nos fuimos todos a acostar, después de la oración nocturna.

El sol, que volvió a salir alegrándolo todo, dio la señal habitual de que ya era hora de levantarse. Ni bien nos hubimos reunido todos, y tuvimos nuestra oración matinal, y desayunamos, iniciamos el viaje, de la manera habitual, hacia la comarca de Johann, a través del Gran Jardín y cruzando el puente sobre el Río del Oeste. Esta colonia estaba conformada por diez hogares, cuyos dueños, como se podía percibir, no estaban en nada por detrás de los habitantes de otras comarcas que, hasta el momento, habíamos visitado, en lo que respecta a buena administración. Tenían mejores campos que los de la comarca de Jacob,

pero no tantas vides; sí disponían, en cambio, a causa del Lago Grande, que estaba muy cerca, de la más excelente pesca; además, de una espléndida región de bosques, de abundante caza y cabras. También allí, los arroyos traían a menudo pepas de oro, de las que se nos regaló una gran cantidad. Aquí, tuvimos el regocijo de navegar por el Lago Grande, en unos bien contruidos botes, y, al mismo tiempo, de pescar con caña y con unas magníficas redes, las cuales habían sido tejidas con la fibra de ciertos árboles. Luego, recorrimos el bosque, escalamos la cima más alta de la roca y hallamos, allí, junto a una bien construida garita de vigilancia, dos piezas de artillería. A varios pasos de este sitio, vimos una gran cruz labrada en la roca, a la que se le había adosado una lápida de estaño, y en la que se leía lo siguiente:



En este desgraciado sitio,
el 11 de noviembre
del año 1646 después de Cristo,
el piadoso Karl Franz van Leuven
fue asesinado de manera alevosa,
al ser despeñado, miserablemente,
por el impío e infame de Lemelie.

Mas su alma
se halla sin lugar a dudas
en gracia con Dios.



Nos costó mucho que nuestro buen patriarca Albert nos concediera venir con nosotros también hasta este lugar; una vez allí, con todo, nos mostró el sitio en donde, hacía ya setenta y nueve años y algunos días, había hallado el cuerpo estropeado de su amigo. Nos quedamos boquiabiertos al apreciar el peligro en el que se había puesto al subirlo por las rocas. Más allá de esto, se había hecho allí mismo un camino que, si bien era muy estrecho, era cómodo, y llegaba hasta el mar. Bajamos por él, y en la bahía, hacia el sur, dimos con una embarcación bastante recia, en la que los insulanos solían ir a menudo hasta una pequeña isla que se hallaba a solo unas dos millas de Felsenburg, pero cuyo perímetro no era mucho mayor que cinco o seis millas alemanas y media.

Se decidió que, próximamente, repararíamos la embarcación y haríamos una viaje de paseo hacia dicha isleta, que Albert había denominado Pequeña Felsenburg. Mas, por esta vez, emprendimos el regreso a través de la comarca de Johann, les dimos a sus habitantes los usuales regalos, y fuimos, en cambio, agasajados por ellos con una sabrosa cena. A causa de que no habíamos almorzado realmente, esta nos vino de maravillas; luego, les agradecemos, nos despedimos y volvimos al Castillo de Albert, algo más tarde que de costumbre.

No obstante, como nadie se había quedado con ganas de comer, sino que concertamos conformarnos con algunas tasas de café y una pipa de tabaco, nuestro patriarca prosiguió, así las cosas, su relato, de la siguiente manera:

*

Ayer he contado cómo los dos pacientes devoramos, entonces, el almuerzo con mucho apetito; pero Concordia se sintió, tras esto, muy mal, y por la noche se afiebró mucho; y los cambiantes chuchos de frío y calor se prolongaron

durante toda la noche, por lo que, de veras, me dio miedo, de modo que, por largo tiempo, no sentí tan intensamente mis propios dolores como sí el estado de Concordia. En cuanto a medicinas: quedaban muy pocas; pero ¿cómo podía arriesgarme a darle una? Pues no tenía la más mínima idea o información de si ayudaría o dañaría con ello a mi paciente. Por cierto, había sido una importante omisión del señor Van Leuven el no haberse provisto de un mejor *stock* de medicinas; aunque bien puede ser que se hubieran echado a perder. En fin, pasé toda la noche sin saber qué hacer más que quedarme de rodillas al lado de Concordia, secándole el sudor frío del rostro y las manos, colocando, de tanto en tanto, hojas refrescantes sobre la frente y los brazos, y, sobre todo, implorándole al médico supremo su viva ayuda inmediata. Hacia la mañana había llegado a dormir, por cierto, al igual que yo, unas tres horas; sin embargo, antes del mediodía la fiebre anterior se hizo sentir mucho más intensamente. La pobre pequeña Concordia comenzó ahora a llorar, pienso que de hambre y sed, con lo cual redobló tristemente nuestras penas, pues no podía obtener de su madre ni una sola gota de líquido nutriente. Ya antes se me había ocurrido capturar algunas cabras lecheras, solo que estos animales se habían vuelto tan silvestres a causa de los frecuentes disparos que se mantenían siempre a entre veinte y cincuenta pasos de distancia. Es por eso que mis esfuerzos, que esta vez se prolongaron durante tres horas, fueron en vano. De modo que, a mi regreso, hallé a mis dos Concordias en un estado aún más miserable, puesto que, por su debilidad, casi no podían respirar. Así que no vi otro medio que darles algo de agua potable mezclada con jugo de palma; una vez que, de este modo, se hubieron reanimado un poco, el Cielo me hizo tener una ocurrencia aún más feliz. Volví a irme a toda prisa y traje una canastita llena de esas frutas parecidas a los damascos o guindas europeas,

aunque mucho más grandes; partí en dos el duro carozo, y a partir de su contenido, que superaba por mucho en amenidad y dulzura a las almendras dulces, y que, además, era mucho más sano, preparé una leche incomparablemente bella, así como una excelente legumbre: con ayuda de ambas pude revigorizar y alimentar sobremanera a la pequeña. En parte, por sus dolores y sufrimiento y, en parte, por alegría a causa de que yo hubiera encontrado algo de alimento para su hija, Concordia vertió las más cálidas lágrimas. Probó, a instancias mías, la sabrosa leche y la saboreó mucho; por mi parte, empero, no bien reparé en esto, hice a un lado todo trabajo secundario, y no hice más que traer esas frutas en grandes cantidades y abrir los carozos; sin embargo, no podía preparar leche más que para un día y una noche, porque la misma perdía en el curso de una noche el sabor y la fuerza.

De esta forma, no solo quedó totalmente satisfecha la niña sino que, después de cuatro días, la madre, para alegría de todos, estuvo en condiciones de amamantarla de su propio pecho; y, al sexto, día pudo dejar su lecho, fresca y sana, así como, en contra de mi consejo, realizar algún que otro trabajo. Le dimos las gracias, de corazón, al Todopoderoso, con rezos y cánticos, por su inmediata ayuda, y creímos hallarnos ya fuera de todo peligro. Pero ahora me tocó a mí el turno de enfermar, pues como no había podido atender la herida en mi cabeza tan bien como la del hombro, después de doce días, aquella se me puso tan mal que se me hinchó mucho, y un fortísimo calor interior me acometió todo el cuerpo de la manera más brutal.

Si mi atención durante la indisposición de Concordia fue preocupada y esmerada, debo reconocer, en cambio, que su pena pareció sobrepasar la mía, en la medida en que me cuidaba y atendía más que a sí misma y su hija. Mis heridas fueron lavadas con su leche y cubiertas con unos pañuelos

empapados en ella; por su parte, mi rostro, mis manos y pies los cubrió con hojas iguales a las que le habían servido tanto a ella, y trató de reanimarme con las más nutritivas comidas y bebidas que pudiera hallar. Mas todo esto no surtió efecto alguno en el lapso de diez días, sino que mi enfermedad parecía, más bien, agravarse antes que aliviarse. Concordia lo percibió, por más que yo fingía estar más fuerte de lo que en realidad me hallaba, por lo que ella casi muere de pena, a causa de su aflicción. Le pedía yo, insistentemente, que morigerara su inquietud, pues tenía una firme confianza en que Dios no me dejaría morir tan pronto. Mas ella no podía dejar para nada de lamentarse, suspirar y llorar; así que, a fin de que descansara por la noche, al menos un poco, me obligué a quedarme quieto y a hacer como si durmiera profundamente, por más que, a causa de los fuertes dolores que me atacaban muy a menudo, no eché, realmente, un ojo en cuarenta y ocho horas. Cuando, al fin, hacia la mañana, me hube adormecido plácidamente, soñé que don Cirilo de Valaro estaba sentado al lado de mi cama, que me tomaba la mano derecha haciendo un gesto amistoso, y me decía:

—¡Honrado Albert! Decidme por qué no exploráis mejor mis escritos, para vuestro propio bien; utilizad, pues, el jugo de esta hierba y raíz, que os muestro aquí en sueños, y que crece en abundancia en la entrada de la cueva; creedme que así, con certeza, Dios os mantendrá con vida y sanará vuestras heridas. Por lo demás, ponderad mis escritos, en lo por venir, con mayor detalle, pues os serán de muy excelente provecho, tanto a vos como a vuestros descendientes.

Me desperté de la gran alegría que sentí y estiré mi mano hacia la planta que, en mi pensamiento, don Cirilo me había mostrado, pero en seguida me di cuenta de que se había tratado de un sueño. Concordia me preguntó con ojos llorosos cómo estaba. Yo le pedí que se pusiera de buen ánimo,

porque Dios me habría de ayudar muy pronto, y no tuve reparos en contarle en detalle mi caviloso sueño. A esto, se secó en el acto sus lágrimas y dijo:

—Mi amigo, este no ha sido, por cierto, un mero sueño sino, sin dudas, una visión divina;⁶⁶ aquí tenéis los escritos de don Cirilo: miradlos con la mayor aplicación. Yo, entre tanto, recogeré todo tipo de hierbas; si entre ellas halláis la que recordáis haber visto en sueños, la utilizaremos como medicina, en nombre de Dios, para curaros.

Mi estado era bastante tolerable; por lo que, tras que Concordia me trajo a mi cama los escritos de don Cirilo, junto a una lámpara encendida, para luego irse de allí apresurada, hallé sin mucho esfuerzo las hojas en cuestión, a las que Van Leuven y yo habíamos prestado poca atención. Estaban en latín y bajo el siguiente título: “Registro de cómo y con qué medios he curado descomposturas y daños corporales que me acaecieron a menudo en mi penosa vida”, según me lo permitió saber mi no muy acabado conocimiento de la lengua latina. Allí, di con la forma, virtud y utilidad de una cierta hierba medicinal. Se describía con mucha autenticidad y detalle una ocasión en que se le había caído a don Cirilo una madera en la cabeza, y otra, en la que se había lastimado, peligrosamente, la pierna con el hacha, así como muchos otros accidentes. De

66 Es posible conjeturar que Schnabel retoma aquí una muy larga tradición de sueños proféticos, reveladores y/o escatológicos, que se remonta, al menos, hasta Platón. Sin dudas, el famoso *somnium scipionis* (sueño de Escipión) que se halla en el libro VI del tratado *Sobre la República* (55-51 a. C.), de Marco Tulio Cicerón, merece ser tenido en cuenta en este contexto. Escipión Emiliano cuenta allí la aparición, en un sueño, de su abuelo Escipión Africano, quien desde el cielo le habla del cuerpo como prisión del alma y le revela que, tras diversos éxitos militares, a su regreso a Roma, hallará la ciudad revuelta, por lo que le será necesaria la luz del alma, de la inteligencia y de la prudencia, para fundar el bien común. Además, el Africano le muestra el universo como un todo armónico dividido en nueve esferas y, para incitarlo a ser un gobernante justo y piadoso, le explica que las almas de quienes han servido a su patria habitan la Vía Láctea, presididas por el dios soberano.

forma tal que casi que no cabían dudas de que debía tratarse de la misma hierba y raíz que me había mostrado en el sueño. En medio de tales cavilaciones, llegó Concordia con un delantal lleno de hierbas de distinto tipo y forma; tras revolver un poco, pronto encontré aquella que don Cirilo había descrito por escrito y que me había mostrado en el sueño. De modo que la preparamos, junto con la raíz, según su prescripción; además, hicimos un emplaste con algo de cera, betún y grasa de ciervo; vendamos con este mis heridas, y colocamos la apisonada hierba y su raíz no solo en mi rostro, sino sobre casi todo el cuerpo, tras lo cual mis achaques desaparecieron casi completamente en el curso de cuatro o cinco días. Y, pasadas dos semanas, me hallé del todo curado y sano.

Tanto Concordia como yo habíamos llegado a conocer ahora, realmente, cuán noble e importante es la salud. Tras cantar y rezar, por ello, nuestro *Tedeum laudamus*,⁶⁷ nos pusimos de acuerdo respecto de qué trabajos debíamos llevar a cabo a diario en lo por venir, a fin de arreglar nuestra pequeña economía y de que, en caso de necesidad, pudiéramos tener a mano todo lo que necesitáramos. Seguir habitando la cueva subterránea, aunque fuese muy cómoda, era algo que no le agradaba para nada a Concordia; es por ello que comencé a construir arriba, en la colina, junto a la bella glorieta, una cómoda casita y una pequeña cocina, y también a cavar un sótano, en el que poder guarecer del calor nuestras bebidas, así como la carne fresca y otras cosas. Además, en un sitio apartado, fui haciendo, de a poco, después del trabajo, una cómoda cuna para la pequeña hija; y, si bien no era esta demasiado fina, mi compañera, a la que se la llevé de forma inesperada, mostró una enorme alegría. Y no la hubiera cambiado por el más grande terrón de oro,

67 "Te alabamos, señor".

pues a la niña le gusto tanto ser acunada, que a nosotros también nos hizo felices.

Nuestra provisión de cereales, que habíamos recogido en esta isla de las plantas silvestres, consistía en tres onzas llenas de granos europeos: una de trigo, cuatro de cebada y dos bolsas bastante grandes de arroz; con el arroz hicimos harina, que colamos, para así alimentar a la niña (si bien guardamos una de las bolsas, junto a los demás cereales, para sembrar). Además de todo esto, teníamos dos onzas de guisantes, aunque, por lo demás, ningún otro fruto conocido; sí, en cambio, muchos desconocidos, que, a falta de pan, fuimos aprendiendo poco a poco a usar como alimento. Solo que sus nombres (plátano, raíz de ñame, batata, banana, entre otros), junto a su uso apropiado, los aprendimos recién después de muchos años, gracias a Robert Hülter, quien habría de ser el esposo de la pequeña Concordia.

Entretanto, cada mañana empleaba yo las primeras tres horas, y lo mismo hacia la noche, en la labranza de mi campo de cultivo, que emplacé en la zona donde ahora se halla el Gran Jardín, pues la consideré la más apropiada para ello, a causa de su cercanía y de que se hallaba al amparo de los animales silvestres. Las restantes horas del día, salvo las del mediodía, las de mayor calor, que yo empleaba para leer y anotar todas las cosas que nos acontecían, las usaba en otro pasatiempo: cerqué algunos pequeños sitios y encerré allí algunas cabras que apresé con astucia, junto con algunos otros animales de corta edad. Concordia los alimentaba y les daba de beber a diario con el mayor regocijo, por lo que fue domesticando, así, de a poco, a las cabras lecheras, y estas empezaron a dejar, de buena voluntad, que les sacáramos la leche, que no solo usamos como alimento para la pequeña y nosotros dos: pronto también pudimos preparar con ella una considerable provisión de manteca y queso, gracias a que en el lapso de un mes había atrapado yo unas

treinta cabras –de las cuales veinte eran lecheras–, además de nueve animales jóvenes.

Nos regocijábamos, muy en especial, al pensar en nuestras próximas siembra y cosecha, pues las ganas de comer un auténtico pan eran enormes; sin embargo, mientras tanto, usábamos en su lugar, a menudo, el hígado cocido de nuestras presas, que degustábamos sobremanera junto con nuestro queso y nuestra manteca.

De este modo, pasamos los meses más cálidos del verano bastante alegremente, excepción hecha de los momentos en que las desgracias que habíamos sufrido evocaban tristes recuerdos en nosotros. No obstante, siempre intentábamos ocultar estos sentimientos, en la medida de lo posible, para no afligir al otro y no volver a abrir las heridas en nuestro corazón, que ya habían cicatrizado un poco, o sea, para no amargar nuestra vida solitaria o sentirnos como personas que se sublevan contra el destino o los castigos de Dios.

El bondadoso Cielo nos regaló, entretanto, un agradable pasatiempo con la cosecha de la vid, en la medida en que, sin contar las uvas que consumíamos a diario en gran cantidad, contra todo lo previsto, exprimimos unas doscientos jarras de mosto, y pudimos recolectar dos bolsas, bastante grandes, llenas de uvas desecadas, lo cual constituyó por cierto algo maravilloso para nuestra economía. Nuestros súbditos, los monos, parecieron enojarse mucho por esto, pues, a causa de que quizás ellos mismos eran grandes amantes de esta noble fruta, habían hecho, por frivolidad, muchos destrozos; mas como yo les había disparado ciegamente con la escopeta varias veces, se habían vuelto bastante obedientes y temerosos.⁶⁸

68 La domesticación de los monos por parte de Albert, de la que se habla largamente a partir de este punto, representa una ingeniosa respuesta al interrogante –presente en toda utopía– de quién ha de realizar los trabajos más arduos. Desde los esclavos, en Platón, hasta los robots o las máquinas en las utopías contemporáneas, las propuestas han sido muy variadas a lo largo de la historia.

No sé bien cómo fue, pero, cierto día, Concordia se encontró con un mono de mediano tamaño que estaba tirado debajo de un árbol, con su pierna trasera quebrada, y que se quejaba de dolor. A causa de su ánimo naturalmente compasivo –y por más que estos animales no eran especialmente de su agrado–, le hizo todo tipo de caricias a este accidentado, vendó su pierna rota con un pañuelo e, incluso, acostó a este pobre paciente en su regazo, y se quedó sentada tanto tiempo hasta que yo llegué al lugar y ella me contó todo lo acaecido. De modo que llevamos al mono hasta nuestra casa, vendamos su pierna con un emplaste, una ripia y cintas, y lo acostamos sobre un cómodo lecho, cubriendo su cuerpo con una de nuestras mejores colchas, y retornamos a nuestros trabajos. Hacia el mediodía, empero, cuando volvimos, me asusté en un comienzo, en cierta medida, pues me topé con dos monos adultos, que, sin dudas, eran los padres del paciente y se hallaban al lado de este. En un principio, no supe si debía confiar en ellos o no. Mas, como se mostraron sobremanera afligidos y sumisos, me acerqué, acaricié con suavidad la cabeza del paciente, revisé su pierna y me di cuenta de que se había quedado recostado sin moverse, razón por la cual recibió más caricias de mi parte y fue alimentado con varias frutas sabrosas. Los dos adultos, así como el mismo paciente, me hicieron sentir su gratitud lamiéndome las manos; acariciaron, además, con gran cuidado, mis ropas y pies, y se mostraron en lo demás tan sumisos y listos, que solo eché de menos el hecho de que no pudieran hablar. Concordia también se nos sumó y se regocijó mucho con el candor de estos irracionales animales; el pequeño alzó su mano hacia ella, de modo que pareció como si quisiera darle la bienvenida, y cuando se le acercó, él la aduló lamiéndole las manos y haciéndole otras caricias de un modo tan cortés que era divertido de ver. A esto, los dos adultos se fueron corriendo pero, hacia

la tarde, volvieron y nos trajeron, como regalo, dos grandes nueces, cada una de las cuales pesaba entre cinco y seis libras. Por medio de unas piedras, rompieron las mismas con mucho cuidado, de modo tal que no se trocearon las semillas, que nos mostraron de una manera realmente amorosa, alegrándose, por lo demás, al ver nuestro asombro y que valorábamos su ameno carácter. No sabía yo, por aquel entonces, que estos frutos se llamaban cocos, sino que lo aprendí después, gracias a Robert Hülter; mas su excelencia me deslumbró tanto que seguí a hurtadillas a los dos monos adultos, hasta llegar al sitio en el cual, en una pequeña área, había entre quince y dieciocho árboles con estos tales frutos. No obstante, ni Concordia ni yo fuimos tan golosos como para devorarlos todos, sino que plantamos muchos en varios sitios distintos: de ahí que puedan hallarse en esta isla varios miles de cocoteros, lo cual es, por cierto, de gran utilidad y valor. Pero, volviendo a nuestros monos, debo contar aún que, por más que en el curso de cinco o seis semanas el paciente se había curado completa, recta y felizmente, ni este ni los dos más adultos quisieron separarse de nosotros, sino que, por el contrario, trajeron incluso a otros dos, jóvenes. De modo que estos cinco monos se separaron totalmente de sus congéneres y, por lo tanto, parecía como si realmente fueran de la casa.

Los tres adultos no nos implicaban fastidio ni daño alguno, pues todo lo que hacíamos, ellos lo remedaban y, de a poco, además, se nos fueron volviendo muy útiles, pues nos traían grandes cantidades de los más excelentes frutos, con tal de que les colgáramos unas bolsas que habíamos hecho para ello; por lo demás, cargaban a menudo, desde lugares distantes, la madera que yo partía en pedazos pequeños y la llevaban hasta la cocina; a veces, además, arrullaban a nuestra niña, traían recipientes con agua... En suma: sin quejarse en lo más mínimo, hacían

casi todo los trabajos que nosotros realizábamos y que les enseñamos a realizar, de modo que estos criados, que, además, se alimentaban por sí mismos, no solo nos aliviaban mucho el trabajo, sino que, además, nos hacían pasar algunas horas de diversión con sus cómicas bromas. Tan solo los dos más pequeños provocaban a veces, por ligereza, algún daño o desorden; pero como, con el mayor de los asombros, nos dimos cuenta de que, a causa de ello, eran censurados por los dos mayores con ademanes y gritos de manera harto categórica e incluso, a menudo, recibían una golpiza, muy rara vez nos la tomábamos con ellos. Si esto, con todo, llegaba a suceder, se humillaban como los tiernos perros, sin que por ello, empero, pudiera percibirse en los adultos la menor agitación.

Más allá de todo, yo sentía una secreta desconfianza por estos compañeros semiracionales que se mostraban tan fieles; es por ello que construí para los mismos un establo espacioso y firme, provisto con una resistente puerta. Para cada uno de los monos hice un cómodo lecho, junto a una mesa, bancos, y todo tipo de juegos. Y encerré a nuestros criados ahí dentro, no solo durante la noche, sino también cuando, siendo de día, así lo queríamos.

Entretanto, como me di cuenta de que el sol, junto con sus calientes rayos, se apartaba ya, en cierta medida, de nosotros y empezamos a tener más tiempo lluvioso que antes, labré, con la leal ayuda de Concordia, nuestro campo, siguiendo las indicaciones de don Cirilo, de la manera más esmerada, y reservé, por las dudas, en caso de que todo se llegara a perder, algunos pocos granos de todo tipo. En cuanto a arroz, sin embargo, del que había sembrados dos grandes campos, guardamos casi dos fanegas enteras.

A todo esto, nos pareció aconsejable prepararnos para el invierno, así que cacé algunas presas, que salamos, así como también salé la carne de una cabra que sacrificamos,

en todo lo cual, tanto los monos adultos como los jóvenes nos ayudaron mucho, en la medida en que hubieron de llevar en sus espaldas la sal excavada de los montes de sal en la comarca de Stephan hasta nuestra cueva subterránea. Además, juntamos y apilamos un gran montón de leña, erigimos una chimenea en nuestra casa en la colina, agregamos aún a los frutos, que ya habíamos recolectado, muchas hierbas y raíces que, en parte, fueron hechas conservas y, en parte, cubrimos con arena. Así que, para decirlo en pocas palabras, dispusimos todo como si hubiéramos de esperar el más duro invierno en Holanda o algún otro país aún más frío.

Pero nuestras muchas previsiones, grandes esfuerzos y temerosas ideas resultaron, si no totalmente, en su mayor parte, en vano. Pues nuestro otoño, que se parecía casi al verano holandés, apenas había terminado, cuando se inició un tal invierno que bien podría llamarse un otoño cálido y agradable; a menudo, por cierto, había bastante niebla y llovía, pero de frío penetrante, nieve o hielo no tuvimos casi nada. El suelo se mantuvo siempre verde, y las grandes montañas de heno que habíamos juntado con la buena de Concordia no sirvieron sino para dárselas más tarde a los monos, a fin de que jugaran en ellas, por más que (al igual que un montón de hojas secas) estaban, originalmente, destinadas como alimento invernal para nuestro ganado encerrado en el establo. Por suerte, nuestra siembra había brotado maravillosamente y la mayoría de los árboles apenas si cambiaron su forma, y aquellos que perdieron sus hojas nunca llegaron a quedar completamente pelados, pues ya brotaban en ellos nuevas hojas y flores. Así que llegó de nuevo la primavera mientras aún esperábamos el invierno, razón por la cual reconocimos y alabamos con azorado asombro la maravillosa mano de Dios en esta bella región.

Para nosotros se trató, de hecho, de un cambio fenomenal, en la medida en que habíamos festejado la sagrada Navidad casi en medio del verano, las Pascuas en otoño, pocas semanas después de la vendimia, y Pentecostés en el así llamado invierno. Pero como en mis años escolares había aprendido algo en los mapas y el globo terráqueo, y asimismo entre los pocos mapas y libros que había dejado Van Leuven, hallé algunas cosas que agudizaron bastante mi natural entendimiento, no solo pude adaptarme a esta modificación sino que instruí a Concordia al respecto y preví con varios años de adelanto mis diarios y calendarios, a fin de saber cómo manejarnos con el tiempo y celebrar nuestros cultos de igual manera que los otros cristianos a lo largo del ancho mundo.

No puedo dejar de aludir aquí al hecho de que, con la venia de Concordia, ya en el primer calendario que confeccioné, relativo al año 1647, marqué tres días festivos, de oración y ayuno. Primero, el 10 de septiembre, día en que habíamos llegado a esta bella isla, y en el que, por ello, debíamos darle las debidas gracias a Dios por el modo tan particular en que nos había mantenido con vida, tanto en la tormenta como en la enfermedad y otros infortunios. Por otro lado, el 11 de noviembre, en que debíamos condolernos anualmente por la lamentable pérdida de nuestro querido Van Leuven. Y, en tercer lugar, el 11 de diciembre, que se fijó a causa del feliz parto de Concordia, la liberación de la infamia asesina de Lemelie y el restablecimiento de la salud de ambos. Estos tres días festivos, de oración y ayuno, junto a otros especiales que fui agregando en aras de la conmemoración, han sido festejados hasta el día de hoy por mí y por los míos sin interrupción, y vosotros, mis queridos, seréis testigos de ello el martes dentro de dos semanas, pues ese día cae el 11 de diciembre.

No obstante, retorno a la historia de 1647, y recuerdo que con la nueva primavera, por así decir, revivimos, en tanto

nos veíamos liberados de las molestas penurias invernales aquí en la isla.

Si bien ahora no nos faltaba nada ni en cuanto a alimentos ni en cuanto a otras necesidades y comodidades, yo no podía estarme ocioso, sino que instalé un amplio huerto y planté en él distintas plantas y raíces que, en parte, a partir de la descripción de don Cirilo y, en parte, por propia experiencia, me habían parecido ser las más agradables y útiles, a fin de tenerlas a disposición cuando lo necesitáramos. Además, me apliqué mucho a los injertos y trasplante de árboles jóvenes, arreglé las vides, hice varios estanques, donde puse todo tipo de peces, a fin de poder sacar de allí alguno, tan pronto como tuviéramos ganas; erigí cobertizos y establos para las presas que atrapara y para las cabras; hice para los animales unos comederos de madera, así como unos pequeños canales de agua y saleros. En pocas palabras: me conduje como un dueño de casa que se disponía a quedarse de por vida en esta isla.

Entretanto, por más que Concordia no podía ayudarme mucho en todas estas tareas, ella no estaba nunca ociosa en la casa, sino que cosía para ella, la hijita y para mí todo tipo de ropas útiles, pues en los toneles que habían quedado encallados en los bancos de arena habíamos hallado tal cantidad de paños, trastos de seda y lienzos, que podíamos confeccionar toda la ropa que necesitáramos nosotros y veinte personas más durante toda la vida. Muchos de los paños y trastos de seda se habían desteñido bastante a causa del agua salada, sin embargo, como habíamos secado todo al sol, oportunamente, no habían perdido mucha resistencia, y no nos preocupábamos mucho por la belleza, pues Concordia empleó en primer término las peores piezas, a fin de guardar lo mejor para tiempos futuros y, en cuanto a la moda, no teníamos nada que reprocharnos.

Nuestros sembradíos florecieron a tiempo según lo deseado, de modo tal que tuvimos en ello una particular alegría; solo que los monos salvajes acostumbraban a ir por allí, se peleaban ahí dentro y provocaban muchos destrozos. Pero cuando nuestros monos domésticos se dieron cuenta de que esto me enfadaba mucho, ya que perseguía a tales ladrones con piedras y palos, estaban siempre en guardia, y se pusieron de acuerdo para echar a sus propios parientes y camaradas arrojándoles piedras. Estos cedieron en un comienzo, por cierto, varias veces; mas, un día, regresaron en un grupo de veinte, e iniciaron una verdadera guerra con nuestros fieles criados. Yo vi esto desde lejos, corrí presuroso hacia la casa y tomé dos escopetas cargadas. Volví y me puse más cerca del campo de batalla, donde advertí que uno de los nuestros, que llevaban collares rojos, yacía muy mal herido en el piso. Es por ello que hice fuego dos veces seguidas y maté, así, a tres enemigos, por lo cual todo el partido hostil se dio a la fuga; mis cuatro vencedores indemnes regresaron hacia mí y me trajeron, haciendo ademanes de tristeza, al mono adulto, que murió a causa de su herida en la cabeza incluso antes de que llegáramos a la casa.

Era la hembra adulta, y no puedo decirles cuanta pena mostraron por ello el viudo y los presuntos hijos. Yo me dirigí a nuestra casa, le conté a Concordia lo que había sucedido y ella tomó conmigo una herramienta para cavar una fosa en la que enterrar heroicamente a la difunta mona; solo que, al llegar al sitio indicado, no hallamos a nadie, sino que, a lo lejos, vimos cómo su cuerpo era arrojado por los cuatro dolientes al Río del Oeste, por lo que volvimos a casa y, poco después, vimos a los cuatro criados que nos quedaban dirigirse muy afligidos a su establo, en donde se quedaron recostados casi cuarenta y ocho horas sin comer ni beber. Luego, empero, salieron de nuevo muy alegres y, tras comer y beber con bravura, retornaron a sus anteriores

labores. Este suceso me fastidió tanto que perseguí a diario a los monos salvajes a fuego y espada y, en el lapso de un mes, los expulsé al bosque que está detrás del Lago Grande, de modo que ni uno solo de ellos volvió a dejarse ver en nuestra región, con lo cual pudimos vivir tranquilos junto con nuestros criados. El viudo, empero, se perdió a los pocos días; mas regresó con nosotros seis semanas más tarde, en compañía de una joven esposa, y puso el más gracioso empeño hasta que esta se hubo habituado a nuestro orden doméstico. De modo tal que, con el tiempo, llegamos a conocerla tan bien como a la fallecida y no tuvimos reparo alguno en colocarle un collar rojo en señal de gracia.

Así, había transcurrido ya un año entero de estadía en esta isla, razón por la cual tuvimos el primer día festivo, de oración y ayuno; el otro, nuestro día de duelo, también pasó; y debo conceder que, como casi no teníamos trabajo para hacer, nuestro ánimo se hallaba deprimido por la renovada pena. A fin de reanimarnos un poco, íbamos con Concordia –que llevaba a su hija en su tapado– casi a diario a pasear, a través del paso bajo las rocas, al mar, tras varios meses sin estar allí. He aquí que, cierto día, con no poco asombro, vimos que las olas nos habían traído una gran provisión de todo tipo de cosas embaladas, así como los restos de un barco. En el acto tuve la intención de llevarlo todo hacia la isla, solo que, de golpe, divisé, a cierta lejanía, un barco que pasaba por allí y perdí toda compostura; mas, tan pronto como mi ánimo se hubo repuesto un poco, empecé a gritar, a disparar, y a hacer señas con un pañuelo. Me tomé tal molestia penosa, aunque inútil, hasta que, hacia el atardecer, tanto el barco como el sol se perdieron de nuestra vista, de modo que, por mi parte, volví totalmente fastidiado y afligido; y, perdido en mis confusos pensamientos, no intercambié palabra alguna en el camino con Concordia, hasta que llegamos de nuevo a nuestra casa, en

cuya puerta los cinco monos se habían parapetado a modo de guardias.

Concordia preparó la cena, comimos y luego tuvimos una conversación a partir de la cual yo percibí que el barco que había pasado por allí la preocupaba poco y nada, y que, incluso, mostraba mayor deseo de morir en esta isla que de ponerse bajo el amparo de hombres desconocidos y, quizás, bárbaros. Yo tenía a bien, por cierto, tales ideas, pues era ella una mujer y, en tanto tal, era temerosa y débil y, además, a causa de su infortunado destino, sentía repugnancia por todo ulterior deleite. Mas a mí me ocurría algo muy distinto. ¿Y por qué he de negar mis afectos naturales de entonces? Yo era un joven fuerte de casi veinte años que poseía dinero, oro, piedras preciosas y otros bienes en la mayor abundancia, y que, por lo tanto, podía proveer bien a una mujer; solo que a Concordia le había hecho un juramento de no fastidiarla descubriéndole mi deseo amoroso. Más allá de esto, percibía los más fuertes indicios de que ella aún amaba a su difunto esposo; y aguardar a la pequeña Concordia me parecía demasiado fatigoso, por más que era un fiel retrato de su bella madre. ¿Quién podrá, pues, pensar mal de mí por fijar tanto mi anhelo en llegar a estar en compañía de otras personas honradas, y de tener una buena posición entre ellas y tomar para mí una virtuosa esposa?

A raíz de esto perdí, por entonces, casi todo deseo de trabajar, y solo hacía lo imprescindible, y, por así decir, casi que me obligaba a ello; en cambio, pasaba la mayor parte del día en la cima del risco que está hacia el norte. Encendía allí un fuego, que debía echar mucho humo durante el día y arder brillantemente por la noche, a fin de que algún barco que pasara por ahí se sintiera atraído a atracar aquí; dirigía además, constantemente, mis ojos hacia el mar abierto y, a modo de pasatiempo, trataba de aprender por mí mismo a tocar alguna canción con la cítara de Lemelie,

lo cual conseguí hacer, de modo tal que en poco tiempo pude tocar al mismo tiempo, de forma armoniosa, todo aquello que sabía cantar.

Concordia se turbó y apenó en gran medida a causa de tal conducta mía. Pero a mí me resultaba imposible desterrar mi nostalgia, y mucho menos pensaba en revelarle mis pensamientos a ella; de modo que vivíamos ambos con uno secreto descontento y un encubierto pesar, si bien teníamos, como siempre, el trato amistoso más respetuoso y virtuoso, sin que ninguno de los dos llegara a inquirir qué sentimientos albergaba el otro en su corazón. Entretanto, había llegado la época de cosecha y nuestro cereal estaba del todo maduro. Por lo que nos pusimos en acción, lo segamos y lo cargamos en seguida, con ayuda de nuestros leales monos, en grandes montones. Ellos mismos tuvieron que ayudarnos aplicadamente a trillar, pero, aunque pasó mucho tiempo hasta que pudimos echar los granos pelados en bolsas, luego hice la cuenta de que en esta, nuestra primera cosecha, obtuvimos alrededor de treinta y cinco fanegas de arroz, entre diez y once de maíz, tres de trigo, de doce a catorce de cebada, y cuatro de guisantes.

No importaba lo grande que fuera esta cosecha ni cuán obligados nos sintiéramos a agradecer, debidamente, a quien nos la había proporcionado... Aun así, no podía aminsonar la destemplada nostalgia por aquello que ya había echado raíces en mi corazón, sino que volví a hallarme una y otra vez caviloso, y las palabras y opiniones cariñosas, amistosas y, no obstante, virtuosas de Concordia tan solo, al parecer, hacían más peligroso mi estado. Sin embargo, me mantuve en la convicción de atenerme de manera inquebrantable a mi juramento, y antes morir que descubrirle mi casto amor por su bella persona.

Para este mismo tiempo hubimos de pasar, entretanto, un susto horrendo: un día, nos hallábamos junto a los monos

ocupados en apisonar algo de maíz para hacer una prueba de harina y Concordia se dirigió a la casa a fin de mirar a la niña, a la que habíamos dejado durmiendo en su cuna, pero al cabo volvió corriendo y a los gritos, y me informó que la niña no estaba más ahí, que había sido robada de la cuna, pues había hallado abierta la puerta, que llevaba puesto un candado de madera por seguridad. Por lo demás, no faltaba nada en la casa: tan solo la niña y su ropa. Mi asombro a causa de esto fue también inexpresable; fui yo mismo con ella corriendo y vi que, lamentablemente, lo que me decía acerca de esta cara pérdida era cierto. Nos agarramos la cabeza y nos mostramos, por decirlo brevemente, como personas desesperadas: lloriqueábamos, gritábamos y llamábamos a la niña por su nombre. Pero no se oía respuesta alguna; la empeñosa búsqueda por sobre y alrededor de la colina de nuestra casa, que duró casi tres horas, fue en vano. Mas, finalmente, al ver, a lo lejos, que la cima de un gran montón de heno se movía, llegué de pronto a pensar que quizás uno de los monos más jóvenes había llevado a la hijita allí y, tras subir a una escalera que coloqué en el sitio, vi que no me engañaba. Pues la chica y el mono, mientras comían una fruta fresca, se hacían todo tipo de graciosas bufonadas. No obstante, cuando el exasperado animal me hubo advertido, tomó a la niña entre sus manos y se deslizó con ella hacia abajo por el otro lado del montículo, a lo que yo, a causa del susto, casi que me caí de la escalera; pero todo terminó de manera feliz. Ya que, al mirar en torno mío, vi que el ladrón de niños se dirigía a toda prisa con su botín hacia nuestra casa, donde lo hallé, así como a la piadosa niña, a la que aquel había desvestido y vestido con toda habilidad, poniéndola en su cuna y sentándose a un costado. Al fin, la hamacaba tan seriamente como si nada hubiera pasado.

En parte, por alegría, y en parte, por rabia contra este bribón, no sabía qué debía hacer; mas entretanto llegó

Concordia, que también había visto toda esta comedia desde lejos, temblorosa y amedrentada, en la medida en que no creía sino que la niña había sufrido una desgracia o daño; pero cuando la revisó y no solo la halló sana y salva, sino, además, de un extraordinario buen humor, nos dimos, al fin, por satisfechos. Y, si bien yo había resuelto que este mono frívolo debía pagar su fechoría con su vida, Concordia, por piedad, no me lo concedió, sino que me pidió que lo cambiara por un duro castigo físico, y así lo hice, ya que lo fustigué con una gran férula de tal modo que por varios días no pudo moverse, lo cual dio como resultado que en lo futuro abandonó casi por completo sus alevosas bromas.

De allí en más pareció como si la pequeña Concordia, a la que, por cierto, siempre habíamos querido de corazón, nos resultara aún más querible; además, empezó a caminar sola y a balbucear distintas palabras de una manera agradable; sí, esta niña era, incluso, capaz de cortar, en gran medida, miangoja interior, si bien no de abolirla del todo.

Después de que hubimos colado una cantidad considerable de harina de centeno, de arroz y de trigo, y luego de que la alistamos para hornearla –yo había construido también un pequeño horno, en el que se podían cocer de una vez entre diez y doce panes de tres a cuatro libras–, para nuestro mayor regocijo y alegría, Concordia salió airosa de su primera prueba de panadería; de modo que no podíamos cansarnos de observar y de comer esta inmejorable comida, que no nos habíamos llevado a la boca en más de un año. Sin embargo, yo volví a caer en mi acostumbrada melancolía y dejé de hacer muchos trabajos que, de lo contrario, habría emprendido con gusto. En cambio, en las horas de la tarde, tomaba mi escopeta y mi cítara y ascendía a la cima del Risco del Norte, haciendo uso de un sendero seguro que yo mismo había labrado para llegar hasta allí.

El santo día de Reyes de 1648, al mediodía, después de rezar, me hallaba dispuesto a subir hacia allí una vez más, pero Concordia, que lo advirtió, me dijo, sonriendo:

– Señor Albert, noto que deseáis salir de paseo; no me lo toméis a mal si os pido que llevéis con vos a vuestra pequeña hija adoptiva, pues quiero hacer un pequeño y necesario trabajo en el que no deseo ser molestada por ella; decidme, eso sí, dónde podré encontraros hacia la tarde, a fin de poder ir yo misma hasta allí y traerla conmigo de regreso.

Accedí a su pedido con el mayor placer, tomé del brazo a mi pequeño amorcito, que se sentía igual de a gusto conmigo que con su mamá, me hice de una botella de jugo de palma y de algo de la torta de Navidad que había sobrado, me colgué mi cítara y la escopeta a las espaldas, y así cargado, ascendí el Risco del Norte. Una vez allí, le di a la niña unas bagatelas para que jugara, apoyé mi cabeza en uno de mis brazos, miré hacia el mar y quedé absorto, largo tiempo, en mis intranquilos pensamientos a causa de mi destino. Al fin, tomé la cítara y canté varias canciones que había compuesto, en parte, para sacar afuera mis lamentaciones y, en parte, para calmar mi ánimo. Pero como mi pequeña dulce se quedó plácidamente dormida con esta música, hice a un lado la cítara, para no molestarla, tomé lápiz y papel de mi mochila y compuse una nueva canción para mí, cuyo contenido es el que sigue:

1

¡Ay! Si tan solo no hubiera visto barco alguno
Habría permanecido más tiempo tranquilo.

 Mi desdicha lo ha enviado hacia aquí

 Y, para mi desgracia, lo volvió a alejar.

 Oh, destino, ¿no has de compadecerte ya

 De un rico pobre y libre esclavo?

2

¿Ha de morir en esta soledad
 La mejor fuerza de mi juventud?
 ¿Es esta la propiedad de la castidad?
 ¿Acaso la virtud misma quiere arruinarme?
 De este modo no sé cómo las almas pecaminosas
 Habrían de sufrir mayor martirio.

3

Amo y no lo digo,
 Pues el juramento y la virtud me hacen callar.
 La luz oculta de mi amor
 No puede mostrar en absoluto su llama.
 Al Cielo mismo no le desagrada mi amor,
 Mas el juramento y la lealtad derriban el edificio de la
 esperanza.

4

¡Concordia, imagen maravillosa!
 En ti aprendo qué es la concordia,⁶⁹
 Pero a lo que bulle en mi corazón
 Debo llamarlo, en realidad, discordia.
 ¡Ay! ¡Si la suerte me concediera vivir unido a ti,
 Nunca habría entre nosotros ni odio ni discordia!

5

Pero conserva tu sosegada paz,
 Yo no pretendo importunarlas;
 Tú eres mi única alegría y pena.

69 El narrador hace un juego de palabras entre el nombre de Concordia y la palabra alemana "Eintracht", que se traduce, precisamente, como "concordia".

Solo he de defenderme de la nostalgia,
Porque el brillo de tu belleza me es harto valioso
Y porque mi destino deniega sin más mi deseo.

6

Te mereces mejor suerte,
Unirte a un estamento mucho más alto.
Si tan solo el Cielo nos llevara de regreso
A nuestra querida patria,
Al fin alabarás este duro destino
Por más que a tu amigo le esté reservado algo peor.

Después de que mi pequeña hija adoptiva se hubo despertado, y le hube dado yo un poco de jugo de palma y torta, mostró ella un deseo infantil de continuar oyendo el tono de mi cítara; así que la volví a tomar, apañé una melodía para la canción que acababa de hacer y la repetí muchas veces en el curso de algunas horas, hasta que pude cantarla y tocarla de memoria.

A todo esto, tomé a la adorable niña en mis brazos y la apreté contra mi pecho, besándola muchas veces, y con el mayor afecto le dije más o menos, en voz alta, estas palabras:

—¡Ay, mi angelito querido! Si el Cielo pudiera hacer que ya tuvieras unos quince años, a lo mejor, mi ardiente amor hallaría mayor dicha contigo que con tu madre. Pero aguardar tanto tiempo entre el miedo y la esperanza sería, realmente, un martirio. ¡Ay, cuán alegremente pasaría, como otro Adán, toda mi vida en este paraíso, si tan solo no se esfumaran, por ello, los mejores años de mi juventud sin poder abrazar a una amada Eva! ¡Justo Cielo!, ¿por qué no me concedes también la fuerza para sofocar totalmente la inclinación natural por el matrimonio, implantado en todos los hombres, y vivir así, a este respecto, tan tranquilamente como la viuda

de Van Leuven? ¿O por qué no inclinas su corazón a unirse conmigo en matrimonio frente a tu omnisciente mirada, pues tú conoces mi corazón, y sabes que mi ferviente amor no se funda en la lúbrica excitación, sino en tu sagrada ley? ¡Ay, a qué dura prueba sometes mi castidad y mi virtud, en tanto debo vivir día y noche impasiblemente junto a una tan bella viuda! Mas les he hecho a Ti y a ella un juramento; y este voto lo pagaré con mi vida: estoy dispuesto a dejarme consumir totalmente, poco a poco, por la ardiente brasa del amor, antes que romperlo de un modo veleidoso.

Algunas lágrimas que rodaron por mis mejillas inhibieron la continuación de mi discurso; la pequeña Concordia, empero, que no había apartado su vista de mi rostro, empezó a llorar, a causa de esto, de forma lamentable y amarga, por lo que volví a apretarla contra mi pecho, besé al piadoso ángel y, a fin de cambiar tanto su estado de ánimo como el mío, me puse de pie al poco tiempo, con el propósito de pasear aún un poco por la cima del risco. Pero, pocos minutos después, llegó la tercera integrante de nuestra sociedad humana local y preguntó, muy amistosamente, si bien también algo cavilosa, cómo nos hallábamos y si no habíamos divisado hoy ningún barco. Esta inesperada pregunta me afectó bastante, por lo que, según creo, me puse muy colorado; de todos modos, respondí que el día de hoy no habíamos sido tan afortunados.

—¡Señor Albert! —replicó Concordia—, os lo pido encarecidamente: no miréis tan a menudo en busca de barcos que por aquí pasen, pues así van a demorar tanto más en aparecer. En un año, habéis descubierto y experimentado muchas cosas que poco antes ni siquiera sospechabais; pensad en esta bella isla paradisíaca, en cuán bien el Cielo nos ha provisto de alimento y ropa; pensad aun en el tesoro casi invaluable que habéis encontrado sin angustiosas búsquedas ni impaciente espera. Si alguna otra dicha

os está reservada por el Cielo, tened, junto a mí, la firme convicción de que la misma ha de alegrarnos inesperadamente a su debido tiempo.

Mi corazón entero se conmovió mucho con estas meditadas palabras, pero no fui capaz de responder ni una sola sílaba. Es por ello que Concordia desvió la conversación hacia otras cosas y, finalmente, dijo:

–¡Vamos, mi querido amigo! Lleguemos a nuestra casa antes de que se ponga el sol; he atrapado un pescado especialmente rico, que nos sabrá muy bien, pues apuesto que tenéis un apetito tan grande como yo.

Me sentí alegre de que hubiera interrumpido el serio discurso anterior; así que la seguí y me obligué a guardar una mayor compostura. Era realmente un pescado fuera de lo común, que había capturado ese mediodía con su caña. Lo cocinamos para la cena, junto a dos perdices; además, Concordia me sirvió algunos vasos más de vino que de costumbre, a fin de animarme un poco. Y, finalmente, me preguntó:

–¿He entendido bien, señor Albert? ¿Pasado mañana cumplís veinte años?

–Sí, señora –fue mi respuesta–, hace varios días que vengo pensando en ello.

–Quiera Dios que vuestro porvenir sea más alegre; pero ¿puedo pedir os ahora que me contéis en detalle cómo fue vuestra vida hasta aquí? Es que mi difunto esposo me ha dicho una vez que la misma es, en parte, triste y, en parte, divertida de escuchar.

Accedí a ello de inmediato y me di cuenta de que, al hacer alusión a mis infortunios infantiles, los ojos de Concordia se llenaban a menudo de lágrimas; pero como luego le conté con abundante desparpajo los episodios de la mujer del funcionario, los pantalones cambiados y la jugarreta que me habían hecho aquellos bribones, casi que no podía parar de reírse. Cuando hube terminado, sin embargo, me dijo:

–Creedme, Albert: como vuestros años juveniles han sido muy tristes, Dios os ha de alegrar tanto más en el futuro, si continuáis sirviéndole, aguardando con entereza vuestro porvenir, siendo paciente y alejándoos de las inquietudes innecesarias e impuras.

Yo le prometí vivir según su loable advertencia y expresé mi deseo, además, de que su afable profecía se cumpliera, tras lo cual tuvimos nuestra oración nocturna y nos fuimos a dormir.

En tanto las palabras que Concordia me había dicho el día anterior me habían parecido tanto cristianas como sensatas, resolví desterrar, en la medida de lo posible, toda impaciencia y aguardar con todo sosiego que el Cielo volviera a ayudarnos. Al día siguiente trabajé, así, más que en muchos días y esa noche me fui a dormir de nuevo muy cansado, a causa de haber estado ahuecando algunos recipientes de madera. Cuando a la mañana siguiente, la del 8 de enero de 1648, salí de mi propia habitación y me dirigí a la así llamada sala de estar, hallé sobre la mesa, al lado de una bata verde de seda y otras prendas de vestir nuevas e, incluso, mucha ropa blanca, un papel plegado en el que estaba escrito lo siguiente:

7 de enero de 1648

¡Amigo del alma!

He oído casi todo lo que habéis cantado repetidas veces y lo que dijisteis ayer, en compañía de mi hijita, en la cima del Risco del Norte. Vuestro deseo está en consonancia con el instinto natural y con la razón e, incluso, con las leyes divinas y humanas. Yo, en cambio, soy una viuda a la que el Cielo ha tratado con dureza. Pero sé que la felicidad y la infelicidad dependen de la mano del Señor, que yo siempre beso con hu-

mildad. He mantenido honradamente la fidelidad que juré a mi difunto esposo: de ello son testigos Dios y mi conciencia. He llorado y lamentado, de todo corazón, su triste muerte ya durante un año y dos meses, y la misma me ha de doler de por vida, tan pronto como piense en ello, pues nuestra alianza ha sido rota, con el permiso de Dios, antes de tiempo, por un asesino. Por más que de tal modo volví a estar libre y a ser dueña de mí misma, difícilmente me habría decidido a contraer un nuevo matrimonio si vuestro amor puro y tierno no hubiera abierto de nuevo mi corazón y, en consideración de vuestro comportamiento, virtuoso hasta el día de hoy, no me habría animado a ofrecerme yo misma como vuestra futura esposa. Así que dejo en vuestras manos la decisión de si mañana, en el día de vuestro cumpleaños, en presencia de Dios y de los santos ángeles, y a falta de un sacerdote y otros testigos, nos hemos de casar y de convivir, a partir de allí, en cristiano matrimonio. Pues, como estoy completamente segura de vuestro amor y lealtad hacia mí, creedme que yo no me quedaré atrás en esto. Vuestra piedad, virtud y sinceridad me sirven como garantía de que no pensaréis que hago esto a causa de la ligera lubricidad o de la enojosa excitación. En tanto, de forma precipitada, habéis prometido más que lo que os pidieron Dios y los hombres, estando dispuesto a morir loablemente antes que romper vuestro juramento, me he visto impelida, en esta soledad, a tomar esta decisión, para alegría de ambos. Así que tomad para vos a la muy querida viuda del difunto Van Leuven y vivid junto a ella, de aquí en más, de acuerdo con vuestro juramento, sin que haya nunca ni odio ni discordia. Que Dios nos acompañe, siempre. Tras leer esto, me hallaréis lo bastante azorada junto al dique del río, donde,

hablando, podremos ponernos de acuerdo acerca de algunas cosas más. Allí quiero, además, felicitaros por vuestro cumpleaños.

Vuestra sincera
Concordia de Van Leuven

Tras leer esta carta, me quedé tan encantado que por un largo tiempo no pude comprender la inesperada y feliz noticia, y casi que llegué a pensar que Concordia solo quería tentarme, pero tras traer a consideración con más tino su disposición anímica y la conducta que había tenido hasta el momento, hice a un lado toda duda, se me alegró el corazón y me hice en camino. Hallé a mi más preciado tesoro, Concordia, junto a su hijita, sentada en el césped al lado del dique. No bien me vio a la distancia, se puso de pie para venir a mi encuentro. Le deseé una feliz mañana y ella me respondió con una bien ideada felicitación por mi cumpleaños. Yo le agradecí a causa de ello y le deseé, en cambio, un perdurable bienestar físico y anímico. Cuando, empero, tras esto, se sentó sobre un tronco que había allí, y me pidió que ocupara mi sitio al lado de ella, le hablé en estos términos:

—¡Señora! Vuestras bellas manos se han esforzado anoche por escribirle a mi pobre persona una carta; y si lo que se refiere a mí no es mera tentación, sino la opinión franca de vuestro casto corazón, hoy seré hecho, por la gracia del Cielo y la vuestra, el más feliz de los seres humanos sobre toda la tierra. Me sería muy difícil encontrar, en alguna medida, las suficientes palabras con las que expresar el incalculable valor de una persona tan enteramente virtuosa y cara como vos. Es por ello que tan solo diré que seríais digna de ser la esposa de un gran príncipe. ¿Qué soy yo en contra de eso? Un hombre muy limitado, que...

En este punto, Concordia me interrumpió y, tomando con delicadeza mi mano, me dijo:

–Querido Julius, os pido que no empecéis a adularme innecesariamente y a usar fastuosas e inusuales palabras, sino que seáis bien sincero como lo he sido yo en mi escrito. No sé cómo agradecereros por vuestra virtud, piedad y por el servicio fiel que me habéis prestado; solo se me ocurre ofrecerme yo misma como recompensa. Y os aseguro que vuestra persona me resulta de más valor que el mayor de los príncipes u otros señores, por más que pudiera escoger entre mil. Si esto es lo que os place, declaraos, a fin de que podamos hablar después en cuanto a cómo proseguir, y podamos estar prevenidos para toda fortuna o desgracia que nos espere en el porvenir.

Así que tomé su mano, la besé y la envolví entre las mías, pero a causa de la excesiva alegría no pude pronunciar más palabras que las que resultaban necesarias para asegurarle mi amor eterno y fiel, y para decirle que me entregaría por entero a ella, y que viviría en todo según su consejo y su voluntad.

–¡No, tesoro mío! –replicó a esto Concordia–, no os pido que hagáis lo último; sino que, según los mandamientos divinos, siempre os honraré como a mi señor y os amaré como a mi querido esposo. No tenéis que obedecer ni mi consejo ni mi voluntad, si vuestra razón, que gracias a Dios es sana, no los reconoce como buenos y justos, pues yo, que soy un instrumento débil, a veces puedo llegar a precipitarme con facilidad.

Al decir ella estas prudentes palabras, besé varias veces sus bellas manos y, finalmente, tuve la osadía de imprimir un fogoso beso sobre sus labios de rosa, al que ella respondió con otro. Tras esto, nos pusimos de pie, a fin de hacer los preparativos para nuestra boda de ese mismo día. Yo carneé un joven corzo y una joven cabra, maté un par de

perdices, agregué pescados, puse las presas en la broqueta, que nuestros monos tenían que girar, puse al fuego la carne para hervir, y seleccioné la mejor fruta fresca; mientras que mi novia preparó una torta, pan y todo tipo de masas, y decoró nuestra sala de estar de la manera más espléndida. De modo que, hacia la noche, todo se hallaba en el más bello orden.

Luego, según lo habíamos convenido, fuimos a mi habitación, en donde, sobre una mesa limpiamente recubierta, había un crucifijo, que habíamos encontrado entre los tesoros de don Cirilo. Delante del mismo había una Biblia abierta. Nos arrodillamos ante este pequeño altar, y yo leí en voz alta los tres primeros capítulos del Libro de Moisés.⁷⁰ Tras esto, le dije a mi novia:

–Querida Concordia, os pregunto aquí, ante Dios y sus santos ángeles, si me aceptáis a mí, Albert Julius, como esposo para toda la vida, tal como yo os pretendo tener íntimamente, desde mi puro y casto corazón, como mi esposa, y para toda la vida.

Concordia no solo respondió con un sonoro “sí”, sino que, también, me alcanzó su mano derecha, que yo junté con la mía, tras intercambiar los anillos de boda; y entonces recé:

–Tú, santo y maravilloso Dios, tenemos la certeza de que tu Providencia ha unido nuestras almas en este sitio alejado de toda otra sociedad humana, y en esta hora, también, junta los cuerpos con el sagrado lazo del matrimonio; es por eso que, bajo tu protección, tan solo la muerte podría romper esta alianza, y si Tú permitieras que alguna desgracia separara los cuerpos, de cualquier modo, nuestras almas han de quedar unidas entre sí en relación de firme fidelidad.

Concordia, por su parte, dijo:

70 Es decir, las primeras partes del Génesis: las que refieren a la creación, al huerto del Edén, a la formación de la mujer, a la desobediencia y caída del hombre, al pecado y al castigo.

–Amén.

Abrió el octavo capítulo del Libro de Tobías y recó la plegaria de Tobías desde el séptimo versículo hasta el final del noveno, si bien adaptó varias palabras a nuestra situación, y agregué tanto como me inspiró la santa devoción de mi corazón. Concordia hizo de las palabras de la joven Sara, que aparecen en el décimo versículo, una bella oración, emotiva y potente.⁷¹ Tras esto, rezamos a una voz el padre nuestro y la acostumbrada bendición de la Iglesia cristiana y cantamos la canción: “Que Dios nos tenga piedad”,⁷² etcétera. Nos besamos varias veces y volvimos juntos a la sala. Preparamos la cena y nos sentamos a la mesa junto con nuestra pequeña Concordia, que durante el acto nupcial se había quedado tan quieta como un cordero, y nos servimos nuestras comidas y las exquisitas bebidas con tal regocijo como ninguna otra pareja de novios lo habrá hecho jamás en el mundo entero.

Pareció como si todas las preocupaciones y fastidios que habíamos pasado antes hubieran sido expulsados de una sola vez. De este modo, nos unimos, de ahí en más, con plena fidelidad para ayudarnos el uno al otro y hacer todas nuestras cosas como si no fuésemos a salir ya nunca más de la isla; como si, por propia voluntad, quisiéramos

71 El de Tobías es uno de los libros deuterocanónicos. Se narra allí, entre otras cosas, la maldición a la que está sujeta la joven Sara, que ha perdido a siete esposos sucesivos en la noche de bodas, por estar poseída por un demonio, Asmodeo, que los ha ido matando cuando aquellos se disponían a realizar el acto sexual. Esto es así hasta que Dios, por intermedio del arcángel Rafael, le envía a Tobías, quien gracias a su virtud y al buen consejo de Rafael, rompe el maleficio. En el versículo 7, Tobías dice: “Ahora, Señor, tomo a mi hermana con recta intención y no buscando el placer. Ten piedad de nosotros, y que podamos llegar juntos a nuestra ancianidad”. Luego se lee: “Ella respondió: ‘Amén’. Y se acostaron los dos para pasar la noche”. Hay otras versiones del Libro de Tobías en las que, en este contexto, se sugiere que la unión matrimonial no tiene como finalidad el placer sino la descendencia. El ideal de unión matrimonial sugerido aquí es, de cualquier modo, el de la moderación sexual.

72 Canción de Martín Lutero sobre el Salmo 67 (primera edición: 1524).

quedarnos aquí de por vida, supeditándonos en todo lo demás a la Providencia, y deponiendo todas las angustiantes preocupaciones de cara al futuro.

Al llegar el momento de ir a dormir, mi novia me dijo, haciendo un amoroso gesto:

–Mi muy querido esposo, he percibido con alegría que, en muchos aspectos, habéis seguido las costumbres del joven Tobías; es por eso que me parece loable, casto y devoto que también imitemos a esa joven pareja a este otro respecto, y que, antes de pasar la noche juntos como marido y mujer, empleemos las tres primeras noches para orar. Estoy segura de que Dios bendecirá y hará, así, tanto más dichoso nuestro matrimonio.

–Habláis, mi ángel –le respondí–, como una mujer totalmente virtuosa, piadosa y casta. Soy de vuestra misma opinión; que sea, pues, como vos y yo queremos.

De tal modo, las tres noches siguientes nos juntamos y las pasamos rezando devotamente, cantando y leyendo la Biblia, para dormir por la mañana tan solo algunas horas. En la cuarta noche, empero, le ofrendé a mi legítima esposa la primera fuerza de mi juventud y hallé en sus amorosas caricias un placer encantador, cuya inigualable perfección nunca antes habría podido llegar a imaginar.

A los pocos días, percibió ella los signos de su preñez, y la pequeña Concordia se destetó por sí misma y empezó a tomar y comer otras cosas. Entretanto, el Cielo nos regaló una segunda vendimia, que fue mucho más abundante que la anterior, pues exprimimos más de quinientas jarras de mosto, y desecamos hasta seis fanegas de uvas, sin contar todo lo que fue comido por nosotros y por los monos durante la cosecha, ni lo que fue robado y arruinado por los monos ladrones y salvajes. Pues esta gentuza descarada se había vuelto tan osada que se hacía ver y sentir en masa, no solo en nuestros montes de vid y en los sembradíos, sino,

incluso, muy cerca de nuestra vivienda. Mas como, por ese entonces, había yo llevado a la isla tres cañones livianos, los instalé en aquellos sitios donde mis enemigos solían juntarse a menudo en número de veinte a cincuenta, y les ocasioné grandes pérdidas mediante repetidas cargas de piedras redondas que había seleccionado para tal fin. De modo tal que, a veces, quedaban allí tirados ocho, diez, doce y hasta dieciséis muertos y heridos. Lo más asombroso fue, a todo esto, que nuestros monos domésticos y de crianza no mostraron la más mínima compasión por la desgracia de sus congéneres, sino que, por el contrario, parecieron alegrarse particularmente de poder rematar a los heridos y tirar los cadáveres al río más próximo. En los primeros seis años maté de este y de otro astuto modo a casi quinientos monos, haciendo que se convirtieran en animales raros de hallar en la isla. Más tarde, también fueron perseguidos por mi gente, si bien no se los exterminó del todo por ser ellos tan graciosos y útiles.

Luego de concluir de modo afortunado las guerras contra los monos y tras la muy buena cosecha de uvas, y la nueva labranza de los viñedos y los sembradíos, mi trabajo diario consistió en poner bajo nuestra custodia, llevándolas a la isla a través del paso bajo las rocas, aquellas mercancías que nos habían sido llevadas por el viento y el mar a raíz de los barcos naufragados en distintas tormentas. ¡Qué Dios me ayude! ¿De qué no nos apoderamos de tal forma en cuanto a riquezas? A lo que menos le prestábamos atención era al oro, la plata, las piedras preciosas, las bellas telas, la carne salada y ahumada y otros víveres. En cambio, nos regocijábamos sobremanera con el café, el té, el chocolate, las especias; las cajas impermeables que contenían azúcar, betún, azufre, aceite, sebo, manteca, pólvora; con los utensilios domésticos de hierro, estaño, cobre y latón, con las sogas gruesas y finitas, las vasijas de madera y otras cosas por el estilo.

Nuestra servidumbre doméstica, que, ahora que nuestro paciente de otrora también se había provisto de una mujer, se componía de seis individuos, nos ayudó enormemente en esta tarea, y mi querida esposa llevó a nuestra cueva subterránea todo lo que nos parecía útil, poniéndolo en su debido sitio; en cambio, aquellas cosas que habían sido arruinadas por el agua marina hubieron de llevárselas, en el acto, un par de monos, en un carrito que hicimos a tal fin, y las arrojaron al río más cercano. En tanto disponíamos ahora de una gran cantidad de maderas y vigas de los barcos destruidos, amplí bastante nuestra vivienda sobre la colina, hice, también, más espaciosa la morada de los monos y, por decirlo en pocas palabras, dispuse todo de forma tal que habría poco que hacer durante el inminente invierno y podríamos convivir todos en alegre calma.

El invierno lo pasamos de la forma más alegre del mundo, pues, habiendo ya atendido nuestro cuerpo con las mejores comidas y bebidas, y habiendo hecho, por gusto, algún que otro trabajo liviano, podíamos pasar, a veces, varias horas abrazados contándonos entre besos todo tipo de buenas historias, sobre las que cada uno compartía con el otro su particular opinión y, por cierto, de forma tal que a menudo llegábamos a discutir con ardor. No obstante, finalmente siempre nos reconciliábamos de buena forma, ante todo cuando las cosas se decidían en el secreto tribunal de la cama.

En la primavera, a saber, el 19 de octubre del año de nuestro matrimonio, tanto mi querida esposa como yo, nos vimos colmados con íntima alegría, tras pasar cuatro horas de temerosa inquietud, en tanto, justo al mediodía, Concordia trajo al mundo dos mellizos, que salieron uno en seguida después del otro. Nos habíamos preparado hacía tiempo para el parto tanto como nos había sido posible, razón por la que, con la ayuda de Dios, mi tierna y bella esposa se mostró

mucho más fuerte y firme que la primera vez en este doble parto. Ya en la primera hora les di a mis muy amados hijos el sagrado bautismo y, al primero, le puse Albert –como yo–, y, al otro, Stephan –como mi difunto padre–; por lo demás, hice todo lo que un padre y esposo fiel debe hacer en tal situación por sus queridos hijos y su adorada esposa. Y me hallaba, además, muy feliz y regocijado de que ni la madre ni los chicos sufrieran percances.

No puedo expresar cuán alegre se mostró con la presencia de sus dos medio hermanitos la pequeña Concordia, que ya podía corretear por ahí y, también, charlar de un modo bastante comprensible; pues casi no se la podía alejar de ellos. Nuestros monos, por su parte, armaron, a causa de su excesiva alegría, tal asombroso griterío como yo solo les había oído cuando volvieron triunfantes de la primera guerra; y, tras esto, fueron tan diligentes, serviciales y amorosos con nosotros y los niños que no llegábamos a darles suficiente trabajo para hacer.

El traductor

Martín Koval

Doctor en Letras por Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ex becario de la UBA y del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD, por sus siglas en alemán). Actual becario postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), en cuyo marco realiza una investigación sobre las robinsoniadas alemanas del siglo XVIII. Es docente de la Cátedra de Literatura Alemana de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y del Taller de Lectura y Escritura de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Entre las obras que ha traducido figuran: *La misión teatral de Wilhelm Meister*, de Goethe (Gorla, 2013), e *Introducción a la narratología*, de Martínez y Scheffel (Las Cuarenta, 2010).

